



La librería



de los



finales



felices



Katarina Biv

Lectulandia

Hay libros para leer, para soñar, para reflexionar. Hay un libro para cada persona. Éste es el tuyo. Tras dos años intercambiando cartas y pasión por los libros, Sara decide viajar a un pueblecito de Iowa para conocer a su anciana amiga Amy, pero cuando llega, ésta ha muerto, dejando una vieja casona y miles de libros. Sola en este alejado rincón, se da cuenta de que gracias a las cartas de Amy conoce bien a los habitantes del pueblo. Así, cuando se embarca en la locura de montar una original librería con los ejemplares de Amy se da cuenta de que hay un libro destinado a cambiar la vida de cada uno de ellos. Pero al hacerlo también cambiará la suya.

Lectulandia

Katarina Bivald

La librería de los finales felices

ePub r1.0

SoporAeternus 20.02.15

Título original: *Läsarna i Broken Wheel rekommenderar*
Katarina Bivald, 2014
Traducción: Pontus Sánchez
Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 15 de abril de 2009

Querida Sara:

Espero que disfrutes mucho de Una niña anticuada, de Louisa May Alcott. Es una historia apasionante, aunque quizá un poco más moralizante que Mujercitas.

En cuanto al pago, no te molestes, he tenido ese libro por duplicado durante muchos años. Estoy encantada de que por fin haya encontrado un nuevo hogar e incluso vaya a viajar hasta Europa. Yo nunca he estado en Suecia, pero estoy segura de que es un país muy bonito.

¿No te parece curioso que los libros de una hayan viajado más lejos que su dueña? La verdad es que no sé cómo tomármelo, si como un consuelo o como un desasosiego.

Un saludo afectuoso,

Amy Harris

Libros vs. vida: 1-0

La mujer desconocida que esperaba en la calle principal de Hope era tan convencional que casi resultaba indignante. Una figura escuálida y aburrida, vestida con un abrigo de otoño demasiado grueso y gris para la época en la que estaban. A sus pies descansaba una mochila y contra su pierna delgada se apoyaba una maleta gigante. Los lugareños que por casualidad habían sido testigos de su llegada no podían dejar de sentirse abrumados porque alguien se preocupara tan poco por su aspecto. Era como si aquella mujer no tuviera el menor interés en causarles buena impresión.

Su pelo era de un color castaño incierto, ni muy claro ni tampoco demasiado oscuro. Lo mantenía apartado de la cara sujetándoselo con un pasador y los mechones le caían por detrás de los hombros en tirabuzones desaliñados. Donde debería tener la cara solo se veía la portada de *Una niña anticuada*, de Louisa May Alcott.

A decir verdad, parecía que no le importara lo más mínimo hallarse en Hope. Era como si hubiera terminado allí porque sí, caída del cielo con el libro, la maleta y el pelo revuelto, como si pudiese haber estado en cualquier otra ciudad del mundo. Se encontraba en una de las calles más hermosas del condado de Cedar, quizá la más bella de todo el sur de Iowa, pero lo único que veía era aquel libro.

Sin embargo, no podía estar totalmente desinteresada. De vez en cuando dos ojos enormes y grises asomaban por encima del canto del libro, cual perrito de las praderas que sacase la cabeza para comprobar si la costa estaba despejada.

El libro bajaba un poco más y primero la mujer echaba una mirada furtiva hacia la izquierda para luego deslizarla a la derecha todo lo que podía sin tener que mover la cabeza. Después volvía a subir el libro y se sumía de nuevo en la lectura.

En realidad, a aquellas alturas Sara había memorizado hasta el último detalle de la calle. Incluso con el libro tapándole la cara, podía ver cómo los últimos rayos de sol de la tarde se reflejaban contra la chapa metalizada de los todoterrenos urbanos, también las coronas elegantes y organizadas de los árboles e incluso el rótulo de plástico laminado de la peluquería que había a cincuenta metros, decorado con la patriótica combinación cromática de rojo, blanco y azul. Y todo aquello envuelto en un dominante aroma a tarta de manzana recién sacada del horno. Llegaba de la cafetería que tenía a sus espaldas, donde unas pocas mujeres de mediana edad observaban su lectura con abierta desaprobación. O eso le parecía a Sara. Cada vez que despegaba los ojos del libro, las señoras fruncían el ceño y negaban ligeramente con la cabeza, como si al leer en la acera la joven estuviera rompiendo alguna norma de etiqueta no escrita.

Sacó otra vez el móvil y llamó al último número marcado. Dejó que sonaran nueve tonos antes de colgar.

Amy Harris se había retrasado un poco. Seguro que había una explicación lógica.

Un pinchazo con el coche, quizá. O tal vez se hubiera quedado sin gasolina. No era difícil retrasarse —volvió a mirar la pantalla del teléfono— dos horas y treinta y siete minutos.

No estaba preocupada, aún no. Amy Harris escribía cartas de verdad en auténtico papel de antaño: grueso, blando y de color crema. No había ninguna posibilidad de que una persona que usaba auténtico papel de carta de color crema dejara tirada a una amiga en una ciudad desconocida, o de que resultara ser una asesina en serie psicopática con tendencias sexuales sadomasoquistas, con independencia de lo que dijera la madre de Sara.

—Disculpa, cielo.

Una mujer se había detenido a su lado. Tenía aquella mirada de falsa paciencia que solía salirle a la gente que ya le había preguntado algo a Sara varias veces.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó la mujer. Llevaba una bolsa de papel marrón con comida apoyada en la cadera. Una lata de sopa de tomate Hunt se balanceaba amenazadoramente cerca del borde.

—No, gracias —contestó Sara—. Estoy esperando a alguien.

—Ya veo. —En el tono de voz se intuía una soberbia satisfecha. Las señoras de la terraza seguían la conversación con notable interés—. ¿Es la primera vez que vienes a Hope?

—Voy a Broken Wheel.

Quizá fueran imaginaciones suyas, pero la mujer no pareció nada contenta con la respuesta. La lata de conserva se movía de forma peligrosa. Al cabo de un minuto, continuó:

—Me temo que Broken Wheel no es nada del otro mundo. ¿Conoces a alguien allí?

—Voy a vivir en casa de Amy Harris.

Silencio.

—Estoy segura de que está de camino —dijo Sara.

—Cielo, a mí me parece que te han dejado tirada. —Miró a Sara con expectación—. Vamos. Llámala.

Sara volvió a sacar el teléfono con desgana y resistió la tentación de apartarse cuando la mujer pegó la mejilla a su oreja para poder oír los tonos que se sucedían.

—No parece que lo coja, digo yo. —Sara volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y la mujer se echó un poco hacia atrás—. ¿Qué vas a hacer allí?

—Vacaciones. Voy a alquilar una habitación.

—Y ahora te han dejado aquí tirada. Un buen comienzo. Espero que no hayas pagado por adelantado. —La mujer cambió la bolsa de comida de brazo y chasqueó los dedos en dirección a la terraza de la cafetería—. ¡Hank! —dijo en voz alta dirigiéndose al único hombre que había allí—. Lleva a esta chica a Broken Wheel, ¿quieres?

—No me he terminado el café.

—Pues llévatelo.

El hombre soltó un gruñido, pero se levantó, obediente, y se metió en el local.

—Si yo fuera tú —continuó la mujer mirando a Sara—, no soltaría ese dinero de buenas a primeras. Yo pagaría justo antes de volver a casa. Y mientras tanto, lo tendría bien escondido. —Asintió tan enérgicamente con la cabeza que la lata de sopa de tomate dio otro brinco—. No digo que todos los de Broken Wheel sean unos ladrones —añadió por si acaso—. Pero te aseguro que no son como nosotros.

Hank salió con un café nuevo en vaso de cartón, y subió la maleta y la mochila de Sara al asiento trasero de su coche. A la muchacha la colocaron amable pero tajantemente en el asiento del copiloto.

—Llévala hasta allí, Hank —ordenó la mujer, y dio un par de palmadas en el techo del coche con la mano que le quedaba libre. Luego se asomó por la ventanilla abierta—: Si cambias de idea siempre puedes volver aquí.

—Así que Broken Wheel —comentó Hank sin el menor interés.

Sara juntó las manos sobre el libro y trató de parecer relajada. El coche olía a espuma de afeitar barata y a café tostado del caro.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Leer.

Él negó con la cabeza.

—Como de vacaciones —aclaró ella.

—Habrá que verlo —dijo Hank como un mal augurio.

El paisaje que se extendía al otro lado de la ventanilla de Sara cambió ante sus ojos. Las parcelas de césped se convirtieron en campos de cultivo, los coches brillantes desaparecieron y las casas elegantes fueron sustituidas por un majestuoso muro de plantas de maíz que se erguía a ambos lados de la calzada. La carretera continuaba en línea recta con una monotonía soporífera. De vez en cuando se cruzaban con otra carretera igual de recta, como si alguien las hubiera trazado sobre el mapa con una regla. «Un método igual de efectivo que cualquier otro», pensó Sara. Pero, a medida que iban avanzando, los cruces fueron haciéndose cada vez más escasos, hasta que le dio la sensación de que lo único que había a su alrededor eran campos de maíz a lo largo de kilómetros y kilómetros a la redonda.

—No puede quedar mucho de esa ciudad —dijo Hank—. Un amigo mío se crio allí. Ahora vende seguros en Des Moines.

Sara no sabía qué decir al respecto. Probó suerte con un «Qué bien».

—Está muy a gusto —afirmó el hombre—. Mucho mejor que si hubiera intentado sacar adelante un cultivo familiar en Broken Wheel, eso está claro.

Después ya no habló nada.

Sara se inclinó hacia el parabrisas como si estuviera buscando la ciudad que Amy le había descrito en sus cartas. Había oído hablar tanto de Broken Wheel que casi tenía la sensación de que la señorita Annie podía aparecer en cualquier momento con

su ciclomotor con plataforma, o de que de pronto iba a toparse con Jimmy agitando el último número de su revista en el arcén. Durante un instante se los imaginó delante de ella, pero enseguida se borraron de su mente y se perdieron en la polvareda que iban dejando atrás. Un granero maltrecho surgió momentáneamente entre las plantas de maíz antes de volver a desaparecer como si nunca hubiese estado allí. Era el primer edificio que veía desde hacía un cuarto de hora.

¿Sería la ciudad tal como ella se la había imaginado? Ahora que por fin iba a conocerla, Sara incluso se olvidó durante un rato de lo intranquila que estaba porque Amy no le cogiera el teléfono.

Pero cuando al fin llegaron a Broken Wheel, podría no haberse enterado siquiera si no hubiese sido porque Hank aminoró la marcha. La urbe apareció de pronto a lo largo de la ancha carretera, de casi tres carriles. Los edificios eran tan bajos que parecían una mera extensión del asfalto.

La calle principal estaba compuesta por unas pocas casas a ambos lados. La mayoría parecían apagadas y en desuso, grises y deprimentes en la puesta de sol. Varios de los comercios tenían las ventanas rotas o tapiadas con maderos, pero había una cafetería que aún estaba abierta.

—Bueno, ¿qué quieres hacer? —preguntó Hank desinteresado—. ¿Te llevo de vuelta?

Sara paseó la mirada por los alrededores. No cabía la menor duda de que la cafetería estaba abierta. La palabra «Diner» brillaba débilmente con letras de neón rojo, y había un hombre sentado a solas en la ventana más cercana. Sara negó con la cabeza.

—Como quieras —dijo él con el mismo tono de voz que si hubiera dicho «tú misma».

La joven se bajó del coche, abrió la puerta de atrás y tiró de la maleta con el libro de bolsillo apesado bajo el brazo. Hank arrancó en el mismo momento en que ella cerró la puerta. Dio un giro de ciento ochenta grados bajo el único semáforo de la ciudad.

Colgaba de un cable de acero y se cernía sobre el centro de la carretera. Estaba en rojo.

Sara estaba delante de la cafetería con la maleta apoyada en una pierna, la mochila echada al hombro y el libro abrazado al pecho.

«Todo saldrá bien —se dijo a sí misma—. Todo se arreglará. No habrá ninguna catástrofe...» Puntualizó: no pueden producirse catástrofes totales si se tienen libros y dinero. Tenía pasta suficiente para hospedarse en un albergue, si hiciera falta. El único problema era que estaba bastante segura de que no había ningún albergue en Broken Wheel.

Empujó las puertas —auténticas puertas de salón del Oeste, qué detalle más absurdo— y entró. La cafetería estaba vacía excepto por el hombre de la ventana y

una mujer tras el mostrador. El hombre era flaco y nervudo, y toda su aura y lenguaje corporal parecían pedir disculpas por existir. Ni siquiera levantó la cabeza cuando ella entró, sino que continuó dándole vueltas a la taza de café, despacio, en uno y otro sentido.

La mujer, por el contrario, dirigió en el acto toda la atención hacia la puerta. Pesaba por lo menos ciento cincuenta kilos, y sus enormes brazos descansaban en la barra que tenía delante. O bien el mostrador estaba construido especialmente para ella o bien la mujer llevaba tanto tiempo trabajando allí que se había adaptado a él. Era de madera oscura y más propio de un bar, pero donde debería haber posavasos para jarras de cerveza había servilleteros de acero inoxidable y menús plastificados con fotos de todos los tipos de grasa que se servían en el local.

La mujer encendió un cigarrillo con la misma seguridad que si fuera una prolongación de su cuerpo.

—Tú debes de ser la turista —dijo.

El humo del cigarro se esparció por la cara de Sara.

—Sara.

—Vaya día has elegido para venir.

—¿Sabes dónde vive Amy Harris?

La mujer asintió en silencio.

—Vaya día.

Un poco de ceniza cayó sobre la barra.

—Me llamo Grace —dijo—. Bueno, para serte totalmente sincera, me llamo Madeleine. Pero no te molestes en llamarme así.

Sara no tenía intención de llamarla de ninguna manera.

—Y ahora estás aquí.

La chica tuvo la sensación de que la tal Grace-que-no-se-llamaba-así estaba disfrutando del momento. La camarera alargó el silencio. Asintió tres veces con la cabeza para sí misma, dio una calada al cigarrillo y dejó que el humo escapara poco a poco por una de las comisuras de su boca. Luego se inclinó sobre la barra.

—Amy está muerta —dijo.

En el recuerdo de Sara, la muerte de Amy siempre quedaría vinculada al resplandor de grandes fluorescentes, humo de tabaco y olor a comida, pero en aquel momento la situación solo le confirió un aire de inverosimilitud. Estaba en una cafetería de una ciudad de provincias de Estados Unidos escuchando que una mujer a la que nunca había visto estaba muerta. Todo era demasiado irreal como para sentir miedo, demasiado raro como para ser una pesadilla.

—¿Muerta? —repitió, un comentario singularmente estúpido incluso para provenir de ella. Se dejó caer sobre un taburete. No tenía la menor idea de qué debía hacer entonces. Pensó en la mujer de Hope y se preguntó si no debería volver, a pesar de todo.

«Amy no puede estar muerta —pensó Sara—. Era mi amiga. Le gustaban los libros, por el amor de Dios.»

Lo que Sara estaba experimentando no era tristeza, pero recordó lo transitoria que es la vida y la sensación de surrealismo se hizo más fuerte. Había llegado a Iowa desde Suecia para hacer una pausa en la vida, incluso para alejarse de la vida, pero no para toparse con la muerte.

¿Cómo había muerto? Una parte de ella quería preguntar, otra no quería saber.

Grace continuó antes de que tuviera tiempo de decidirse:

—Diría que el entierro ya estará en pleno apogeo. No es que hoy en día sean eventos especialmente festivos. Demasiada tontería religiosa, si quieres mi opinión. Otra cosa muy distinta fue cuando murió mi abuela. —Miró la hora—. Pero creo que deberías ir para allá. Alguien que la conociera mejor sabrá qué tenemos que hacer contigo. Estoy intentando no dejarme arrastrar por los problemas de esta ciudad y, definitivamente, tú eres uno de ellos.

Aplastó la colilla en un cenicero.

—George, ¿llevas a Sara a casa de Amy?

El hombre de la ventana levantó la cabeza. Durante un instante pareció igual de paralizado que Sara. Luego se puso de pie y llevó las maletas medio en volandas medio a rastras hasta el coche.

Grace agarró a Sara por el codo antes de que pudiera seguir a George.

—Ese es el Pobre George —dijo señalándole la espalda con la barbilla.

La casa de Amy Harris era lo bastante grande como para que la cocina y el salón de la planta baja fueran espaciosos, pero lo bastante pequeña como para que el grupito de gente que había asistido al funeral consiguiera llenarla del todo. Sobre la mesa y la encimera de la cocina había moldes de horno con comida, y alguien había sacado boles con ensalada y pan, y había metido cubiertos y servilletas en los vasos.

A Sara le pusieron un plato de cartón con comida en la mano y luego la dejaron más o menos en paz. George seguía a su lado, y aquella inesperada muestra de lealtad la conmovió. El hombre no parecía ni por asomo ser una persona especialmente valiente, ni siquiera comparado con ella, pero la había acompañado hasta dentro y seguía deambulando por allí con la misma inseguridad que Sara.

En el lúgubre recibidor había una cómoda oscura en la que alguien había colocado una foto enmarcada de una mujer que Sara intuyó que era Amy y dos banderitas de mesa raídas, la estadounidense y la del estado de Iowa. «Apreciamos nuestra libertad, y mantendremos nuestros derechos», proclamaba la última con letras bordadas en color dorado. Sin embargo, el color rojo estaba desvaído y uno de los bordes había comenzado a deshilacharse.

La mujer de la foto era una auténtica desconocida. Debía de tener unos veinte años, llevaba el pelo recogido en dos trenzas delgadas y su sonrisa era un mero posado normal y corriente para la cámara, igual que el de miles de otras fotografías.

A lo mejor había algo en sus ojos, un destello risueño, que denotaba que todo era una broma y que Sara más o menos podía reconocer de sus cartas. Pero aquello era todo.

Quería alargar la mano y tocar la imagen, pero le pareció impertinente. Así que se quedó de pie en el oscuro recibidor, balanceando con cuidado el plato de cartón y el libro. Sus maletas habían desaparecido, pero no tenía fuerzas para preocuparse de ello.

Tres semanas atrás se había sentido tan cerca de Amy que había estado dispuesta a convivir con ella durante dos meses. En aquel momento, era como si todo indicio de su amistad también hubiese muerto. Sara nunca había sido de las que pensaban que era indispensable haber visto a alguien en persona para poder ser su amigo —muchas de sus relaciones más fructíferas habían sido con personas que ni siquiera existían—, pero de repente insistir en la idea de que de alguna forma habían significado algo la una para la otra le pareció falso y casi irreverente.

A su alrededor las personas se movían despacio y deambulaban por las estancias como si se preguntaran qué demonios estaban haciendo allí, lo cual se acercaba con bastante exactitud a lo que pensaba Sara. Aun así, no parecían demasiado afectados por la pérdida. Ni sorprendidos. Nadie lloraba.

La mayoría la miraban con curiosidad, pero algo, quizá el respeto por la situación en la que estaban, les impedía acercársele con preguntas directas. Se limitaban a trazar círculos a su alrededor en el recibidor y a sonreír cada vez que sus miradas se encontraban.

Una mujer se materializó entre la multitud y la cazó en el pasillo, a medio camino entre el salón y la cocina.

—Caroline Rohde.

La postura y el apretón de manos eran dignos de la disciplina militar.

La mujer que Sara tenía delante era mucho más hermosa de lo que se había imaginado. Tenía los ojos profundos y almendrados, y los rasgos de la cara tan marcados como los de una estatua. Bajo la luz de la lámpara del techo, su piel brillaba blanca sobre los pómulos marcados. Tenía el pelo grueso, con mechones grises que recordaban a la plata fundida.

Al cuello llevaba una bufanda de seda fina y fría que en cualquier otra habría quedado fuera de lugar, incluso para un entierro, pero que en ella resultaba atemporal y aportaba un punto glamuroso.

Era difícil calcular su edad, pero tenía el carisma de una persona que nunca había sido realmente joven. Sara tuvo la fuerte sensación de que Caroline Rohde no sentía un aprecio especial por la juventud.

Cuando abrió la boca, todos los que estaban cerca callaron. Su voz encajaba perfectamente con su carisma: decidida, resuelta, directa al grano. Quizá hubiera un atisbo de sonrisa de bienvenida en su voz, pero en ningún momento le alcanzó las comisuras de los labios. Como mucho, se le endurecieron un poco las líneas de la boca.

—Amy me contó que ibas a venir —dijo—. No puedo decir que me pareciera una buena idea, pero tampoco es asunto mío. —Después añadió a modo de reflexión tardía—: A lo mejor tampoco debería haberte dicho nada a ti, pero estarás de acuerdo en que nos ha llevado a una situación... poco práctica.

—Poco práctica —repitió Sara como un eco. Pero no lograba entender cómo Amy habría podido prever su propia muerte.

Otras personas se acercaron formando un semicírculo, de modo que quedaron detrás de Caroline y de cara a Sara, como si aquello fuera un circo haciendo una visita ocasional.

—No sabíamos cómo ponernos en contacto contigo cuando Amy... falleció. Y ahora estás aquí —resumió Caroline—. Bueno, veremos qué podemos hacer contigo.

—Necesitaría algún sitio donde vivir —dijo Sara.

Todos se inclinaron para oír sus palabras.

—¿Vivir? —dijo Caroline—. ¡Vivirás aquí, obviamente! La casa está vacía, ¿no?

—Pero...

Un hombre con alzacuello le dedicó una sonrisa amable y, por desgracia, la acompañó diciendo:

—Amy nos pidió expresamente que te informáramos de que nada ha cambiado en ese aspecto.

¿Que nada había cambiado? Sara ya no sabía si la que estaba como una chota era Amy, o el pastor, o todo Broken Wheel.

—Hay un cuarto de invitados, claro —volvió a intervenir Caroline—. Duerme allí esta noche, luego ya veremos qué hacemos.

El sacerdote asintió y de alguna forma todo quedó resuelto: Sara viviría sola en la casa vacía de Amy Harris.

La llevaron al piso de arriba. Caroline iba en cabeza, igual que un alto mando dirigiendo a su ejército, seguida de cerca por Sara y luego George, como una sombra silenciosa. La mayor parte del resto de los invitados iban tras ellos. Alguien le llevaba el equipaje, no sabía quién, pero la mochila y la maleta aparecieron como por arte de magia cuando llegó a la pequeña habitación.

—Nos encargaremos de que tengas todo lo que necesites —aseguró Caroline desde el umbral de la puerta, para nada en tono descortés. Luego echó a todo el mundo y se despidió de Sara con la mano antes de cerrar.

La joven se desplomó sobre la cama, de pronto sola otra vez, aún con el plato de comida en la mano y un libro solitario tirado a su lado en la colcha.

«Mecachis», pensó.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 3 de junio de 2009

Querida Sara:

¡Muchas gracias por tu amable regalo! Es posible que no sea un libro que yo me hubiera comprado por mi cuenta, y por eso es mucho más bienvenido. Pero es una historia terrorífica. No tenía la menor idea de que pasaran esas cosas en Suecia. Aunque tampoco sé por qué no iban a pasar. En mi opinión, las ciudades pequeñas están más llenas de violencia, sexo y escándalos que las grandes, y si eso es así con las ciudades, también debería valer para los países pequeños, ¿no crees? Lo que está claro es que aquí, en Broken Wheel, hemos tenido nuestra buena dosis de escándalos.

Pero lo que no hemos tenido, desde luego, es una Lisbeth Salander. Una mujer destacable. Por lo que me ha parecido entender, hay dos libros más de la serie. ¿Me harías el favor de enviármelos? No podré dormir hasta que descubra cómo le ha ido, y también a ese joven y tenso señor Blomkvist, claro.

Ni que decir tiene que te los pagaré. Y hablando de ciudades pequeñas, sexo y asesinatos, te mando Matar a un ruiseñor de Harper Lee a modo de primer pago.

Un saludo afectuoso,

Amy Harris

El boletín de Broken Wheel

Tienes cuatro mensajes nuevos. Recibidos a las cinco horas, trece minutos:

«¡Cariño! Soy tu madre. ¿Qué? Sí, sí. Y tu padre, claro. Acabamos de volver de casa de Anders y Gunnel. Ya sabes, los que antes eran vecinos nuestros pero que luego se mudaron a una casa increíble en Tyresö. ¿Cómo estás? ¿Ya has llegado? ¿Qué tal el mundo rural? ¿Amy es una auténtica chiflada? ¿Conseguiste encontrar el autobús correcto? No entiendo por qué estás tan empecinada en ir al...».

Recibido a las cinco horas, quince minutos (Su madre continuaba como si no se hubiese cortado):

«Al campo. Espera, aún no he terminado. Vaaale, aquí viene tu padre, que quiere decirte un par de cosas sí o sí, a pesar de que yo no haya terminado todavía».

Breve pausa, carraspeo serio:

«¡Sara! Espero que no te pases el día encerrada leyendo. Tienes que atreverte a salir y hablar con la gente. Es una oportunidad fantástica, poder viajar. Recuerdo cuando tu madre y yo...».

Recibido a las cinco horas, dieciocho minutos:

«¿Qué les pasa a estos contestadores? ¿Por qué no me dejan hablar hasta el final? Bueno, ya hablaremos. Espera. Tu madre quiere decirte algo otra vez».

«Sabes que si cambias de idea siempre puedes ir a Nueva York. O a Los Ángeles. Y no pagues por adelantado».

El mensaje se cortó otra vez, y el siguiente no se grabó hasta tres horas más tarde. Su madre de nuevo:

«¡Sara! ¿Por qué no lo coges cuando te llamamos? ¿Amy es una asesina en serie? Yo ya sé cómo se las gastan en Estados Unidos. Si estás despedazada en algún rincón nunca te lo perdonaré. Si no nos llamas inmediatamente, me pondré en contacto con la CIA. —La voz de su padre murmurando algo de fondo—. FBI. Lo que sea».

Cuando Sara por fin la llamó, su madre todavía no se había tranquilizado:

—No me gusta nada eso de una ciudad de provincias —dijo. Ya habían tenido

antes aquella discusión.

Sara se frotó la frente y volvió a sentarse en la cama. La habitación en la que estaba era pequeña, quizá de tres metros por cinco. Aparte de la cama, había una butaca justo debajo de la ventana, una mesita de noche y una pequeña cómoda. Aquello era todo. El empapelado era claro y estaba adornado con motivos florales. A juzgar por su aspecto, debía de tener como mínimo un par de décadas. Las cortinas tenían un estampado floral totalmente distinto y parecían haber sido colgadas expresamente para su llegada. Eran un decímetro demasiado cortas para la ventana.

—Las ciudades de provincias son tan... aburridas. Podrías haber ido a cualquier otra parte del mundo.

Era irónico. La madre de Sara siempre le había dado la tabarra con que viajara, pero cuando por fin se había decidido a hacerlo, comenzó a comportarse como si pensara que sería mejor que Sara se hubiese quedado en Haninge.

—Y peligrosas. Quién sabe qué tarados se esconden en ellas.

No quedaba claro qué era peor, si el aburrimiento o el riesgo de encontrarte con alguno de los muchos asesinos en serie que se escondían en los graneros. Las palabras despertaron algo en el recuerdo de Sara.

—Es porque las personas se relacionan más —dijo.

—Sinceramente, ¿qué sabes tú de personas? Si no tuvieras las narices siempre metidas en un libro...

También aquella era una discusión que habían tenido demasiadas veces.

Tal vez no fuese tan extraño que la madre viera a su hija mayor como un examen. Josefin, su hermana pequeña, trabajaba de jurista en el juzgado de Södertälje. Con el tiempo llegaría a ser abogada, un oficio socialmente útil que se ejercía vestida con trajes caros. Sara, sin embargo... Una librería. En el centro de un barrio periférico. Era discretamente mejor que ser una exdependienta sin trabajo, lo que era Sara en aquel momento. Y cuando por fin se iba al extranjero, decidía plantarse en un poblacho de la zona rural de Estados Unidos para vivir con una señora mayor.

Sara no solía darle importancia a que su madre considerara tan abiertamente que su hija era una aburrida. La mujer tenía su dosis de razón. La joven no se había lanzado a ninguna aventurilla menor en toda su vida. Pero los constantes ataques contra Amy habían comenzado a ponerla de los nervios incluso antes de partir, y en aquel momento, con el trágico entierro tan reciente en la memoria, la hacían responder con monosílabos a todos los comentarios de su madre.

Esta pareció intuir que se había pasado de la raya, porque de pronto dijo:

—Bueno, sea como sea, no estás cortada a cachitos. —Su tono de pesimismo era tan genuino que ni siquiera le hizo falta añadir «todavía»—. Entonces ¿cómo está Amy? ¿Es amable contigo?

—Amy... —Sara perdió el hilo—. Es simpática.

Y lo era. El único problema era que también estaba muerta.

Sara salió a hurtadillas de su cuarto como un ladronzuelo nervioso y cruzó el pasillo oscuro que llevaba al baño y a la habitación de Amy. Caroline se lo había señalado mientras la guiaba hacia la habitación de invitados. La muchacha pasó deprisa e intentó no mirar la puerta, que estaba cerrada a cal y canto. Se preguntó si alguien volvería a abrirla algún día. Ella, al menos, no tenía la menor intención de hacerlo.

En la escalera se detuvo y agudizó el oído. Después comenzó a bajar despacio.

Siempre que llegaba a una estancia nueva titubeaba y asomaba la cabeza por la puerta con cuidado. En realidad no sabía qué esperaba encontrarse. Algunos habitantes del pueblo escondidos detrás del sofá del salón. Familiares de Amy en el pasillo, enfadados y acusándola de vivir en la casa sin pagar alquiler. O el fantasma de Amy en la cocina. Sin embargo, todo estaba en perfecto silencio.

Se dio una vuelta por el hogar de Amy, pasó las manos por las superficies que su amiga había tocado, caminó por las habitaciones en las que ella había vivido. La quietud de la casa la asustaba, pequeñas imágenes de instantes de la vida cotidiana la abordaban cuando menos se lo esperaba.

En la cocina, alguien había dejado un hervidor de agua, un tarro de Nescafé y una botella de leche. Quedaba pan del día anterior, y cuando Sara abrió la nevera descubrió que estaba rebosante de comida envuelta en plástico y marcada con el nombre del plato y la fecha del día anterior.

Se comió el pan sin ponerle nada y puso en marcha el hervidor antes de subir de nuevo en silencio al cuarto de baño para darse una ducha. La ducha en sí era una instalación antigua sobre una pequeña bañera oval. Se quitó la ropa, la dobló y la puso en un montoncito encima de un viejo taburete de plástico que había en una esquina, enfrente del inodoro. Cruzó los dedos para que se mantuviera seca, pero ni el desagüe ni la cortina de ducha inspiraban mucha confianza.

Las tuberías emitieron un sonido silbante y quejumbroso, y el agua no pasó de tibia.

«Esto no era lo que tenía previsto», pensó Sara. Llevaba el pelo envuelto en una toalla que había encontrado en el lavabo y ya había deshecho las maletas antes de bajar de nuevo a la cocina. Hasta el momento no había pasado más de veinte minutos seguidos en ninguna estancia, excepto en la habitación donde había dormido. De alguna forma, le daba más seguridad mantenerse en movimiento.

Deshacer las maletas le había llevado trece minutos, así que eran las diez y media y no tenía nada que hacer. Fuera ya comenzaba a hacer un calor sofocante. Por la puerta abierta de la cocina entraba el olor a tierra seca y vegetación. Competía con el olor del interior de la casa: a cerrado y madera y mantas viejas.

Se dejó caer sobre una silla de la cocina y buscó alguna señal que le confirmara que Amy había vivido allí, pero lo único que veía eran puertecitas de armario

desgastadas y maceteros con flores muertas en la ventana.

Aquella tendría que haber sido su aventura. Allí tendrían que haber estado sentadas Amy y ella, quizá en aquellas mismas sillas, hablando de libros, y de la ciudad, y también de personas a las que la mujer había conocido, y habría sido agradable.

—Amy —dijo—. ¿Qué demonios has hecho? Íbamos a ser amigas de verdad.

Junto a la puerta de la cocina, que daba al porche trasero, había dos pares de botas de agua de números diferentes. La hierba estaba alta y amarilla por el sol del verano, y el jardín estaba lleno de maleza. Seguramente allí había un montón de cosas que no podían verse por culpa de la hierba, pero Sara consiguió identificar dos manzanos retorcidos que debían de llevar una eternidad sin ser podados, una zona con plantas aromáticas que también parecían malas hierbas y un par de tomateras gigantes.

Volvió a entrar y dedicó una hora a repartir sus libros por la casa en un intento de hacerla acogedora. Pero trece libros no daban para todas las habitaciones.

En su casa tenía casi dos mil libros y tres amigos, siempre y cuando los antiguos compañeros de trabajo de la librería pudieran contarse como tal.

Había empezado en la librería a los diecisiete, primero por Navidad, las rebajas y las vacaciones de verano. Después a tiempo completo. Y allí se había quedado. A media hora de distancia de donde había nacido. No había sido más interesante que aquello.

Una vez, una de las chicas de la librería había asegurado que todos los relatos comenzaban con alguien que llegaba o que se marchaba. En la librería Josephsson jamás había entrado nadie especial y, definitivamente, tampoco en el piso de una sola habitación que Sara tenía en Haninge. Excepto en forma de cartas hermosamente escritas a mano. Durante un tiempo Sara estuvo convencida de que las cartas llevaban consigo una parte de Iowa, una débil pero inconfundible sensación de aventura, la posibilidad de otra vida, más atemporal.

Pero una vez allí todo olía a madera encerrada y alfombras viejas.

—Haz el favor, Sara —dijo. Le resultaba relajante oír una voz humana, aunque solo fuera la suya propia. Los únicos sonidos que se captaban eran los de unas ramas que habían crecido demasiado y tocaban una ventana del piso superior, y los de las tuberías, que de vez en cuando carraspeaban sin venir a cuento.

¿Cómo se podía viajar miles de kilómetros y aun así ser la misma persona cuando aterrizabas? Era algo que Sara no lograba entender.

Dejando al margen, claro, que ahora tenía trece libros y cero amigos.

—Haz el favor —dijo de nuevo, pero aquella vez no sonó mejor que la primera.

Sara suponía que la mayoría de las personas que se tomaban la molestia de pensar en ella creían que usaba los libros para esconderse de la vida.

Y quizá estuvieran en lo cierto. Ya en secundaria se había dado cuenta de que eran pocos los que se percataban de la presencia de alguien si permanecía oculto tras las

hojas de un libro. De vez en cuando había tenido que levantar la mirada para esquivar una regla o un libro de texto que se acercaba volando, pero en general no se los tiraban a ella, y casi nunca había perdido la página por la que iba. Mientras el resto de la clase se había dedicado a marginar o a ser marginada, a grabar símbolos sin sentido en los pupitres o a pintarrapear las taquillas de los demás, ella había experimentado pasiones tempestuosas, muertes, risas, países lejanos, tiempos remotos. Otros debían de haberse pasado aquellos años atrapados en un instituto de Haninge, pero ella había sido *geisha* en Japón, había caminado al lado de la emperatriz de China por las claustrofóbicas habitaciones de la Ciudad Prohibida, había crecido en Tejas Verdes con Ana y los demás, había sufrido su buena dosis de muerte y había amado y perdido junto con los clásicos.

Los libros habían sido un muro de protección, en efecto, pero no solo eso. La habían salvaguardado del mundo que tenía a su alrededor, pero también lo habían transformado en una especie de bastidor para las aventuras reales de su vida.

Podría pensarse que más de diez años en una librería habían exagerado un poco el brillo mágico de los libros, pero a Sara le parecía más bien lo contrario. Actualmente, de cada libro guardaba dos recuerdos: el de haberlo vendido y el de haberlo leído. Había vendido cantidades ingentes de Terry Pratchett todos los años durante las rebajas, hasta que hacía unos cuantos años había capitulado, se había leído uno y se había familiarizado con uno de los autores más fantásticos y, sin duda, fiables de hoy en día. Recordaba el verano en que le había parecido que prácticamente lo único que vendía era *Remar sin remos* de Ulla-Carin Lindquist, y la tarde de verano de tres años más tarde cuando por fin lo leyó. Recordaba que la portada del libro era una silueta oscura en tonos terrosos, apagados, como un día veraniego después de que el sol acabara de ponerse, que el libro en sí era pequeño y delgado y que todos los que lo compraban necesitaban comentarlo. «Es la presentadora de noticias», «La periodista que murió», «Era muy buena en televisión», como si de alguna manera les hubiera destrozado el corazón que alguien de la tele pudiese morir. Sara creía que era un libro que conmovía a la gente antes de que hubieran empezado siquiera a leerlo.

Había cargado más montones de Liza Marklund de los que quería recordar, había vendido la serie «Hamilton» de Jan Guillou en por lo menos tres ediciones de bolsillo y había visto nacer, crecer y continuar *in aeternum* el prodigio de la novela negra sueca. No se había dado demasiada cuenta de cuándo llegó Camilla Läckberg, pero sí la había registrado en edición de bolsillo. Con Sara esas cosas pasaban a menudo.

Debía de haber vendido decenas de miles de libros, quizá cientos de miles, pero no tenía ningún sentido intentar hacer la cuenta. Si durante aquellos años hubiera pensado mínimamente en su futuro, lo más seguro era que hubiera partido de la idea de que iba a llegar a vieja en aquella misma librería, de que poco a poco iría llenándose de canas y polvo, igual que los libros sin vender que iban acumulándose en el pequeño almacén, mientras despachaba tranquilamente papel de impresora en rollo y recambios para bolígrafos Ballograf por los siglos de los siglos. Y luego se

retiraría con una pensión que consistiría, en su mayor parte, en libros que a lo largo de los años habría ido comprando con su descuento para empleados.

Pero la librería Josephsson había cerrado, se había quedado sin trabajo y en aquel momento estaba sola en Estados Unidos.

Cuando un coche subió la rampa del garaje, Sara casi se sintió agradecida por la distracción. El sacerdote del funeral se bajó del vehículo y, mientras se acercaba a la casa, Sara ensayó tres sonrisas diferentes en el espejo del pasillo.

—Limítate a ser normal, Sara —le dijo a su reflejo, pero, trágicamente, la mujer que le devolvía la mirada con los ojos como platos parecía más bien un ratón con turbante y muerto de miedo. Se había pasado una hora dando vueltas por la casa y aun así se había olvidado de quitarse la toalla que se había enrollado en el pelo.

A aquellas alturas, el pastor casi había llegado al porche, así que Sara tiró la toalla dentro de un armario, intentó peinarse con los dedos y salió a su encuentro.

«La sonrisa, Sara», se recordó a sí misma.

El pastor parecía igual de nervioso que ella. El alzacuello blanco debería haber bastado para otorgarle cierta solemnidad, pero la buena impresión quedó truncada porque el pelillo que tenía en la cabeza se negaba a estarse quieto y porque se había puesto una chaqueta barata de color naranja encima de la camisa. Parecía que la hubiese comprado de rebajas en una tienda cualquiera durante la década de los ochenta.

—La muerte de Amy ha sido un duro golpe para nuestra ciudad —dijo. Se había detenido delante del porche y tenía un pie apoyado en el primer escalón, como si no tuviera claro si iba a subir o si iba a dar media vuelta—. Muy duro.

—Ya —dijo ella—. ¿Cómo... cómo murió?

Quizá fuera inoportuno preguntarlo, pero Sara se había percatado de que realmente quería saberlo. Sin embargo, el pastor se limitó a murmurar algo sobre una «enfermedad». Por tanto, no había sido un accidente. Pero aun así el fallecimiento debía de haber sido repentino. No hacía ni tres semanas que Sara le había enviado todos los detalles de su viaje y la respuesta de Amy había sido que se encontrarían en Hope.

Sara se preguntó si no debería invitarlo a café. ¿Cuáles eran las normas de hospitalidad cuando se era la inquilina que no paga en casa de una mujer muerta? Y aquello la hizo pensar:

—No sé muy bien dónde meterme —dijo.

—¿Meterte? —El sacerdote pareció aún más inquieto, si cabía. Bajó el pie del escalón—. Pero si estás viviendo aquí. —Al ver que su comentario no tenía ningún efecto sobre Sara, añadió—: Amy era muy querida, ¿comprendes? A nosotros nos consuela ver que su casa no está vacía y abandonada. Por cierto, ¿necesitas algo? ¿Tienes comida?

—Para varias semanas, me parece.

—Bien, bien. Y ¿alguna otra cosa? Necesitarás un coche, supongo.

—No tengo carné.

El hombre dio un respingo.

—Vaya, bueno. Y... Eh... Sí... Bueno, tendré que hablar con Caroline al respecto. —Parecía aliviado de haber tomado una decisión, y se despidió de Sara antes de que ella tuviera tiempo de determinar si lo invitaba a café o no.

Aún no había resuelto la duda del café cuando llegó la siguiente visita. Pero aquella vez no importó.

La señora Jennifer —«llámame Jen»— Hobson era un ama de casa estadounidense digna de una vicepresidencia. Tenía un pelo castaño perfectamente peinado y que parecía aguantarse erguido por iniciativa propia, y la sonrisa un tanto obsesiva de quien pasa mucho tiempo con niños pequeños. La mujer fue directa a la cocina, puso en marcha el hervidor y sacó dos cucharillas para el café instantáneo.

—Soy la editora del boletín de Broken Wheel —dijo por encima del estruendo de tazas y cucharillas.

Abrió un armarito de la parte inferior y encontró el azúcar. Cuando se agachaba, el pelo basculaba a su alrededor.

—Escribimos sobre todos los acontecimientos importantes que pasan aquí. Hace unos años vino a visitarnos un chico de Jersey. Una especie de *free lance*. Quería encontrarse a sí mismo, pero a las dos semanas se mudó a Hope y se negó a conceder entrevistas.

No quedaba claro qué era peor, si irse a Hope o negarse a una entrevista.

—Una amiga mía de Spencer estuvo investigando su genealogía —dijo con la cabeza vuelta por encima del hombro—. Yo soy de Spencer. Me vine aquí cuando me casé.

En su rostro apareció un halo de contención.

—Da igual. Estuvo investigando su genealogía. Encontró familia de Suecia. Se puso muy contenta. Mucho mejor que tener familia de Irlanda o Alemania, ya se lo dije yo. Todo el mundo tiene familia de esos sitios. Suecia es mucho más exótica.

Miró a Sara y luego negó enseguida con la cabeza, probablemente motivada por el desánimo de ver que la joven era muy convencional.

—¿Tú cómo te llamas de apellido? A lo mejor sois familia. Cosas más raras han pasado, y tampoco hay tanta gente en Suecia, ¿verdad?

—Nueve millones.

—¿Tenéis robles?

—¿Robles?

—El árbol del estado de Iowa. Por aquí tenemos unos robles fantásticos.

—Sí, tenemos... Tenemos robles.

—¿No harías por casualidad alguna declaración de algo que quisieras compartir?

A Sara no se le ocurrió nada.

—¿Nada? ¿Un saludo? ¿Una primera impresión de la ciudad, quizá?

—Solo he estado en el sitio de las hamburguesas.

—Ya sabía yo que me tocaría hacer algún apaño —dijo Jen para sí misma—. Estoy segura de que cuando conozcas un poco la ciudad te encantará. No te preocupes —añadió—. Te expresarás muy bien en el artículo. En cuanto se me ocurra qué vas a decir.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 23 de agosto de 2009

Querida Sara:

Qué bien que te haya gustado Harper Lee. No es que haya pensado mucho en el título en sueco, pero es posible que Pecado mortal suene un poco a novela del montón. Tú lo sabrás mejor que yo.

Como te ha gustado Matar a un ruiseñor, te envío también Criadas y señoras de Kathryn Stockett. El racismo es su punto en común. Sé que hay gente que duda de que el racismo siga siendo un problema grave, pero en mi opinión los que piensan así son las personas de mediana edad, las que creen que el mundo se ha vuelto mejor de forma automática solo porque se han hecho lo bastante mayores como para dirigirlo, pero sin que ninguna de ellas haya movido ni un dedo para mejorarlo. Esta es una de las pocas cuestiones que todavía me alteran. Demasiado, dice mi buen amigo John, que es negro y más que de mediana edad, y que asegura que todo se ha vuelto mucho mejor. Por lo menos en Broken Wheel, añade siempre. John no es muy propenso a generalizar. Yo sigo pensando que no sirve de reflejo a nivel mundial, sino que por aquí la gente de la zona se ha acostumbrado a él. Es la única persona negra de la ciudad, y además lleva la única tienda que todavía vende leche, así que no se me ocurre cómo podría no caerle bien a alguien. Es más, yo considero que es imposible que John no le caiga bien a alguien, pero en eso tampoco está de acuerdo.

Un saludo afectuoso,

Amy Harris

Es una verdad reconocida a voces: una turista sueca en Iowa debe ir a la caza de un hombre

Había en Broken Wheel, al otro lado de la calle visto desde donde Grace, un viejo cine. Su típica arquitectura de los años cincuenta le daba cierta solemnidad a aquella acera de la calle principal, pero hacía tiempo que el cine había dejado de proyectar películas nuevas, y desde hacía varios años ya no se proyectaba ninguna. El proyector se había estropeado. En aquel momento se usaba exclusivamente para las reuniones del consejo municipal.

Llamar consejo al grupito de personas que se juntaban allí era un poco como llamar cine a la sala en sí: decía más de lo que habían sido una vez que de lo que eran entonces. Tiempo atrás se celebraban elecciones y el hecho de participar en él conllevaba cierto prestigio. En aquella época había dinero para gastar y batallas que luchar para decidir en qué invertirlo. Bancos nuevos delante de la iglesia y qué tipo de farolas había que poner. Si el cine era el orgullo de la ciudad o la perdición de la juventud.

Actualmente eran apenas un puñado de personas que todavía querían estar al día de lo que pasaba en la ciudad, pero ya no había dinero para gastar.

Aun así, cada dos jueves seguían reuniéndose en las butacas de la primera fila de la única sala del cine. Caroline Rohde observaba con cierto desaliento la gesticulación frenética de Jen sobre el pequeño escenario que en su día había sido la gran pantalla.

—¡Una turista! —dijo Jen, y Caroline contuvo el impulso de frotarse las sienes.

La última ola de turistas de la ciudad era el único punto del orden del día, y Caroline ya estaba más que harta de él.

Echaba de menos a Amy Harris. Caroline sabía que la gente opinaba que era una mujer muy dura, demasiado meticulosa con eso de Dios y Jesús, y, sobre todo, demasiado aburrida. Pero también sabía que las ciudades necesitaban a alguien que les echara un ojo y alguien que las ayudara. Alguien que supiera qué era lo correcto y que supiera qué se había hecho o dejado de hacer. Había funcionado bien mientras Amy vivía, pero ahora se sentía especialmente sola e insuficiente.

Ella nunca podría ayudar a las personas a las que Amy sí llegaba, pues su amiga parecía tener un don para intuir exactamente lo que la gente necesitaba oír. Al contrario que Caroline, que solo sabía qué era lo que la gente debería oír. Y pocas veces se trataba de lo mismo.

Pero ambas eran igual de necesarias. Y ahora Caroline estaba sola y le tocaba encargarse de aquella turista que se ponía a temblar en cuanto alguien le dirigía la palabra.

Había varias cosillas que quería decirle a Amy. Pero, primero, que descansara en paz, por supuesto.

Y no le resultaría difícil, puesto que era Caroline la que se había quedado allí abajo y a la que le tocaba lidiar con todo el trabajo. Lo que estaba claro era que no recibiría ninguna ayuda del resto del consejo.

Ahora eran tres miembros. Caroline supuso que Jen Hobson estaba allí porque soñaba con convertir Broken Wheel en un paraíso dormitorio para la clase media, igual que Hope. Jen provenía de lo que ella solía llamar un bonito y afable barrio de las afueras de Spencer, al noroeste de Iowa. Caroline no podía evitar pensar que no habría sido una gran pérdida que se hubiese quedado allí. El marido de Jen era de Broken Wheel y era tan amable como cabía esperar de un Hobson —nunca habían sido famosos por su inteligencia, pero Caroline nunca se había molestado en juzgar a la gente por cosas que no eran culpa suya. El pecado consciente ya era lo bastante abundante como para tener que centrarse en otras cosas—. Caroline sospechaba que para Jen mudarse allí había sido un fracaso personal. Aquello la irritaba. No podía imaginarse que Spencer tuviera algo que Broken Wheel no tuviese. Por supuesto que en la ciudad había errores y carencias, y Caroline no titubeaba a la hora de señalarlos, pero que alguien de fuera se sintiese inferior y pretendiera cambiar las cosas... Negó con la cabeza. Jen solo llevaba diez años en la ciudad.

Sin embargo, a la mujer no le asustaba intentarlo, eso era algo que Caroline debía reconocerle. Pero si lo que Jen tenía de energía lo hubiera tenido también de sentido común, podría haber llegado mucho más lejos. Era la editora responsable, la única periodista y la principal fuente de noticias de un boletín sobre Broken Wheel. O un blog de la ciudad. Caroline nunca se había molestado en descubrir qué era exactamente un blog. Pero lo que tenía claro era que de una cosa así no podía salir nada bueno. Que ella supiera, los únicos que leían el boletín eran los familiares de Jen, todos afincados en Spencer. Ninguno de ellos había mostrado interés en mudarse a Broken Wheel, a pesar de o debido al boletín.

Por el otro miembro del consejo sentía un aprecio parecido. Andy, el último eslabón de la familia Walsh que quedaba en la ciudad. Caroline había detestado a su padre, el anciano Andrew Walsh, y estaba dispuesta a perdonarle a Andy un montón de cosas por el mero hecho de no ser como su progenitor. Pero hasta cierto límite.

Andy llevaba The Square, el único bar de la urbe, junto con su demasiado íntimo amigo Carl, y hubo un tiempo en el que se retiró a la lejana Denver. A Caroline no le gustaban los cotilleos, pero, por otro lado, tampoco había ninguna necesidad de provocarlos volviendo de Denver para montar un bar junto con un... «buen amigo».

Aquel día Andy se había puesto unos tejanos azules deslumbrantes, una camisa a cuadros y un cinturón con una hebilla que parecía pesar lo mismo que sus botas de cowboy. El conjunto le sentaba relativamente bien, pero la ropa era demasiado nueva y brillante. A los ojos de Caroline parecía un turista de la costa Este recién aposentado, a pesar de que su familia llevaba varias generaciones en Broken Wheel.

—Una turista en Broken Wheel —dijo él, y se puso de pie para hacer compañía a Jen en el escenario.

—Es raro —puntualizó ella— que no tengamos más.

—No es *tan* raro —intervino Caroline, que a menudo hablaba en cursiva—. Y es una turista sin carné de conducir.

Seguía sentada en la mullida y confortable butaca. Habían pasado doce años desde que se proyectó la última película en el cine, pero todavía olía levemente a palomitas, mantequilla derretida y tela vieja. A Caroline el olor no le despertaba ningún recuerdo de citas de antaño, pero le impresionaba que el tejido siguiera en tan buen estado.

—Tenemos que inventarnos cosas que pueda hacer —dijo Jen—. ¡Hay que entretenerla!

—¿Con qué? —dijo Andy—. Esa es la gran pregunta.

—Excursiones, sobre todo. Toda esta naturaleza tan hermosa. ¡Los robles!

—Y el maíz —dijo Caroline con sequedad.

Le gustaban tanto los robles como a los demás —de hecho, era presidenta de la Asociación para la Conservación de los Robles—, pero no eran una atracción turística.

—No solo el maíz —agregó Andy—. También la soja.

—A lo mejor Tom puede llevarla —comentó Jen como si se le hubiera ocurrido de repente—. Cuando no trabaje, claro.

Caroline cerró los ojos. No se dejó engañar por el tono inocentón. «Por Dios —pensó—. La chica no lleva ni dos días aquí y Jen ya está sacrificando a los solteros de la ciudad en el altar del turismo.» Bueno, para ser justos, la víctima del sacrificio podría ser perfectamente la chica. Los solteros de Broken Wheel tampoco eran una atracción destacada.

Por una vez en la vida, Andy y Jen parecían no estar en la misma longitud de onda.

—¿Tom? —repitió como un bobalicón, cuando cualquiera podía entrever por dónde iban los tiros de Jen.

Pero Jen titubeó:

—Sí, Tom... —dijo—. Estaba pensando si no... ¿se gustarían? —Fijó la mirada en algún punto por encima de la cabeza de Caroline—. ¿No crees que un romance vacacional sería la mejor manera de hacer que ella se sienta a gusto aquí?

Andy se rio.

—Sí, ¿por qué no? A Tom nunca se le ha dado muy bien ligar. Y esa tal Sara también parece necesitar un empujón. Puedo hablar con Tom y advertirlo de su misión.

Jen no era muy partidaria de llegar tan lejos.

—No sé si lo mejor sería dejar que pase de forma más progresiva...

—Es mejor no dejar que pase, punto —terció Caroline.

Si conocía bien a Jen, no se contentaría con un simple romance vacacional, lo cual ya era lo bastante terrible. Probablemente ya estuviera soñando con la boda y

una persona extra para la estadística demográfica, quizá más, y en publicaciones especiales sobre matrimonios, nacimientos y bautizos, una detrás de otra a tempo ligero.

—Pero por lo menos hay que pedirle a Tom que la lleve —declaró Jen.

—George puede llevarla —propuso Caroline—. Podemos pagarle por ello. Al menos de forma simbólica. Haremos una colecta.

Todo lo que mereciese la pena hacer, merecía la pena hacerlo con una colecta.

Caroline detectó el rápido intercambio de miradas entre Jen y Andy, pero no se dejó amedrentar. Toda ciudad necesitaba de una mujer que controlara las cosas. Sabía que se reían de ella a sus espaldas, pero por lo menos lograba que las cosas se hicieran. Y nadie se atrevía a reír cuando ella podía oírlo.

—Pero ¿el Pobre George está lo bastante... —Jen parecía buscar una descripción benevolente, pero se rindió—: sobrio?

—Lleva un mes sin probar gota —contestó Caroline—. Ya casi no le tiemblan las manos. Necesita tener algo importante que hacer para no pasarse el día sentado donde La Mujer Esa tomando café.

—Un buen hombre —murmuró Jen.

—George la llevará —sentenció Caroline, y con eso quedó decidido.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 9 de octubre de 2009

Querida Sara:

La verdad es que, como ciudad, Broken Wheel no es nada del otro mundo. Tiene muy pocas cosas interesantes. Es más, tiene muy pocas cosas. Pero a mí me gusta. He nacido y me he criado aquí, y eso marca una gran diferencia.

Hay una calle mayor, que se llama calle Mayor, sin más, y tres calles transversales. Se llaman calle Segunda, calle Tercera y calle Jimmie Coogan. El nombre de la última puede precisar de una explicación. Hasta 1987 se llamaba calle Cuarta (somos un pueblo prosaico, literal, sin predilección por las rimbombancias o las grandes palabras). Pero ahora está bautizada en honor a un bromista de pura cepa. Me alegro mucho de ello. Haber tenido uno le otorga cierta categoría a una ciudad.

Un saludo afectuoso,

Amy Harris

Asfalto y hormigón

Leer libros no era una mala vida, pero en los últimos tiempos Sara había comenzado a preguntarse si aquello realmente era... vida. Las dudas habían surgido cuando se enteró de que Josephsson iba a cerrar sus puertas. Sara se sorprendió de la fuerza que tenían. Era como si diecisiete años de su vida desaparecieran con la librería, como si todo lo que había sido estuviera entre las estanterías grisáceas de una tienda polvorienta, en las personas que compraban la oferta de cuatro por tres en libros de bolsillo en verano y cualquier cosa brillante y envuelta por Navidad.

Lo cierto era que en aquel momento había sido consciente de que podría haber encontrado trabajo en alguna otra librería, pero justo en aquel instante, después de tantos interminables días de verano en el centro de un barrio de la periferia, mientras avanzaba la cuenta atrás hacia el cierre definitivo, se había preguntado a sí misma si realmente aquello era suficiente. Y se había asustado, porque ¿qué había allí fuera aparte de libros y trabajo?

Estaban Amy y una ciudad de provincias de Iowa que parecía sacada de una novela de Fannie Flagg o Annie Proulx. Sara le había comprado a la mujer un libro por internet, a través de un servicio de antigüedades donde también las personas privadas podían vender libros. Cuando Amy se negó a recibir dinero a cambio del ejemplar, la joven había hecho de tripas corazón y le había enviado un libro como agradecimiento, y a partir de ahí el intercambio había continuado. Amy le había escrito unas cartas fantásticas sobre libros y las personas de su pequeña ciudad, y en aquel momento era lo único a lo que Sara podía agarrarse. La única cuerda de seguridad de una existencia que había comenzado a parecerle abrumadoramente vacua.

Si su vida hubiese sido un libro, Sara ni siquiera habría tenido un papel secundario. Y un papel secundario era todo lo que pedía, en realidad. Personaje protagonista era demasiado, pero como mínimo estaría bien poder contar con un aspecto y algún rasgo de personalidad descritos de pasada en un par de líneas cuando se cruzara con la auténtica heroína. Ser una persona con nombre y unas cuantas réplicas.

En julio le había parecido un sueño muy lejano, y en aquel momento se le antojaba igual de distante.

Pero dio por hecho que conseguiría ir superando los días con ayuda de los libros. Hasta la fecha, siempre lo había hecho.

Aquella mañana Sara sacó a Bridget Jones al porche junto con su tercera taza de café instantáneo casi imbebible. Cruzó el pasillo a paso ligero con la mirada fija en la puerta. Intentó evitar ver el pequeño altar que había en el corredor. Le habría gustado que alguien hubiese quitado las banderitas, pero también le parecía que aquello no era asunto suyo.

Fuera se estaba mejor. Las mecedoras eran cómodas y el jardín salvaje parecía

más glamuroso que descuidado. Cuando se mecía podía oír el agradable crujido de la madera.

Mientras el sol iba subiendo poco a poco por detrás de las copas de los árboles, Sara intentaba imaginarse que todo era como debía ser, como debería haber sido.

Quizá Amy no estuviera muerta. Tal vez estuviese totalmente absorbida por las flores de la cocina. Quizá se encontrara en el piso de arriba con un libro. A lo mejor era eso.

Sara soltó un suspiro. Era como intentar cambiar el final trágico de un libro. Por mucho que uno tratara de convencerse de que las cosas cambiarían después de que el sádico chapucero del autor hubiera desaparecido del mapa, allí seguía, en el subconsciente.

Rhett Butler había dejado a Scarlett justo cuando ella había comenzado a ganárselo. Contra todo pronóstico, contra su propia manera de ser, la naturaleza del amor y su palabra, sí, contra todo cuanto era sensato y justo. Y ni siquiera el terrible padre de Charlotte Brontë podía evitar que M. Paul muriera, por muy falsamente vago que hubiera formulado el final en un intento de alegrarlo.

Incomprensible.

Pero así era. No cabía otra que hacer un esfuerzo para no pensar en ello. Margaret Mitchell era mala, y Amy Harris estaba muerta.

Cogió el libro de su regazo y se obligó a seguir leyendo. Había algo consolador en que el libro fuera exactamente igual allí que en Suecia. Bridget fracasaba en sus promesas de fin de año de la misma manera que antes, y cuando conocía al señor Darcy este llevaba la misma locura de jersey. Cuando Daniel Cleaver aparecía en escena, Sara ya se había sumido en el acogedor mundo de los libros, donde se habría quedado bien a gusto si no hubiese sido porque un coche se había encaramado a la rampa del garaje.

George llevaba la misma camisa a cuadros rojos que el sábado, y seguía igual de arrugada. Las manos, sin embargo, le temblaban más que entonces. Pero Sara recordó que la había acompañado durante la acogida después del funeral y le sonrió por encima del borde del libro.

—Vengo para decirte que soy tu chófer.

Sara bajó el libro lentamente hasta depositarlo sobre sus rodillas.

—Yo te llevaré —le aclaró el hombre—. A donde tú quieras. Solo tienes que llamarme. —Soltó su número de teléfono de carrerilla sin esperar a que ella lo anotara—. Si no estoy en casa estoy donde Grace. —También le dio ese número, y la joven tampoco tuvo tiempo de apuntarlo.

—Pero puedo ir caminando —dijo ella.

—Ellos me han dicho que yo te llevo.

—¿Ellos?

—Jen y Andy. Caroline también estaba de acuerdo.

Aquello debía de zanjar el asunto.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Puedo llevarte a algún sitio?

—Ya no hay mucha cosa que ver —dijo George mientras conducía en dirección al centro.

Lo único que parecía haber en exceso en Broken Wheel era maíz. En aquella época, a finales de agosto, se erguía a su alrededor en extensiones gigantescas. La penetrante luz del sol transformaba los campos en un mar revoltoso, dorado y verde que cegaba a Sara y le pellizcaba los ojos de tal modo que el asfalto de Broken Wheel apareció como una suerte de liberación. Comenzaba a diez minutos de la ciudad con una hilera de casas de hormigón gris y un aparcamiento de caravanas abandonado.

—Allí vivo yo —dijo George.

Sara esperaba que se refiriera a la hilera de casas, porque en el aparcamiento no había ningún sitio habitable. Una verja rota marcaba una especie de límite con la ciudad y, detrás del aparcamiento, había varios árboles solitarios plantados en una veta de tierra incultivable.

Más adelante la carretera se ensanchaba, pero el primer edificio que mereciera ser llamado así tardó bastante en aparecer. Lo único que había entre el barrio de George y el centro de la ciudad era una gasolinera abandonada. Un cobertizo blanco de chapa corrugada parecía haber hecho las veces de estación de servicio y, junto a él, alguien había dejado tirados dos neumáticos de tractor y un carrito infantil roto.

—Antes había más tiendas —comentó George como disculpándose, como si toda la ciudad fuera culpa suya—. Pero la mayoría cerraron después de la crisis. No había gente suficiente para sacarlas adelante.

Lo que no podía perderse era la calle Jimmie Coogan, se recordó Sara a sí misma. Debía de tener algo. Pero le costaba generar un poco de entusiasmo. Ahora que había descansado, se había duchado y veía la ciudad tal como era, se le antojó aún más deprimente.

A decir verdad, el paisaje llano y ondulado de las Grandes Llanuras había inspirado un estilo arquitectónico por sí solo, en el que las casas bajas se fundían con las praderas y los núcleos urbanos estaban entreverados de hermosas aceras de madera con techo: hechas para que la gente pudiera deambular ante los escaparates, una especie de mezcla entre porche y paseo. En muchas ciudades funcionaban bien y daban una impresión de relax y acogimiento.

Broken Wheel, sin embargo, era un derroche extremo de ladrillos, asfalto y hormigón. Las casas eran demasiado bajas, sin duda, pero porque nunca había habido necesidad alguna de hacerlas de dos pisos. Es más, en aquel momento, sobraba incluso con uno. En lugar de haber praderas barridas por el viento, las casuchas de ladrillo asomaban a una carretera innecesariamente ancha que daba casi para tres carriles. Ahora ya apenas se utilizaba, puesto que hacía mucho tiempo que había quedado fuera de juego, cuando las carreteras interestatales redirigieron el tráfico.

Una vez que George la dejó y se metió en el local de Grace, Sara caminó dos manzanas al tuntún. Después se quedó de pie junto a la calzada, como si se hubiese visto dominada por la atmósfera. Toda la ciudad estaba cubierta por una especie de manto de tristeza, igual que si varias generaciones de problemas se hubieran quedado pegadas a los ladrillos y al asfalto. En una esquina había un grupo de hombres. Debían de tener más de cincuenta, quizá sesenta, era difícil de decir basándose en las camisetas raídas y los rasgos maltrechos de sus caras, pero destilaban la misma ociosidad que los adolescentes del centro comercial en el que Sara había trabajado. Como si los días ya no tuvieran nada que ofrecerles y el futuro ya no fuera a llegar.

¿De verdad podía ser aquello el Broken Wheel de Amy? ¿La misma ciudad en la que su hermano había dirigido el periódico *The Bent Farmer* y en la que una profesora de escuela había convertido un ciclomotor con plataforma en una biblioteca improvisada?

Aun así continuó calle abajo, más que nada para alejarse de las miradas de los hombres. No porque fueran hostiles. Solo la estaban observando, quizá porque, simplemente, no había nada más que mirar. «Si fuera capaz de encontrar la calle Jimmie Coogan...», pensó. Seguro que entonces vería ante sus ojos la ciudad de Amy como por arte de magia, llena de fachadas de madera, mujeres con falda y una especie de sociedad atemporal al estilo *amish*, como la que Sara se había imaginado al leer las cartas de su amiga desconocida.

A pleno día, el sol apretaba con fuerza y llenaba de luz los locales comerciales vacíos, uno detrás de otro. Muchos tenían bonitas fachadas de madera, como si, a pesar de todo, la ciudad hubiera disfrutado de su época glamurosa y llena de vida. Pero la buena impresión desaparecía ante la visión de los locales abandonados. Algunos tenían las ventanas mal tapiadas, otros simplemente tenían los cristales rotos, sin que nadie se hubiera molestado en arreglarlos ni ocultarlos con tablones.

Delante de algunas de las antiguas tiendas se habían plantado árboles delgaduchos que parecían no haber terminado de enraizar nunca del todo, y al fondo de una de las calles transversales había algo que pretendía ser un parque. Pero el glamur no pasaba de ahí.

Sara tardó veinte minutos en atravesar la ciudad y no vio indicio alguno de la calle Jimmie Coogan.

En la otra acera había un anuncio que promocionaba un pesticida contra los ataques de los gusanos a las raíces de las plantas de maíz: «¡Mantenga las plagas alejadas de su sembrado! —le gritaba al mundo en un cartel de dos por tres metros y de por lo menos veinte años de antigüedad—. Con Dyfonate 20-G Intersectitude. ¡Ideal para los grandes cultivos de maíz!».

Debajo había un indicador más pequeño que aclaraba que aquello era Broken Wheel. Punto. Ni siquiera se habían molestado en añadir un típico «El corazón de Iowa», ni «El jardín de Iowa», ni ningún otro intento de embellecer. El cartel era tan pequeño que a Sara le pareció que pedía disculpas por molestar.

Necesitó dos idas y venidas para encontrar al fin la calle Jimmie Coogan, y solo lo consiguió por eliminación. No había señal alguna, y la calle en sí no era más que un callejón sospechoso con altas paredes de ladrillo a ambos lados.

Con aquello terminó de quedarse sin aire. Se detuvo de pie delante de la cafetería. Encima de la puerta se distinguían unas tenues letras en oro sobre un fondo rojo. «Amazing Grace.» Cuando Grace le hizo una señal con la mano para que entrara, Sara casi se sintió agradecida de que alguien decidiese por ella lo que tenía que hacer.

La camarera le sirvió una taza de café sin que ella se lo pidiera y echó un puñado de carne picada rosada en la plancha que tenía detrás.

El local estaba prácticamente vacío. Solo había tres coches aparcados fuera: dos camionetas llenas de polvo, de un color azul palidecido por el sol, y una furgoneta blanca destinada a reparaciones de carretera. En una mesa había tres hombres con chalecos reflectantes comiendo huevos con bacon y tomando café, una cena temprana más que un almuerzo tardío.

—Toda una ciudad por descubrir, ¿eh? —dijo Grace.

Sus enormes brazos volvían a descansar sobre la barra.

—Una ciudad bonita —respondió Sara sin creerlo.

—Un agujero de mierda, eso es lo que es. Si yo fuera tú, no me quedaría aquí. —Hizo una pausa dramática—. Huye mientras puedas, es lo único que digo. Nunca he entendido por qué mi abuela decidió quedarse aquí.

Encendió otro cigarro y continuó casi con la misma bocanada de aire:

—¿Así que George es tu chófer? No soy de las que van cotilleando por ahí, pero ese hombre ha tenido una vida muy dura. Se merece un poco de apoyo extra. Su mujer lo dejó. Fue después de que empezara a beber. No siempre, claro. A épocas. Pudo conservar el trabajo en la cortadora de carne durante varios años.

Grace no se había molestado en bajar la voz, pero George no daba señales de haber oído lo que decía. Quizá la sordera selectiva fuera una cualidad que había tenido que desarrollar para sobrevivir.

—Pero fue un acierto que lo echaran, la verdad. No es el mejor trabajo para un hombre que no tiene buen pulso. —Le guiñó un ojo a Sara—. En esas condiciones es fácil terminar sin manos. —Enseguida añadió—: Pero ahora está sobrio. Lleva más de un mes. Un buen hombre.

—¿Por qué te haces llamar Grace?

—Mi madre se llamaba Grace. Su madre se llamaba Grace. La madre de su madre se llamaba Grace. —Sara temía que fuera a añadir otra generación—. Pero ¿yo? Madeleine.

Sara se obligó a darle un trago al café. Era demasiado suave y tenía el leve sabor a quemado que coge cuando lleva demasiado tiempo sobre la plancha eléctrica.

—Madeleine. Es un nombre de señoras mayores, delicadas. Mujeres que se desmayan cuando alguien las toca. Mujeres que se casan y bordan sus iniciales en los pañuelos. Sus iniciales como veneno, no te confundas. No es un nombre digno de una

mujer que voltea hamburguesas o mantiene a raya a los obreros borrachos con una escopeta recortada.

—Quizá ella te imaginara en otro oficio —dijo Sara, y miró nerviosa a Grace, de reojo por encima de la taza, para ver si había ido demasiado lejos.

Pero Grace parecía satisfecha.

—No es cuestión de oficio, sino de tradición familiar —respondió—. Las mujeres de mi familia siempre han sido duras, siempre han servido alcohol, siempre se han llamado Grace.

Pasó la hamburguesa a un plato con un movimiento de mano tan exagerado que por un momento Sara pensó que se deslizaría por el borde. Luego sirvió una porción de patatas fritas e hizo que el plato corriera por el mostrador. La cerámica traqueteó con estruendo pero se detuvo justo delante de Sara.

—Mi madre se enamoró de un hombre que tenía un pequeño cultivo propio a unos tres kilómetros a las afueras de la ciudad —continuó Grace—. Y ¿qué te crees que hizo la muy tonta?

Sara no se molestó en probar suerte y Grace continuó sin parar:

—Se casó. Yo nací cuando ya llevaban dos años de matrimonio. Una Grace que no es bastarda. Empezaron a correr los rumores, te lo puedo asegurar. Mi abuela todavía estaba viva y se encargaba de los críos, así que mi madre no fue del todo aceptada. Mejor así, qué quieres que te diga.

Grace encendió un cigarrillo. Sara cortó un trozo de su hamburguesa con cuidado.

—Mi madre se esforzó para que la aceptaran. ¿Tú alguna vez has intentado que te acepten?

Sara pensó un segundo antes de responder:

—No sé —dijo, pero suponía que todo el mundo lo había intentado alguna vez.

—No vale la pena —prosiguió Grace—. Si sigues sus normas del juego siempre saldrás perdiendo. Es como el dicho: nunca discutas con un idiota, porque te rebajará a su nivel y entonces te ganará por experiencia. Lo mismo pasa cuando tienes que vivir tu vida. —Echó la ceniza en el rebosante cenicero—. Nunca vivas tu vida según las normas de los idiotas. Porque te rebajarán a su nivel, ganarán y mientras tanto tú vivirás una vida despreciable.

Le lanzó una mirada escrutadora a Sara.

—Mira a Caroline. Es aún más triste que su madre, y son muchos quienes lo dicen. La vieja señora Rohde era jodidamente aburrída, pero por lo menos tenía un poco de actitud. Chulería. Caroline se ha pasado la vida doblegándose ante las expectativas de otras personas y ahora se divierte obligando a los demás a aceptar las suyas.

Sara no dijo nada. No se imaginaba a Caroline como una persona que se hubiera doblegado jamás ante las expectativas de nadie. Como mucho, ante las que tenía de sí misma, pero la joven no estaba segura de que la mujer siquiera las tuviera en cuenta.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 14 de enero de 2010

Querida Sara:

¡Una librería! Debe de ser un lugar de trabajo muy agradable. En Broken Wheel nunca hemos tenido una, pero una vez tuvimos un ciclomotor con plataforma-biblioteca. La señorita Annie, nuestra profesora de escuela, decidió montar una biblioteca escolar y sacarla a la calle todos los sábados. Nunca contó con demasiados libros, y los que tenía estaban desparramados sobre la plataforma del ciclomotor de la señorita Annie. Pero ¡qué aventuras! De allí cogí Mujercitas, supongo que el leve tono moralizante de la buena Louisa encajaba bien en la colección, y La cabaña del tío Tom, que a mí me pareció un error por su parte. Muchas de las familias en Broken Wheel tenían miembros abolicionistas, pero creo que no eran del todo conscientes de cuántas opiniones liberales conseguí encontrarle a Harriet Beecher Stowe. Para algunos es una finísima línea entre cristianismo, liberalismo y comunismo. Y también tenía la Biblia, claro, pero esas historias ya me las había leído por aquel entonces.

El préstamo en las calles de la ciudad sobrevivió toda una década, y la biblioteca escolar duró hasta que la escuela cerró. Pero al final la biblioteca de la escuela ya no era lo mismo, entonces nos daban ayudas para comprar libros. En mi opinión, las bibliotecas escolares tienen algo que va contra la inspiración. Ediciones de veinte libros con el mismo título, como si todo el mundo fuera a leer lo mismo, y el singular olor de la obligación. Nunca hemos sido una ciudad muy lectora. Demasiado prácticos, supongo. Hay que ser un poco soñador para apreciar los libros, por lo menos al principio. Pero supongo que en las ciudades un poco más grandes es distinto. Había una biblioteca en Hope, pero nunca llegaron a tener librería. ¿No te

parece raro que una ciudad pueda tener tres tiendas de decoración pero ninguna librería? Me refiero a Hope. Aquí no hay ni una sola tienda de decoración desde que cerró La Esquina de Molly. Además, solo vendía figuras de porcelana.

Caroline Rohde, una buena amiga mía, acaba de pasar por aquí. Es muy simpática, pero muy activa en la iglesia. Dice que te diga que sí que tenemos una especie de librería, porque la Comunidad Bíblica (Caroline es la presidenta de la sección de Broken Wheel) tiene una sala en la parroquia. Allí hay veinte Biblias que venden a cinco dólares cada una, pero también te la puedes llevar gratis si demuestras que no tienes ninguna en casa.

Disculpa que me extienda tanto. Estoy tumbada en la cama y tengo demasiado tiempo como para expresarme en pocas palabras.

Sobre mi propia vida no hay mucho que decir, pero eres muy amable por preguntar. Cuando era más joven estaba convencida de que todos los viejos tenían una historia dramática que contar. Creo que eso es porque me crie en el campo. Aquí todas las familias parecen tener sus secretos oscuros, embarazos inexplicables y trágicos incidentes con tractores y cosechadoras. A menudo de dimensiones bíblicas, literalmente hablando, como en los años 1934 y 1935, cuando sufrimos las plagas de langostas. Pero hoy en día nuestras vidas resultan muy convencionales. Me interesa mucho más la vida de los jóvenes (ahí sí que tenemos dramatismo).

Ahora ya no nos quedan tantos jóvenes, por supuesto, y los que yo veo como «mis» muchachos ya son casi adultos. Mis muchachos son los que eran pequeños cuando yo era adulta. Ahora Claire, Andy y Tom ya tienen más de treinta. Tom es mi sobrino, es decir, el hijo de mi hermano Jimmy (no confundirlo con Jimmie Coogan). Claire tiene una hija de diecisiete, uno de esos embarazos inexplicables. Yo no creo que fuera Tom, nunca lo he pensado, pero sí que me pregunté si no habría sido Andy. Aunque Andy se mudó a Denver más o menos por la misma época (hay a quien aquello le pareció muy sospechoso, pero a veces pienso que su padre hizo correr el rumor a propósito. A la larga no le sirvió de mucho, también hay que decirlo). Andy volvió con un muy buen amigo llamado Carl, que es muy simpático a pesar de ser indecentemente guapo. No hay muchas personas a las que yo les perdonaría un aspecto así, pero Carl es una de ellas.

Caroline pregunta si tienes la Biblia. Me he tomado la libertad de decirle que creo que sí.

Un saludo afectuoso,

Amy Harris

Una turista en nuestra ciudad

Si Sara hubiese sabido todas las discusiones que había provocado en la ciudad se habría quedado perpleja. No era una persona interesante. No era exótica. Desde luego, no era guapa.

Habría sido la primera en reconocer que su aspecto era puramente convencional. Ya cuando tenía siete años tuvo que resignarse a aceptar que su pelo era de color rata. Era irremediable. Ni con la mejor voluntad del mundo podía ser descrito como «rubio rojizo», o «castaño claro», o con alguna de aquellas expresiones con las que se dibujaba a la heroína en los libros que leía. Y nunca había tenido ningún sentido de la elegancia. Lo mejor que su madre le había dicho jamás sobre su forma de vestir era que la ropa por lo menos estaba entera y limpia.

A decir verdad, los ojos eran su principal recurso. Eran grandes y expresivos, siempre y cuando no estuvieran muertos de miedo o escondidos detrás de un libro.

Pero Broken Wheel nunca había tenido una turista de verdad hasta aquel momento.

Al día siguiente de haber pasado por Amazing Grace, Sara ya era el principal tema de conversación entre dos ancianas de la ciudad. Habían pasado por la cafetería a tomar un café solo para ponerse al día de los últimos cotilleos.

—Lo que está claro es que ha venido justo en el momento oportuno —dijo una de ellas.

A cierta distancia apenas se la podía distinguir, sentada a un extremo de la barra, en parte porque su corta y flacucha figura se había encogido aún más con la edad, y en parte porque estaba envuelta en una impenetrable nube de humo. Gertrude se fumaba los cigarros seguidos. También bebía. Ni eso ni su dieta (era una gran aficionada a las conservas y a la grasa, sobre todo combinadas) habían conseguido acabar todavía con ella, para el desconsuelo de sus dos exmaridos. Hasta que la comida y el fumeteo pasivo acabaron primero con ellos. Era viuda.

—Un funeral —continuó Gertrude—. Una ciudad siempre saca ventaja de un funeral. Siempre es agradable que pase algo.

Su amiga, Annie May, agitaba la mano para abrir un hueco entre la humareda.

—Y tan elegante —dijo—. Todo el mundo con ropa negra y bonita. Y luego toda la comida.

—Yo llevé mi cazuela de maíz —dijo Gertrude—. Con doble de bacon, claro.

Ambas miraron a Grace con expectación.

Ella se inclinó sobre la barra.

—Una mujer simpática —comentó—. Se pasó por aquí ayer y estuvo por lo menos una hora. Y también la vi justo cuando acababa de llegar.

—¿Ah, sí? —volvió a intervenir Gertrude, lo cual era más ánimo del que Grace necesitaba para contar una historia.

—Simpática, pero supongo que también un poco rara. Cuando llegó tenía un libro

en la mano. Lo abrazaba como si fuera su única protección en el mundo. Yo la vi primero, así que sé lo que me digo. No sé de qué puede protegerte un libro. Una recortada, eso sí que... —Dejó que su voz fuera apagándose para enfatizar sus palabras, pero tanto Gertrude como Annie May conocían lo bastante a Grace para no dejarse distraer por otra de sus anécdotas.

—Bueno, de eso mejor no digo nada —continuó la camarera al ver que no le hacían caso—. Las Graces hemos tenido nuestras propias obsesiones. Una de las primeras Graces incluso se obsesionó con un *sheriff*. Aquello acabó mal, pero era de suponer. La echaron de la ciudad.

Annie May no hizo ningún comentario al respecto, sino que volvió al tema:

—Pero ¿va a quedarse?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —dijo Gertrude irritada, puesto que ella no había caído en aquella nefasta posibilidad.

Annie May tenía el pelo fino y blanco y se lo había recogido en un nudo mal hecho. Parecía una afable abuelita y aquel había sido su aspecto durante los últimos cincuenta años. No se había casado (un cruel capricho de la naturaleza). Parecer una abuelita era fantástico cuando se tenía nietos, pero no era el aspecto más conveniente para llegar a tenerlos. Irónicamente, Annie May siempre se había interesado más por los hombres que por los niños, porque estos últimos eran de todo menos románticos.

—Creo que va a conocer a alguien —dijo.

—¿Conocer a alguien? —El tono de Gertrude era inquietante.

—Siempre lo hacen, ¿sabes? —replicó Annie May a la defensiva.

—¿Quiénes?

—Las personas solitarias que llegan a una ciudad nueva. En las historias, ya sabes. Incluso los hombres.

—Hombres —repitió Grace. No parecía que los hombres merecieran más comentarios por su parte—. Si tiene medio gramo de sentido común, se largará en menos de lo que canta un gallo. No vale la pena quedarse en esta ciudad.

—¿Y qué ciudad la merece? —quiso saber Gertrude—. Pero por lo menos somos mejor que Europa.

Libros y personas

Una cocina de gas. ¿Cómo, exactamente, se encendía una cocina de gas? Y ¿qué pasaba si uno se equivocaba?

Sara no se había topado nunca con una cocina de aquel tipo. Había vivido en casa de sus padres, donde tenían una cocina eléctrica normal y corriente, aunque cara, con planchas de color negro que estaban como hundidas en el armazón, cromado y brillante. Y luego había vivido sola en un piso de una habitación en Haninge, donde también había una cocina eléctrica de toda la vida, un poco más vieja, que tenía planchas de verdad y que una vez había sido blanca.

Había estado varios días rondando la cocina de gas de Amy sin atreverse a encenderla. Tenía la vaga teoría de que, de alguna forma, implicaba el uso de cerillas, y en un ataque de bravura incluso había buscado una cajetilla en uno de los cajones de la habitación. Después, la valentía la había dejado en la estacada.

A veces tenía la impresión de que la casa estaba en su contra. Quizá no fueran más que sus remordimientos por no pagar alquiler los que la perseguían, pero no podía librarse de la sensación de que las habitaciones habían sido infelices mucho antes de que Amy muriera. Ni siquiera había libros en el salón, solo un sofá negro de piel que jamás podría haber hecho feliz a alguien.

Casi había decidido que sería mejor volver a comerse la cena fría cuando sonó el teléfono. Se quedó de piedra.

«Piensa, Sara.»

El teléfono continuó sonando con señales agudas y penetrantes.

Hiciera lo que hiciese, sería embarazoso. Seguro que había una buena cantidad de personas que sabían que ella estaba viviendo allí, pero habría otras, supuso, que no. Si era alguien que no sabía que Sara estaba instalada en la casa resultaría bastante incómodo coger el teléfono de pronto. Y si era alguien que ni siquiera sabía que Amy estaba muerta, aquello ya rozaría lo insoportable.

Dejó de sonar.

Sara se arrepintió de no haberlo cogido. Estaba casi convencida de que debería haberlo hecho. Pero entonces volvió a sonar y Sara regresó al mundo de las indecisiones. Al final contestó y dijo «Sara» solo para no tener que pensar más en ello.

Una voz amable y resuelta habló al otro lado:

—Sara, aquí Andy. Nos conocimos en el funeral.

—¡Andy! —dijo ella, y luego se percató de que había sonado un poco demasiado familiar. No lo recordaba del funeral, pero sabía quién era por las cartas de Amy.

—¿Te apetece pasarte por The Square esta tarde? Para tomar algo tranquilamente con unos colegas de aquí, de Broken Wheel. Todo muy relajado. Cerveza fría, gente maja.

Sara miró la cocina de gas. No hubo respuesta. Así que hizo vibrar las cuerdas

vocales como si estuviera pensando.

Conocer a gente nueva le resultaba aterrador, obviamente. Pero de alguna manera era como si ya los conociera. Y por lo menos saldría de aquella casa.

—Gracias —dijo—. Me encantaría.

—Fantástico. Pasamos a recogerte a las seis. No, no, no es ningún problema —añadió antes de que a ella le diera siquiera tiempo a imaginarse a sí misma como una molestia.

A las cinco ya estaba tan lista como podía llegar a estarlo. Había ignorado la cena por completo y había dedicado el tiempo a repasar todo su armario en busca de algo bonito pero no demasiado.

Estaba bastante satisfecha con el resultado. Los pantalones grises caían rectos con la raya bien marcada y le daban un aspecto casi elegante. El jersey negro con cuello de pico era ligeramente entallado y le marcaba los delgados hombros y clavículas, y un indicio de pechos. Incluso se había puesto un poco de rímel y una leve sombra de ojos en tono lila.

En aquel momento estaba sentada en la cocina con la espalda totalmente erguida, intentando permanecer lo más quieta posible para que no se le arrugaran los pantalones ni se le corriera el rímel. Pero por dentro daba pasitos de baile espontáneos ante la idea de conocer a los jóvenes de Amy. Quizá parte del entusiasmo y el pulso acelerado no fuera más que nerviosismo, pero en aquel caso se trataba de una inquietud diferente al miedo que solía sentir ante la gente. Aquella se debía al anhelo de aventura: de repente tenía la sensación de que podía pasar cualquier cosa, como si de alguna forma Amy hubiera vuelto a su lado a través de sus jóvenes. Los conocía de la misma manera en que conocía a Elizabeth Bennet, a Jack Reacher y a Euthanasia Bondeson. Ninguno de ellos la había decepcionado jamás, y estaba segura de que Andy y los demás tampoco lo harían. El desengaño con Jimmie Coogan se lo había llevado el viento.

Cuando una camioneta roja se detuvo delante de la casa, Sara se levantó de prisa y se dijo a sí misma que no se comportaría como una idiota. «Ellos no te conocen —se dijo—. Para ellos no eres más que una desconocida que no sabe nada de ellos, ni de Amy ni de la ciudad.» Pero sonreía mientras lo pensaba.

El hombre que se bajó del coche no era Andy, de aquello estaba segura. Había algo tenso y forzado en sus movimientos que no encajaba en absoluto con la voz resuelta del teléfono ni con las descripciones que Amy había hecho en sus cartas.

—Tom —dijo él.

—Sara —agregó ella de forma automática, y parpadeó unas cuantas veces mientras lo miraba.

Tenía una red de bonitas patas de gallo alrededor de los ojos, pero no sonreía. Sus ojos tenían el mismo color verde grisáceo y profundo que el mar en noviembre, y emitían más o menos la misma calidez. Todo su lenguaje corporal transmitía distancia

e irritación. Sara no sabía qué podía haberle hecho para gustarle tan poco, pero que no era de su agrado resultaba más que evidente.

Durante un instante, el mundo de Sara volvió a zozobrar, igual que había ocurrido con lo de la calle Jimmie Coogan. Solo un poco, lo justo para que todo pareciera distorsionado y poco fiable, pero no tanto como para que Sara pudiera decir a ciencia cierta qué era lo que había cambiado.

Tom llevaba unos tejanos holgados y una camiseta, lo cual hacía que los pantalones grises de Sara quedaran absurdamente fuera de lugar. Ya no le dedicaba ni medio pensamiento a que sus piernas pudieran parecer elegantes de algún modo. Habían recuperado su condición normal y flacucha, y toda ella volvía a ser de lo más convencional.

«Ya has pasado antes por esto, Sara —se dijo—. Si has sido tan tonta como para pensar que algo iba a cambiar solo porque se trataba de los jóvenes de Amy, tendrás que aguantarte. ¡Rímel! Qué idiota.»

Curiosamente, aquello le sirvió de cierto consuelo: por lo menos estaba acostumbrada a ello.

—Andy me ha pedido que te lleve. —Tom lo dijo como si de alguna manera fuera culpa suya.

—Podría haber ido caminando.

—Claro.

En aquel momento Sara se planteó seriamente dar media vuelta y meterse otra vez en casa de Amy. Pensó que no lo soportaría si Andy resultaba ser igual de antipático. Pero Tom ya había abierto la puerta del coche y le estaba dando un empujoncito al brazo de Sara para ayudarla a subirse al asiento.

—Así que tú eres Sara —dijo al final.

No había mucho que decir al respecto, así que la joven se quedó callada. Sin darse cuenta se estaba abrazando al bolsillo de la chaqueta, donde había metido un libro por si acaso. No le parecía acertado sacarlo, pero también resultaba obvio que Tom no tenía ganas de hablar con ella. Las personas eran extrañas, en ese sentido: podían no mostrar ningún interés por una, pero en cuanto sacaba un libro era ella la antipática.

Al otro lado de la ventanilla volvieron a aparecer los campos de maíz en cuanto salieron del camino que llevaba a casa de Amy. Sara no tenía muy claro si le parecían protectores o amenazantes.

—A la que le gusta leer.

Sara se preguntó si aquel hombre era capaz de leerle el pensamiento, pero no se molestó en mirarlo.

—Llevas un libro escondido en el bolsillo. —Su voz sonó aún más seca, si es que era posible.

—Las personas son mejores en los libros —murmuró ella con una voz tan baja que pensaba que él no la oiría. Pero cuando lo miró de reojo vio que había tensado las comisuras de la boca—. ¿No te parece? —preguntó a la defensiva.

—No —respondió él.

Sara supuso que la mayor parte de la gente opinaría lo mismo.

—Pero son mucho más divertidas e interesantes, y... —«Amables», pensó.

—¿Seguras?

—Eso también. —A Sara se le escapó una risita.

Él parecía haber perdido de nuevo el interés tanto por la conversación como por ella.

—Pero no son reales —señaló, como si con aquello quedara todo zanjado.

«Reales.» ¿Qué diantre tenía la realidad que la hiciera tan fantástica? Amy estaba muerta, Sara estaba atrapada en aquel coche con un hombre a quien no le caía bien. En los libros podía convertirse en quien quisiera. Podía ser chula, bella, elegante, se le podía ocurrir la réplica perfecta en el momento adecuado, y podía... vivir cosas. Cosas de verdad. Cosas que les pasaban a las personas de verdad.

En los libros las personas eran elegantes y afables y la vida seguía patrones marcados. Si una persona soñaba con hacer algo, se sabía casi seguro que al final del libro lo conseguiría. Y que encontraría a alguien con quien hacerlo. En la realidad uno podía estar casi seguro de que una persona haría cualquier cosa menos aquello.

—Están pensadas para ser mejores que en la realidad —dijo ella—. Más grandes, más divertidas, más hermosas, más trágicas, más románticas.

—O sea, no reales. Definitivamente —apuntilló Tom, de nuevo casi satisfecho.

Sus ojos titilaron y aquello hizo que las palabras de Sara sonaran como una romántica fantasía de colegiala sobre héroes y heroínas y el amor verdadero.

—Cuando son reales son más reales que la vida. Si el relato habla de un día a día gris e insignificante, es mucho más gris e insignificante que nuestro propio día a día gris e insignificante.

Él parecía estar haciendo un esfuerzo por no echarse a reír. Las arrugas de los ojos se le marcaron más. Luego la sonrisa se apagó a la misma velocidad a la que había aparecido.

—Los libros que hiciste encargarse a Amy llegaron dos días antes de su entierro —dijo, y con ello la conversación expiró su último aliento.

En aquel momento Sara se sintió lo bastante egoísta como para pensar: «¿Y dónde están?». Los trece libros que se había llevado a Broken Wheel no le durarían nada. No si seguía devorándolos a aquel ritmo.

The Square era un edificio grande y cuadrado rodeado de plazas de aparcamiento vacías. Se erguía majestuoso y solitario sobre el asfalto a veinte minutos de la ciudad. Tom se detuvo y miró a su alrededor como si él también lo estuviera viendo por primera vez. Luego negó con la cabeza y le abrió la puerta.

—A lo mejor debería avisarte sobre Andy y Carl —dijo—. Están, bueno, juntos. Todo el mundo es muy comprensivo. No hablamos de ello.

—Lo sé —dijo ella, lo cual hizo que Tom arqueara las cejas, pero sin llegar a

hacer ningún comentario.

Solo había dos clientes más en todo el local: uno parecía estar durmiendo, el otro comía sin parar de un cuenco de cacahuets de cortesía. Sara no tenía la menor idea de que en Estados Unidos la gente usara realmente sombreros de cowboy, así que se volvió entusiasmada para comentarlo. La mirada cansada de Tom le advirtió que no era el momento oportuno.

Él le hizo un gesto para que continuara caminando y la siguió en dirección a la barra. Sara se encaramó con cuidado a uno de los taburetes y él cogió otro, lo apartó un poco y se sentó con un gesto de alivio.

Cuando Tom descubrió a Andy, esbozó la primera sonrisa que Sara consideró auténtica. Hizo que pareciera más joven.

Sara reconoció la voz de Andy por la conversación telefónica, pero no se parecía en nada a la imagen que se había creado de él. Lo único que coincidía era la mirada jovial de sus ojos, que reflejaba la actitud de quien aún se imagina una vida llena de aventuras por delante.

Él le sonrió como si estuviera seguro de que iban a gustarse mutuamente, una sonrisa imposible de resistir. Después fue saltando con la mirada de uno a otro de tal forma que Sara terminó por ruborizarse y Tom se retorció en el taburete para alejarse aún más de ella.

—Bienvenida a The Square —dijo Andy—. Un pedazo de historia, una fuente constante de alcohol, un lugar de encuentro en Broken Wheel incluso mucho antes de que yo apareciera.

Sara parpadeó.

—Cogí el mando hace... —Miró interrogante a Tom—. ¿Siete años? ¿Pueden ser tantos? Fue cuando Abe estiró la pata. Estaba terriblemente obsesionado con las mujeres que cantaban country. Fácil de entender, también es cierto.

—Aquí siempre ha habido música country —dijo Tom.

Sara fue relajándose a medida que iba haciéndose más evidente que no se esperaba que participara en la conversación. Andy parecía apañárselas por sí solo.

Se inclinó sobre la barra.

—Su mujer lo dejó. Y no fue a Cash ni a Williams ni a Nelson a quien recurrió para consolarse, sino a Dolly, a Emmylou, a Patsy, a Loretta y a Tammy. Durante cinco años sus voces lánguidas y tristes sirvieron de sordina aquí, en The Square, hasta que el hundimiento de Dixie Chicks le puso freno a todo.

—Por el amor de Dios, Andy.

—Él fue de los primeros en quemar sus discos, en un contenedor verde aquí, en el patio de atrás. Todavía está. Lo he guardado. Historia, ya sabes. Murió una semana más tarde, pero nadie pensó que hubiera una relación directa entre ambos sucesos. Así que me traje a Carl desde Denver.

—Y la música country volvió a sonar a todo trapo por los altavoces —le explicó Tom en voz baja.

En efecto, lo hacía, pero Sara no sabía quién era el que cantaba.

—Y aquí nos hemos quedado.

Tom pidió dos cervezas, que Sara intentó pagar sin demasiado éxito. A pesar de que ya había puesto un par de billetes sobre la barra, Tom se limitó a alargar los suyos como si nada, totalmente seguro de que Andy no aceptaría el dinero de la joven. Estaba en lo cierto.

A Sara le habría gustado que Tom la hubiese dejado invitar. Había algo trágico en el hecho de que un hombre a quien una ni siquiera le caía bien la invitara a una cerveza. Él estaba quieto y callado a su lado, y ponía cara de que preferiría estar en cualquier otro sitio antes que allí con ella. La joven se mojó los labios con la cerveza y se arrepintió de haber salido de la cocina de Amy.

—Carl —dijo Andy—. Ven a saludar a la turista de Amy.

Sara echó una mirada de esperanza hacia la puerta que se abría y luego se quedó de piedra con la cerveza a medio camino de la boca.

Carl era realmente guapo, hasta el punto de rozar lo inverosímil. Parecía sacado de una portada de Ediciones Harlequin. Pero llevaba camiseta blanca en vez de camisa de seda. Aun así, no perdía nada.

Sara hizo un esfuerzo por parecer inexpresiva cuando extendió la mano para saludar a Carl, hasta que cayó en la cuenta de que imposible hasta el extremo no es la mejor expresión que puedes ofrecer cuando te presentan a alguien.

Intentó arreglarlo con una sonrisa relajada.

Carl le estrechó la mano en un gesto rápido antes de retirarse caminando de espaldas a la pared, como si tuviera miedo de que ella se le fuera a tirar encima a pesar de tener toda una barra de bar de por medio. Sara lo entendía. Con una presencia como la suya era mejor mantenerse en el lado seguro.

—Como una portada de Harlequin —murmuró para sí misma.

Tom ocultó una risita en su cerveza y ella negó con la cabeza.

—¿Lees mucho Harlequin? —preguntó.

Andy y Carl no parecían entender la conexión del todo, pero estaba claro que Tom sí. Sara se preguntó si él mismo habría leído alguna vez aquellas novelas.

—Todas las mujeres han leído Harlequin —dijo—. Harlequin ha vendido seis mil millones de libros. Sacan más de cien títulos nuevos al mes. Solo en Suecia han vendido un millón y medio de libros, y eso que no llegamos a los diez millones de habitantes. Créeme, aunque incluyas a las locas que tienen los cajones llenos, las estadísticas aseguran que todas las mujeres se han topado con uno alguna vez.

Miró a Tom.

—Probablemente, la mayoría de los hombres también.

—Eh... —Se lo veía un poco sorprendido ante la disertación.

Ella se encogió de hombros.

—He trabajado en una librería.

—¿Y allí vendíais mucho Harlequin?

—La verdad es que no. *Los hijos de la tierra* es lo que más se acercaba.

Andy les sirvió otra cerveza a cada uno —a pesar de que Sara no se había terminado la suya—, junto con un vaso de chupito y negó en silencio ante el segundo intento de pagar de Sara.

—Bueno, Sara —comenzó. Por lo visto se había acabado la charla sobre libros—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy de vacaciones —contestó con decisión—. Y necesitaría hablar con alguien sobre la casa de Amy. No he pagado para vivir allí. No me siento bien.

—Pagar —dijo Andy—. ¿A quién habías pensado pagar? ¿Tom?

Tom puso cara de indiferencia ante el tema de conversación. Pero no era correcto vivir allí de manera totalmente gratuita.

—Amy quería que vivieras allí —señaló Andy.

—Debe de haber alguien a quien pueda pagarle.

—Ella no te habría dejado, de todos modos —insistió Andy.

—Pero estábamos de acuerdo en ello. Ella me prometió que me dejaría pagar por estar allí. Me era imposible cargar suficientes libros como para compensárselo de ese modo, ¿entiendes? SAS solo permite veintitrés kilos de equipaje.

—Ni de coña te habría dejado pagar una vez que estuvieras aquí —dijo Andy—. ¿Qué más da? Ella quería que te quedaras. Y llevaba tanto tiempo enferma que si te invitó hace dos meses ya debía de ser consciente de que había riesgo de que muriera durante tu estancia. Lo siento, Tom, pero así es. Sinceramente, creo que a ella tampoco le importaba demasiado.

—¿Sabía que iba a morir? —preguntó Sara como una idiota.

«¿Amy sabía que iba a morir?» Se aferró al vaso de cerveza con una mano.

—Siempre había estado enferma —respondió Andy apesadumbrado—. Llevaba años. La última temporada se la pasó en la cama. No cogió por sorpresa a nadie. A ti, sin embargo, sí.

¿Por qué la había invitado Amy si sabía que podía morir durante su visita? ¿Quién invitaba a alguien a su lecho de muerte? La joven experimentó una extraña decepción. Nunca le había resultado fácil relacionarse con personas nuevas. Se moría de miedo ante la sola idea de vivir dos meses en casa de alguien, pero había algo en las cartas de Amy, en el hecho de que a ella también le apasionaran los libros, que la había hecho atreverse a más, a dar el salto.

—A lo mejor deberías marcharte a Hope —sugirió Tom—. Tienen un motel que no está mal. Quizá te sea más cómodo.

—¡Hope! —exclamó Andy—. ¿Por qué, si tiene una casa gratis?

Le pasó otra cerveza a Sara, junto con un vasito más pequeño. Sara sorbió con cuidado e hizo una mueca. Whisky. Quizá la ayudara. Se lo tomó de un trago, tosió y asintió con la cabeza para darle las gracias a Andy cuando este volvió a llenárselo.

Detrás de la barra, la publicidad brillante de Coors y Buds iluminaba el espejo. Por encima colgaba una hilera de lamparitas de colores. El aspecto festivo del local

era un poco irritante. Las luces titilaban ante los ojos de Sara.

—No tienes ningún motivo para quedarte aquí —continuó Tom. Su voz sonaba extrañamente lejana.

¿Cómo podía alguien invitar a una persona a sabiendas de que podía morir mientras estuviera en su casa? No tenía sentido. Sara tomó otro trago de whisky.

—Tú eres el que siempre has defendido Broken Wheel. Ni siquiera cuando éramos jóvenes se te pasó por la cabeza irte de aquí. Yo quería ir a los clubes de gais y Claire quería hacer algo grande, pero tú siempre quisiste quedarte, ayudar a tu padre...

—Está muerto —dijo Tom.

Sara levantó la cabeza.

—Lo siento —murmuró sin dirigirse a nadie en concreto.

El mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor cuando alzó la mirada.

—... con la finca.

—La hemos vendido.

—Ayudar a Mike con la empresa. Siempre leal, siempre aquí.

Era evidente que Tom se había cansado del tema.

—Para empezar, ¿por qué quisiste siquiera venir aquí? —le preguntó a Sara, pero ella no contestó.

A lo mejor debería emborracharse. Le dio un par de tragos largos a la cerveza. Nunca se había emborrachado, así que tampoco sabía si aquello solucionaría alguno de sus problemas. Había gente que solía hacerlo a menudo, así que quizá sí que resultara útil. Pero si tomaba como ejemplo a sus compañeros de trabajo, embriagarse servía más bien para crear nuevos líos.

—¿Sara? —la llamó Tom. Ella lo miró—. ¿Otra cerveza?

Ella asintió en silencio. ¿Cuántos problemas nuevos podía generar?

—Entonces ¿cómo has acabado aquí?

Por Amy.

—¿Por qué no?

—¿Sabías siquiera que Iowa existía?

—Pues claro.

—¿Qué sabías de nosotros?

Pensó en decirle que sabía que su padre había dirigido su propio periódico, pero en el último momento decidió que no era una buena idea.

—Sabía que teníais un gato —contestó como segunda opción.

No terminó de surtir el efecto que ella se había esperado.

—Un gato de biblioteca —añadió—. Dewey Readmore Books. Seguro que sabéis de qué os estoy hablando.

—Dios mío —dijo Andy—. Es cierto, Spencer tenía uno. ¿Cómo demonios lo sabes?

—Hay... —empezó Sara.

—Un libro sobre ello —terminó Tom.

Sara tomó un poco más de whisky. Quizá sí que le fuese de ayuda.

Al final de la velada Tom tuvo que apoyar una mano de seguridad en el brazo de Sara para que la joven pudiera bajar del taburete. Estaba borracha, lo notaba, pero no lo bastante como para haber solucionado ninguno de sus problemas. Estaba decepcionada.

¿Por qué la gente bebía si ni siquiera hacía que se sintieran mejor? Quizá no había bebido lo suficiente.

Tom también tuvo que ayudarla a abrocharse el cinturón de seguridad. Ella lo miró. No tenía muy claro qué era lo que le gustaba de él. Parecía un buen hombre, a veces. Y cortés el resto del tiempo. Sara hizo una mueca.

Él arqueó las cejas ante su escrutinio y giró la llave en el contacto.

—¿Tú eres capaz de ser simpático? —dijo ella, a medio camino entre una pregunta y una afirmación.

Él sonrió.

—A veces pasa.

Ella asintió.

—Lo que me imaginaba.

Sara apoyó la cabeza contra el cristal frío y cerró los ojos.

Él la acompañó hasta la puerta.

—¿Te las arreglas sola? —le preguntó.

—Claro —respondió ella muy convencida. Lo cierto era que se sentía más valiente cuando estaba borracha. Era una sensación fantástica. Pero quizá no fuera fruto del whisky, sino de la traición de Amy. Si había llegado hasta allí engañada por una mujer que sabía que estaba a punto de morir, Sara ya no tenía por qué sentir remordimientos por vivir en su casa. Eso fue lo que pensó, y entró en la casa como si fuera suya.

Iba a meterse en la cama. Al día siguiente decidiría qué iba a hacer. Pero cuando pasó por delante del cuarto de Amy se detuvo.

Titubeó. Iba lo bastante borracha como para no pensar en nada durante varios minutos y luego, de repente, tener una idea.

¡Libros!

En algún lugar de la casa tenía que haber libros. Los trece que ella se había llevado eran los que entraban en el equipaje, después de haber quitado algo de ropa y el par de zapatos extra. No le llegaban ni de lejos para cubrir los dos meses, y además la mayoría ya los había leído. Los había cogido más bien como viejos amigos que como nuevas compañías de interés.

Permaneció allí de pie un poquito más. Tambaleándose. Riendo para sí con el movimiento. Y luego abrió la puerta muy despacio.

Se desplomó sobre la gran cama que presidía la habitación y miró desconcertada a su alrededor.

El cuarto de Amy estaba decorado como la biblioteca de sus sueños. En el centro había una gran cama, donde la mujer debía de haber pasado sus últimos días y muerto poco a poco a causa de su «ridícula dolencia». Cubriendo todas las paredes: estanterías. La mesita de noche era en verdad una pila de libros. El de arriba del todo, un libro de fotografía con imágenes aéreas de Iowa. En la portada había una marca circular de un vaso.

Alguien había quitado el vaso, hecho la cama y pasado la aspiradora. La habitación respiraba un aire a cerrado que no podía haber existido mientras Amy estuvo viva.

En una pared lateral había una ventana sin cortinas, y era la única parte que no estaba cubierta de libros. Desde donde estaba sentada, Sara atisbaba las copas de los árboles meciéndose al viento. Y cientos, quizá miles, de libros titilando ante sus ojos mientras el cuarto le daba vueltas.

Los libros eran una cacofonía de colores: libros finos, libros gruesos, libros con ilustraciones lujosas y satinadas, ediciones baratas de bolsillo, clásicos, antiguos lomos de cuero, géneros opuestos. A veces ordenados alfabéticamente, a veces por género, a veces sin ningún patrón aparente.

Se quedó sentada en la cama paseando la mirada por ellos con asombro mientras los libros y los colores y la vida y las historias revoloteaban por toda la estancia. Allí estaba Jane Austen, incluida una biografía y una edición con colección epistolar. Todas las hermanas Brontë, aunque parecía haber sentido predilección por Charlotte: *Jane Eyre* estaba en tres ediciones distintas, y también *Villette* y una biografía. Había biografías de presidentes estadounidenses, incluso republicanos, y mamotretos sobre los movimientos por los derechos de la ciudadanía, en una colosal mezcla de poder y oposición.

Paul Auster, Harriet Beecher Stowe, montones de Joyce Carol Oates y un par de Toni Morrison.

Una colección de Oscar Wilde, algunos Dickens, ningún Shakespeare. Todos los de Harry Potter, en tapa dura. En el siguiente estante descansaba Annie Proulx, todos los libros que Sara le conocía, y Proulx era una de sus favoritas. *Atando cabos* estaba tanto en tapa dura como en edición de bolsillo, el resto de los títulos eran todos de bolsillo y estaban muy manoseados: algunos Philip Roth y *Suave es la noche* de F. Scott Fitzgerald, más toda una colección de novelas de intriga: Dan Brown, John Grisham y Lee Child, un descubrimiento que alegró a Sara casi tanto como Proulx.

También estaba Christopher Paolini: *Eragon*, *Eldest* y *Brisingr*, y ahí Sara tuvo que hacer un alto y dejarse caer de nuevo sobre la cama.

Quizá Amy no hubiera tenido una vida muy emocionante durante los últimos años allí arriba, metida en su cuarto. Pero debía de haberle plantado cara a la muerte

hasta el final. Sara podía comprender por qué lo había negado durante tanto tiempo. Debía de haber sido una sensación abrumadora: tantísimos libros que nunca podría tener en sus manos, tantas historias que continuarían sin ella, tantos viejos autores a los que no podría redescubrir.

Aquella noche Sara se pasó varias horas en la biblioteca de Amy pensando en lo trágico que resulta que la palabra escrita sea inmortal, al contrario que las personas, y lloró por ella, la mujer a la que nunca había visto.

Amy nunca llegaría a leer la última parte de la serie Eragon.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 26 de febrero de 2010

Querida Sara:

Estoy totalmente de acuerdo contigo respecto a la Biblia: con tantas historias y tan emocionantes es una lástima que nadie la haya editado mejor. Entiendo muy bien que después del tercer o cuarto evangelio debió de hacerse un poco pesado. A esas alturas ya está más que claro cómo va a terminar todo. Personalmente siempre he pensado que las mejores historias son las que se encuentran en el Antiguo Testamento. Menudo Dios había en aquella época. Si mi padre hubiese estado dispuesto a sacrificarme no me lo habría tomado como una señal de probidad religiosa. Aunque mi padre no lo habría hecho. Era igual que Jimmy. Demasiado bueno con todo lo suyo. A veces pienso que Tom ha conseguido romper con ese rasgo familiar. No me malinterpretes, es muy bueno —conmigo demasiado, hay que decirlo—, pero es más suyo. Tiene sus límites y sus defensas, y eso es lo que les faltaba a mi padre y a Jimmy. Y murieron jóvenes, los dos.

Espero que me disculpes si me limito a decirle a Caroline que ya tienes la Biblia y que la has leído. No creo que sea una persona que aprecie una perspectiva literaria de esa obra. Tiene a nuestro pobre pastor, William Christopher, cogido por las riendas. Ella pondría a Dios en solfa si se dignara a asomarse por Broken Wheel. Porque, eso sí, cuando se trata de Dios alguien debería hacerlo. Espero que esta conversación pueda quedar entre nosotras, si alguna vez te cruzas con Caroline.

Un saludo afectuoso,

Amy Harris

El consuelo de Bridget Jones

—Por aquí hay un montón de sitios a los que ir de excursión.

La voz de Jen golpeaba la cabeza de Sara como un martillo empecinado y enérgico.

—Tenemos un río, por ejemplo. ¿Qué tal un *picnic* de finales de verano? Le diré a Tom que se lleve algo de comida típica de Iowa, así podréis pasar un buen rato juntos al tiempo que experimentas lo mejor de la comida del estado y su naturaleza.

—No.

Sara se pasó una mano por la cara. Le dolía la cabeza, tenía resaca y ya había hecho el ridículo delante de Tom una vez.

Se había despertado fría y rígida en la cama de Amy, con los bordes afilados del libro de fotografías clavados en la espalda y cuatro novelas de intriga de Lee Child a modo de almohada. Se frotó la mejilla. A lo mejor debería comprobar si las letras en relieve de *Gone Tomorrow* se le habían quedado marcadas en la cara.

—Si no, Tom podría llevarte a un incendio forestal. —Jen lucía un traje de color salmón al más puro estilo Jackie Kennedy y tenía un aspecto exageradamente fresco—. Sé que la Asociación para la Conservación de los Robles va a organizar uno.

—N... ¿Un incendio forestal?

—No sé qué de la vegetación menor —respondió Jen—. Controlado, claro. Pero seguro que verlo es emocionante. Él puede llevarte.

—No —repitió ella.

Y entonces se quedó de piedra. Por primera vez aquella mañana, levantó la mirada de la taza de café y se percató de la expresión de frenesí del rostro de Jen, de lo temprano de su visita, de los montones de propuestas que implicaban siempre a Tom.

Se enderezó por pura sorpresa. Había leído suficientes libros como para sospechar que Jen intentaba juntarla con Tom. La idea la hizo sonreír. Emparejarla a ella.

—¿Un paseo por el bosque? —propuso Jen esperanzada.

Sara soltó una risotada.

—No —dijo.

¿En qué estaban pensando? Ella era convencional y Tom... Bueno, Tom no lo era. Sara trataba de ser una persona justa, así que se esforzaba en no juzgarlo por ello. Igual que muchas otras personas que han logrado superar el instituto, el instinto de Sara la hacía sospechar de cualquier cuerpo hermoso. Era una cualidad que demasiado a menudo había estado en directa oposición a otras cualidades, como por ejemplo a la inteligencia o la amabilidad, o incluso un nivel básico de cortesía.

Sin embargo, Tom también podía mostrarse afable. Sara sabía mejor que nadie que una apariencia convencional no era en absoluto garantía de encanto.

Entonces dejó de sonreír. Oh, no, ¿y si se lo habían propuesto a él? ¿Era aquella la razón por la que había pasado a buscarla el día anterior, obligado en contra de su

voluntad y como parte de un plan retorcido ideado por Jen y probablemente Andy? Andy sí le parecía el tipo de persona que podría atreverse con un plan así. No era de extrañar que Tom se hubiera mostrado tan escéptico con ella. En aquellos momentos Sara se arrepentía profundamente de haberlo llamado amable.

Cambió de tema.

—¿Has encontrado a alguien a quien pueda pagarle el alquiler? —preguntó, y aquello mudó la expresión de Jen en una de tristeza.

George había cogido por costumbre pasar a verla cada mañana de camino a la cafetería de Grace para comprobar si Sara necesitaba que la llevara al centro o si tenía algún recado que encomendarle. Se tomaba su misión de chófer con la máxima seriedad.

Aquel día Sara estaba leyendo en el porche con una delgada manta sobre las piernas cuando él hizo su aparición.

La joven dejó el libro y lo miró cuando tomó asiento a su lado.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó George.

Ella levantó el volumen.

—*El diario de Bridget Jones*.

Él asintió en silencio, como si aquello le hubiera descubierto algo.

—¿Café? —preguntó ella—. ¿Con leche y azúcar? Aunque no sé si hay leche, la verdad.

—No pasa nada —se apresuró a decir él—. También puedo tomármelo solo. No hay problema.

—Pero ¿sueles tomarlo con leche y azúcar?

—A veces sí.

—Entiendo que te gustan los dos —dijo ella.

—Sí... Pero no es tanto la leche o el azúcar como el tener que escoger, no sé si me entiendes...

Sara sabía demasiado bien a qué se refería.

—Algunas veces pienso que hay demasiadas opciones en la vida —continuó él—. Se hace pesado. —Se inclinó un poco sobre la mesa que los separaba para colocarse justo enfrente de Sara y dijo—: En ocasiones casi me gustaría estar enfermo para tener que pasar todo el día tumbado en la cama. No tener que hacer nada de nada. No tener que tomar decisiones durante un montón de días.

—Para eso están los libros —repuso ella, y le sonrió—. Es la excusa perfecta para no hacer nada.

—¿En serio?

—Claro. ¿Quieres que te deje uno?

En realidad Sara lo había dicho de broma, pero él respondió muy serio, un poco alerta:

—¿Un libro?

—Sí. —«La verdad es que no es mala idea», pensó Sara.

—¿El que estás leyendo? ¿Es bueno? —quiso saber George, y enseguida añadió —: Cuando te lo hayas terminado, por supuesto.

—Ya lo he leído varias veces. —Más de las que quería reconocer. Ya iba por las dos cifras.

—¿Varias veces? Entonces tiene que ser bueno.

Sara se lo pasó con sentimientos contradictorios. Cruzó los dedos para que Bridget no lo disuadiera de la lectura para el resto de su vida. La próxima vez le propondría algo con más nervio. ¿Una novela negra de las duras, quizá? Michael Connelly, pura hombría oscura, y violencia, y policías alcohólicos. O quizá Connelly no. Pensándolo bien, sería difícil encontrar una novela negra masculina en la que no aparecieran problemas de alcoholismo.

Miró a George de reojo. No era ningún Jack Reacher. Pero Reacher no pasaba de una cerveza de vez en cuando, así que tenían algo en común. Tendría que pensar más en ello.

George tocó el libro con gesto dubitativo. En la portada salía Bridget Jones encaramada al alféizar de la ventana y fumando. Era una de las primeras ediciones de bolsillo, anterior a la película.

—Quédatelo —dijo ella.

Él lo depositó sobre su regazo, inseguro.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? —preguntó George como si un favor exigiera otro inmediato, lo cual era ilógico, puesto que él ya la había llevado en varias ocasiones sin pedir nada a cambio.

—George —contestó ella despacio—. Sí que hay algo que podrías hacer por mí. La cocina de gas.

Él la miró intranquilo.

—¿Le pasa algo?

—No sé cómo funciona.

El alivio de George resultó obvio.

—Yo sí —dijo, y entró primero en la casa.

Después de revelarle los misterios de la cocina de gas, George llevó a Sara al centro para que comprara los alimentos que podría cocinar en ella. La dejó en la ferretería que había justo al lado de Amazing Grace y luego se fue a por el tercer café de la jornada.

La ferretería se llamaba así porque en algún momento del pasado había vendido esas herramientas y máquinas que todo hombre y campesino con un poco de autoestima necesitan y todo aquello que los niños con un poco de autoestima quieren tener. Pero entonces parecía más bien un súper que también vendía martillos.

Una campanilla provocó un enorme estruendo cuando Sara abrió la puerta, así que el hombre de la caja alzó la mirada. Fue lo único que dio a entender que se había

percatado de la presencia de la clienta. La joven se quedó un momento titubeando en el umbral, como si estuviera esperando una señal de Amy, algún tipo de aparición que le dijera qué tenía que decir o hacer. Entonces le dedicó una sonrisa nerviosa al hombre y entró.

La tienda resultaba acogedora a su manera. Aparte de viejas cañas de pescar, martillos, clavos, tornillos y destornilladores, también había neveras con productos lácteos y algo de carne, un par de estantes con pan, conservas y galletas y un surtido más bien escaso de helados y chucherías. Sara fue paseando despacio por el establecimiento mientras cogía lo que necesitaba: más pan, un poco de carne picada, una lata de tomates troceados y unos huevos, que se vendían por unidades en una cesta expuesta.

En la caja permaneció inmóvil otro ratito mientras observaba al hombre que había detrás. Como no se había molestado en coger una de las inestables cestas de la entrada, tenía que mantenerse quieta para que no se le cayera ninguno de los productos que llevaba en los brazos. Él debía de ser el John de Amy.

Tenía el pelo gris y un asomo de canas en la perilla, pero quizá fuera la pena lo que hacía que el resto del hombre pareciera fusionarse con los productos polvorientos que tenía a la espalda. Iba vestido con un traje de lana gruesa y su cuerpo desaparecía bajo los robustos hombros acolchados.

Cuando Sara dio el último paso hasta la caja, él empaquetó su compra sin decir ni una palabra.

Todos sus movimientos eran automáticos. Sara lo reconoció por sus años tras el mostrador de la librería. Aquello le recordaba a la avalancha navideña, cuando una estaba tan exhausta que la salvación radicaba precisamente en la cantidad de veces que había hecho el mismo movimiento. «¿Algo más? ¿Te lo envuelvo? ¿Quieres una bolsa? Muchas gracias.» En los peores momentos, incluso había llegado a ir a la cafetería a por algo de beber y había terminado la transacción diciendo: «Gracias, ¿algo más?, ¿te pongo bolsa?».

John tenía la misma mirada vacía y ligeramente desesperada que Sara solía encontrarse en el espejo en aquellas épocas. Titubeó, pero al final le tendió la mano.

—Sara —dijo.

—La invitada de Amy. —La voz de él surgió como un carraspeo, y ni siquiera se molestó en estrecharle la mano.

Ella la retiró.

—Tú debes de ser John —continuó.

—Sí.

—Amy escribía a menudo sobre ti. —Era un comentario un poco ruin, pero fue lo mejor que se le ocurrió.

Sara se preguntó si él la habría oído siquiera, porque todas sus respuestas eran breves y mecánicas. Hasta que la chica sacó los mismos dólares arrugados que llevaba toda la semana sacando y guardando, él no cambió la mirada y la observó con

detenimiento.

—No no —dijo—. A esto invita la casa.

—No puedes invitarme a la compra —protestó ella.

Un café era una cosa. Una cerveza, en caso extremo. Pero ¿tomate troceado? No, si iba a quedarse allí una temporada tenían que dejarle pagar algo.

Pero John apartó su dinero.

—Amy estaba muy contenta con tus cartas —aseguró él—. Significaron mucho. Al final.

Entre la ferretería y Amazing Grace había un local comercial abandonado. Mientras Sara esperaba a que George se terminara el café, se detuvo delante del escaparate con su bolsa de la compra ciento por ciento estadounidense en los brazos.

Había algo en el local que le había llamado la atención, pero no sabía de qué se trataba con exactitud. Desde luego no era el único local vacío de la calle: más de la mitad estaban desiertos. Aquella era una de las razones por las que Broken Wheel daba tanta sensación de abandono. Era evidente que la ciudad se había construido para más. Las calles estaban hechas para más coches, las casas para más niños, los edificios para más tiendas y las tiendas —las que quedaban— para más clientes.

Quizá la atrajese porque todavía conservaba todas las ventanas, o porque no parecía tan maltrecho como el resto de los locales. Estaba sucio, por supuesto, pero como mucho eran dos o tres años de polvo acumulado.

Cuando llegó George, Sara le preguntó empujada por la curiosidad:

—¿Cuándo cerró esta tienda?

La joven se inclinó y frotó una ventana hasta que abrió un hueco por donde mirar. El interior del local estaba igual de ajado que el exterior. Había un mostrador en el centro, y un par de estantes a lo largo de las paredes. Quedaban dos sillas; ambas parecían enteras. La iluminación del techo consistía únicamente en una bombilla descubierta, y a pesar de que el sol lograba penetrar a través de la suciedad de las ventanas, resultaba difícil distinguir el color de las paredes y de la decoración.

—¿La de Amy? —preguntó él.

—¿Este local era de Amy? —«Era», pensó, pero él no se percató del tiempo verbal.

—Claro —contestó George mientras jugueteaba con las llaves del coche. Miró a su alrededor como si le preocupara que alguien los oyera—. Su marido lo compró. Nunca tuvo éxito mientras él estuvo vivo, pero supongo que por lo menos lo mantenía alejado de ella unas cuantas horas al día. —Para tratarse de George, tenía una expresión más severa de lo habitual—. Ella lo cerró en cuanto él murió. Por fin.

A Sara no le quedó claro si con esto último George se refería al cierre de la tienda o a la muerte del marido de Amy.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace casi quince años, pero ella continuó limpiándolo. No sé muy bien por

qué, creo que nunca contó con poder alquilarlo algún día. Obviamente, paró cuando... cuando se puso peor.

Sara podía imaginarse a Amy limpiando la tienda de su difunto esposo año tras año. A la perfección.

—¿Qué clase de negocio tenía?

George pareció aún más escéptico.

—Una ferretería.

Después no dijo nada más al respecto. La llevó a casa en silencio.

Aquella noche Sara se sentó en la cocina a degustar la primera comida caliente elaborada por ella misma desde que llegó a Broken Wheel. Tenía uno de los libros de Amy metido bajo el borde del plato para poder leerlo mientras cortaba la cena.

La comida caliente le renovaba el ánimo. Ni siquiera se molestó en dar una vuelta por la casa para encender todas las luces antes de que anoheciera. La lámpara de la cocina era la única encendida en toda la casa. La joven comenzaba a sentir que a lo mejor lo conseguiría, que a lo mejor disfrutaría de sus vacaciones de lectura, sus historias y su aventura.

Había ido hasta allí para alejarse un tiempo, tomarse unas vacaciones de verdad y poder leer. Y poder conocer a Amy, claro. Pero aquella no había sido toda la verdad. Había deseado experimentar algo... grande. Poder decirle a la gente —no sabía muy bien a quién— que una vez había vivido dos meses en una ciudad de provincias de Estados Unidos.

—Amy —dijo—, ¿sabes que en Estados Unidos se publican más de trescientos mil títulos al año? Y ahora estoy aquí.

Independientemente de lo que pasara, lo habría logrado.

Dos horas más tarde, había repartido los libros de Amy por todas las superficies vacías que había encontrado y estaba relajándose en una de las mecedoras del porche con una taza abandonada al lado.

Tenía tres libros en el regazo, pero no estaba leyendo ninguno. Escuchaba el sonido de la brisa del atardecer jugueteando en la vieja casa. De alguna forma, el descubrimiento de los libros de Amy había transformado toda la atmósfera del interior. Era como si volviera a ser la casa de Amy, y Sara su invitada. Durante los primeros días, los ruidos constantes la habían puesto nerviosa, pero después se habían convertido en un elemento entrañable de su tarde. Las ramas que tocaban los cristales en el piso de arriba la hacían sentirse menos sola, como si el árbol y el viento le hicieran compañía. El resuello de las tuberías, el constante crujido de la madera: era como si todavía hubiera algo en la casa, como si nunca fuera a quedarse vacía del todo, ni siquiera cuando ella ya no estuviera allí.

A las nueve comenzó a refrescar fuera, pero nada que no pudiera contrarrestarse con una manta y una de las chaquetas de trabajo que había encontrado en el armario.

Primero vio los faros del coche. Barrieron el jardín como un foco antes de

detenerse sobre ella y finalmente apagarse. Hasta aquel momento Sara no se percató de que era el coche de Tom.

El visitante rodeó el vehículo, pero, en lugar de acercarse a ella, se apoyó contra el capó y se cruzó de brazos.

—Solo quería ver si estabas bien —dijo.

—Bueno, no bebí tanto —replicó ella.

Por el amor de Dios, que tampoco había terminado tan borracha. ¿O acaso Tom creía que ella había aceptado el loco plan de Jen y quería comprobar si le parecía bien que a él no le interesara? Sara estaba a punto de asegurarle que nunca había tenido intención de que la emparejaran con él, cuando él continuó:

—Con todo esto de Amy... Vivir aquí sola... Debió de impactarte bastante cuando llegaste.

Ella agitó el libro un poco nerviosa.

—He encontrado dónde guardaba Amy sus libros —dijo—. Y he conocido a John.

De alguna forma, aquellas dos cosas estaban relacionadas. Él asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Aun así no parecía tener prisa por marcharse. Ella se ajustó la manta y la chaqueta alrededor del cuerpo.

El silencio que se había instalado entre los dos no resultaba especialmente cómodo. Y él se encontraba ahí de pie, delante de ella, iluminado a medias por la luz que salía por la ventana de la cocina, sin estar del todo relajado. Pero Sara tenía la sensación de que se hallaban rodeados por una calma que no había estado presente la noche anterior. Quizá fuera la casa, quizá él ya hubiera aceptado que ahora ella vivía allí. La chica, por su parte, estaba convencida de que tenía que ver con el espíritu de Amy. Ahora su presencia era más intensa en la casa.

—Tom —dijo—. George me ha contado lo del local vacío que hay al lado de la ferretería. El de Amy.

Él asintió.

—Me ha dicho que fue la tienda de su marido. —Tom no dijo nada, así que ella continuó—: George me ha dicho que era una ferretería.

—Parece que George cuenta muchas cosas.

—Pero Tom, John tiene una ferretería. Creía que John ya estaba aquí antes de que el marido de Amy llegara.

—Sí.

—O sea que eran... ¿competencia?

—El marido de Amy... —Tom se calló como si estuviera pensando. Cambió de postura y apoyó las manos en la carrocería que tenía detrás. Tenía la mirada clavada en algún punto del camino de tierra que los separaba—. El marido de Amy no era una persona feliz. Nervioso. Y huraño. Tenía problemas con muchas cosas. John era uno de ellos, porque era negro y porque estaba... aceptado.

Sonaba como si hubiese querido decir otra cosa, pero Sara no se atrevió a

preguntar por miedo a que él perdiera el hilo de la historia.

Tom tocó el coche distraído.

—El marido de Amy pensaba que podía ganarlo en la competencia. Una locura, claro, porque a la gente de aquí le gustaba John y el marido de Amy no les caía especialmente bien. Cuando abrió la tienda, la gente ya llevaba años comprándole a John. Y antes, al dueño anterior. Era la tienda a la que todo el mundo iba, así de simple. Al final el del marido de Amy no fue más que otro de sus negocios fallidos. Lo intentó durante un tiempo, después se rindió.

Sara asintió con la cabeza.

—No era una persona popular. Está claro que Amy estuvo mucho mejor sin él. No creo que fueran muchos los que lo lloraron cuando murió. Quizá ni siquiera Amy, y ella era muy buena persona.

Tom esbozó una sonrisa fugaz. Tan efímera que Sara ni siquiera estaba segura de haberla visto.

—Yo no lo hice, te lo aseguro.

Su tono de voz dejaba claro que no quería comentar nada más sobre aquel asunto.

Sara cambió de tema de conversación:

—¿Cómo van las tiendas de por aquí?

Él soltó una carcajada.

—Buena pregunta. La mayoría no van, está claro.

—Pero siguen.

—Algunas.

—La Esquina de Molly no —dijo Sara, y se preguntó si había sido una estupidez mencionarlo.

Todavía no tenía claro cómo comportarse respecto a las cartas de Amy y al hecho de que supiera tantas cosas de la ciudad sin conocerla lo más mínimo.

Pero Tom volvió a reírse, y pareció que se relajaba.

—¿Cómo demonios conoces tú a Molly? —Por suerte, no esperó a que ella le respondiera—. Deben de haber pasado veinte años desde que cerró. Yo no era más que un crío cuando vendía sus pollitos de porcelana y todo aquello. A los niños no se les permitía pasar de la puerta... Tampoco es que quisiéramos entrar.

Sacudió la cabeza como si deseara desprenderse del recuerdo. Cuando se enderezó y dio un paso al frente, Sara no sabía si era porque había conseguido liberarse de la sensación o porque se había rendido.

—Ven —dijo, y fue hasta la puerta del acompañante y la abrió. Al ver que ella no se incorporaba de inmediato, añadió con un atisbo de sonrisa—: Quiero enseñarte algo. Solo tardaremos veinte minutos. Luego te traeré otra vez.

Sara no tenía ningún plan mejor. Y era una tarde mágica, como lo son a veces las tardes frescas de finales de verano. Incluso Tom parecía haberse decidido a ser amable. La joven se quitó la manta, se acercó al coche y se montó.

Durante un rato el motor fue lo único que se oyó, junto con el ruido de los

neumáticos sobre el camino de grava. Tom conducía a una velocidad constante y segura por el camino que salía de casa de Amy, como si pudiera hacerlo con los ojos cerrados. Cuando se incorporaron a la calle principal, estiró el brazo y puso la radio en marcha.

Sara apoyó la cabeza en la ventanilla y se entretuvo intentando distinguir las plantas de maíz en la oscuridad. Los faros del coche alumbraban un tramo corto de la carretera que se extendía ante ellos: todo lo que quedaba fuera de su haz era pura oscuridad. Iban en dirección contraria a la ciudad. En algún sitio, quizá un kilómetro más atrás, estaban la cafetería de Grace y la ferretería y el cine, pero en aquel momento resultaba difícil pensar en la existencia de cualquier cosa que no fueran la carretera, el polvo y la oscuridad.

En un momento dado, Tom aminoró la marcha. Cruzaron una colina baja despacio, y él señaló su casa. Era una construcción de una sola planta, solitaria y moderna, la única que Sara había visto en los últimos diez minutos, quizá.

Al final Tom se internó en un camino que Sara apenas vio hasta que ya iban por él. Detuvo el coche delante de una vieja casa de dos plantas de ladrillo roto y apagó el motor.

—Mi vieja escuela —dijo a modo de explicación.

Era evidente que había pasado mucho tiempo desde que aquel edificio atormentase a un alumno por última vez. Algunas de las tejas de la techumbre se habían desprendido, faltaban casi todos los cristales de las ventanas y a través de las ventanillas abiertas del coche Sara podía distinguir el olor a... ¿a qué?

Tom tensó las comisuras de la boca.

—Cabras —dijo cuando vio la cara de Sara—. Las últimas familias de granjeros dejaron que sus cabras pastaran aquí un verano. La hierba ya había comenzado a crecer en el patio y a atravesar algunos de los tablones del suelo.

Sara lo acompañó por el patio y entraron en una sala de la planta baja. A través de un agujero en el techo se vislumbraba un trozo de cielo oscuro. Había luna llena.

—Cuando era pequeño jamás me habría imaginado que la escuela pudiera cerrar. Esta clase era más segura y más inevitable que la mismísima muerte. Atormentó a mis padres antes que a mí, y a mí me iba a atormentar para siempre.

Sara levantó la cabeza. Unas nubecillas ligeras se deslizaron por encima de la luna.

—¿Por qué la cerraron? —preguntó.

—Porque no había suficientes niños.

Sara se fijó en la mirada de Tom: contenta, indulgente. Ella continuó mirando hacia arriba e intentó dejar de respirar por la nariz. Allí dentro el olor a cabra era más fuerte.

—Cuando desaparecieron las granjas, la mayor parte de la gente se mudó a ciudades más grandes. Antes Broken Wheel estaba rodeada de pueblos más pequeños que enviaban aquí a los niños. Ahora, a los que quedan los mandan a Hope. Aquí ya

no hay suficientes granjeros para tener una escuela propia. La próxima vez que vayas al centro, mira por encima de los campos de maíz y cuenta cuántas granjas por kilómetro ves.

Luego añadió:

—Bienvenida a Broken Wheel. Aquí ya no queda nada.

Ella dejó de dar vueltas y se volvió para mirarlo. Tom estaba junto a las ventanas, con las manos metidas en los bolsillos y una sonrisa irónica en los labios.

—John sigue aquí —dijo—. Y Grace. Andy y Carl.

Él se encogió de hombros.

—Amy no —reconoció ella entre dientes.

—No —repitió él—. Amy ya no.

—Y la escuela tampoco, evidentemente.

Sara salió del edificio y respiró un poco más tranquila allí fuera, donde el olor se hizo más liviano. En el exterior al menos se mezclaba con los aromas de la noche de verano: hierba seca y tierra fría.

Tom alargó los minutos delante del edificio. Contempló la fachada, una cáscara vacía iluminada únicamente por la luna y un par de estrellas solitarias. Las farolas que había junto al edificio se habían apagado hacía mucho tiempo.

—Fue la primera vez que comprendí que las cosas estaban cambiando —comentó—. Cuando Molly cerró no me molestó demasiado. También había una tienda de electrodomésticos, pero cerró después de que Wal-Mart abriera un súper al otro lado de Hope, así que la mayoría ya se había acostumbrado a comprar en las grandes cadenas. Pero sí que me di cuenta cuando cerró la escuela. Todavía era lo bastante joven como para sorprenderme de que las cosas que habían existido durante mi infancia no fueran a durar para siempre.

Sonrió.

—Es curioso, la verdad. Por aquel entonces mi padre ya había muerto. A aquellas alturas ya debería haberlo aprendido.

Llevó a Sara de vuelta a casa de Amy en silencio. Cuando ella se bajó del coche, él se inclinó hacia el asiento del acompañante y sonrió.

—Hacía más de diez años que no pasaba por la escuela —dijo.

Ella le devolvió la sonrisa. Le gustaba haber compartido la experiencia.

—Seguramente —añadió todavía con una sonrisa en la voz—, porque en la parte de atrás había un laboratorio de metanfetamina. Chusma desagradable, tanto los que hacían aquella mierda como los que la compraban.

Sara no tenía la menor idea de si estaba bromeando o era verídico.

Justo antes de que Tom cerrara la puerta del coche, agregó:

—Solo quería que no te hicieras ilusiones con esta ciudad. Para que no digas que no te avisé.

Tampoco sabía si entonces estaba bromeando o no.

—Conque sí, ¿eh, Amy? —murmuró Sara mientras recogía las cosas del porche y

daba una vuelta por la casa para comprobar que todo estaba apagado y cerrado—. Un laboratorio de metanfetamina. Menudo idilio de ciudad.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 8 de abril de 2010

Querida Sara:

Respecto a tu pregunta: creo que he llevado una vida feliz. Sé que he sido afortunada. He tenido buenos amigos y gente buena a mi alrededor. No tengo hijos, lamentablemente, pero en realidad creo que también está bien así. Al menos no ha sido una carga demasiado pesada de llevar desde que lo acepté. Los hijos de los demás me han dado trabajo de sobra como para tener tiempo de pensar en ello. Mira a Andy, por ejemplo. Su padre dejaba muchísimo que desear, pero como yo tenía tiempo y sitio suficientes, nunca tuve problemas para ponerle una cama aquella vez, ni para dejarle doscientos dólares para las primeras semanas en Denver.

He sufrido un par de golpes duros, claro, pero nunca más de lo que habría podido superar. A veces pienso que lo que cuenta no es tanto la intensidad del dolor como su nivel de arraigo. Quizá haya personas más receptivas que otras, o todos seamos más o menos igual de receptivos según la época, pero he visto a gente sobrevivir a cosas tremendas, incluso a la pérdida de un hijo, aunque en realidad sea incomprensible (mi propia madre perdió a dos hijos entre Jimmy y yo, pero en aquellos tiempos era distinto). Y he visto a gente totalmente absorbida por sus problemas, como si se les metieran por debajo de la piel y los devoraran por dentro hasta que parece que las reacciones al problema son peores que los problemas en sí. También se vuelven huraños y amargados, por lo que resulta difícil acordarse de sentir pena por ellos.

Creo que yo no soy una persona instintivamente amable. Lo cual me ha supuesto un buen puñado de penas a lo largo de mi vida. Supongo que hay que esforzarse por mejorar, pero puede ser difícil. He aprendido a sentarme cuando me lo mandan, pero

creo que ya es demasiado tarde para enseñarle nada más a un perro viejo como yo.

En fin. Supongo que la vida y las penas son como los granjeros y la lluvia: se necesita un poco para que crezca algo, pero la cantidad exacta no puede conseguirse nunca. Y puedes hablar todo lo que quieras sobre ello sin que eso suponga diferencia alguna.

Con afecto,

Amy Harris

Favores de ida y de vuelta

Desde que Sara llegó a Broken Wheel tenía la sensación de estar en deuda de algún modo con la ciudad. No era solo el alquiler, aunque todavía le pesaba. Eran el café y la cerveza y las hamburguesas y el tomate troceado de John.

Ni la micro ni la macroeconomía habían sido nunca el punto fuerte de Sara, por lo que no sabía ver la fina, compleja y, a veces, cuando se trataba de los utensilios de pesca de John, polvorienta telaraña de transacciones económicas y dependencia recíproca que ataban a las personas de Broken Wheel.

A la hora de la verdad, la ciudad se manejaba bien en un juego de equilibrios. Obtenía la mayor parte de sus ingresos de personas ajenas. Algunos forasteros todavía iban a Amazing Grace porque su comida grasienta era la más barata en varios kilómetros a la redonda, y otros seguían yendo a The Square porque los pubs siempre atraen a los clientes habituales, incluso en los territorios menos poblados. Algunos habitantes de Broken Wheel tenían trabajo y dinero, por supuesto. El dinero circulaba entre los comercios y hacía posible el intercambio de productos. A los que no tenían dinero se los invitaba y ellos pagaban con servicios cuando había que arreglar alguna cosa.

Muchas tiendas se habían adaptado por completo a aquella condición. Por ejemplo, John no vendía gran cosa, puesto que apenas había gente que pudiera permitirse nuevo material de pesca o cambiar de destornilladores cada dos por tres. Pero eso también implicaba que la tienda no necesitaba adquirir mucho material nuevo. Al no vender las cañas de pescar, en realidad estaba ahorrando dinero. Antes de que Amy se pusiera tan enferma, a veces John colgaba un anuncio sobre las cosas nuevas que le había llevado algún proveedor y creaba una ilusión de vida y desarrollo, a pesar de que nadie le encargara nunca nada.

Madame Higgins era la dueña de la única tienda de ropa de la ciudad. Llevaba desde los años sesenta sin ofrecer ningún producto nuevo. Los vestidos de baile feos y antiestéticos nunca terminaban de pasarse de moda. Tarde o temprano toda mujer necesitaba ponerse un vestido pasteloso. Pero normalmente solo lo hacía una vez en la vida. Y cuando ya no lo iba a usar más, madame Higgins seguía allí.

Pero Sara no tenía ninguna experiencia en aquel tipo de sistema económico y, peor aún, no tenía nada que aportar. Cada vez que no le dejaban pagar la cerveza o el café —y ella siempre lo intentaba—, sentía que debería tener algo para compensarlo. Y cada vez estaba, aun sin darse cuenta, un poco más atrapada.

Al final George hizo colmar el vaso. Intentó invitarla a almorzar.

George. George, que no tenía trabajo, que apenas estaba sobrio y que, además, dedicaba todo su tiempo a llevarla a donde ella quisiera.

Sentada en la cafetería de Grace se sintió llena de un nuevo e intenso sentimiento de objetividad. Era una mujer adulta, tenía derecho a que se hiciera justicia, ella pagaría lo de los dos.

—P... pero —balbuceó George.

Sara se mantuvo firme.

—Yo pago —dijo.

Sacó su dinero —dólares nuevos esta vez— cuando Grace pasó junto a su mesa.

—Bah —dijo Grace en tono afable—. A esto invito yo.

Cuando era necesario, Sara era una mujer con mucha decisión y una buena dosis de fantasía.

Primero no hizo nada.

Dejó que Grace la invitara a almorzar, permitió que George la llevara a casa y dedicó la tarde a ir y venir por la cocina mientras mascullaba entre dientes. Había hablado con todos los que se le había ocurrido sobre el tema de pagar el alquiler. Había intentado que la dejaran hacer lo correcto en cuanto a la cerveza y la compra. Siempre sin éxito. El sobre amarillo de Forex con los dólares relucientes y planchados estaba casi intacto en uno de los cajones de la cómoda.

Pero no se dejaba amilanar.

Al día siguiente volvía a estar en la calle principal.

Si no la dejaban pagar al contado, la única opción que le quedaba era devolver los favores. Se ofrecería para ayudar en las tiendas que aún aguantaban. Tenía tiempo y tenía experiencia. Aparte del empleo en la librería había hecho prácticas en un comedor de colegio y una vez tuvo un trabajo de verano en un cementerio. Tenía más de diez años de experiencia en caja a la espalda. Tenía siete días a la semana y todas las tardes que hicieran falta. Con un par de días habría saldado la deuda.

Empezaría por la ferretería. Si no funcionaba, continuaría por The Square. Después, Amazing Grace.

Pero estaba segura de que a John le iría bien un poco de tiempo libre.

—Hola, John.

—Sara.

Quizá se lo estuviera imaginando, pero a la joven le pareció que el hombre se mostraba suspicaz. A lo mejor sospechaba que ella tenía algo en mente que a él no iba a gustarle. A lo mejor no quería hacer nada que pudiera animarla a hablar de Amy. De alguna forma, Sara tuvo la sensación de que John casi se retiraba físicamente.

Aun así, lanzó la pregunta:

—¿Puedo ayudar en algo?

—¿Ayudar?

Sara se encogió de hombros en un intento de parecer segura de sí misma e indiferente.

—Con lo que sea. Reponer productos, atender la caja. He trabajado antes en tiendas.

—Pero es que no necesito ayuda.

—¿No quieres librar? Con que me enseñes un poco ya puedes dejarme sola.

Puedes tomarte el tiempo libre que quieras. Tengo experiencia en conectar y desconectar la alarma y puedo estar sola en caja.

—No tengo alarma.

—Pues nada.

—No puedo permitirme contratar a nadie, pero si necesitas dinero... —Se quedó callado, confuso. Al final añadió desesperado—: ¿Has hablado con Caroline de esto?

—No, no —se apresuró a responder ella—. No necesito dinero. Es más, mi visado no me permite trabajar. Oficialmente. Solo pensaba que a lo mejor necesitabas... ayuda.

—No, no —contestó él igual de rápido—. No necesito ayuda. En absoluto. Pero muchas gracias, Sara. Si de pronto... me surgiera la necesidad de más personal, te llamaría.

Sara salió de la tienda de espaldas, asegurando una y otra vez que no necesitaba trabajo. Dios, era difícil ser independiente. Se planteó si se atrevería a preguntarle a Grace entonces, pero decidió posponer aquella alternativa.

Probablemente tendría más suerte con Andy. George la llevó, pero no la acompañó al interior.

—Por si acaso.

—¿Ayuda? —dijo Andy—. Pero si no necesitamos ayuda.

Sara paseó la mirada por el local. Estaba casi vacío. Solo había un cliente. Andy no necesitaba ayuda. Estaba dormitando sobre un vaso de cerveza lleno.

A la luz del día Sara se fijó en nuevos detalles: el suelo de madera clara y desgastada, las estrías en las mesas, el olor a cerveza desbravada y sudor, la camiseta de los Iowa Cubs en la pared, justo al lado del cartel de la policía con indicaciones sobre cómo identificar a un consumidor de metanfetamina.

—Pero ¿no hay nada que pueda hacer? ¿Limpiar? ¿Fregar?

—Si necesitas...

Ella lo interrumpió.

—No necesito dinero. Necesito algo que hacer.

—Lo lamento, pero ahí no puedo ayudarte.

Le ofreció una cerveza como para compensarla. Ella suspiró e intentó pagarla, pero él se apresuró a decir, antes de que ella llegara a sacar los malditos billetes:

—Yo invito.

Sara suspiró otra vez, más hondo.

—¿Whisky? —preguntó él con cierta esperanza—. ¿Cena?

—George viene a recogerme —dijo ella, y añadió en voz baja, casi para sí—: Esto no es normal.

Andy puso cara de estar de acuerdo.

—He oído que Sara va mal de dinero —comentó Annie May.

—¿Mal de dinero? —repitió Gertrude, y encendió otro cigarro. Fumaba nerviosa, dando caladas rápidas y profundas, como si cada cigarro pudiera ser el último—. Interesante.

Estaban de nuevo en la cafetería, donde habían aguantado toda la hora del almuerzo con un solo café. Era todo un arte que habían desarrollado con el tiempo. El truco de Gertrude era dejar que el café se enfriara tanto que se le quitaran las ganas de darle enseguida el siguiente trago. El método de Annie May era parecer más dulce y más abuelita y tener fe en que le pusieran más café gratis. Ambas eran totalmente inmunes a las miradas asesinas del personal de las cafeterías y de los clientes que querían ocupar su sitio.

Pero claro, en la de Grace pocas veces sufrían las miradas del resto de los clientes, y nunca las de Grace. Ella le llenaba la taza a Annie May de forma automática cada vez que pasaba por la mesa y tiraba el café frío de Gertrude con un gesto habituado e inconsciente antes de llenar también la suya.

—¡Madre mía! —exclamó Annie May. Era una muletilla muy tópica de anciana, e hizo que se ganara una mirada severa por parte de Gertrude.

—No tengo nada que decir al respecto —dijo Gertrude—. Todos podemos tener problemas con la pasta alguna vez.

En aquel momento, Grace salió de pronto de detrás del mostrador y se asomó por la puerta.

—¡Sara! —dijo—. ¿Tienes hambre? ¿Puedo invitarte a comer?

Tanto Gertrude como Annie May se inclinaron hacia adelante y miraron por la ventana con los ojos entrecerrados. Parecía que estuvieran deseando que Sara aceptase la invitación para poder así estudiarla tranquilamente y muy de cerca. Aún no habían tenido la oportunidad. Si seguían con aquella racha de mala suerte se verían obligadas a tomar medidas drásticas, como acorralarla en la calle y mantener una charla con ella. Pero la expresión de Sara era más bien de culpa. Murmuró un «No, gracias» y continuó a paso ligero.

Tom no había vuelto a ver a Sara desde la tarde que fueron a visitar su antigua escuela. Cuando la vio caminando por el centro aparcó el coche y bajó sin pensárselo demasiado.

Ni siquiera tenía claro qué pensaba sobre ella y sus constantes lecturas. Había algo casi humillante en una mujer que prefería abiertamente los libros al resto de las personas. Pero necesitaba preguntarle algo.

Lo cierto era que en aquel momento ella no estaba leyendo, pero llevaba un libro bajo el brazo y estaba asomándose con curiosidad al viejo local comercial de Amy, con la cara pegada al sucio cristal del escaparate.

—¿Es verdad que vas mal de dinero? —le preguntó Tom.

Ella se enderezó y se volvió para mirarlo.

—¿Mal de dinero? Pero... claro que no. Si acabo de llegar.

—Me parecería estúpido que vinieras aquí si no te lo podías permitir.

—Claro que me lo puedo permitir. Si ni siquiera me dejan pagar el alquiler.

Aquello no despertó demasiado interés en Tom.

—¿A quién vas a pagárselo? —preguntó.

—Cielos —dijo ella—. ¿Es esa la razón por la que no me dejan pagar nada? ¿Ni la comida que le compro a John, ni el café de Grace, ni la cerveza donde Andy? Pero ¿por qué se piensan que no tengo dinero?

Hubo algo atrayente en la forma en que Tom abrió los ojos grises, como si de alguna manera pensara que él se guardaba las respuestas y no le importara dejar claro que ella no tenía la menor idea.

—Me atrevo a decir que no te dejan pagar porque te ven como la invitada de Amy. O, ahora, nuestra invitada común.

—Pero es ridículo. Yo tengo dinero. ¿Cómo voy a hacerlo circular si siempre me están invitando?

—Buena pregunta. Pero, más que ridículo, es amable.

Una arruga apareció en el entrecejo de Sara.

—Entonces, cuando les he preguntado si puedo ayudar en algo se han pensado que... Pero ¿por qué van a invitarme si no puedo ayudarlos a cambio?

—¿Ayudarlos?

—Sí, podría ayudar a John a reponer productos o estar en caja, o ayudar a Andy a fregar los platos...

—¿Te has ofrecido a fregar los platos? —preguntó él solo para asegurarse de que la había entendido bien. «Dios mío», pensó. Le habría gustado ver la cara de Andy cuando se lo dijo.

Pero Sara contestó como si fuera lo más normal del mundo:

—Sí, se me da bien. O sea, no solo fregar los platos —añadió—, sino estar en caja o reponer. He trabajado de sobra para saber hacerlo. Bueno, nunca he trabajado en un bar, pero una vez estuve en un comedor de escuela, así que sé fregar. Y he estado un montón de años en la caja de una librería.

—Estoy seguro —dijo él, e intentó dejar de reír—. Pero no es exactamente lo mismo ofrecerle una cerveza o un café a un invitado que el hecho de que el invitado se ofrezca a fregar los platos de la comida.

Tom vio que Sara hacía un intento de encontrar la respuesta oportuna.

—Puede que no —reconoció al final—. Pero me harían un favor. Necesito hacer algo. Y tengo que poder compensar todo esto.

—¿Ya te has aburrido de estar aquí?

—Tengo la sensación de que ya llevo media vida sin hacer nada. ¿Cómo voy a aguantar dos meses sin hacer nada más que leer y tomar café gratis?

Tom echó un vistazo a su reloj. Ya llegaba tarde al trabajo.

—Ya sabías qué tipo de ciudad era Broken Wheel cuando viniste, ¿no?

—Sí... —respondió insegura. La expresión de su cara dejaba claro que en

realidad pensaba todo lo contrario—. Pero no es tanto la ciudad como el no trabajar ni hacer nada. Nunca he tenido unas vacaciones tan largas.

Se volvió y se asomó de nuevo al escaparate. Tom volvió a mirar la hora. No podía tardar mucho más.

Sara casi se olvidó de que Tom estaba esperando a su lado. «No tiene ningún sentido que este local esté vacío», pensó, aunque tampoco sabía bien qué tenía aquel local de diferente respecto a cualquiera de los otros que estaban vacíos, ni por qué se lo merecía menos. Intentó imaginarse una tienda que vendiera juegos de ordenador o alguna otra cosa moderna. «Juegos de ordenador no», pensó tajante. Una panadería podría funcionar. A todo el mundo le gusta el pan recién hecho. Aunque a lo mejor no había suficiente clientela potencial en Broken Wheel como para hacer funcionar toda una tienda.

Durante un rato se divirtió imaginándose un Starbucks. Podía ver a adolescentes estresados con uniforme verde tras el mostrador grisáceo mientras George se exprimía los sesos intentando entender qué era un descafeinado desnatado moca *latte* extra expreso y si lo quería o no. Miró de reojo a Tom. Algo le decía que un Starbucks no lo impresionaría. Él la miró con una media sonrisa, como si se estuviera riendo de ella o de alguna broma privada que no pensaba compartir.

Y fue allí, delante del local vacío de Amy, donde la sombra de una idea comenzó a tomar forma. Todavía demasiado frágil como para poder expresarla, o siquiera reconocérsela a sí misma, pero era una idea. Sin duda, una idea.

—Tom —dijo—. ¿Puedes llevarme a casa?

Se dio unos segundos para pensar en lo que tenía que hacer.

—Y ¿tienes el número de George?

Él la miró confuso.

—No —contestó de forma escueta.

Como al mismo tiempo estaba abriendo la puerta del acompañante, Sara supuso que la negativa se refería al número de George.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 11 de mayo de 2010

Mi querida Sara:

No tengo la menor idea de qué clásicos norteamericanos son los que deberías leer. Lo cierto es que creo igual de poco que tú en el mero concepto de clásico. Pero a veces pienso que esos críticos literarios que conforman las listas deben de tener algo de sentido del humor. ¿Cómo, si no, puede explicarse que incluyan libros de Mark Twain en una lista de clásicos? A menos que sea una forma encubierta de humillación, pero no pueden ser tan estrechos de miras, ¿no crees? Primero te dicen que «clásico es un libro que todo el mundo idolatra pero nadie lee», ¡y luego te encuentras todos tus favoritos en la misma lista!

Pero no me parece que la justicia sea el principal argumento contra las listas de clásicos. O bueno, en cierto modo sí que es una cuestión de justicia, pero no contra los que no aparecen en las listas. No, los que a mí me despiertan compasión son, precisamente, los que consiguen meterse en ellas. Por ejemplo, lo que te decía de Mark Twain. Una vez cuando Tom era pequeño, vino a casa quejándose de que tenía que leer Huckleberry Finn. ¡Huckleberry Finn! Los críticos y los planes de estudio deberían rendir cuentas de cómo consiguen que los chavales vean una historia de rebelión, aventura y chulería como una obligación y deberes para la escuela. ¿Entiendes a qué me refiero? El crimen real de esas listas no es que dejen fuera a libros que se merecen estar dentro, sino que convierten aventuras fantásticas en deberes.

De todos modos, no vas a quedarte sin algunos de mis favoritos estadounidenses, siempre y cuando me prometas que no los leerás por obligación.

Paul Auster. Prefiero su Brooklyn Follies a La trilogía de Nueva York, por mucho

que pueda ser una blasfemia.

En verano volví a leer El gran Gatsby de F. Scott Fitzgerald. Lo leí como «clásico» de joven y nunca había apreciado su mérito hasta ahora.

Pero creo que me guardo mi mayor reconocimiento a las mujeres. Puede que sea parcial.

Creo que ningún libro me ha emocionado tanto como Beloved de Toni Morrison, y no hay autora a la que admire más que a Joyce Carol Oates. Creo que la única razón por la que no le han dado el Premio Nobel (¿a qué os dedicáis por esas tierras? ¿No puedes hablar con ellos?) es que escribe demasiado. Una productividad así es demasiado para la autoestima masculina de los críticos (escribe más deprisa de lo que la critican). ¿Cómo vas a reseñar una obra nueva si no tienes fuerzas para leer antes otras cincuenta de sus obras?

Con afecto,

Amy

Una librería en medio de todos ellos

Sara comenzó por abajo y fue buscando hacia arriba.

En la cocina encontró cubiertos viejos que parecían llevar años en desuso, un montón de utensilios que ni siquiera conocía, la clásica mezcla de celo y papel y bolígrafos que se habían secado hacía tiempo en un cajón al lado del teléfono y un armarito que hacía las veces de estantería para libros. Ni siquiera eran libros de cocina, solo una mezcla variopinta de libros divulgativos y un par de novelas de intriga. Aprovechó para tirar las flores muertas del alféizar de la ventana y, cuando cruzó el pasillo, metió las banderitas en uno de los cajones de la cómoda. Pero la foto de Amy la dejó tal como estaba. Había empezado a saludarla cuando pasaba por allí.

En el salón no encontró llaves ni tampoco más libros. Y en el cuarto de baño había tres libros e infinidad de tarritos de medicamentos.

Al final encontró en la habitación de Amy el manajo de llaves que estaba buscando. Cuando lo tuvo en la mano, el plan se le antojó de lo más estúpido.

Dio con el número de George en una vieja libreta del cajón que había al lado del teléfono. El hombre no tuvo nada en contra de ir a buscarla en el acto, a pesar de que fueran más de las ocho. Sara se lo agradeció mucho. Si hubiese tenido más tiempo para pensárselo, tal vez habría abandonado la idea.

—George —comenzó indecisa cuando ya estaban en el coche—, ¿crees que la gente tendría algo en contra de que...? —Rectificó—. He encontrado este manajo de llaves en casa de Amy.

George no dijo nada.

—Y he pensado... Me gustaría pasarme por el local de Amy. Si te parece bien.

—No veo por qué no va a parecerme bien —dijo él.

Aparcaron delante de la tienda. La puerta se abrió con facilidad y sin chirriar. Sara buscó a tientas con las manos a ambos lados del marco hasta encontrar el interruptor en el lado izquierdo. La bombilla del techo inundó el local abandonado de una luz penetrante y despiadada, pero por lo menos había electricidad.

—Supongo que nunca se decidió a cortarla —comentó George entre dientes.

Ambos pasearon la mirada por la sala. Excepto por el mobiliario —un mostrador, un par de estanterías y dos sillas—, el local estaba vacío. Las paredes eran de color ocre. El suelo estaba cubierto por una capa de polvo, pero cuando Sara lo rascó un poco con el pie pudo intuir que debajo había madera oscura.

George fue el primero en entrar.

—Creo que hay otra habitación más adentro —dijo.

Más que una habitación era un tabuco donde habían encajado un fregadero. Aún había varias tazas.

—Habría que limpiarlo —dijo ella.

Al día siguiente Sara se puso la ropa más indicada para hacer negocios que tenía en la maleta: un par de pantalones negros que con algo de buena voluntad podían parecer la parte inferior de un traje y una camisa blanca con mangas tres cuartos que parecía casi planchada. Pero cuando estuvo delante del cine, observando el póster de una de las películas de *Jungla de cristal*, se preguntó si no se habría arreglado demasiado para la ocasión.

A su lado había una mujer con una camiseta de publicidad del Country Linedancing, una especie de torneo que se había celebrado en Des Moines en 1987. Ella también tenía pinta de haber pasado lo suyo. Le faltaba un diente. Sara se dio cuenta cuando la mujer le sonrió.

Podría haberla ayudado, estaba convencida de ello. La mujer tenía ese tipo de piel que resulta de trabajar duro, consumir alcohol y fumar mucho, y la postura hundida que tienen las personas que siempre parecen sentirse derrotadas. A Sara le habría gustado poder alisarle las bolsas de los ojos y apaciguarle los espasmos de las manos, aunque solo fuera durante unas horas o lo que quedaba de semana. Y un poco más allá, en la esquina de la calle, había un grupo de adolescentes totalmente ociosos que podrían haber estado leyendo.

Aquella ciudad tenía la apremiante necesidad de contar con una librería.

—¿Una librería? —dijo Jen.

No sonaba abiertamente hostil, pero su escepticismo resultaba inconfundible. Andy miró a Sara de forma extraña, y Caroline se limitó a quedarse allí sentada con una expresión ininteligible.

Sara estaba delante de los tres, subida al escenario. Le habría gustado poder saltarse aquella parte del protocolo. Se habría sentido mejor en el cuartito de control.

—Me gustaría... —Tragó saliva. Luego explicó el resto de su idea con una sola bocanada de aire, antes de que le diera tiempo a arrepentirse—: Me gustaría abrir una librería en el antiguo local de Amy. Con ayuda de sus libros. Como un homenaje, a ella.

Había estado ensayando la última parte de la frase en casa, pero en aquel instante no le pareció que sonara tan bien.

—¿Quieres vender los libros de Amy Harris? —preguntó Andy.

—No por el dinero, claro. No sería mi librería. Mi visado no me permite trabajar.

La embajada estadounidense le había remarcado que no podía trabajar bajo ninguna circunstancia, con destinos aún peores que la muerte si lo intentaba. Con todo, le había resultado difícilísimo conseguir un visado de turista. La habían animado a usar el programa «Visa Wager», con el que podía pasar noventa días en el país sin tener que solicitar un visado de antemano. Todo se resolvía, en el mejor de los casos, directamente en el aeropuerto una vez llegada.

Su justificación de querer un visado para estar segura, y para tal vez prolongar la

estancia si el dinero le alcanzaba para más de lo que tenía previsto, y por el mero hecho de tener la libertad de poder hacerlo, solo los puso más nerviosos. Sara descubrió que a la embajada de Estados Unidos no le gustaban las palabras como «prolongar» o «libertad». Querer visitar una ciudad de provincias estadounidense y tal vez quedarse más tiempo —ambas cosas muy sospechosas— se parecía demasiado a querer quedarse permanentemente. Ellos habrían preferido que Sara no tuviera ningunas ganas de visitar el país.

—Sería más bien... nuestra librería —dijo—. Yo solo os echaría una mano.

—Nuestra librería —repitió Andy.

—Una librería. —Sara oyó la negativa silenciada de Jen.

—Habrá que limpiar el local —prosiguió Sara—. Y pintarlo, supongo. Pero puedo hacerlo yo sola, y pagar, y todo.

—No es mala idea —dijo Caroline pensativa—. Hay más locales que habría que limpiar. Y tampoco registrarías la tienda.

—Pero... —protestó Sara, que siempre acataba las leyes.

Andy se animó a intervenir.

—Claro que no lo harías —insistió—. Piensa en los impuestos.

—No tiene sentido hacerlo —terció Caroline—. Solo estaría abierta mientras tú estuvieras aquí. Aparte de que dudo mucho que vayas a obtener ningún beneficio, así que no estamos hablando de ocultarle dinero al IRS.

Lo dijo con el tono de voz de una persona que considera imposible engañar a Hacienda en términos de dinero. Ellos tenían experiencia infinita en el noble arte del engaño. Lo que uno hacía como ciudadano era más bien defensa personal.

Sara siempre seguía las reglas. Sobre todo cuando se trataba de impuestos. Nunca había desgravado nada en toda su vida por miedo a que la acusaran de tramposa. Pero en aquel momento Sara no pensaba en Hacienda, ni en las normativas del visado, ni en las otras mil razones que debía de haber para no abrir una librería en una ciudad desconocida.

Estaba pensando en poder devolverle algo a la ciudad. Los libros eran una buena forma de compensación. Lo supieran o no, lo que necesitaban los ciudadanos de Broken Wheel eran libros, eso Sara lo tenía más que claro. Y pensaba en los volúmenes de Amy, en que volverían a usarse y a ser apreciados, tal como debía ser. Podría encargarse más vía Amazon. Libros usados, no muy caros, escogidos con mimo —y pagados— por ella misma. La gente podría donar sus libros viejos para ponerlos en circulación. Empezarían a pequeña escala, por supuesto, pero podía funcionar. Tenía dinero y tenía tiempo. Podría hacer algo.

Andy y Jen se miraron.

—¿Estás segura de que quieres abrir una librería? —preguntó él.

—Creo que sería mejor que nos dejaras organizar un buen *picnic* —repuso Jen—. ¿O por qué no una excursión al bosque?

—Quiero abrir una librería —anunció Sara.

La frase le salió en cuanto George se hubo bajado del coche. No había podido pensar en otra cosa desde que se había levantado, así que a las ocho y media, cuando George apareció con el coche, ella ya estaba esperándolo en el porche.

Él se limitó a asentir con la cabeza.

—No de mi propiedad, claro —añadió ella enseguida. Todavía le daba miedo que la gente pensara que estaba intentando ganar dinero con los libros de Amy—. Solo voy a ayudar. Mientras esté aquí, quiero decir. En Suecia trabajaba en una librería, así que sé cómo se hace.

No era del todo cierto. Nunca había sido la responsable de la tienda. Y, desde luego, nunca había montado una de cero.

—Me parece una buena idea —dijo George.

En aquel caso, era el único.

Sara era plenamente consciente de que ninguna otra persona de todo Broken Wheel sentía especial simpatía por su locura pasajera, tal como Andy se refería al proyecto. Pero al menos todos habían aceptado reunirse con ella en el local al día siguiente. En aquel momento inspeccionaban el polvo y la suciedad con caras amargadas.

—Quiero pintar las paredes —dijo Sara.

Ante sus ojos veía una tienda bañada de luz y color, un punto de encuentro acogedor para libros y otras historias, con grandes butacas en las que uno podría dejarse llevar y encontrar tiempo de sobra para mantener conversaciones lentas. Y libros. Miles de libros, de todas las formas y de todos los colores imaginables.

—Tendrás que comprar pintura nueva —afirmó Caroline con tono de desaprobación—. A menos que alguien tenga un par de botes que le sobren, claro.

—Quiero un color amarillo —aseguró Sara—. Amarillo dorado.

—Amarillo dorado alegre —dijo Caroline con contención—. Supongo que John podría ayudarte —añadió desganada.

—Y yo me ocupo de la limpieza —intervino George. Todo el mundo se lo quedó mirando tanto rato que al final el hombre se ruborizó ante aquella atención—. Sé limpiar —aclaró, aunque ya con cierto atisbo de duda en la voz.

Por lo que parecía, Andy, Jen y Caroline opinaban que ya habían oído suficiente, porque fueron marchándose uno tras otro hasta que solo quedaron Sara y George en el local.

De pronto toda la idea volvió a antojársele una estupidez. Sara no sabía si era porque ya no tenía que aparentar seguridad ante los demás o porque veía la suciedad con más claridad cuando el local ya no estaba lleno de gente. Había estado tan absorbida por una especie de visión de ensueño de su librería colorida y acogedora que había logrado ignorar el hecho de que las paredes eran ocre y el suelo gris.

George y ella contra años y años de polvo y porquería. ¿Por dónde iban a empezar?

George no parecía compartir sus dudas.

—Comenzaremos por los cristales —dijo con decisión en cuanto los demás hubieron desaparecido por la puerta—. Así lo veremos todo mejor cuando entre un poco más de luz.

No dejó que Sara se acercara a las ventanas, ni siquiera para el primer enjuague.

—Si no se hace bien quedan estrías —explicó él con amabilidad. Pero por lo menos permitió que lo ayudara a cambiar el agua del barreño.

George era incansable. Incluso se atrevió a bromear en dos ocasiones, y un poco más tarde dijo:

—Oye, el *Bridget Jones*... —Guardó silencio para limpiar una esquina peliaguda y luego continuó—: En realidad no está nada mal, el libro. Pero ¿de verdad las mujeres hablan tanto de hombres?

Lo cierto era que Sara no tenía la menor idea, ahora que lo pensaba.

—A lo mejor en Londres sí —propuso.

Él asintió.

—Sí, a lo mejor en Europa sí.

Cuando pararon para almorzar, a Sara le dolían los músculos y las órdenes de George habían tomado un cariz más militar. Permitted una pausa para almorzar solo porque Caroline había asomado la cabeza y lo había propuesto. Frente a ella su recién adquirida autoridad todavía se mostraba débil. Y cuando Andy y Jen aparecieron poco después que ella, él volvió a convertirse en el Pobre George.

Comieron delante de la tienda. El sol todavía calentaba cuando se decidía a brillar, y Sara se había acalorado demasiado con el trabajo como para estar pendiente del frescor otoñal que había comenzado a filtrarse en el aire.

Grace se acercó con unas hamburguesas y tardó un momento en irse.

—Nunca conseguiréis abrir una librería aquí —aseguró—. Es una locura.

Nadie se molestó en responderle.

—Una librería —repitió Grace con el inquietante tono de contadora de historias que siempre solía ir seguido de una anécdota familiar. Andy y Jen la miraron nerviosos. Caroline se quedó de piedra. En efecto, Grace continuó—: ¿Os he contado aquella vez que los vendedores de Biblias fueron a ver a mi abuela?

Todos miraron a Caroline de reojo. La elección de Grace era de lo más desafortunada. Caroline sentía una fuerte simpatía por los vendedores de Biblias.

—Habéis avanzado mucho —comentó Jen, que fue la primera en recobrar la compostura. Era un comentario banal, pero por lo menos consiguió cambiar de tema.

—Mucho, mucho —se apresuró a añadir Andy—. Pero aún queda por hacer. Será mejor que os pongáis en marcha otra vez.

Él y Jen se llevaron a Caroline a empujoncitos hacia los coches y George puso a Sara a limpiar otra vez.

Poco a poco el polvo del local fue desapareciendo a favor de un intenso olor a detergente y limón artificial.

A la tarde siguiente Sara pudo ver el suelo tal como había sido en su mejor época, oscuro y elegante, antes de que volvieran a taparlo con papel y botes de pintura.

Crepitaba bajo sus pies a cada paso que daba. Todavía no había señales de la tienda en la que el local se convertiría un buen día. George seguía allí, a pesar de que ya eran más de las ocho, y al final se sentaron en sendas sillas delante de la puerta sumidos en un cómodo silencio, con un café de Grace en un vaso de plástico, soñando con libros y pensando en la suciedad conquistada.

Sara sonrió. La ciudad parecía más viva por las noches. Era como si recuperara parte de su dignidad. Como paisaje de fondo era espectacular: casas oscuras y solemnes que se erguían y se fusionaban con un cielo igual de oscuro.

Intuía kilómetro tras kilómetro de carretera negra y recta que se extendía hacia ambos lados. Durante el día la ciudad se veía engullida y amenazada por la carretera, pero por la tarde las fachadas se fundían con el asfalto y se convertían en parte de algo más grande, que se movía. Durante el día uno podía atravesar toda la ciudad en un minuto y casi pasársela de largo si parpadeaba demasiado seguido. Por la noche, en cambio, lo perseguía y reclamaba su atención.

—¿Te gustan las estrellas? —preguntó George con el mismo tono de voz que si le hubiera preguntado si le gustaban los espaguetis y la salsa boloñesa.

Fuera todavía hacía un poco de calor, pero el olor a asfalto y polvo había sido sustituido por el jugoso aroma del final del verano.

—Supongo que sí —contestó Sara, y alzó la cabeza para mirar el firmamento.

No reconocía ninguna constelación. Lo consideró liberador. Le parecía trágico que las personas estuvieran tan obsesionadas con los patrones que incluso quisieran someter las estrellas a ellos. Como el carro de la Osa Mayor. Cuando era niña le parecía que sonaba mágico, como un carro sacado de un cuento de Disney, cubierto de joyas y tirado por cuatro caballos, pero una vez hubo aprendido a identificarlo le pareció más un carro de supermercado. Siete estrellas, seguramente a millones de kilómetros de distancia unas de otras, enlazadas a la fuerza por el ser humano para convertirlas en un carrito de súper. O un cochecito infantil muy muy barato.

—Yo no sé qué pensar —confesó George—. A veces me hacen sentir pequeño. —Sonrió a Sara—. Y no necesito ayuda para sentirme insignificante. Pero a veces me gusta. Que seamos tan pequeños que dos personas puedan estar en ciudades diferentes y mirar al mismo cielo.

—¿Piensas en alguna persona en especial?

George la sorprendió respondiendo que sí como si fuera evidente.

—En Sophy —dijo.

—¿Tu mujer? —se atrevió a preguntar Sara.

—Dios me libre —contestó, y se rio—. O sea ¿que has oído hablar de ella? No,

Sophy era mi hija. ¿También te han hablado de ella?

—No.

—¿No? Claro, en realidad no era hija mía. O eso te habrían dicho, si te hubiesen contado algo. —George no había dejado de mirar al cielo en ningún momento de la conversación, pero en aquel momento se había vuelto hacia Sara—. Que les den —dijo—. Era mía.

Cuando volvió a abrir la boca, su tono de voz era completamente distinto.

—Me gusta pensar que algún día ella mirará las estrellas justo en el mismo momento que yo. Si las miro durante el tiempo suficiente, claro. —Hizo una mueca—. Qué tontería, ¿no?

Sara le sonrió.

—Es una idea bonita —dijo.

—Sí, casi como verlas estando juntos —susurró George.

»Sea como sea —continuó al cabo de un rato—, después de que Sophy desapareciera fue cuando comencé a beber. Supongo que ya te lo han contado.

—Sí.

—No tiene sentido fingir que no pasó.

—Me han dicho que llevas sobrio una buena temporada —dijo ella.

—Ahora un mes y medio. Algunos días todavía se me hace difícil.

La teoría de George sobre la crisis económica

George no dijo nada al respecto mientras llevaba a Sara a casa, pero estaba decidido a hacer un trabajo impecable con lo de la limpieza para demostrarle al mundo que era digno de confianza.

Él era, a su manera, tan raro o tan normal como cualquiera de las otras personas que se habían quedado y sobrevivido en Broken Wheel. La historia de la ciudad lo había marcado, igual que a la mayoría de ellas, aunque también era verdad que la vida lo había castigado más con sus pequeñas catástrofes, hasta convertirlo bastante pronto en el Pobre George, un buen hombre, «teniendo en cuenta las circunstancias».

Las praderas estadounidenses fueron dominadas en su día por pioneros valientes, duros y perseverantes: granjeros en busca de tierra fértil, dispuestos a soportar todas las dificultades y penurias necesarias para cultivarla. Y para adueñarse de ella.

Según contaba la leyenda, los granjeros que se aventuraron a someter la zona que rodeaba las Grandes Llanuras estaban especialmente locos. Lo bastante como para elegir un lugar en medio de la nada y asentarse allí. Y también lo bastante locos como para lograr sobrevivir.

En muchos lugares del Medio Oeste estadounidense, la supervivencia era una especie de retorcida prueba darwiniana de la que solo los más chiflados salían con vida. Y lo que no los mataba, los hacía más raros.

Ciento cincuenta años atrás, un grupo de valerosos pioneros viajaba en convoyes, deseosos de cumplir una anterior (y con menos cachivaches) versión del sueño americano.

A uno de aquellos convoyes se le partió una rueda: Broken Wheel se fundó gracias a un fallo mecánico y fue bautizado en su honor. Todo indicaba que desde entonces la ciudad hacía cuanto podía para hacer honor a su nombre.

En Broken Wheel nunca nada fue fácil. Incluso durante los años de esplendor de la agricultura en Iowa, cuando todavía funcionaban las granjas familiares, cuando la gente tenía maíz y dinero y tarta de manzana de sobra para todo el mundo, los habitantes de la ciudad seguían obligados a luchar. Siempre iban un poco a contracorriente, siempre en la retaguardia, jugando el partido pero todo el tiempo un par de puntos por detrás. Tuvieron que seguir cazando.

Era la época que la gente recordaba como el clímax de la ciudad. Por aquel entonces George ya era el Pobre George. Sus hermanos se habían quedado con la granja de la familia a pesar de que él era el heredero y era soltero en un sitio y en un tiempo en el que nadie utilizaba la palabra *single*; más aún, en el que ni siquiera se hablaba de las personas que no habían logrado encontrar a alguien.

Hasta que la rueda de la economía agrícola basada en la familia se rompió de verdad y todo se fue realmente al carajo.

George recordaba aquellos tiempos y tenía su propia explicación en cuanto a qué se había debido la crisis. Sabía que todo había comenzado cuando perdió a Sophy.

Su consumo de alcohol también empezó entonces.

Cuando su mujer se casó con él, George nunca llegó a entender del todo por qué lo hacía. Al cabo de un tiempo se volvió demasiado evidente, puesto que parió a una niña a los siete meses de matrimonio. George sabía que Sophy no era suya: en la noche de bodas él era virgen.

Pero no le importaba. Tenía esposa y una hija fantástica, y la gente lo miraba con respeto. De repente ya no era el Pobre George, sino un marido y un padre, una persona adulta.

Su hija también era la primera persona que a George se le daba bien. Y la gente también se daba cuenta de ello: «Qué padre tan bueno eres, George», decían, y ni media palabra acerca de que no se hubiera quedado con la granja a pesar de ser el primogénito o de que llevara diez años en la cortadora de carne sin que lo hicieran siquiera responsable de turno, ni aun en la época en la que había trabajo y solo los mexicanos querían dedicarse a despedazar reses.

Ahora que volvía a ser el Pobre George, a veces le costaba recordar cómo se había sentido en aquellos tiempos en los que era casi respetado. Pero todavía se acordaba de Sophy. No le importaba que Michelle lo hubiera abandonado, pero se llevó a Sophy consigo, a su Sophy. George todavía podía recordar hasta el menor cambio en su carita y lo suave que tenía la piel cuando la acariciaba. Seda sobre papel de lija, había pensado una vez, aunque nunca solía ser muy poético. Y la risa. Su olor cuando dormía y la manera en que George, con mucho cuidado para no despertarla — y en silencio para que Michelle no lo viera y se burlase—, solía hundir la nariz en su pelo. Lo que no lograba recordar era cómo olía Michelle.

En resumen, las penurias comenzaron cuando Sophy desapareció. Había quien aseguraba que la crisis se debía al precio del crudo y a las rentas y a los bancos sobreentusiastas que habían prestado demasiado dinero y a los políticos en Washington que decidían acerca de cosas sobre las que no tenían ningún control y Dios sabía a cuántas cosas más. Pero George sabía que no era verdad.

Sophy desapareció y, después de aquel incidente, único, imposible e inexplicable, ya nada resultaba comprensible. La ciudad quedó desprotegida y de repente podía pasar cualquier cosa. Los precios de los productos no tenían nada que ver con los costes de la maquinaria ni los préstamos, los sueldos ya no recordaban a nada, y los bancos que antes habían sido como amigos y lo habían colmado de dinero —a él y a todos los demás— se comportaban como si nunca lo hubieran conocido, a pesar de que el hombre del banco era de la zona.

Su casa acabó a ras de suelo para cederle más espacio al maíz. «Todo ese puto maíz», pensó, y de pronto una cosecha bonita y conocida se volvió avariciosa e incalculable.

Antes de que su mujer se marchara le contó a todo el mundo que George no era el padre de Sophy. Como consecuencia directa, se convirtió de nuevo en el Pobre George. Empezó a beber.

Después, cuando más habitantes se vieron obligados a vender las granjas y ya nadie podía cumplir con el papel de buen marido y buen padre, fueron más los que se convirtieron en el Pobre Tal y Cual y que empezaron a hacerle compañía con la bebida.

Los demás no terminaban de creerlo cuando les contaba que la oscuridad empezó con Sophy. «Quizá todos tenían su propia oscuridad», pensaba ahora que llevaba un tiempo sobrio.

Y estaba sobrio. No había probado ni una gota desde hacía un mes y medio. Era cierto que antes, durante los quince años que habían pasado desde que Sophy desapareció, había habido períodos en los que no bebía demasiado, pero había cierta diferencia entre no beber y estar sobrio, y George estaba sobrio.

Iba a encontrar algo sensato que hacer, iba a ayudar a Sara y saldría adelante.

«Me tomo los días de uno en uno», solía decirle a Sophy. Pero no le prometía que nunca volvería a beber. No iba a prometer nada que quizá no pudiera cumplir. A Sophy no.

—Toda una mujer, esta Sara —le dijo mientras volvía de dejarla en su casa, con la cabeza agradablemente llena de limpieza y productos químicos.

Caroline se hace responsable de una colecta. Otra vez

Era la una y media de la tarde y Caroline ya había pasado por cinco casas. Se había impuesto la tarea de recoger los muebles que Sara aseguraba que le harían falta. No podía dejar de preguntarse qué clase de librería necesita sillones y lámparas de pie y lámparas de mesa antiguas, pero era el proyecto de Sara. Si eso era lo que quería, lo tendría. Un mobiliario peculiar era un precio muy bajo a pagar a cambio de un local limpio en la ciudad.

Caroline no solía tener problemas para conseguir que la gente donara cosas en las colectas. El truco era no parar de moverse. Visitar a todo el mundo. Hablar con todo el mundo. Hacerlo breve y efectivo y procurar que la gente entendiera qué se esperaba de ellos. Pero, por alguna razón, aquel día estaba cansada, como si de pronto le pareciera agotador ir sembrando remordimientos a su paso.

Pero Henry y Susan, con los que estaba ahora, no le darían demasiados problemas. De algún modo, a ellos siempre les quedaban más cosas de las que desprenderse. A veces Caroline sospechaba que la pareja veía la vida como una especie de mercadillo al revés, donde el objetivo era acumular tanta porquería como fuera posible.

Resultaba evidente con tan solo mirar su jardín.

Una mesa de exterior gigante y pintada de blanco ocupaba la mayor parte de la parcelita de césped que había delante de la casa. Tanto la mesa como las ocho sillas necesitaban una capa de pintura nueva. La mesa era demasiado grande para el terreno y había demasiadas sillas para aquella mesa, pero eso no hacía que Henry y Susan se privaran de añadir también un popurrí caótico de macetas con flores descuidadas que se apretujaban en desorden y se inclinaban sobre el suelo de piedra irregular.

Caroline soltó un suspiro y pasó con cuidado por encima de algo que podría haber sido una raqueta de tenis. Luego llamó a la puerta con fuerza y decisión, como si intentara convencerse a sí misma tanto como a Henry y a Susan.

Fue ella quien abrió la puerta. Era una mujer afable y nerviosa, de sesenta y cinco años de edad, que siempre parecía exageradamente agradecida y sorprendida ante el menor gesto de amabilidad que se le mostrara, al mismo tiempo que jamás se le habría pasado por la cabeza la menor intención de ser antipática.

—Susan —dijo Caroline—. Tenemos una colecta.

A la mujer se le iluminaron los ojos. Su cara redonda fue recogándose sobre sí misma hasta formar una sonrisa.

—¡Qué bien! —exclamó, y lo decía en serio.

—Sillones y mesas, más que nada.

Otros habrían dudado ante la petición. La gente tenía un montón de cosas de las que quería desprenderse, pero era más fácil cuando eran ellos quienes decidían de qué.

—Seguro que podemos apañar algo —repuso ella, y pegó un grito hacia el salón

—. ¡Henry! ¡Una colecta! —Se volvió hacia Caroline otra vez—. ¿Café?

Caroline se había tomado un café en cada una de las cinco casas por las que había pasado, pero aquello formaba parte del ritual, así que asintió brevemente con la cabeza y acompañó a Susan a la cocina. Al poco rato tenía una taza en la mano y un platito con galletas compradas y bastante secas delante.

—Vamos a, eh... Abrir una librería —dijo Caroline. No se sentía del todo cómoda con aquella parte de la historia. Le parecía tan... hiperoptimista—. Con los libros de Amy Harris —añadió.

—Una pena —murmuró Susan—. Lo de Amy.

La dueña de la casa pareció compungida durante más o menos treinta segundos, hasta que Caroline se acordó de preguntarle por los nietos. Entonces recuperó la sonrisa.

Susan y Henry tenían tres hijos —todos los cuales se habían marchado de la ciudad— y cuatro nietos que nunca iban a visitarlos y que hasta la fecha jamás se habían acordado de sus cumpleaños. Aun así, la pareja tenía la casa repleta de fotos suyas y les encantaba hablar de ellos.

Después, Henry y Susan desaparecieron para dar un repaso a sus escondrijos. Caroline se quedó donde estaba, entretenida pensando en por qué la gente decidía casarse o tener hijos.

Ella nunca había hecho ni lo uno ni lo otro.

A veces suponía que las mujeres casadas la miraban como si ellas fueran más cristianas por haber fundado una familia nuclear. O incluso podían no mirarla siquiera, como si una no existiera del todo si no había logrado encontrar a un idiota por marido. Había perdido la cuenta de todas las bodas y los bautizos a los que había asistido y en los que la gente parecía haberse empeinado tanto en no mirarla que al final se había sentido invisible. Como si una mujer soltera pasara a convertirse en parte del empapelado de las paredes: las miradas de la gente se deslizan sobre ella hasta aterrizar, aliviadas, en las demás, que sí están casadas y tienen hijos.

«Hoy en día ya no, claro», pensó y tomó un sorbo de café mientras intentaba no hacer muecas. En Broken Wheel ya eran muy pocos los que se casaban, y nadie que Caroline conociera.

«Además, te has hecho mayor», se dijo a sí misma. Ya nadie esperaba nada de ella. Por lo visto, al cumplir los cuarenta una cruzaba una frontera mágica.

Caroline acostumbraba a no perder demasiado tiempo con los que se comportaban como si fueran mejores solo porque habían logrado casarse. No tenía demasiado aprecio por la familia nuclear. Era mejor que muchas alternativas, eso era cierto, pero no era motivo para ser descaradamente presumido. ¿Qué fue Jesús, dicho fuera de paso, sino una especie de variante de un hippy de pelo largo que dejó a sus padres para vivir en una gran familia colectiva?

Tampoco era que sintiera demasiado aprecio por los hippies. Esos también tenían lo suyo de arrogancia.

Henry interrumpió sus cavilaciones al asomar por la puerta y decir con cierta esperanza:

—¿Te interesan unos muebles de jardín, quizá?

Ella negó con la cabeza con aire de disculpa:

—Muebles de interior, a ser posible —contestó, y añadió por cuestión de diplomacia—: Al menos por esta vez.

Como si cualquier día pudiera surgir una colecta en la que unas sillas con los cantos raídos y apenas pintadas de blanco fueran justo lo que estuvieran buscando.

Aunque, a decir verdad, era muy probable que ocurriera. Tarde o temprano organizaría una nueva colecta para la iglesia y aceptarían cualquier cosa que la gente donara. Y estarían agradecidos por ello.

Y sería ella, otra vez, la que haría la ronda para convencer a la gente de que entregara sus muebles rotos de exterior, y la que organizaría la venta, y la que escribiría las tarjetas de agradecimiento. Otra vez.

A veces tenía la sensación de que era ella sola quien mantenía en marcha toda la iglesia y, con ella, a toda la ciudad y toda su historia. Cuando era joven, aquel tipo de tareas le había parecido casi mágico, un avance hacia una apasionante vida adulta donde sucedían Cosas y se tenían Conversaciones. El trabajo lo habían desempeñado mujeres de todas las edades, con experiencias, vidas y puntos de vista distintos, que se habían ayudado entre sí. Y discutido también, por supuesto.

Todavía se acordaba del bribón de Samuel Goodwin, que una vez había pegado a su mujer una milésima más de lo que la gente estaba dispuesta a tolerar. Por aquel entonces, Caroline tenía doce, quizá trece años, y por lo visto era lo bastante mayor como para que las conversaciones susurrantes y serias no se apagarán automáticamente en cuanto ella se acercaba, y también era lo bastante mayor como para entender un poco de qué estaban hablando. Recordaba que todo el mundo estaba allí, incluso las que nunca se habían preocupado antes por su silenciosa y subyugada esposa. La señora Goodwin había perdido un hijo en un aborto tardío, y aquello parecía haber sido el pistoletazo de salida. De repente las mujeres habían surgido de la nada alrededor de la señora Goodwin para visitarla, preparar la comida y ayudar de forma casi imperceptible con la limpieza y el cuidado de los niños. Las cosas se habían hecho, simplemente. No hacía falta dar las gracias.

En aquella época cuidaban las unas de las otras. Había una especie de orden en la locura que era la vida. Obviamente, todavía se esperaba que cada una aguantara sus propias penas y alegrías en silencio. Pero cuando las cosas se convertían realmente en una carga insostenible, todas entendían de forma tácita que no podía esperarse que alguien lo superara por cuenta propia.

A veces Caroline se preguntaba si las mujeres no serían la razón por la cual ella nunca se había casado. Porque había visto a su madre hacer frente a todos aquellos problemas y eso le había generado una especie de desprecio por el matrimonio o los hombres. En efecto, no todos los problemas estaban relacionados con los hombres,

pero casi siempre había uno que no hacía algo.

Pero ella no creía que fuera culpa de las mujeres. Para ser sincera, más bien era cuestión de que ella nunca había sabido qué había que hacer para enamorarse. Bueno, quizá sí que lo hubiera sabido una vez, pero fue a los diecisiete años, así que en aquel momento, desde la distancia, suponía que debieron de ser las hormonas. Después nunca había vuelto a bajar sus muros de defensa y nadie se había interesado lo más mínimo en franquearlos.

Susan y Henry todavía estaban ocupados en algún lugar del sótano y fuera se había levantado un viento bastante fuerte. Los árboles de delante de la ventana de la cocina se doblaban con las ráfagas, así que Caroline no tenía ninguna prisa por salir de la cálida cocina para regresar al aire frío del exterior. Le dio un trago al café e intentó dejar de suspirar.

No se lamentaba de no haberse casado nunca. De veras, no. Lo que pasaba era que a veces se preguntaba cuándo, exactamente, se había hecho tan mayor.

Debió de ser cuando falleció su madre. Algún tipo de cambio generacional: de señorita Rohde a señora Rohde. Pero había experimentado aquel cambio sin reaccionar. Su madre había muerto y las mujeres habían seguido sufriendo maltratos, o se habían separado, o habían sucumbido a embarazos no planeados y demasiado tempranos. O a embarazos que nunca llegaban, ni siquiera cuando la habitación del crío estaba preparada desde hacía varios años y la ropita llevaba el mismo tiempo cosida. Amy se había ocupado del apoyo diario a muchas de ellas, pero cuando la catástrofe se desató fue Caroline la que tuvo que salir a la calle y obligar a los otros a poner su granito de arena como buenos cristianos. Y lo había hecho. Una y otra y otra y otra vez, y antes de darse cuenta había cumplido los cuarenta. Y luego cuarenta y cinco.

Pero ¿cuándo había decidido que quería estar sola toda su vida?

Desde el sótano oyó la voz resuelta de Susan, levemente distorsionada por la escalera:

—¡Tenemos cuatro sillones de los que podemos deshacernos!

Caroline dio por hecho que tendrían que llevarlos a la iglesia y que sería ella quien tendría que buscar un sitio donde guardarlos.

Suspiró de nuevo.

«No seas ridícula, Caroline», se dijo a sí misma.

Luego sonrió. O quizá no.

—Muchas gracias —dijo—. Tengo el sitio perfecto donde guardarlos.

Una tienda diferente

—Claro. Quieres abrir una librería. ¿Por qué no? Pero ¿has pensado bien cómo la quieres?

El tono de Jen era amable rozando lo repelente, pero permanecía de pie con los brazos extendidos en medio del estrecho recibidor, de tal modo que Sara quedaba atrapada en el umbral de la puerta de entrada. Detrás de Jen podía intuirse una amplia escalera que llevaba al piso de arriba, y a ambos lados de los escalones había ropa de deporte, zapatillas y juguetes amontonados. Eran la única señal de que había niños en la casa. La planta baja era una mezcla de matices cafeteros: cappuccino y café con leche en las paredes y el color oscuro del expreso en el mobiliario de piel del salón.

Al menos hasta donde Sara podía ver. La casa de Jen era el doble de grande que la casa normal de una familia sueca. Estaba claro que el espacio no era un problema en Broken Wheel: había por lo menos veinte metros hasta la casa vecina, pero el terreno de Jen terminaba a los cinco. El resto no era tierra completamente desierta, sino más bien... nada. Una superficie sobrante de la que nadie se preocupaba.

—¿Has encontrado algún mueble? —preguntó Sara.

Cuando Jen la había llamado, había dado por hecho que era porque había conseguido recopilar todo lo que necesitaba, pero en aquel momento comenzaba a dudar.

—Muebles y muebles...

—Quiero que sean acogedores —dijo Sara—. Sillones y cosas por el estilo.

Caroline le había prometido que no supondría ningún problema, que no sería nada que no pudiera resolverse con una colecta, le había dicho con total seguridad en sí misma.

—Podemos conseguir unos sillones, pero ¿no prefieres tener... no sé, un estilo más puro?

—No.

—¿Ni siquiera una mesita de cristal? ¿Con un par de butacas de cuero negro a juego? Sería piel de imitación, claro, pero suele quedar muy bien.

—No quiero que hagan juego. Y que sean de tela. Auténticos sillones de lectura, de esos en los que te hundes.

Jen suspiró y dejó pasar a Sara contra su propia voluntad.

—Entra, va —murmuró y la guio hasta el salón.

Un escalofrío recorrió de arriba abajo a la anfitriona cuando entraron, y en su cara se dibujó una expresión de inconcebible sufrimiento. Pero Sara se quedó en el umbral y una sonrisa comenzó a asomar a sus labios.

Repartidos por los sillones negros (de piel auténtica, supuso Sara), la mesa de cristal y la vitrina de madera oscura y pulida con guarniciones negras de hierro se amontonaban butacas y mesas de todos los tamaños y colores: sillones con orejeras,

taburetes para los pies, trastos enclenques que parecían sillas tapizadas, mastodontes que daban la sensación de poder tragarse a un adulto de un solo bocado; mesitas de madera, mesas redondas con planchas de metal, una que incluso tenía una hoja de cristal, pero con tantos detalles en madera de cerezo que el estilo pulcro se iba al traste, mesas rojas, azules, de todas las clases de madera que Sara conocía y alguna más.

—Caroline se ha dado una vuelta para pedirle ayuda a la gente —explicó Jen abatida—. Supongo que pensaban que era para la colecta. Y ella les dijo que lo dejaran todo aquí. Llevan todo el día descargando trastos en mi jardín. —Miró desesperada a su alrededor—. ¿Qué voy a hacer con todo esto?

Sara soltó una carcajada.

—Dónalo a la iglesia —respondió—. A mí me basta con dos sillones y una mesa.

Sara también necesitaba estanterías, pero aquello no le preocupaba tanto. Eran la piedra angular de toda librería, pero también era cierto que quedarían cubiertas de libros hasta que se fundieran con las paredes y apenas se notara su presencia, tuvieran el aspecto que tuviesen. En la librería de Suecia tenían unas de color gris claro, de una especie de metal que en su día estuvo pintado de blanco. Cualquier cosa sería mejor que aquello.

La misión de encontrarlas había recaído sobre Tom, que se pasó por casa de Amy al día siguiente de que Sara fuera a visitar a Jen. Como Sara sentía curiosidad por ver la casa de Tom, lo acompañó, a pesar de que no creía necesario dar el visto bueno a las estanterías. No eran más que unas estanterías. ¿Acaso podía salir mal?

Sara esperaba que el hogar de Tom le diera alguna pista sobre su personalidad, pero en realidad tuvo que lidiar con la decepción. Ni siquiera entraron en el interior.

Tom la hizo rodear el edificio de una sola planta hasta llegar al jardín de atrás. La casa estaba proyectada de modo que la parte trasera fuera la importante. Un sendero de grava en mal estado y bordeado de alerces delgaduchos que llegaban casi hasta la puerta desembocaba en la vivienda. La fachada anterior parecía quedar siempre a la sombra, y tenía unas ventanas irrisorias que apenas dejaban entrar la luz.

Pero en cuanto dieron la vuelta a la esquina, el terreno se abrió ante sus ojos. La casa estaba construida en una colina baja y allí detrás habían talado los árboles para abrir las vistas a los campos de maíz hasta el lejano conjunto de tejados que conformaban Broken Wheel y, al oeste, la casa de Amy.

Toda aquella fachada era un gran ventanal panorámico que parecía fuera de lugar allí, en el mundo rural.

Un porche se extendía a lo largo de toda la casa hasta convertirse en una superficie de trabajo de forma tan discreta que apenas podía decirse exactamente dónde empezaba.

Anexionado a la casa principal había un saliente que parecía un añadido a medio camino entre salón y cobertizo. La puerta estaba abierta y por ella Sara entrevió

grandes mesas de trabajo con herramientas, estantes con botellas y latas minuciosamente marcadas, además de dos asientos de coche tapizados con cuero de color crema.

Delante del cobertizo y junto al porche había otro banco de dos metros de largo con grifo y fregadero. Tenía varias manchas de pintura, pero por lo demás estaba limpio y vacío.

Y en el patio —una simple superficie de tierra seca y apisonada que al alejarse del terreno de la casa se convertía en hierba amarilla de dos palmos de altura— había tres estanterías destartadas, pintadas de un color marrón rojizo repulsivo y tan inestables que no podrían aguantar ni un cuento infantil sin desmoronarse.

—No te preocupes —dijo Tom—. Voy a pintarlas.

—Pero son tres.

Sara no pudo disimular el desánimo. En su antigua —¡y pequeña!— librería debían de tener más de cincuenta estanterías. Tendría casi más sillones que estanterías.

—¿Demasiadas?

—¿Demasiadas? No dan ni para cubrir la mitad de una de las paredes.

Se levantó una brisita y las estanterías comenzaron a temblar. Parecían acurrucarse muertas de miedo ante el elemento. Estaban tan desvencijadas que incluso despertaron cierta compasión en Sara.

—Estoy segura de que quedarán muy bonitas —dijo—. Pero necesito más. Como mínimo otras tres.

Tom la miró desconcertado.

—¿Cuántos libros tienes?

En la colección literaria de Amy no había ningún ejemplar extraño ni valioso, pero había logrado crear una habitación llena de alegría de leer pura y concentrada. Allí había algo para todos los perfiles, incluso para «los que nunca leían libros» o «los que preferían las películas». Sara estaba decidida a convertir su librería —la de ellos— en una especie de templo.

La joven intentó ordenar los libros en diferentes montones o casillas para saber qué tenía que encargar en Amazon, pero le resultaba imposible no perderse en ellos.

Iba esparciéndolos a su alrededor a medida que trabajaba, abría algunos al tuntún, se reía, hablaba con Amy, se dejaba atrapar por los mejores fragmentos de sus autores preferidos y encontró montones de nuevas joyas.

Mientras una lluvia repentina azotaba la ventana, ella seguía sumergida en los libros, rodeada de las voces susurrantes de cientos de relatos que esperaban ser descubiertos por los lectores en ciernes de Broken Wheel.

Fue un amor a primera vista. La primera vez que Yossarian vio al capellán castrense se enamoró de él salvajemente.

He aquí una descripción de unos pocos años de la vida de Quoyle.

Sí, estoy aquí sentado, en la clínica Rosenterrassen, pero mis pensamientos vuelan hasta el Whistle Stop Café para comer tomates verdes fritos.

¡Querida Sidney! ¡Susan Scott es un prodigio!

Estamos a nueve kilómetros del frente. Ayer llegó nuestro relevo: ahora tenemos el estómago lleno de alubias y carne de buey y estamos de lo más satisfechos.

A las once en punto de una noche fresca de abril, una mujer llamada Joey Perrone cayó por la cubierta del lujoso crucero M. V. Sun Duches. Mientras se precipitaba al oscuro Atlántico, Joey estaba demasiado anestesiada como para sentir pánico. Me casé con un imbécil, pensó mientras rompía la superficie del agua, con la cabeza por delante.

Sara intentó guardar una pila de libros que primero quería leerse ella, pero le salieron demasiados, así que pensó que le tocaría repararlos uno a uno cuando estuvieran en sus sitios.

Aquella noche fue a acostarse por obligación y durmió intranquila a unos metros de los libros.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, lo hizo con un sentimiento de expectación. Se pasó un momento por la cocina para hacerse un café y luego volvió a la habitación de Amy, preparada para ponerse en marcha otra vez.

Se quedó de pie en la puerta. Por algún motivo, su subconsciente esperaba encontrarse con el cuarto tal como siempre lo había visto, con la gruesa colcha de colores apagados cubriendo la cama y la tranquilidad que destilaban los libros por naturaleza. Pero se topó con una habitación dominada por el caos que ella misma había generado la noche anterior.

La colcha estaba hecha un amasijo debajo de una pila de libros derribada. Había varios estantes vacíos: solo la huella en el polvo revelaba la retirada de los volúmenes que llevaban años allí. En aquel momento la mayoría no había ido más allá del suelo; estaban esparcidos en formación de abanico con un círculo vacío en medio, donde se había sentado Sara. Las cajas de cartón vacías que se apoyaban en la cama se habían deslizado hasta el suelo durante la noche.

No era más que una sensación, y se la sacudió casi al instante, pero allí de pie, delante de las estanterías saqueadas, no podía dejar de preguntarse si aquello sería realmente lo que Amy habría querido. Había vivido allí dentro mucho tiempo, y cada vez que Sara había entrado en su dormitorio había experimentado la sensación de estar adentrándose en su mundo, como una suerte de historia paralela y atemporal donde todo seguía como tenía que ser.

En aquel momento tenía la sensación de que la presencia de Amy se estaba disipando con los libros, como si su espíritu estuviera siendo desgarrado igual que el polvo cada vez que Sara los cambiaba de sitio.

«Va a acompañarme hasta la librería», se dijo a sí misma, pero continuaba

sintiendo aquella escalofriante punzada de duda.

Cuando Tom se pasó por la tarde, las cajas de cartón estaban amontonadas contra una pared y la colcha volvía a estar en su sitio. Sara también había pasado un paño mojado por los estantes, pero había sido un error. Fue como si estuviera intentando limpiar a Amy. Después de hacerlo se había sentido obligada a volver a colocar algunos libros donde estaban.

Tom no dijo nada acerca de las estanterías vacías o de que Sara estuviera sentada en el suelo rodeada de pilas de libros y con una mirada insegura, casi lacrimosa, en los ojos. Se limitó a apoyarse en el marco de la puerta y a observarla en silencio.

Sara quería preguntarle si creía que Amy los estaba viendo, o si pensaba que de alguna forma los acompañaba en el proyecto y, en ese caso, qué creía él que opinaría ella de aquella locura. Pero no se atrevió.

Al final él señaló las cajas que tenía al lado con la barbilla y arqueó las cejas a modo de pregunta.

Sara asintió en silencio. Tom se agachó y levantó dos cajas al mismo tiempo, pero no se las llevó de inmediato, sino que se quedó allí de pie mirándola como si estuviera a punto de decir algo. El peso de las cajas hacía que los músculos de sus brazos morenos se marcaran aún más, lo cual hizo que Sara pensara en algo que no fueran los libros por primera vez en dos días.

—Tom —comenzó titubeando, y se detuvo otra vez—. Nada, nada —dijo—. Ten cuidado con eso. Los libros pesan.

Habría jurado que había visto la sombra de una sonrisa en los labios de Tom cuando este desapareció por la puerta y bajó la escalera.

«Hombres», pensó ella.

Más de diez años en una librería le habían enseñado que aquello de trasladar libros era más una maratón que una carrera de velocidad, y que siempre eran los chicos los que se agotaban primero. Pero ninguno de los que habían pasado por la tienda a lo largo de todos aquellos años le había hecho caso.

A lo mejor era genético.

La noche anterior a que la librería abriera sus puertas, Sara se quedó sola en el local.

—Bueno, Amy —dijo.

Estaba detrás del escaparate, donde el resplandor amarillo de las farolas de la calle llenaba el local de una luz fantasmagórica. Desde allí casi podía ver la calle Jimmie Coogan, y aquello la hizo sonreír.

Habían tardado tres días en pintar las paredes, llevar los muebles y las estanterías, y transportar y colocar todos los libros. Cuando ya no quedó más sitio en los estantes, Sara metió el resto de las cajas de cartón en el cuartucho por si los necesitaba más adelante. Sí, seguramente fuera la única persona de toda la ciudad que pensaba que aquella necesidad surgiría algún día, pero ya se vería.

El mostrador amarillo oscuro era lo primero que se veía al entrar. A Sara le daba la sensación de que era como llegar a una tienda mágica, porque ¿qué no podría pasar —se preguntaba— con un mostrador amarillo?

Aparte de las estanterías, nada hacía juego con nada. Las paredes estaban pintadas de un amarillo cálido que parecía atrapar la luz del día y repartirla por el local. Las paredes no encajaban en absoluto con el mostrador, pero no importaba. Era un color alegre, y de todos modos la mayor parte de las paredes quedaba cubierta por las estanterías. En el escaparate había dos sillones con orejeras de distintos colores: uno con un dibujo verde desgastado y el otro con uno azul marino. Entre ambos descansaba una mesita redonda de madera de cerezo que se peleaba con el suelo. Todo recordaba al hogar de una familia que había ido recopilando cosas durante varias generaciones o a la casa de un joven que no tenía dinero para comprar nada nuevo. A Sara le gustaban las dos versiones.

George, Caroline y los demás habían pasado por allí más temprano para inspeccionar el resultado, pero en aquel instante estaba sola, al fin. Ya no quedaba nada por hacer, pero no le apetecía marcharse a casa.

Sacó el móvil. Quizá fuese hora de poner a sus padres al día de lo que estaba haciendo. Tenía remordimientos por no haber llamado más a menudo, por no haberse esforzado un poco más en hacerles entender lo importantes que Amy y la ciudad se habían vuelto para ella. Aparte de algunas conversaciones esporádicas y escuetas, no les había dedicado ni medio minuto.

En realidad, podría haber seguido en la misma línea. A su madre no le interesaba lo más mínimo su vida en Broken Wheel. Lo cierto era que a Sara le daba igual, pero aun así intentó explicarle todo lo que le había pasado.

—Mamá —dijo—. ¡He abierto una librería!

Se hizo el silencio al otro lado.

—¿Estás trabajando en una librería?

—No, estoy...

—¿Con un visado de turista?

—No es un trabajo, es más como... —Sara suspiró—. Estoy ayudando.

Oyó a su madre explicarle a su padre con quién estaba hablando y a qué se estaba dedicando Sara por aquellas tierras.

—O sea ¿que has pasado de vender libros y cobrar por ello en Suecia a hacerlo gratis al otro lado del planeta?

—Estoy...

—¿Tiene algo que ver con la mujer esa? ¿Amy? ¿Te ha puesto a trabajar en su tienda? —Su madre soltó un suspiro tan fuerte que Sara se lo imaginó atravesando todo el Atlántico sin ayuda del teléfono.

—Sabes que tu padre y yo siempre te apoyamos en todo lo que quieres hacer, pero tal vez deberías pensar dos veces las decisiones que tomas en tu carrera laboral.

Sara no tenía la menor intención de permitir que aquello le fastidiara la noche.

—Claro, mamá —dijo y cortó la llamada.

Luego empezó a volverse lentamente sobre sí misma en mitad del local con el teléfono aún en la mano.

Sonreía. Su librería estaba lista. Era perfecta a su propio modo.

—¿Crees que estaremos a gusto aquí? —le preguntó a Amy en voz alta.

Amy no contestó. Quizá todavía no se hubiera ubicado del todo.

—No te preocupes —prosiguió Sara—. Repartiremos libros e historias por Broken Wheel las dos juntas.

Una ciudad moribunda

John estaba preparando café en la cocina. Tom lo oía desde la ventana del salón, por donde miraba hacia la calle principal: el metódico sonido de tazas y platillos siendo correctamente colocados sobre una bandeja.

Aunque decir cocina era exagerar un poco. Era más bien un rincón con despensa, medio metro de encimera y dos planchas eléctricas. La nevera estaba fuera, en el salón.

Era curioso que allí hubieran cambiado tan pocas cosas. El salón tenía el mismo empapelado de rayas marrones que la primera vez que Tom acudió con su padre, justo cuando John acababa de coger el traspaso de la ferretería y el pisito de dos habitaciones y cocina que tenía encima. Todavía conservaba un fuerte olor a antiguo. Seguramente, el olor a ropa y muebles viejos ya estuviese allí mucho antes de que John se instalara.

Pero lo que de verdad le chocaba era lo poco que había cambiado el piso a lo largo de las últimas semanas. A veces le parecía que toda la ciudad se había visto afectada por la muerte de Amy, pero aquellas paredes, aquel techo, tenían el mismo aspecto de siempre. Quizá aquella fuera la razón por la cual últimamente John casi nunca salía de allí.

Tom intentaba pasarse por allí unas cuantas veces a la semana, como si de alguna manera su presencia pudiera evitarle a John la caída por el precipicio al que siempre parecía estar asomado. El joven siempre tenía la sensación de que lo único que le impedía lanzarse al vacío era que aún no había podido generar suficiente energía para el salto.

Quizá la razón por la que el piso no se había visto afectado por la muerte de Amy era que nunca había tenido nada que ver con ella. Por su parte, antes de la muerte de Amy, Tom llevaba años sin pasarse por allí, quizá décadas. Siempre se había cruzado con John en casa de la amiga que tenían en común.

Aquella noche, la luz del local de Amy caía sobre la acera, justo debajo de su piso. Sara debía de seguir allí, a pesar de que la librería no podía estar más lista de lo que ya estaba.

—¿Tienes algo en contra de todo esto? —preguntó lo bastante alto como para que John lo oyera desde la cocina—. De que Sara esté viviendo en casa de Amy. De todo este proyecto de la librería.

—Una librería —dijo John en algún lugar a su espalda. A Tom le pareció una pregunta.

—Sí.

—¿Con los libros de Amy?

—Sí.

En la cocina se oyó el ruido de terrones de azúcar cuando John llenó el cuenco. Ni él ni Tom le echaban azúcar al café, pero formaba parte del ritual que habían

desarrollado durante las semanas posteriores a la muerte de Amy.

—Me gusta la chica —dijo al fin John. Salió de la cocina con la bandeja con las tazas y un plato de galletas que ambos pasaban completamente por alto—. Se la ve alegre.

Depositó la bandeja en la mesita de centro, pero Tom no se movió de la ventana.

—¿Alegre?

—Pero no va a quedarse.

Era obvio que no iba a quedarse.

—¿Sabes por qué ha venido? ¿Te lo... te lo contó Amy?

—Creo que no está bien intentar hacer que se quede.

Aquella vez Tom expresó en voz alta lo que le pasaba por la cabeza:

—Por Dios, no —dijo con más sentimiento que mera cortesía. Luego se volvió hacia John—. ¿Por qué no está bien?

El hombre le pasó una taza en lugar de responder a la pregunta. Hubo algo en su forma de hacerlo que le dijo a Tom que pensaba seguir sin contestarla. Tom paseó la mirada por la desierta calle principal de Broken Wheel mientras John continuaba hablando a su espalda.

—No hay suficiente futuro aquí —dijo el hombre mayor.

Su voz resultaba insistente, como si fuera fundamental que Tom entendiera lo que estaba diciendo. Era la primera vez desde la muerte de Amy que el joven lo veía poner interés en algo.

Y claro, Tom lo entendía, pero no estaba de acuerdo. Se preguntaba si acaso había futuro en alguna parte, si las personas eran más felices en ciudades más grandes en las que siempre podían ir a la caza del trabajo nuevo, la casa nueva, la esposa nueva. Por lo que había visto del mundo hasta la fecha, se atrevía a decir que la gente era igual de feliz allí que en cualquier otro sitio.

—Si no hay empleo, los jóvenes y las familias no se quedan, y si las familias no se quedan, no crecen nuevos jóvenes, y no puede haber ciudad si no hay gente joven. Y los mayores mueren. Al final solo quedan personas como yo.

—No es mala base para una ciudad —dijo Tom—. Y tenemos adolescentes —añadió.

—Cinco —señaló John—. Y se han hecho mayores. Lacey y Steven podrían ser nuestra última generación.

—Los hijos de Jen crecerán.

—Se irán.

Tom se quedó callado. John miró hacia la calle como si confirmara lo que estaba diciendo. Entonces Sara salió de la tienda. Se quedó allí tan tranquila, como si no tuviera la menor prisa por hacer nada.

John se acercó a la ventana.

—La cuestión es —dijo— que Broken Wheel se está muriendo.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 2 de julio de 2010

Querida Sara:

John llegó de Birmingham, Alabama, a finales de la década de los sesenta, junto con su madre y sus hermanos. No sé si su padre se quedó en Alabama, si se había largado mucho antes de que John se hiciera mayor o si a aquellas alturas ya estaba muerto. Él nunca me ha hablado de su padre. Lo cierto es que son muy pocas las veces que habla de Alabama. Solo conseguí que me contara algo una vez, pero primero tuvo que atiborrarlo de alcohol.

En aquella época Birmingham contaba con el dudoso honor de ser un símbolo casi internacional de la segregación y la violencia racista. Cuando se aplicó la decisión del Tribunal Supremo de llevar a cabo la segregación en las escuelas en el caso Brown contra la dirección escolar de Topeka, se distribuyeron por todo el mundo imágenes de niños con uniforme escolar siendo reprimidos con cañones de agua —disparados por la policía—. Se incendiaron autobuses, se bombardearon iglesias, hubo personas que fueron linchadas o quemadas vivas. Durante una temporada la ciudad fue rebautizada como Bombingham por culpa del terror blanco contra los negros. Y Martin Luther King escribió su famosa carta desde la cárcel de Birmingham.

Es curioso que hoy en día se hable del terror como si solo fueran los musulmanes y los árabes los que amenazan nuestra sociedad. Mucho me temo que mi idea de terrorismo tomó forma bastante antes del 11 de septiembre. Es el miedo, la arbitrariedad, la violencia lo que afecta sin distinción, incluso a los que decían que no querían participar o que tenían alguna intención de luchar en contra de la segregación. Para mí el terrorismo todavía son imágenes de los hombres blancos del

establishment social colocados alrededor del cuerpo linchado y quemado de un hombre negro y poniendo cara de satisfacción por su buena obra.

John dice que pienso demasiado en las injusticias históricas. Puede que tenga razón. Lo que pasa es que a mí no me parecen históricas. Es como si nunca lográramos atajarlas. Primero decimos que las cosas son así y punto, y luego nos encogemos de hombros y decimos que así eran las cosas antes, que ahora han cambiado. No gracias a nosotros, es lo que siempre digo, pero parece que nadie está dispuesto a reconocerlo.

Nunca llegamos a tener problemas tan graves en Broken Wheel. Creo que se debe a que, simplemente, no teníamos ningún negro. John fue el primero en quedarse. Creo que aquí es donde tiene que estar. El día que lo emborraché me dijo que era el primer lugar en el que no sentía miedo.

¿Entiendes ahora? ¿Cómo puede perdonarse algo así?

Con cariño,

Amy

Fox and sons

La primera mañana George llevó a Sara a la librería bastante antes de las diez. Ella había decidido de forma totalmente arbitraria que las diez era una hora perfecta para abrir, pero aquel día ya estaba allí a las nueve y media. George pareció entender la importancia del momento, porque se quedó esperando a medio metro mientras ella abría y la dejó entrar sola, aquella primera y trascendental vez que entraba en su librería.

Sara se detuvo en mitad del local mientras George seguía titubeando en el umbral de la entrada.

—Qué bonita ha quedado —dijo él, y Sara sonrió aun sabiendo que el hombre no podía verla.

La joven dio una vuelta lenta por el local, encendió la lámpara de pie que había junto a los sillones y la lamparita que había al lado de la caja y dio unas palmadas a los sillones. Luego deslizó la mano por su mágico mostrador de color amarillo claro y fue a colocarse al otro lado, como si de alguna forma tomara posesión de la tienda.

Miró a su alrededor.

—Bueno —dijo George—. Creo... Creo que voy a tomarme un café.

Sara asintió en silencio.

Había cogido una tienda gris y llena de polvo y la había transformado en una librería con encanto y acogedora. Si aquello no era lograr algo en la vida, ya no sabía qué podía ser.

Era como si detrás del mostrador respirara un poco más tranquila, como si las estanterías y la máquina registradora y el escaparate la hicieran echar amarras, le perfilaran el contorno y la fortalecieran.

La mayor parte de los libros de la tienda eran ediciones de bolsillo, así que las estanterías tenían un aspecto aireado y colorido. Se veía la tipografía alegre y elaborada de las novelas *chick-lit* y sus colores pastel, los lomos más duros y fríos de las novelas de intriga, con títulos en plata o dorado, y las novelas más sobrias en tonos beis, gris y blanco. De vez en cuando asomaba un volumen encuadernado como una colina en medio de los valles de bolsillo, y algunos de los ejemplares divulgativos y de fotografía superaban el borde de la balda o estaban tumbados si eran demasiado grandes.

Era, en muchos sentidos, la librería de sus sueños, entre otras cosas porque todos los libros estaban ya leídos.

Los libros leídos eran lo mejor.

No siempre había pensado así. Cuando comenzó a trabajar en Josephsson estaba ansiosa por entrar en una librería reluciente. Un eslabón de una gran cadena con montañas enormes de títulos nuevos que no se ahogaban entre todo lo que se había vendido el año anterior y una sección de bolsillo donde había diez ejemplares de cada título —¡colocados con la portada hacia fuera!— y listas de los más vendidos en

estanterías especiales (que no eran grises), con auténticos carteles de plástico —en lugar de impresiones mal hechas en papel amarillo—, preparados a toda prisa en el despachito que había en la trastienda. Intriga. Novela. De bolsillo. Novedades. Eso era lo que tenía que poner.

Para ser sincera, Sara nunca había podido ver *Tienes un e-mail* sin pensar, en secreto, que el imperio de café y libros de Fox and sons era más interesante que la tiendecita encerrada de Meg Ryan. La librería Akademibokhandeln de la calle Mäster Samuelsgatan de Estocolmo debía de ser lo más próximo a un imperio similar que podía conseguirse en Suecia. El olor a café con leche de Wayne's Coffee, sillones de cuero oscuro que le habrían encantado a Jen, gente con montones de libros nuevos y brillantes al lado y secciones enteras dedicadas a la literatura especializada, por si alguien sentía alguna vez el impulso de comprar libros de física.

Pero aquello solo funcionaba a gran escala. ¿Fox and sons en una zona de tiendas de barrio al sur del sur? Difícilmente. Ahí todo se reducía a cartelitos negros y una lista de los más vendidos. Una zona comercial de barrio necesitaba una librería que todavía vendiera rollos de papel para fax y recambios de tinta para bolígrafos Ballograf. Que tuviera un fax que pudiera realizar llamadas internacionales, a pesar de que ya no lo ofreciera ni la Oficina de Atención al Ciudadano, y expositores con chismes inútiles para satisfacer los caprichos de los niños. Y cajones de plástico blancos con viejos libros de bolsillo entre los cuales uno podía hacer algún hallazgo de una obra impresa a mediados de los noventa a mitad de precio. Ese tipo de librería.

Sara siempre había sentido debilidad por las ediciones de bolsillo. Una de sus historias favoritas era cómo había nacido la editorial Penguin. El fundador de Ediciones Penguin, un tal Allen Lane, había tenido la gran ocurrencia de fabricar libros de bolsillo un día que estaba de viaje y no tenía nada para leer. En el quiosco solo podía comprar revistas y novelas románticas o policíacas baratas. Allen Lane se había imaginado un mundo con buena literatura en ediciones sencillas y baratas que no costaran más que un paquete de cigarrillos y que pudieran adquirirse en cualquier sitio donde vendieran tabaco. A Sara siempre le había parecido un principio genial, y era un poco triste que en aquel momento, a pesar de los impuestos del tabaco, los libros fueran más caros que los cigarrillos.

Sonrió sola. Tal vez pudiera establecer precios fijos para su surtido. Pero no sabía cuánto costaban los cigarros en Estados Unidos. Cuando pensó un poco más en ello, cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía cuánto costaban en Suecia.

Los primeros libros de bolsillo de Penguin se publicaron en el verano de 1935 y consistían, básicamente, en obras de Ernest Hemingway, André Maurois y Agatha Christie. Les habían asignado un código de colores, de modo que el naranja era para novelas, el azul para biografías y el verde para crímenes. En aquella época costaban seis peniques. El mismo precio que un paquete de tabaco.

Y —la razón de que Sara estuviera dándole vueltas en aquel momento a la historia de Penguin— habían comenzado con el «Armed Forces Book Club» para

repartir un poco de alegría y entretenimiento entre los soldados que estaban lejos de casa, lejos de sus familias y amigos. Lo mejor era que el formato menor de aquellas ediciones cabía en los bolsillos del uniforme. «Especialmente apreciado en los campos de prisioneros», tal como lo formulaba la historia de la editorial, una frase que a Sara siempre le había parecido de lo más triste.

Pero venía a decir algo sobre el poder de los libros. No era que pudieran menguar el dolor de la guerra cuando había muerto un ser querido, ni lograr la paz mundial ni nada de eso. Pero la joven no podía dejar de pensar que en la guerra, al igual que en la vida, el aburrimiento era uno de los grandes problemas, pues suponía una especie de desgaste gradual y despiadado. No era algo trágico, sino simplemente un deterioro lento de la energía y las ganas de vivir.

Y en tales casos ¿qué mejor que un libro? Y encima uno que cupiera en el bolsillo del abrigo.

Broken Wheel se sentiría mucho mejor, de eso estaba convencida, en cuanto sus habitantes comenzaran a leer.

Porque Sara estaba lejos de haber terminado solo porque la librería estuviera lista. Al contrario, en aquel instante su cuerpo estaba lleno de energías y determinación renovadas. No tenía la menor duda de que conseguiría que los brokenwheelianos empezaran a leer, con independencia de lo que ellos mismos creyeran.

Leer o no leer, esa es la cuestión

La preparación de la librería había cambiado el ambiente de la ciudad. Resultaba tentador pensar que lo novedoso era el empeño con el que se había llevado a cabo el proyecto, pero a decir verdad aquel tesón ya estaba ahí desde mucho antes. Caroline y Jen eran la viva prueba de ello. Quizá lo que pasaba era que la librería suponía una nueva salida para aquella perseverancia, tal vez se tratara de que por una vez en la vida tenían un elemento común en torno al cual reunirse. En cualquier caso, la cuestión era que durante un par de días en Broken Wheel casi se había tenido la sensación de estar en una ciudad.

Sin embargo, una vez el local estuviera terminado nadie tenía muy claro qué era lo que debía hacerse con él. ¿Para qué querían una librería? Nadie tenía la menor intención de comprar un libro. Al menos no para su uso personal.

—A lo mejor John quiere uno —le puso Jen de ejemplo a Andy.

Estaban en la calle, mirando la tienda vacilantes. Sara estaba preparada detrás del mostrador y les hizo un gesto incierto con la mano. Jen le devolvió el saludo.

—Ahora que Amy... —Se quedó callada—. Quiero decir, a lo mejor John necesita algo que hacer.

—Claro —dijo Andy—. Y Tom tiene mucho tiempo para leer, entre un encargo y otro. O por las noches, cuando está trabajando.

—Es justo lo que estaba pensando.

—Yo no tengo tanto tiempo libre...

—Desde luego. Los niños...

—El bar...

Se separaron enseguida después de haber murmurado «John» y «Tom» otra vez entre dientes.

Gertrude tenía aún menos compasión. Ella y Annie May estaban en su casa devorando las últimas novedades. Vivían a menos de un minuto la una de la otra, cada una en un piso que guardaba un parecido sorprendente con el otro. Ciertamente, había detalles que los distinguían. Annie May prefería los tapices bordados con pequeños mensajes que Gertrude solía describir como «estúpidamente optimistas». A esta última le gustaban los cuadros pintados al óleo o en acrílico. El dibujo no era tan importante, siempre y cuando consiguiera mucho marco y color a cambio del dinero que pagaba. A Annie May le gustaban los muebles livianos y claros; Gertrude siempre los había preferido toscos y ostentosos. Pero, por lo demás, sus pisos eran confusamente parecidos. Ambos eran pequeños y oscuros, más que nada porque las ventanas estaban ocultas por cortinas y plantas, y ambos tenían muebles en exceso, consecuencia directa de haberse mudado de una casa a un piso a una edad demasiado avanzada como para acostumbrarse a un mobiliario nuevo o tirar cosas.

Pasaban gran parte de su tiempo juntas, casi siempre en casa de Gertrude. Su

techo y sus paredes se habían acostumbrado al humo del tabaco. Las pocas veces que iban a casa de Annie May, esta siempre intentaba airear a escondidas, por lo que Gertrude tenía la obsesión de que en el piso de su amiga había una corriente horrible y de que debería arreglar las ventanas.

—Está muy bien hacer una colecta —dijo Gertrude. Ella había aportado un sillón que, lamentablemente, todavía estaba en cuarentena debido al olor a tabaco. Bueno, la intención era lo que contaba—. Pero si se cree que alguien de aquí va a comprarle algún libro, está completamente loca.

—¿Quizá una historia de amor...? —sugirió Annie May.

Lo dijo mientras miraba por la ventana. Se preguntaba si el tiempo invitaría a dar un paseo. Podría deambular por la calle principal y pasar casualmente por delante de la nueva librería. Ni siquiera Gertrude podría decir nada.

—¡Bah! —espetó la otra anciana—. Inmoral.

Annie May se toqueteó la blusa.

—Una historia de amor bonita, quiero decir —aclaró enseguida—. Nada... indecente.

Había un matiz de nostalgia en su voz.

—A esos me estaba refiriendo —dijo Gertrude—. Han sido la perdición de las chicas durante años. El príncipe azul y todo eso. Y las ranas también. Una sarta de mentiras.

—Vamos —dijo Grace. Estaba sentada con las piernas abiertas en uno de los sillones y miraba a su alrededor como si estuviera fascinada por hallarse en una librería. Se había llevado su propio cenicero—. No lo conseguirás. Aquí nadie compra libros.

Sara no estaba preocupada en absoluto. Sí que comprarían libros. Todas las ciudades necesitaban una librería.

—Créeme, no merece la pena quedarse en esta ciudad. Ni en ninguna. Te meten en sus problemas, luego quieren decidir sobre ti y al final te la pegan.

Se encendió un cigarro. El humo se deslizó hacia las estanterías.

—Pero no siempre en ese orden, claro.

Enseguida continuó:

—Y ahora estás atrapada. A lo mejor no debería haberte enviado a ver a Caroline aquel día. —Se encogió de hombros—. Pero tú no eres problema mío.

Sara apartó la mirada.

—Es evidente que no pienso quedarme. Solo... estoy devolviendo lo que me han dado. Y pensando. Una librería es un buen sitio para pensar —añadió a la defensiva.

—Sobre todo una librería vacía —fue el lacónico comentario de Grace.

George repartía su tiempo entre la cafetería de Grace y la librería, así que a menudo se lo veía sentado en uno de los sillones, en aquel momento con *El diario de*

Bridget Jones: Sobreviviré en la mano. Le resultaba igual de incomprensible que el anterior, y de vez en cuando soltaba una carcajada ante la última locura de la protagonista antes de continuar con la lectura fascinado.

Andy no era tan fácil de impresionar. Se pasó por la tienda, por supuesto, e hizo un escrutinio crítico antes de sentarse al lado de George para contemplar todos los libros con premeditado desinterés.

Sara enderezó la espalda detrás del mostrador.

—¿Ya has vendido algo? —le preguntó Andy.

George oyó el desafío en su voz, cerró el libro de golpe y murmuró algo acerca de «almorzar». Aún no eran ni las diez y media. Se marchó antes de que Sara hubiera siquiera decidido si mentir o no.

Puso dos libros en su sitio mientras buscaba una respuesta, más por hacer algo que por necesidad de orden. A veces todavía tenía la sensación de estar jugando a las tiendas. Pero eso no pensaba confesárselo jamás a Andy.

—Estoy convencida de que lo haré —respondió.

Él se rio.

«Este Andy —pensó ella— va a llevarse libros aunque tenga que escondérselos en la mochila.»

Él volvió a pasear la mirada por el establecimiento.

—Deberías traer un poco de literatura erótica gay —dijo—. Así a lo mejor incluso yo te compraría algo.

Sara juntó las manos.

—¿Por qué me has ayudado con todo esto si ni siquiera crees en ello?

—Bah, no hace daño a nadie. —Le guiñó un ojo—. Además, Caroline estaba a favor de la idea. Con ella hay que elegir bien las batallas que quieres librar.

—Parece... ¿dura?

—Caroline es una exprofesora en paro. Llevaba la escuela prácticamente ella sola hasta que la cerraron. —Titubeó, miró hacia un lado y hacia el otro y susurró—: Era muy buena profesora.

Sara lo miró sin entenderlo. Él continuó:

—Se ocupaba de los niños. —Bajó la voz aún más y se inclinó hacia adelante en el sillón, como si tuviera miedo de que Caroline fuera a aparecer en cualquier momento por la puerta y a echarle la bronca por hacer elogio de sus habilidades como profesora—. Una tercera parte de madre, una tercera parte de trabajadora social y una tercera parte de...

—¿Profesora?

—Carcelera. Ríete, pero ahora se dedica a ocuparse de Broken Wheel a tiempo completo. La misma filosofía.

—Conmigo siempre ha sido buena —dijo Sara.

—Si no tienes cuidado, te arreglará la vida.

Ella esbozó una discreta sonrisa. Alguien debería hacerlo.

—¿Qué les pasa a Grace y a ella?

—Historias. La de ellas dos no es nada comparada con la de las generaciones anteriores. La madre de Caroline no aguantaba a la abuela de Grace. Se sacaban de quicio la una a la otra.

—Un segundo —dijo Sara, y se metió como pudo entre las cajas de libros de la cocinita.

Volvió dos minutos más tarde con dos cafés en vaso de plástico. Le pasó uno a Andy y se sentó en el sillón de al lado.

—La señora Rohde, la madre de Caroline, daba aún más miedo que ella. Corre el rumor de que una vez su marido perdió la casa jugando al póquer. El tema es que nunca se atrevió a decírselo a la señora Rohde. Y el hombre que la había ganado tampoco. Caroline sigue viviendo en esa casa hoy en día. Pero a la abuela Grace le encantaba provocarla. Debía de ser la única que se atrevía a plantarle cara durante sus últimos años. Nunca fue la misma desde que la señora Rohde murió. Aparte de que Grace ganó una vez a Caroline en las elecciones a apoderado en Hope.

A Sara se le atragantó el café y Andy tuvo que darle palmaditas en la espalda para sacarla del apuro.

—Exacto —dijo—. Fue justo después de que la oficina del ayuntamiento se trasladara. Solo nos tocaba un representante adjunto. Nadie pensaba que pudiera influir en nada, así que votaron a Grace a modo de protesta. Ella no participó en una sola reunión. Sinceramente, no sé quién estaba más cabreada, si Caroline o Grace. Pero me pregunto qué importancia le darán a aquella vieja contienda. —Se quedó pensando—. Supongo que las dos opinan que a esta ciudad le faltan unas cuantas tradiciones.

Hizo una pausa.

—Pero bueno —prosiguió—. ¿Cómo os va a Tom y a ti?

Tuvo que darle palmaditas en la espalda otra vez.

Sobre el romanticismo (libros vs. vida: 2-0)

Tom tenía otras cosas de las que preocuparse. No estaba interesado en Sara y no tenía ningunas ganas de invitarla a salir como parte de un plan absurdo elaborado por Jen y Andy. Aun así no podía dejar de pensar en ella.

Ahora, cada vez que pasaba por la calle principal la veía allí, o bien leyendo o bien de pie detrás del mostrador, sonriendo como si creyera que en cualquier momento una horda de clientes fuera a entrar por la puerta.

¿Por qué coño iba a querer alguien abrir una librería en Broken Wheel?

Era consciente de que debía mostrarse más amable con ella. Era la invitada de Amy, le dijo una terca vocecilla en su cabeza. Pero Amy estaba muerta. Le sorprendía lo mucho que aún le dolía pensarlo. Ella era su último vínculo con su padre y un mundo en el que había personas adultas que se encargaban de todo. El último resquicio de la seguridad de su infancia.

«Contrólate, Tom», pensó, pero percibía la añoranza de Amy como un dolor físico dentro del tórax, como aquella vez que se partió una costilla jugando al fútbol.

—Amy está muerta —se repitió entre dientes, aquella vez con más decisión. Y si su invitada se empecinaba en vender sus libros para pagar una deuda que solo ella veía, no era problema suyo.

Demonios.

—¿Cómo dices? —Su jefe lo miró extrañado.

Fantástico. Estaba convirtiéndose en un psicópata.

Su jefe continuó hablando:

—Lo que buscan son nuestros camiones y el registro de clientes —dijo.

—Tonterías —replicó Tom—. Ellos tienen vehículos más nuevos y ni se molestan en fijarse en nuestros clientes, que para ellos no valen nada. Lo que quieren es convertirse en la única empresa de transportes de la zona.

Mike se encogió de hombros.

Era un hombre bajito y gordo, no había cumplido los cuarenta y le clareaba el pelo. La responsabilidad de mantener a flote la empresa familiar le había llevado a adoptar una postura encorvada y de derrota. Recordaba a un perro bueno y miedoso, y aquello irritaba aún más a Tom en aquel momento.

—A lo mejor quieren expandir la parte de ganado —aventuró Mike.

Estaban sentados uno frente al otro a sendos lados de un escritorio repleto de cosas. A su alrededor abundaban los indicios de una empresa familiar que iba camino de la quiebra. Las carpetas con información sobre clientes y pedidos eran pocas y viejas. Los dos ordenadores eran de finales de los noventa, antigüedades ya en el momento en que se los compraron de segunda mano al anterior ayuntamiento. Hasta la fecha habían seguido escupiendo sus listas y balances, indiferentes a la constante amenaza que se cernía sobre ellos: el mínimo error los llevaría directos al contenedor que siempre había delante de la oficina. La reparación no era una alternativa a

considerar.

—Supongo que los ordenadores no vienen —dijo Tom con una discreta sonrisa. Mike lo miró desconcertado.

—¿Los ordenadores? ¿Por qué diantre te preocupas de los ordenadores? ¿Los quieres?

Trastos grises. Las pantallas debían de medir medio metro de fondo.

—No, gracias —contestó Tom.

—Están dispuestos a darle trabajo a cualquiera que esté cualificado.

—¿Y tú? ¿Están dispuestos a contratarte a ti también?

—Me voy a mudar con mi hermana. Su marido necesita ayuda en su empresa. Electrónica de consumo. No es tan apasionante como los transportes, pero sus hijos son majos y tienen una habitación para mí.

En las paredes había recortes de prensa amarillentos. Habían sido enmarcados años atrás en un intento de hacer más atractiva la oficina de cara a los nuevos clientes. «Broken Wheel Truck and Transportations patrocina el equipo de béisbol (1997). BTT nombrada empresa del año 1985 por su implicación en la iglesia baptista de Broken Wheel.» Y luego el de peor augurio: «BTT traslada su oficina de distrito». Políticos sonrientes de camino a Hope, rodeados de escritorios, sillas de oficina y archivadores junto con un Mike no tan sonriente.

—¿Los otros se irán a Hope? —preguntó Tom. En realidad no le importaba. Últimamente le resultaba difícil preocuparse por nada.

—¿Quién sabe? Son jóvenes los dos. Se las apañarán.

Había un «pero» tácito en la frase. Mike continuó, alicaído:

—Te ofrecen trabajo como conductor. No tienes formación para tareas administrativas, y ya tienen todo el personal de oficina que necesitan. Ya sabes cómo es. Quizá, si hubieras estudiado algo...

—Necesitaba el curro. La granja no habría salido adelante si me hubiese mudado.

—A lo mejor tendrías que haber aceptado aquel empleo en Iowa City.

—Mi padre aún estaba vivo.

—Lo siento, Tom. Ha sido lo mejor que he podido conseguirte.

—Lo sé, lo sé. Has hecho lo que has podido. En realidad no era responsabilidad tuya. —Se puso de pie—. De vuelta al asfalto, vaya. —Sonrió—. Supongo que no tienen la misma actitud que tú de cara a los fines de semana y trayectos largos... Mike guardó silencio.

—No pasa nada. Entiendo cómo funciona. El chico nuevo. Aquí no tengo nada que me ate.

—Joder, Tom, siento mucho lo de Amy Harris y eso. Una mujer estupenda.

—Sí. —Se detuvo en la puerta—. ¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

—Necesitan una respuesta dentro de dos semanas. Es lo...

—Sí, lo sé. Lo mejor que has podido conseguir.

Salió al pasillito que había justo delante del despacho y cerró la puerta con

suavidad. No había ventanas en el corredor, así que se quedó allí unos minutos sin moverse. Pensaba en su padre y en Amy, y en los años de pluriempleo en la granja y con Mike, y en cómo todo parecía estar a punto de hundirse. Diecisiete años.

¿Qué cojones iba a hacer?

Iba de camino al coche tras hacerle una visita rápida a John cuando aparecieron los otros dos conductores que trabajaban para Mike.

Se le acercaron uno por cada lado y se plantaron entre él y el coche. Parecían enfadados, y muy jóvenes. Como si todavía esperaran que la vida fuera justa.

—¿Te vas a ir a Hope? —preguntó uno. Los dos eran de la ciudad, pero de la generación posterior a Tom.

—No entiendo cómo Mike se atreve a vender —dijo el otro—. La empresa ha pertenecido a su familia durante generaciones.

—Dos generaciones —puntualizó Tom—. Fue su padre quien la empezó.

—Da igual. Rendirse así, sin más.

—Y venderla a Hope. Cuando trasladaron la escuela ya no nos dejaron jugar a ninguno.

Tom no entendía muy bien qué tenía que ver el béisbol con la venta de la empresa. Pero por lo visto para ellos todo seguía estando relacionado con el béisbol.

—Habría sido mejor cerrarla y punto.

—¿Mejor para quién? —dijo Tom cansado.

Le bloqueaban el acceso al coche. Alterados como estaban, se esperaban que Tom sintiera algo similar.

Y entonces Tom vio a Jen acercarse a paso ligero y decidido, recortada contra un fondo de locales vacíos y una carretera inútilmente ancha a sus espaldas.

Y en algún lugar: más asfalto poniéndose a ritmo frenético a medida que otras ciudades y urbanizaciones se expandían, a pesar de todo el que había allí en desuso.

—Voy a decir que sí al trabajo —dijo—. Es una buena oferta.

—¿Buena?

—Pero el equipo de béisbol...

—No seáis estúpidos. —Se abrió paso entre los dos muchachos.

Casi había llegado a la comodidad de su coche cuando Jen lo alcanzó.

Le faltaba el aliento.

—¿Qué tal con Sara? —preguntó.

Tom no se molestó en responder. Uno de los chicos lo hizo por él:

—Se va a mudar a Hope.

—Voy a trabajar en Hope —lo corrigió Tom, pero al decirlo se planteó la posibilidad de irse a vivir allí. ¿Qué sentido tenía quedarse en Broken Wheel y trabajar en Hope?

—¡Hope! —Jen lo miró con fijeza.

Él se encogió de hombros y deseó que todo el mundo lo dejara en paz.

Por irónico que resultara, Sara parecía ser la única dispuesta a hacerlo. Estaba detrás del mostrador de la librería, con la mirada fija al frente. «Es casi un consuelo —pensó Tom— que a ella le dé igual que me vaya a Hope.»

—Sé que estás afectado por lo de Amy y... todo, pero no puedes estar de luto toda la vida —dijo Jen en voz alta.

—Ni una semana —repuso él—. Pero ¿qué demonios tiene eso que ver?

—No te mudarías si Amy estuviese viva.

Probablemente estuviera en lo cierto. Pero habría aceptado el trabajo de todos modos. Era adulto.

Rodeó el coche y abrió la puerta del conductor.

—¡Invítala a cenar! —gritó Jen mientras se alejaba.

Tom no tenía la menor intención de invitar a Sara a cenar ni de hacer nada que pudiera animar los retorcidos planes de Jen. Pero unos días más tarde, al pasar por delante de la librería, no pudo evitar detenerse un momento delante de la puerta.

La joven estaba sola en uno de los sillones, con los ojos grandes abiertos como platos y lágrimas silenciosas resbalándole por las mejillas. Tenía la mirada baja, clavada en su regazo, y no parecía molestarle que todo el mundo pudiera verla llorar.

«Joder», pensó Tom. Titubeó un segundo y se preguntó qué debía hacer. ¿Entrar? ¿Marcharse? ¿Hacer como si nada? Algo le decía que debía intentar consolarla, dedicarle una palabra amable, pero ¿quién se ponía a llorar a plena luz del día?

Abrió la puerta con cuidado y se quedó en el umbral, tanteando la situación.

—Hola —dijo al final.

Ella alzó la cabeza al mismo tiempo que una nueva carga de lágrimas le brotaba de los ojos. Él se colocó a su lado como una sombra silenciosa en vez de como un amigo en el que apoyarse.

—¿Va todo bien? —preguntó tontamente.

—¿Qué? —Entonces ella pareció reparar en las lágrimas que todavía le brillaban en la cara y se las secó un poco avergonzada—. Un libro triste —dijo, y se sorbió los mocos.

—A lo mejor te molesto.

Ahora sí que estaba cabreado. Aun así, por alguna razón que no era capaz de identificar, se sentó en el otro sillón.

Ella dejó el libro sobre la mesita que los separaba.

—*Jane Eyre* —dijo ella en tono explicativo—. No me acordaba de lo intenso que era. Cuando lo leí por primera vez me pasé toda la noche despierta leyendo en el suelo.

Él echó un vistazo a la portada, una foto de una mujer anticuada y convencional de perfil. Gris y aburrida.

—Vaya tontería, la verdad —continuó ella—. Llorar cuando sabes que terminará bien. Pero es tan triste cuando descubre que él ya está casado, y que la esposa está

encerrada en el desván, y se obliga a sí misma a huir de su lado, y el idiota de su primo es tan frío que intenta convencerla de que se case con él en lugar de con el otro, a pesar de que él no la ama y a pesar de saber que ella no es lo bastante fuerte para dedicarse al trabajo de misionera. Y su argumento hipócrita y cristiano, cuando es pura ambición lo que hace que quiera llevársela a la India, o donde demonios sea que quiere convertir a la gente.

—Mientras tenga un final feliz... —dijo Tom sin poder reprimir una sonrisa.

—Sí, claro —dijo Sara muy seria—. Bueno, feliz para ella. Él se queda ciego y pierde una mano.

Tom se retorció en la butaca.

—Pero feliz —se apresuró a asegurar Sara—. Consiguió quedarse con Jane.

—Madre mía —soltó Tom sin querer.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 7 de agosto de 2010

Querida Sara:

Qué mal me sabe lo de tu trabajo. ¿No estáis a tiempo de hacer algo? No es seguro que vayan a abrir una tienda de ropa o una cafetería en vuestro local, ¿no? A lo mejor abren una librería nueva, y si no te contratan en el acto es que no están del todo cuerdos.

Muchos de mis «muchachos» siguen viviendo en la ciudad. Claire sigue aquí, y nunca ha contado quién es el padre de Lacey. Claire es mitad Henderson y mitad Rohde, lo cual es una combinación bastante inflamable. Creo que es porque las dos familias son pelirrojas. No se puede tener el pelo de color fuego y vivir bajo las riendas de alguien o mantenerse dentro del redil. Los Henderson siempre han sido un poco salvajes, tanto los hombres como las mujeres, y aunque no se hable abiertamente de ello, sucede lo mismo con los varones Rohde. Lo que pasa es que los Rohde quedan compensados por las mujeres. Claire es sobrina de Caroline Rohde, y a primera vista parece que Caroline debería contradecir la teoría de los pelirrojos y de no salirse del redil. Ahora el pelo de Caroline ya no es tan llamativo, pero tenía el pelo de Claire cuando era más joven, e independientemente de los adjetivos con los que pueda calificarse a Caroline en general, «salvaje» no es la palabra correcta. La verdad es que yo creo que hay una buena dosis de melena roja en su lucha por la dignidad. Ha intentado mantenerse dentro del redil toda su vida, pero siempre termina con que ella acaba siendo el redil.

Claire es una típica Henderson, pero creo que la fuerza le viene del lado de Caroline. No es una combinación del todo perfecta, eso de ser salvaje, independiente y fuerte. Tanto a ella como a Tom y a Andy los veo como a «mis» muchachos, pero

cuando Claire era pequeña era demasiado orgullosa para aceptar nada de mi parte. Es más, la única vez que aceptó mi ayuda tenía solo siete años, y fue por una mermelada. A la niña le encantaban las cosas dulces. En su casa nunca había suficientes. Te hablo de la época en la que en Broken Wheel comenzó a hacerse popular la fabricación con edulcorantes y muy poca fruta (siempre hemos ido un poco por detrás, y en lo referido a la mermelada aguantamos todo lo que pudimos). De pronto la mermelada auténtica y casera ya no era lo mismo. El color nunca era tan chillón ni tan claro, tenía un dulzor artificial y ni siquiera contenía fruta ni bayas de verdad. Yo solía comprar mermelada solo por ella, a pesar de que nunca conseguíamos terminarnos la que yo hacía. Pero cuando se hizo mayor se volvió demasiado orgullosa para siquiera decir que sí a la mermelada, y cuando se quedó embarazada dejó de venir del todo.

Andy siempre lo ponía más fácil, tanto para recibir ayuda como para ofrecerla. Él nunca se tomaba las cosas demasiado en serio, y yo creo que fue justo eso lo que lo salvó.

Con cariño,

Amy

El empeño de los árboles

Algunos de los habitantes de Broken Wheel ya habían empezado a acostumbrarse a la librería y a la rara de la turista sueca que se pasaba los días allí. Los que de alguna manera se habían visto implicados en el proyecto ya no estaban interesados en él. Los que conocían a Sara se pasaban por la tienda para hablar con ella. Pero la mayor parte de la gente de Broken Wheel y alrededores estaba desconcertada. ¿Cómo habían acabado la librería y la turista entre ellos? De todas las tiendas que podrían haber hecho falta, ¿por qué alguien querría abrir una librería? ¿Y por qué iba a viajar desde Suecia para montarla?

La mayoría se limitaba a negar en silencio cuando pasaba por delante del local. Pero al mismo tiempo, comenzaba también a acostumbrarse a la visión de un nuevo escaparate en la calle y de la desconocida y ociosa mujer que había tras el mostrador. Algunos incluso la saludaban, confusos, desde lejos. Ella siempre les devolvía una sonrisa singular, radiante.

Pero aquella tarde Sara estaba sentada en uno de los sillones y su lectura hizo que dos adolescentes de la ciudad se detuvieran delante del escaparate. Habían bajado del autobús escolar, iban de camino a casa y no tenían ninguna prisa por ponerse a hacer los deberes.

Desde fuera Sara parecía un elemento más del escaparate. El nombre de la librería estaba escrito en el cristal y ella permanecía sentada justo debajo de las letras amarillas, que trazaban un arco con las palabras «librería El Roble».

Los rizos indomables de la joven caían como un telón alrededor de su cara, acurrucada como estaba con el libro en el regazo y al lado de una montaña gigantesca de volúmenes apilados sobre la mesita que tenía al lado. Sus dedos largos y delgados pasaban las hojas tan a menudo que los adolescentes se preguntaban cómo podía darle tiempo a leer nada.

Fue aquello lo que los hizo quedarse mirando. Al principio solo se habían parado a la espera de que ella levantara la cabeza para saludar o decirles que se largaran, pero ya había pasado una hora y Sara ni siquiera había reparado en los dos chicos. Cuando George se les sumó, el más pequeño de los dos se animó a hacer una mueca aplastando la punta de la nariz contra el cristal.

Tampoco aquello provocó una reacción de enfado o una invitación a que se largaran. Qué raro.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó George. Le salía una actitud bastante protectora cuando se trataba de Sara.

—Estamos mirando cuánto tiempo es capaz de leer del tirón —contestó el mayor.

—Ni siquiera nos ha visto —añadió el pequeño.

El hombre se inclinó para mirar por el cristal, curioso en contra de su voluntad.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Una hora.

—Y ¿no ha levantado la cabeza ni una sola vez?

—No.

El pequeño se metió en la conversación.

—Aunque le he hecho muecas —dijo, y George lo miró con la frente arrugada y se apartó un poco del escaparate, por si a Sara se le ocurría levantar la cabeza justo en aquel momento y se pensaba que él también estaba participando.

—Vamos a quedarnos aquí hasta que nos mire —dijo el pequeño con total convencimiento—. Nos lo tomaremos con calma, ¿a que sí, Steven?

Su hermano mayor asintió con la cabeza.

—Yo seguro que sí. Tú vete a casa si quieres —repuso en el tono altanero que suelen emplear los hermanos mayores cuando saben que sus hermanos menores los seguirán de todos modos.

Si hubieran sabido que Sara había elegido entretenerse con *Todas las familias son psicóticas* de Douglas Coupland, a lo mejor habrían elegido otro día para su experimento. Un día que leyera una biografía densa, por ejemplo, o alguna otra cosa que invitara a hacer pausas. Pero con lo que tenía entre las manos, la lectura fluía sin parar. De vez en cuando se reía o sonreía sola.

El grupo fue creciendo a medida que avanzaba la tarde. Cuando Jen y su marido pasaron por allí ya había diez personas. El marido había decidido acompañarla para saludar a la turista de la que su mujer no paraba de hablar, y Jen se había mostrado lo bastante condescendiente como para llevarlo. Lo que no le gustó nada fue toparse con dos adolescentes que le bloquearon el paso para que no entrara. Cuando la pusieron al día, amenazó con contárselo todo a Sara y echar al traste todo el asunto.

—Es de mala educación —dijo.

No quedaba claro si se refería a mirar a Sara como si fuera un animal de circo o a no dejarla entrar a ella.

George estaba de acuerdo, pero no podía dejar de sospechar que Jen había reaccionado así porque no había sido idea suya. Su marido dejó claro que él pensaba quedarse fuera para mirar.

Jen, sin embargo, seguía dispuesta a arrasar con todo con tal de entrar en la librería. Amaba a su marido, sin lugar a dudas, pero dejar que él decidiera lo que iba a hacerse era algo muy diferente. Apoyó la mano en el pomo de la puerta.

—¿No podrías escribir algo para el boletín? —propuso Steven.

Jen se detuvo. Se quedó unos segundos indecisa antes de dar media vuelta para ir a buscar la cámara a su casa.

—Quedaos aquí —ordenó—. No os vayáis a ninguna parte. Si Sara levanta la cabeza antes de que yo vuelva, os quedáis de todos modos. Es decir, una vez tenga la cámara, siempre podemos montar la foto.

Pero cuando volvió, todo el mundo seguía en su sitio y Sara continuaba leyendo.

Jen sacó una foto de la joven sentada en el escaparate con su libro.

—¿Quién carajo quiere ver a alguien leyendo? —preguntó Grace desde la puerta

de su cafetería. Se había encendido un cigarrillo, pero era más que nada una excusa para salir a ver qué estaban haciendo.

—Y ¿qué hacemos si no? —dijo Steven.

—También es verdad —reconoció Grace al cabo de unos segundos—. Vais a necesitar comida —afirmó—. Ayudadme a sacar la barbacoa del patio de atrás y os invito a hamburguesas.

Mientras reunía todo lo que iba a necesitar pensó que la comida no era mala idea, pero que un poco de cerveza lo bordaría. Hizo una llamada rápida a Andy, que se llevó a Carl, las cajas de cervezas y a la clientela habitual al punto de encuentro.

Tom vio la muchedumbre antes que la librería, puesto que el grupo de personas que se había reunido allí ya tapaba todo el escaparate.

Volvía a casa del trabajo cuando vio el gentío. Al principio prefirió pasar de largo. Pero de pronto paró el coche y aparcó sin haber sido consciente de tomar la decisión de hacerlo. Notó que toda la tensión del trabajo iba disipándose a cada paso que daba en dirección a la tienda, pero en vez de alegrarse se molestó.

Por algún motivo, se relajaba con Sara. Ya lo había notado la primera vez que fueron juntos en coche, cuando ella había intentado fingir que no prefería estar en casa leyendo a hablar con él, y cuando le había mostrado abiertamente que no esperaba nada en absoluto de él. A decir verdad, siempre parecía que Sara estuviera deseando que la dejase leer en paz. Aquel día que estuvieron en silencio delante de su antigua escuela, Tom experimentó una sensación de paz casi física. Llegó a dejar de pensar en el trabajo y en John y en cualquiera de las otras cosas que siempre tenía en la cabeza.

Ni que decir tiene que en aquel momento no fue consciente de todo aquello. Eso era lo que hacía tan devastadora la compañía de Sara. No se había percatado de que se relajaba hasta más tarde, cuando se le había hecho terriblemente difícil empezar de nuevo. Pero ni siquiera entonces había tenido la suficiente sensatez para arrepentirse, no del todo.

Aquella tarde juró que no pensaba cometer el mismo error. Solo iba a acercarse y a echar un vistazo a lo que estaba pasando. Nada más. Cinco minutos máximo.

Se percibía un halo de contención en el ambiente. Todo el mundo parecía esforzarse por hablar en susurros. Andy acudió a su encuentro cuando Tom llegó al grupo, le dio una cerveza y lo condujo hasta primera fila.

Ya había oscurecido, pero la luz del local de Amy iluminaba la parte de la acera en la que se encontraban. Sara estaba acurrucada en el sillón, con un libro en la mano y la mirada singularmente fija en él. De vez en cuando pasaba la página. En una ocasión se apartó un mechón de los ojos.

A Tom le parecía muy íntimo observar cómo leía. «Es como si mirara a alguien mientras duerme», pensó. Así de ajena parecía Sara a la presencia de todo el grupo. Pero por lo menos no había rastro de lágrimas en su cara. Gracias a Dios.

A su lado, Andy murmuraba con teatralidad. Tom pescó algunas palabras, pero en realidad no lo estaba escuchando. «Está leyendo...», «Aquí toda la tarde...», «Ha cambiado de libro, pero sin levantar la cabeza...», «Se ha hecho un sándwich con el libro en la mano...».

Sara sonreía.

Durante un instante, Tom incluso se olvidó de que ella le parecía convencional. Sus gestos eran tan cómicos que se le despertó el interés, por mucho que se resistiera. Cuando Sara creía que nadie la estaba mirando, su cara se abría y se volvía expresiva y cálida y afable.

La joven nunca le había sonreído de aquella manera. «A lo mejor hacía falta un libro para sacarle una sonrisa así —pensó sin ser del todo justo, porque él tampoco se había esforzado nunca por hacerla sonreír—. A lo mejor debería intentarlo alguna vez», se le ocurrió de pronto.

Se obligó a apartar la mirada. A su lado Andy seguía hablando.

—¿No deberías estar en The Square? —le preguntó.

Andy soltó una risa contenida.

—Ni de coña. Aquí es donde hay que estar hoy. Grace me ha avisado, así que hemos cogido unas cuantas cajas de cerveza, he cerrado y nos hemos venido. Todo el mundo está aquí esta noche.

—¿Para...?

—Para ver leer a Sara, obviamente. —Le explicó el fondo de la cuestión—. Increíble, ¿no te parece? Hace dos horas ha cambiado de libro, pero apenas ha levantado la mirada. Y desde luego no ha mirado a la calle. Es como si fuera una carrera de relevos, ¿sabes?

Tom negó con la cabeza.

Y Sara siguió leyendo.

Hasta que dejó de hacerlo.

Leyó la última página, sonrió como si estuviera hablando con un viejo amigo y cerró el libro de golpe. Estiró primero las piernas y después todo el cuerpo. Cuando al fin se percató de la gente que había fuera, se levantó de un brinco y fue a su encuentro desconcertada.

—¡Amigos! —dijo Steven cuando Sara salió por la puerta—. El tiempo final son exactamente cinco horas y treinta y siete minutos.

Hubo un estallido de aplausos. El olor a carbón, carne a la parrilla y cerveza flotaban en el aire, y ya había botellas vacías en el suelo. Se respiraba un ambiente de fiesta espontánea. La gente comenzó a alzar la voz ahora que ya no tenía que pensar en que Sara no oyera nada.

La muchacha se puso roja y parpadeó varias veces. Nunca se le había dado bien ser el centro de atención. Miró a su alrededor y durante un segundo se olvidó de que todo el mundo parecía esperar que dijera unas palabras.

A veces pasa. Algunos grupos existen tan solo para conseguir que la persona real, la que vemos instintivamente, aflore con más claridad. Pocas veces resulta tan evidente como en las películas, en las que salas repletas de gente se hacen a un lado para que la heroína vea al héroe o al revés. Pero aun así existen, para algunos, momentos de clarividencia en los que al dirigirse a la multitud solo consiguen ver a un individuo.

Aquello fue lo que le pasó a Sara cuando salió de la librería aquella noche para toparse con apuestas y gente reunida y cerveza y hamburguesas: durante varios minutos desconcertantes, el único al que vio fue a Tom.

Alguien le había puesto una cerveza en la mano, así que le dio un par de tragos, agradecida, mientras Grace y Jen le hablaban en la oreja.

—Maldita sea, chica, ¿no puedes hacer algo más provechoso con tu tiempo que dedicarte a leer? —dijo Grace.

—¿Qué estabas leyendo? ¿Me puedes hacer alguna recomendación para el boletín? —preguntó Jen.

El *flash* de la cámara saltó antes de que Sara pudiera responder.

Todos los anteriores pensamientos acerca de evitar a Tom se habían esfumado. Era continua y plenamente consciente de que él estaba allí. Era como si la señal muy clara de un radar situado en algún punto justo por encima del pecho le estuviera marcando todo el rato dónde estaba él y con quién estaba hablando. Al mismo tiempo, Sara quería evitarlo y no cruzarse con él. Pero cada vez que lo veía hablar con una persona nueva —y parecía decidido a hablar con toda la ciudad menos con ella— pensaba que debería hablar con ella, estar a su lado, sonreírle.

Caroline titubeó, un poco alejada de la improvisada fiesta callejera. Estaba pegada a los edificios del otro lado de la calle y hacía cuanto podía para ocultarse entre las sombras.

Nadie miraba en aquella dirección. Parecían demasiado ocupados emborrachándose y volviéndose aún más estúpidos que de costumbre, lo cual decía mucho de la mala influencia del alcohol.

Caroline iba de camino a casa de Sara para hacerle algunos comentarios amables sobre el nombre que había elegido para la librería cuando algo —no sabía decir el qué— la había hecho volver a la seguridad y a la soledad y a la oscuridad.

A lo mejor habían sido las risas, o la relajación y el bienestar que emanaban todos, incluida Sara, que siempre estaba muy nerviosa. El caso era que de pronto Caroline había vuelto a los diecisiete: con su mejor vestido puesto, incluso maquillada —aunque había tenido que salir a hurtadillas para que su madre no viera el pintalabios—, de camino a hacer el ridículo y con una trágica esperanza latiendo en su interior. Expectante y vulnerable.

El carbón.

Había sido el olor a cerveza y brasas lo que la había guiado aquella noche, lo

comprendió cuando una brisita acercó el olor al otro lado de la calle. Sintió la fuerza de los recuerdos como una bofetada, inesperada y más humillante que dolorosa.

«Compórtate, Caroline», pensó, pero incluso su voz interior sonaba inestable.

«No es más que una fiesta», se dijo.

Y aquel era el problema. Ella no encajaba en las fiestas. No era una persona que se entregara a ellas. Al contrario, era la que resolvía los problemas que generaban. Ninguna de sus amigas había querido escuchar nunca sus consejos e ideas cuando se sentían felices. Se habían casado de cualquier manera, sin importarles nunca lo que ella pensaba. Riadas infinitas de mujeres con hombres que habían perdido el trabajo, que bebían, que eran infieles, que les pegaban o que pegaban a sus amantes.

Pero aquello no significaba que ahora no pudiera acercarse a la multitud. Solo cruzar unas palabras con Sara. Diez minutos. Porque pasaba por allí.

«¿De qué tienes tanto miedo, Caroline?», se preguntó a sí misma. Luego enderezó la espalda, tragó saliva y se acercó directa al grupo de gente con toda la dignidad y confianza en sí misma que fue capaz de reunir.

Sara vio a Caroline acercarse, pero en quien pensaba era en Tom. El sobrino de Amy estaba hablando con una mujer que acababa de aparecer en escena. Parecía cansada, tenía bolsas en los ojos y todavía llevaba puesto un uniforme de trabajo que no le favorecía. Pero aun así tenía una belleza chulesca y rojiza que le recordó a Sara lo gris e incolora que era ella. La mujer tenía un par de kilos de más y parecía haberlos cogido recientemente. Su ropa era media talla demasiado pequeña. Pero irradiaba una sensualidad confiada y tranquila que impresionaba a Sara aun a diez metros de distancia, e incluso la empujaba a alejarse aún más de ella para que la diferencia entre la una y la otra no resultara tan obvia.

Una parte de ella sintió alivio cuando Caroline interrumpió sus pensamientos. Quizá fuera la luz de las farolas, pero a Sara le pareció que tenía un aspecto casi humano. Todavía conservaba la postura militar, erguida, pero su mirada era más suave, y fue como si se le relajara algo por dentro cuando se acercó a Sara. Llevaba pantalones vaqueros y abrigo negro. Por debajo asomaba un jersey mullido de color nata.

—Soy la presidenta de la Asociación para la Conservación de los Robles — proclamó Caroline saltándose el saludo de cortesía—. Quería darte las gracias en persona. Al bautizar la tienda como librería El Roble estás colaborando con nuestra causa.

Tal vez conviniese que Sara le explicara a Caroline que no había escogido el nombre pensando en Iowa, pero no se atrevió. Era parte de una cita sobre los libros. Aparte del autor, hay muchas otras personas implicadas en la creación de un buen libro, decía la cita, desde la primera persona que tuvo la gran idea de la escritura alfabetizada hasta el inventor de los tipos móviles, pasando por los leñadores que habían talado los árboles que se convertirían en papel. No es común darles las gracias

a los árboles, terminaba la cita, por mucho que su implicación sea total.

Sí que era cierto que había incluido la palabra «roble» en el nombre pensando en Iowa, pero sospechaba que aquello solo empeoraría las cosas si se lo contaba. No solo sería una asesina de árboles, sino que, además, iría a por los robles.

—Eh... —dijo Sara—. La verdad es que...

—Hará que nuestro trabajo reciba más atención. —Caroline sonrió—. Es fantástico que alguien que no es de Iowa vea la importancia que tienen los robles para nuestro estado. ¿Tienes algún libro sobre robles?

Tom se rio con algo que había dicho la mujer pelirroja y Sara tuvo que apartar la mirada otra vez. Se maldecía a sí misma. No podía enamorarse de él. Sabía quién era y conocía sus límites. Quizá pudiera arreglárselas para abrir una librería, pero no conseguiría salir adelante si se enamoraba de alguien como Tom: chulo, guapo y perfectamente normal.

Si es que se estaba enamorando. Más bien parecía un mareo.

—Puedo conseguirlo —dijo Sara.

Al cabo de un rato, la mujer con la que Tom había estado hablando sustituyó a Caroline.

—Bueno —empezó ella—, o sea que tú eres con quien están intentando emparejar a Tom. —Puso cierto énfasis en «intentando»—. Claire —dijo, y sonrió tranquila—. Correcto —añadió—. Esa Claire. La madre adolescente.

—Es... quiero decir, no estaba pensando en eso.

La mujer señaló a Tom con la barbilla.

—Deberías ligártelo —dijo con desparpajo—. Solía pasarse por mi casa a cenar cuando Lacey era pequeña —continuó—. Lacey, mi hija. Muchos pensaban que él era el padre.

Amy no. Aun así Sara no pudo evitar la pregunta:

—¿Lo es?

Claire soltó una risotada. Se alejó sin darle una respuesta y Sara se quedó donde estaba, en el borde exterior del grupo que de alguna forma había reunido allí. Era una sensación extraña. La gente le sonreía y levantaba la botella de cerveza en su dirección a modo de brindis improvisado; algunos le daban palmaditas en el hombro cuando pasaban por su lado, pero ella no estaba del todo presente. De fondo se oía una radio que reproducía canciones country tranquilas. No oía la letra, pero la canción que sonaba en aquel momento le despertaba una sensación de recuerdos e historia: sin ser nostálgica, no dejaba de estar anclada al pasado.

Durante un rato estuvo convencida de que podía notar la presencia de Amy en el aire fresco de la noche y entre el olor a hamburguesas y a cerveza fría que llenaba la calle. Pero no era Amy, no del todo. Era posible que ella también anduviera por allí, pero no era solo ella. Era como si la ciudad en sí estuviera presente, una especie de remanente colectivo de la vida y los recuerdos de varias generaciones. Las fachadas de las casas, que unos días atrás eran bastidores solemnes, eran en aquel instante

seres juguetones. Entre Andy y Carl y Tom, que estaba hablando otra vez con Claire, Sara casi podía ver a la señorita Annie montada en su ciclomotor con plataforma, y por encima de todo un leve murmullo de anécdotas olvidadas.

Cuando Tom al fin se le acercó, Sara estaba demasiado despistada como para poder decir algo sensato. Se quedaron el uno al lado de la otra en silencio, hombro con hombro, tan cerca que Sara notaba el calor de su cuerpo y la suave presión de su chaqueta. No podía dejar de mirarlo de reojo, y la consoladora presencia del pasado se vio sustituida por latidos desbocados y sudores fríos.

—Bueno, ¿cómo te sientes?

Durante unos segundos Sara creyó que Tom era capaz de leerle el pensamiento y lo miró abrumada.

—¿Co... cómo me s... siento? —balbuceó.

—Con la librería. —Acompañó la aclaración con un gesto hacia el escaparate, todavía iluminado, chocantemente vacío y desierto frente a toda la vida que había a su alrededor.

—Aún no me han comprado ningún libro —dijo.

Él se rio.

—¿Crees que van a hacerlo?

—Pues claro. ¿Por qué iba a abrirla si no?

Tom se encogió de hombros y ella lo agarró del brazo sin querer.

—Tienen que comprar libros —dijo.

Ella no había pasado por todo aquello, no había saqueado la habitación de Amy, solo para que después los habitantes de Broken Wheel no se dignaran a leer. ¿Qué sentido tenía molestar a Amy si ni siquiera conseguía repartir historias entre sus amigos?

Tom se libró de contestar gracias a Andy, que le hacía señales al hombre que estaba más cerca de la radio para que la apagara.

—Un brindis —dijo, y miró a Sara asertivo.

La joven sonrió, medio triste, medio riendo, con sus bromas internas.

—Por el ciclomotor de Annie —propuso.

—Por el ciclomotor de Annie —repitió todo el mundo.

Sara pensó que nadie sabía de qué estaba hablando, lo cual le resultó de lo más liberador. Quizá no fuera del todo una parte de la ciudad, pero sí era parte de su historia.

Y juró que les endosaría todos los libros antes de subir al avión.

—¿Sabes? —dijo Tom, como si hubiera atisbado la seguridad en sus ojos—. Si quieres que este grupo se ponga a leer, tendrás que darte maña.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 23 de octubre de 2010

Querida Sara:

Libros o personas, me preguntas. Es una elección difícil, tengo que reconocerlo. No sé si las personas son más significativas que los libros (desde luego no son más simpáticas, ni más divertidas, ni más consoladoras...), pero aun así, por muchas vueltas que le dé a tu pregunta, creo que a la larga termino quedándome con las personas, a pesar de todo. Espero que no pierdas toda la confianza en mí al confesarte esto.

Con la vida que he tenido, no puedo explicar por qué tengo el mal gusto de preferir a las personas. Si hablamos de números, los libros salen ganando de forma abrumadora: puedo contar con los dedos de una mano las personas a las que he querido en mi vida, frente a decenas o cientos de libros (teniendo en cuenta solo los que realmente he adorado, esos que te ponen contenta cuando los ves, los que siempre te sacan una sonrisa independientemente de lo que te pase en la vida, esos a los que siempre vuelves como si de viejos amigos se tratara y de los que recuerdas exactamente dónde los «conociste» por primera vez. Estoy segura de que sabes a cuáles me refiero). Pero el puñado de personas a las que quieres... creo que valen por todos esos libros juntos.

Tu pregunta también ha hecho que empezara a releerme Waiden. A veces desearía tener una cabaña en el bosque, poder estar allí rodeada de libros, libre de todas las extrañas obligaciones que las personas vamos imponiéndonos a los demás y a nosotras mismas. Quizá estaríamos todos mejor si nos tomáramos una pausa de la «civilización» durante unos años de vez en cuando (y ahora que lo pienso, aquí en Broken Wheel somos tan pocos que a lo mejor nos parecemos más al pueblo al que

Thoreau huyó que a la ciudad que dejó atrás. Las descripciones que hace de los campesinos nunca me han parecido su lado fuerte. Es mejor cuando pone la diana en los de arriba, pero... ¿y quién no?).

Waiden es un libro del que hay que sacar citas. No he pasado de la página cincuenta y ya tengo a John aburrido. Lo cual podría ser la prueba de que tengo razón con lo de los libros y las personas. Los libros son fantásticos, y seguro que están en el sitio idóneo si los pones en una cabaña en el bosque, pero ¿cuál es la gracia de leer un libro fantástico si no puedes recomendárselo a otras personas y comentarlo y citarlo constantemente?

«Estoy convencido de que la mayor parte de lo que se considera bueno es en verdad malo, y si hay algo de lo que me arrepiento es, sin lugar a dudas, de mi buen comportamiento. ¿Qué clase de demonios me tenían poseído para que me comportara tan bien?» ¿No te parece una cita fantástica? Me gusta sobre todo la idea del comportamiento provocado por demonios. Me temo que fui lo bastante imprudente como para leerle la cita a Caroline. Se limitó a arquear un poco las cejas —es una persona que sabe arquear las cejas sin necesidad de decir nada— y dijo: «¿Buen comportamiento?», casi sin preguntar. Como si quisiera recordarme que a mí ese demonio en concreto no me había afectado mucho, pero es demasiado educada como para decírmelo directamente.

Thoreau también dijo: «Las creencias populares son un tirano débil comparado con nuestras creencias privadas», pero eso me parece más deprimente. Me gusta más la idea de un demonio salvaje que hace que nos coloquemos bien en la fila que la de que somos nosotros mismos los que lo hacemos, quizá preocupándonos por lo que vayan a pensar los demás mientras ellos están demasiado ocupados consigo mismos como para dedicar ni medio segundo a pensar en nosotros.

Con cariño,

Amy

¿Qué hay en un nombre?

El boletín fue todo un éxito cuando salió. En portada aparecía la foto de Sara leyendo en el escaparate, vista a través de los reflejos del cristal, justo debajo de las letras amarillas. Más abajo había una foto de menor tamaño de ella delante de la tienda, sonriendo insegura y con los ojos entornados a causa del *flash* de la cámara.

El artículo hablaba de una fiesta para celebrar las dos últimas contribuciones a Broken Wheel: Sara y la librería de Sara. Aunque oficialmente el establecimiento se llamara El Roble (¡un nombre que enorgullecía a los iowanos!), la gente lo llamaba la tienda de Sara. La librería estaba abierta a todas aquellas personas a las que les gustara leer. Ningún encargo le quedaba grande ni pequeño y podían estar orgullosos de ello, escribía Jen en una mal disimulada indirecta hacia la ciudad vecina, puesto que era la única librería en varios kilómetros a la redonda. El boletín no dudaba a la hora de recomendar una visita «¡¡¡de inmediato!!!» (Jen terminaba el artículo con varios signos de exclamación, por si acaso.)

Lo cierto era que la gente leyó el boletín de Broken Wheel por primera vez. Sin que nadie se lo atribuyera de forma personal, el texto fue impreso y apareció colgado en varios sitios de la ciudad.

Y, también por primera vez, apareció colgado en Hope.

En Broken Wheel se decía que mucha gente de Hope vivía para tocarles las narices. Conseguían provocarlos y, probablemente, les gustaba ser arrogantes y orgullosos. En Hope los habitantes no estaban del todo seguros de que Broken Wheel continuara existiendo.

«¿No quedó abandonada en los años noventa?», podía oírse en Hope cuando la ciudad vecina salía a colación, y aquellas palabras siempre iban seguidas de un comentario soberbio y vanidoso.

Hope era una ciudad tan moderna que tenía una carnicería, una verdulería y un horno de pan, como si los supermercados no se hubieran inventado aún.

Era el tipo de ciudad de provincias que los políticos usaban en su propaganda electoral cuando querían mostrar los dignos valores de la familia estadounidense. Los dos últimos gobernadores de Iowa lo habían hecho y ambos habían ganado, seguro — o eso se decía en Hope— que gracias a los vídeos de propaganda. No importaba si se trataba del demócrata Chet Culver o del republicano Terry Branstead siempre y cuando sus banderas estuvieran en un sitio bien visible. Hope era el tipo de ciudad donde se podían ver ondeando al sol del mediodía banderas elaboradas y planchadas aun cuando el país no estaba en guerra, e incluso pasadas las elecciones.

Ningún político iba jamás a visitar Broken Wheel. Broken Wheel no se veía afectada por los políticos que la gobernaban ni al final de unas elecciones muy reñidas en las que «cada voto contaba». No quedaba claro si se debía a que los políticos creían que sus habitantes (los 637) no votaban o a que ni siquiera conocían

la existencia de la ciudad.

Para Sara, tras la fiesta improvisada llegaron varios días de máxima determinación.

Estaba convencida de que los habitantes de Broken Wheel irían a comprar libros. Iban a hacerlo, y no haría falta engañarlos para que los compraran, daba igual lo que dijera Tom. Pero puede que tuviera que darle un par de vueltas a cómo iba a presentar sus intenciones.

Miraba fijamente las estanterías que tenía delante. Tal como estaban en aquel momento, los libros se repartían en tres categorías: intriga, novela, especializada. Tres categorías claramente atractivas para ella, pero quizá no tanto para alguien que no estuviera iniciado en la lectura.

Al día siguiente de que se publicara el boletín, Sara se pasó por la tienda donde todo costaba noventa y nueve centavos y compró cartulinas de color blanco brillante. Ahora las tenía extendidas en abanico ante sus ojos. Quince láminas. No creía que fuera a necesitar tantos carteles, pero tal vez precisara de una lámina o dos para hacer pruebas. Al lado descansaba un rotulador negro y grueso esperando que la inspiración se posara en ella.

¿Sobre qué quería leer la gente?

¿Clásicos, quizá? Negó con la cabeza. Ni siquiera ella compraba libros de la sección de clásicos, aunque le gustaran los mamotretos británicos y estadounidenses.

«Piensa, Sara. ¿Qué gancho podría hacer que alguien se comprara un libro? ¿Qué hace que la gente vea películas? No puede ser tan difícil.»

Luego soltó una carcajada. Cogió el rotulador y escribió con letras grandes y claras: «Sexo, violencia y armas», y colgó el cartel en la balda de «Intriga».

Con aquello se quitó el tapón. El libro de fotografía sobre la naturaleza de Iowa representó por sí solo una balda de «Iowa». Pensó en hacer una para Suecia, pero los únicos autores suecos que tenía en casa eran Jens Lapidus y Stieg Larsson, y sin lugar a dudas su sitio estaba en sexo, violencia y armas.

De hecho, en aquel sentido era un poco denigrante. La única imagen que Broken Wheel tenía de Suecia consistía en conspiraciones sadomasoquistas y crimen organizado, con un poco de mafia serbia como elemento de confusión.

También estaba la Lonely Planet de Estocolmo de Amy. A Sara le resultó sorprendentemente conmovedor, pero también extraño, como si estuviera viendo Estocolmo a través de los ojos de la anciana. Los edificios históricos, el sol que se reflejaba en el agua, la elegancia que transmitía toda la guía: aquello tenía muy poco que ver con Sara y Broken Wheel.

Se preguntó si a Amy le habría gustado ver Suecia antes de morir, pero no podía imaginársela ni a ella ni a ninguno de los demás habitantes de Broken Wheel tan lejos de su ciudad. Era allí donde pertenecían, resultaba tan obvio e inamovible como las casas y las paredes. Al final descartó la idea de crear una balda de Suecia. A decir

verdad, no quería acordarse de su casa. Pero sí que le echó un vistazo a *El abuelo que saltó por la ventana y se largó*. Estaba traducido al inglés, pero la fecha de publicación quedaba a meses de distancia.

«Vidas en ciudades pequeñas» le sonaba mejor, ahora que lo pensaba. La gente quería leer sobre sí misma. El único problema era que en sexo, violencia y armas entraban demasiadas cosas, pero ninguna categorización era perfecta.

Titubeó ante *Las uvas de la ira* y *De ratones y hombres*. Vidas en ciudades pequeñas, sin duda alguna, pero también con finales tan repugnantes que se preguntó si no sería inmoral ponerlos a la venta. Al final los situó en el estante de todos modos, pero utilizó una de las cartulinas para recortar cartelitos más pequeños que colocó al lado: «Aviso: ¡final infeliz!», escribió.

Si más librereros se hubieran responsabilizado y hubiesen usado cartelitos de aviso, le habrían hecho la vida mucho más fácil. ¿Cómo podían exigirse avisos para los paquetes de tabaco pero no para las novelas trágicas? En las botellas de cerveza se advertía de no conducir cuando se bebía, pero ni una palabra sobre leer libros tristes sin pañuelos a mano.

Obviamente, había finales infelices que se buscaban adrede. A veces solo se necesitaba una excusa para dejar que las lágrimas corrieran libres. En la lista de libros irresistibles a pesar de ser auténticos dramas de Sara aparecían todos los libros de Erich Maria Remarque, *Si no despierto* de Lauren Oliver (una especie de versión deprimente de *Atrapado en el tiempo*), *La mandolina del capitán Corelli* de Louis de Bernière (daba igual lo que dijera la gente, Sara se mantenía firme en que era un libro triste. Lo cierto era que el final era decepcionante: ¿por qué iba a volverse el capitán Corelli un estúpido de repente?). Pat Conroy —Sara había llorado a cántaros con *Música de playa* de Pat Conroy y aún no se había atrevido a releerlo—. Quizá Nicholas Sparks también tuviera un sitio en aquella lista, más que nada porque si en algún momento uno tenía ganas de llorar un poco por amor, él era una buena opción.

En vidas en ciudades pequeñas incluyó también *Tomates verdes fritos* de Fannie Flagg, que contaba asimismo con su buena dosis de desgracias. La gente solía pensar que las novelas *feel good* eran historias felices y banales, pero una auténtica *feel good* no se merecía el nombre si no contaba con un par de asesinatos, accidentes, catástrofes y fallecimientos. En el caso de *Tomates verdes fritos* había tanto enfermedades como muertes (mínimo dos trágicas), asesinato y canibalismo. De lo que se trataba era de que no terminaran mal. Eran libros que uno acababa con una sonrisa, libros que le hacían pensar que el mundo estaba un poco más loco, raro y bonito cuando levantaba la mirada de sus páginas. Sara se preguntó si no debería recortar cartelitos con «¡Final feliz garantizado!», pero aquello quizá revelaría demasiado.

Para Navidad compraría montones de ejemplares de *A Redbird Christmas*, una obra menos ambiciosa de Fannie Flagg, quizá el mejor regalo de Navidad de todos los tiempos. Una historia tan encantadora que incluso podía regalarse para leer en

pleno verano.

La última categoría estaba indicada para aquellos que realmente no leían. La llamó «Sin palabras de más», y allí puso todos los libros de menos de doscientas páginas y todas las obras de Hemingway. Según una leyenda popular y tenaz, una vez se había apostado que podía escribir una historia con menos de diez palabras.

Y ganó la apuesta: *For sale. Baby shoes. Never worn.* En venta. Zapatos de bebé. Sin estrenar.

El trabajo de reorganización de la librería se veía constantemente interrumpido por los clientes de Hope que empezaban a pasarse por la tienda. Eran fáciles de identificar. En primer lugar, siempre llegaban en turismos de modelos más nuevos en lugar de en las camionetas y furgonetas a las que Sara ya se había acostumbrado. En segundo lugar, siempre se detenían en el semáforo en rojo. Primero parecían sorprendidos por lo pretencioso que podía resultar que una ciudad como Broken Wheel tuviera un semáforo; después se irritaban porque nunca cambiaba de color. Cuando entraban en la librería, lo hacían dispuestos a recuperar el honor perdido.

Aquella mañana la interrumpió un cliente que miró asombrado a su alrededor en cuanto puso un pie en el local, como si todavía no se creyera que Broken Wheel tuviera una librería, ni siquiera después de ver el escaparate con sus propios ojos y de haber incluso entrado en ella.

Asintió con la cabeza cuando vio el mostrador y los sillones. Si Broken Wheel tenía una librería, parecía pensar, no era sorprendente que no fuera del todo normal. Sonrió cuando se dio cuenta de que estaba vacía y Sara pudo ver con claridad lo que le pasaba por la mente: «A lo mejor tienen una librería, pero ¿tienen a alguien que sepa leer?».

Aquello no le gustó.

Aun así, debería estar agradecida. La mayoría de los clientes de Hope sí que compraban libros. Había vendido los primeros ejemplares hacía unos días, y por fin había tenido que usar el cambio que había contado con tanto esmero mañana y tarde. Cincuenta dólares en monedas y billetes de bajo valor.

Pero le molestaban las miradas que intercambiaban los clientes de Hope cuando veían que la librería estaba vacía, como si quisieran decir que una cosa era abrir una librería en Broken Wheel (pero ¿por qué allí, cuando Hope estaba solo a cuarenta minutos?), pero otra totalmente distinta conseguir que funcionara.

Aquel cliente en concreto no tardó mucho en salir de la tienda con un Michael Connelly en la mano, sacado directamente de la balda de «Sexo, violencia y armas».

Los clientes de Hope no eran el único problema de Sara. De pronto contaba con la compañía de una tozuda vocecilla en su cabeza que se negaba a dejarla en paz. Era una voz que le preguntaba constantemente qué creía que estaría haciendo Tom en aquel momento, o cuándo creía que Tom volvería a asomarse por la tienda, y si no iba siendo hora de que mirara por la ventana para ver si... alguien pasaba por allí justo en

aquel instante.

Sara no tenía intención de cederle terreno.

Para distraerse recortó una tira de cartulina blanca y escribió «Erótica gay» con letras claras. Lo puso en un estante especial y comenzó a colocar libros.

Cualquier cosa mientras pudiera dejar de pensar en Tom.

Al día siguiente vio interrumpida su categorización por la visita de Jen, quien abrió la puerta con brusquedad y se acercó a ella como un tren en marcha. Llevaba un jersey de color rosa y una falda más clara, casi blanca. La impresión general era de elegancia pálida, un singular contraste con la expresión contenida de su rostro.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Sara.

—¡Hombres! —exclamó Jen. Miró fijamente a Sara a los ojos—. ¿Has sabido algo más de Tom?

—¿De Tom?

—Porque le he dicho que te invite a cenar.

—Dios mío —dijo Sara.

Jen asintió con la cabeza.

—Exacto. No puedes fiarte de ellos. A lo mejor tendrías que hablar directamente con él. A veces les va bien un empujón.

Jen se quedó esperando a que Sara dijera algo.

—No puedo invitarlo a cenar —protestó ella.

—¿Por qué no?

—Sinceramente, creo que él piensa que soy...

—¿Sí? —dijo Jen expectante—. ¿Hermosa? ¿Misteriosa? ¿Interesante?

—Rara.

Si fuera ella quien estuviese buscando libros, Sara agradecería mucho encontrar una balda marcada como «*Chick-lit* para pasar el rato», a ser posible con un asterisco que asegurara la calidad del libro. No había nada más frustrante que la *chick-lit* de mala calidad.

Buena *chick-lit* todo lo de Helen Fielding (*Bridget Jones x 2* más *Cause Celeb*) excepto *La imaginación descontrolada de Olivia Joules*. Elizabeth Young (la autora del libro *Wedding date*. Los gigolós siempre han animado un poco el romanticismo). Marian Keyes. Jane Austen.

Mala *chick-lit* la mayoría de las copias que siguieron la estela de Bridget Jones y que parecían creer que lo único que hacía falta era una heroína que se preocupara por su peso y que tuviese un amigo gay. No entendían que se requería una heroína con una voz propia divertida, un poco de autoironía y una buena dosis de chulería interior. Y un final de verdad. El único problema del estante de *chick-lit* era que, hasta entonces, George era la única persona que había mostrado interés por los libros que irían allí, así que *chick-lit* podría resultar un término engañoso.

Lo que Sara tenía en mente en realidad eran todos esos libros que pueden leerse como si fueran una revista, con una copa de vino un viernes por la tarde o una Coca-Cola con hielo y limón y un cuenco de patatas fritas un domingo ocioso. El equivalente a una película de Meg Ryan. Historias simpáticas, livianas, con un final feliz tan garantizado que ni siquiera había que pensar en él. Libros en los que la heroína siempre era graciosa y el héroe siempre era guapo, o al revés si era un libro escrito por un hombre, sin duda alguna filmado con John Cusack en el papel de protagonista.

Al final decidió zanjar el tema escribiendo «Para los viernes por la tarde y los domingos de pereza en la cama».

Tras un breve titubeo, también puso en aquel estante a Terry Pratchett, con un cartelito más pequeño en el que puso: «¡Autor digno de confianza!».

Una de las cosas más difíciles cuando se navegaba por la selva de los libros era gestionar a los autores que no eran del todo fiables. Un autor podía haber escrito una obra brillante y después limitarse a hacer un trabajo de lo más mediocre. O, casi peor, haber escrito un libro brillante y luego haber muerto. Después estaban los que comenzaban a escribir series de libros que luego no terminaban.

En la lista de autores no fiables de Sara: John Grisham. Que alguien pudiera escribir *Tiempo de matar* y *Legítima defensa* y *El informe pelícano* y luego dedicar el resto del tiempo a publicar historias totalmente llanas y estúpidas era un misterio que no lograba entender. Quizá el hombre publicara todos aquellos títulos sin certificado de calidad para sacar sus millones del contrato con la editorial, pero si era así, Sara no habría dudado en entregarle un poco de dinero para que pudiera relajarse y tomárselo con más calma a cambio de que solo publicase libros buenos. Otro autor que no era digno de confianza era Paolini. Sara dudaba incluso de si merecía que lo llamaran escritor. ¡Una trilogía! No debería ser una palabra tan difícil para una persona que quería ser considerada escritor. Tres libros. Serie terminada. Claro, Sara habría estado dispuesta a perdonar una cuarta entrega si al menos ¡hubiera aparecido! Había oído rumores de que por fin estaba en camino, quizá aquel mismo año, pero no se lo creería hasta que tuviera el libro en sus propias manos.

No estaba siendo tan insensata. ¿Acaso no tenía el chico diecinueve años o algo así cuando se lanzó con el proyecto Eragon? Sara entendía que pudieran darle calambres de tanto escribir. La cuestión era por qué no había recurrido a un negro que le terminara la obra.

Autores más fiables: Dick Francis, Agatha Christie, Georgette Heyer. Seguramente Dan Brown también perteneciera a aquella categoría, se dijo Sara. Era tan fiable que te contaba siempre la misma historia. ¡Un buen mentor! Seguro que no acababa siendo el malo de la película.

Terry Pratchett, en cambio, era fiable en una categoría totalmente propia. No solo continuaba sacando libros a un ritmo frenético, sino que mostraba una responsabilidad admirable a la hora de crear nuevos personajes y sus libros siempre

alternaban de forma justa entre los magos, las brujas, la Muerte y los demás, de modo que todos los lectores acababan teniendo una novela sobre sus personajes favoritos.

Cuando corrió la noticia de que padecía Alzheimer, consoló a su público diciendo que debía de quedarle tiempo suficiente como para sacar un par de libros más. Y los lectores se mostraron leales. Cuando donó un millón de dólares a la investigación sobre el Alzheimer, sus seguidores iniciaron una campaña por internet con el título «*Match it for Pratchett*» para reunir un millón más. Sara opinaba que aquello decía mucho de la humanidad, y de los libros.

Mientras estaba colocando los libros de Pratchett, todos ordenados de forma cronológica según las fechas de publicación, se percató de que alguien la estaba observando. La librería estaba vacía, pero cuando levantó la cabeza vio a John justo delante de la puerta.

Se quedaron así durante unos segundos, Sara con cuatro libros de bolsillo en el regazo y John con una mirada inexpresiva y vacía que puso muy nerviosa a la joven.

Ella le sonrió insegura, pero era como si él no la viera. Su mirada se deslizaba por la tienda y los libros, pero tampoco quedaba claro si veía algo de todo aquello. No mostraba actitud de desprecio, pero había algo en su postura distante y en el hecho de que no se hubiera molestado en entrar que hizo que Sara se sintiera mal. Quería hacer algo por él, pero no sabía qué. Quería preguntarle si creía que Amy habría tenido algo en contra de la librería, pero no se atrevía.

Entonces entró un cliente de Hope y John dio un respingo como si de pronto hubiese tomado conciencia de que estaba allí plantado. Sara se volvió para atender al cliente. El hombre miró el cartel que Sara acababa de poner y luego la miró a ella. La joven le devolvió una mirada que lo exhortaba a comentarlo.

—Los de Hope dicen que la librería no va a funcionar —comentó Sara. Estaba sentada a la barra de The Square con Andy y Tom—. Dicen que aquí no hay nadie interesado en comprar libros.

—Y no lo hay —aseveró Tom.

Se había presentado en el bar cuando ella ya estaba allí, así que Sara se dijo que no había tenido ninguna posibilidad de esquivarlo. Llevaba todo el rato buscando señales que le desvelaran si Tom creía que ella participaba de los retorcidos planes de Jen, pero él más bien la trataba como a una más del grupo. Al entrar la había saludado con la cabeza, se había sentado a su lado y se había puesto a escuchar la conversación que mantenía con Andy con actitud distraída.

La vocecilla de su cabeza no se había callado. Le insistía en que debía tocarlo. Intentaba convencerla de que era de lo más normal tocarle el brazo como parte de la conversación, o la espalda para captar su atención, o la mano, que estaba alarmanamente cerca de la suya.

A él ni siquiera le parecería raro, le aseguraba la voz. Mucha gente se toca. Sara agarró su copa de cerveza con las dos manos para resistir la tentación.

—Claro que lo hay —dijo, pero en un instante de sinceridad añadió—: O lo habrá.

—Y esa tampoco es la cuestión —intervino Andy—. La cuestión es que ellos creen que son infinitamente superiores.

—¿Y no lo son?

—¿Qué tiene Hope que no tengamos nosotros? —preguntó Andy.

—Trabajo —contestó Tom.

—Aparte de eso.

—Tiendas.

—¡Ja! —exclamó Andy—. ¿Acaso tienen una librería?

—Exacto —dijo Sara.

Sin que ella lo supiera, sus palabras habían sembrado la semilla de la resistencia. En Andy sin duda, cosa que no era muy difícil.

Él era un entusiasta de pura sangre, el tipo de persona que se apuntaba a cualquier proyecto nuevo que se cruzara en su camino y que siempre creía que aquello era lo justo (no muy diferente, sospechaba Sara, del modo en que algunas de las chicas de la librería se habían metido en sus relaciones). Era el primero en darles la bienvenida a las personas nuevas que aparecían en su entorno, y para él todo desconocido era un amigo a quien todavía no le había contado sus batallas.

En aquel momento Broken Wheel era su gran tema de interés, y así había sido desde el día en que regresó de Denver y compró The Square con Carl. La vida en una ciudad de provincias era la única vida auténtica que existía, nadie lo apreciaba tanto como Andy, y la homofobia del mundo rural estadounidense ya no era más que un mito y una conspiración de las grandes ciudades. Carl aguantaba pacientemente, a pesar de que la mayoría sospechaba que él no estaba tan pletórico. Lo cual debía de ser más bien una suerte para su asociación no registrada, porque una relación con dos entusiastas como Andy habría sido demasiado para cualquier pareja. Y para sus amigos.

La semilla que habían sembrado las palabras de Sara pronto florecería hasta alcanzar niveles de locura. Andy llamó a Grace y juntos consolidaron un plan sencillo y estúpidamente seguro para defender el honor de Broken Wheel y hacerles la puñeta a todos los soberbios de Hope que se atrevieran a visitar su librería.

El plan era genial en su sencillez: cada vez que llegara un cliente de Hope, Grace se encargaría de que el brokenwheeliano que se encontrara más cerca entrara en la librería para pasear lentamente junto a las estanterías, comprar libros, preguntar por un encargo y comportarse como alguien a quien le encantaba la librería de su ciudad y que estaba suscrito a *The New York Times Review of Books*.

Le preguntaron a Carl por escritores famosos a los que la gente literata y formada pudiera leer. Él propuso a Proust, aunque acabaría siendo una elección un tanto desafortunada.

—Un francés, claro —asintió Andy, puesto en el tema—. Muy bien. La gente formada y culta lee libros un poco turbios.

Le pasó el nombre a Grace.

El día en que el plan iba a llevarse a cabo George cometió el error de pasar por el local de Grace. Solo tenía pensado entrar a tomarse un café, pero de pronto se vio envuelto en contra de su voluntad en el plan de Andy y la camarera. El primero de ellos había repasado todo una última vez por teléfono y la segunda se había pasado toda la mañana en la puerta de la cafetería oteando la calle a la espera del primer cliente de Hope.

Y había llegado la hora.

Tenía tiempo de sobra para instruir a George, puesto que el cliente todavía estaba esperando a que el semáforo cambiara. Y George tenía tiempo de sobra para ponerse nervioso.

—¿No hay nadie más que pueda...? —preguntó, pero ella lo interrumpió.

—Tú límitate a parecer listo. Tampoco puede ser tan difícil. Venga, en marcha.

Era más fácil salir de allí que protestar. George vaciló ante las puertas de la librería y miró de reojo a Grace, que gesticulaba frenéticamente ordenándole que entrara. Al final el hombre entró poco antes que el cliente de Hope.

Intentó esconderse en la esquina del fondo de la tienda y parecer culto. No tenía muy claro cómo se hacía, pero probó suerte frunciendo el ceño y mirando con fijeza los lomos de los libros, con tan mala suerte que se había plantado delante de la serie *Loca por las compras* de Sophie Kinsella. En aquel momento estaba estudiando *Loca por las compras prepara su boda* de una forma cultivada y académica.

Sara lo miró extrañada antes de tener que dirigirse al cliente de Hope.

Rondaba los cincuenta y tenía la obesidad típica de quien trabaja en una oficina y dedica mucho tiempo a los almuerzos. También estaba exageradamente moreno, un bronceado intenso que solo puede deberse a una larga afición a hacer barbacoas a pecho descubierto o a encerrarse en el solárium.

—Jajá —dijo más a modo de constatación que de risa—. Tú debes de ser Sara.

Ella asintió.

—Jajá —repitió él—. Solo a un europeo se le pasaría por la cabeza montar una librería en Broken Wheel.

De alguna forma, el hombre se las había ingeniado para humillar a todo el continente europeo y a Broken Wheel al mismo tiempo.

Entraron dos personas más en la tienda. Llevaban camisas nuevas, bien planchadas, y hebillas brillantes en los cinturones apretados. Era obvio que habían llegado los tres juntos y que el moreno no se había molestado en esperar a los otros. «Qué antipático», pensó Sara satisfecha.

—O sea que de Suecia, ¿no? —dijo don Moreno.

Sara asintió con la cabeza. George la estaba distraendo. Ahora fruncía aún más

toda la frente y casi fulminaba los pobres libros de Kinsella con la mirada. Lo cual, ciertamente, quedaba bastante culto.

—No hay mucha gente por aquí —le dijo don Camisa Número Uno a don Moreno. Tanto don Camisa Número Dos como don Moreno asintieron en silencio.

Sara deseó ser una de esas personas inteligentes que saben soltar respuestas agudas y cortantes en el momento oportuno. Se volvió asertiva hacia George.

—¿Puedo ayudarte en algo, George?

Él la miró como un náufrago a quien acaban de tirarle el salvavidas a la cabeza y que, por tanto, sigue ahogándose y además tiene dolor de cabeza. Las manos le temblaban más que de costumbre y a su frente asomaban unas diminutas perlas de sudor.

Pero la crítica poco disimulada que los hopenianos habían hecho de Sara lo animó a hacer acopio de coraje y a decir en el tono más formal que era capaz de adoptar:

—Estoy buscando libros de Proos.

Miró a los clientes envalentonado. Ellos no le hicieron el menor caso.

Sara le dibujó la «-T» con los labios, como un apuntador en el teatro.

Y aquello solo confundió aún más a George.

—¿Proot?

—Sí —dijo Sara—. Proust. Por supuesto. Lamentablemente, no tenemos *En busca del tiempo perdido* en la tienda, pero puedo encargártelo.

—P... por favor —tartamudeó George—. Sí, encárgamelo.

—Los —corrigió Sara.

—¿Es más de uno? —preguntó George. No consiguió disimular el pánico de su voz.

—Siete —contestó ella.

Los de Hope soltaron una carcajada. Al otro lado del escaparate, Grace se había acercado a hurtadillas e intentaba hacer como si solo estuviera fumando con total indiferencia.

—Está claro que en Broken Wheel la gente no domina —dijo don Camisa Número Dos con tono de entendido en la materia. Seguro que había hecho un estudio de índice de libros por habitante en Broken Wheel.

—Europa —dijo don Moreno a los don Camisa.

—Voté en contra de la pertenencia a la Unión Europea —dijo Sara sin dirigirse a nadie en concreto y más que nada porque le parecía que algo tenía que decir.

—¿Os enterasteis de que hace unos años les cambié a todos mis restaurantes el nombre de French Fries por el de Freedom Fries? —dijo don Moreno.

Los Camisas se rieron.

—¿Sabéis que vuestra Estatua de la Libertad os la regaló Francia? —contraatacó Sara—. Así que, si nos ponemos serios, el cambio de nombre puede verse más como una forma de darles las gracias a los franceses.

A don Moreno le cambió la cara, pero no dijo nada. Los tres hombres salieron de

la tienda sin comprar ni un solo libro.

Sara se volvió hacia George en cuanto salieron por la puerta.

—Vale, George —dijo—. ¿De qué iba todo eso de Proust? ¿De verdad quieres que los encargue?

—No, por Dios —respondió—. Ha sido idea de Grace. O de Andy.

Le explicó el trasfondo de todo el fiasco.

Ella se rio.

—No entiendo cómo te has dejado engañar para participar en esto. —Entonces se acordó de don Moreno—. Pero no es mala idea —añadió pensativa.

—¿Vas a intentarlo otra vez? —preguntó George intranquilo. Miró la hora—. Oye, ahora debería... irme.

—A nivel práctico, primero tenemos que desarrollar un poco la idea, claro. Creo que será mejor que yo me encargue de los títulos y nombres de autores de ahora en adelante.

Grace intentó llamar su atención para enterarse de cómo había ido todo. Agitaba el brazo en el que tenía el cigarrillo y la ceniza salía disparada en todas direcciones. Sara no se percató de nada.

—No es mala idea, desde luego que no... —musitó entre dientes. En sus ojos había aparecido un brillo inquietantemente resuelto.

El plan de Andy y Grace no estaba del todo mal. El problema era que había sido a una escala demasiado pequeña. Para ganar a Hope había que movilizar a toda la ciudad.

Durante los días siguientes, Sara llamó a Andy, habló con Grace y fue a ver a Jen.

No fue difícil convencer a Jen para la parte del boletín después de que Sara le explicara el plan con una taza de café en su cocina. Sus hijos se habían mostrado compasivos y habían salido a jugar fuera. Jen les echaba un ojo a través de la ventana mientras asentía con la cabeza a la nueva versión del plan de Andy y Grace.

—Unas rebajas de libros —dijo—. ¿Por qué no?

Así fue como Sara presentó la idea. Ni que decir tiene que las rebajas de libros no eran más que una excusa, pero constituían una razón igual de buena que cualquier otra para hacer que la gente de Hope se acercara a la librería. Una vez estuvieran allí, los habitantes de Broken Wheel podrían cegarlos con su gusto literario y su desorbitado interés por la letra escrita.

—No te olvides de que hay que colgar el boletín en Hope —le recordó.

—¿Un libro? —preguntó Sara.

Estaba delante de la tienda repartiendo libros a todo aquel que tuviera la mala suerte de pasar por allí.

La anciana que tenía delante apretó el cigarrillo con los labios y la miró con desaprobación.

—Conque un libro, ¿eh? —dijo—. Hay que ver. —Le tendió la mano—. Gertrude.

Su apretón fue fuerte y huesudo. Cogió el libro que Sara le entregaba al mismo tiempo que la saludaba.

—Sara —dijo ella en tono afable, a pesar de que sospechaba que a aquellas alturas la mayor parte de la ciudad ya la conocía por su nombre.

Miró con cierta tristeza a *La hija del general* de DeMille que Gertrude sujetaba ahora en la mano.

Quizá debería pensar mejor qué libros se ponía a repartir. Por muy bueno que hubiese sido *Algunos hombres buenos*, *La hija del general* era un auténtico hartón de *bondage* mal disfrazado de novela de intriga. No tan malo como *Triángulo mortal*, pero distaba mucho de ser el libro adecuado para la mujer que tenía enfrente. Hizo un intento de cambiárselo, pero la señora lo agarraba con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos. Se había convertido en una cuestión de prestigio.

—¡Léelo el sábado! —exclamó Sara, aunque en el fondo cruzaba los dedos para que Gertrude ni lo abriera—. En la calle, cerca de la librería.

Nadie caminaba seguro.

El sacerdote del funeral de Amy pasó por delante de la librería en el momento más inoportuno.

—¡Padre! —lo llamó Sara.

Él se detuvo obediente.

—William —la corrigió.

Sara ya tenía otro libro en la mano. Aquella vez lo había elegido con cuidado, pero una vez delante de William se sintió indecisa. Le gustaría darle algo al nervioso pastor, y dudaba mucho de que alguien no se dejara cautivar por las conversaciones de don Camilo con Jesús y por sus riñas con el dirigente comunista local, pero a veces las personas religiosas eran un poco sensibles cuando se trataba de sus profetas. «Se entiende», pensó Sara. A ella no le gustaba la gente que hacía bromas de mal gusto con los libros.

Pero la indecisión le duró poco.

—Ten —dijo, y le entregó el libro.

—¿*El pequeño mundo de don Camilo*? —leyó en voz alta.

—Espero que te guste —dijo ella.

El pastor se llevó la mano al bolsillo donde tenía la cartera. Sara lo paró agitando la mano.

—No, no —dijo—. Nosotras invitamos.

—¿Por qué? —El hombre parecía confundido.

—¿Qué sentido tiene tener una librería si no se pueden repartir libros a las personas que se los merecen? —contestó en tono inocente—. Léelo. Te gustará.

Borró la expresión inofensiva de su cara y añadió:

—Y si ves a alguien de Hope, ¿podrías sacarlo y hacer como si estuvieras absorto

en su lectura? Mejor si es el sábado. Por aquí cerca.

—¿Por qué? —preguntó él otra vez.

—Porque... —Sara dudó un instante—. ¡Son muy arrogantes, padre! —exclamó al final.

—William —la corrigió el hombre de forma automática.

Ella le contó lo de los clientes de Hope, la idea de Andy y el Proos de George prestando más atención al entusiasmo que a la coherencia del asunto.

—¡Dios mío! —soltó él, y se puso rojo en el acto. Luego se inclinó hacia Sara—. ¿Cómo sé que es un cliente de Hope?

—Vienen en turismos, se paran en el semáforo y llevan camisas demasiado planchadas.

Él asintió en silencio.

—Lo que dices tiene mucho sentido.

—Y Grace dará la señal.

En verdad no era tan raro que el pastor participara en la campaña de Sara. Él sabía qué significaba ser una decepción y ser blanco de bromas y miradas humillantes. Durante mucho tiempo había sido el Pobre Will Christopher, a pesar de que ni siquiera tomaba alcohol.

Procedía de un largo linaje de pastores. Su padre había sido pastor, y el padre de su padre, y una buena lista de tíos. Su tía abuela había querido ser pastora, recordaba él, y había generado algún tipo de escándalo con su implicación en el movimiento por los derechos de la ciudadanía. Había mantenido una corta relación con un hombre negro. Predicador, por supuesto.

Su padre había logrado un éxito igual de carismático que el resto de los hombres de la familia. Siempre había sabido que quería ser pastor, pero aquello no le había impedido practicar la sanación de almas con mujeres jóvenes durante su adolescencia. Podría decirse que la banda sonora de la vida de William había sido *Son of a Preacherman*.

Y a juzgar por las miradas nostálgicas que las mujeres de mediana edad solían lanzarle, estaba claro que su padre había hecho un buen trabajo con ellas. Lo miraban como si verlo les recordara buenos momentos de su juventud y como si estuvieran esperando que en cualquier momento él hiciera honor a sus genes y tomara la iniciativa con sus hijas. Cada vez que él no lo hacía, las mujeres parecían sufrir una decepción. Por lo visto querían darles a sus hijas una juventud igual de bonita que la que habían tenido ellas. La mayoría habían cambiado Broken Wheel por ciudades más grandes a raíz de la crisis económica. Pero William se había quedado.

En aquel momento era el único pastor de Broken Wheel y se ocupaba de todas las labores religiosas más habituales. Baptistas, metodistas y presbiterianos se dirigían a él si no tenían ánimos de desplazarse hasta alguna de las muchas iglesias de las ciudades más próximas. Los católicos iban a Hope, por lo general. En algún punto de

las afueras de la ciudad había una familia judía y una vez había presidido una especie de Bar Mitzvah con éxito incierto. Un hombre mayor aseguraba ser druida y durante un breve período de tiempo obligó a William a guiarlo en la adoración de un álamo temblón.

Gracias a Dios, el hombre ya descansaba en paz.

William daba por hecho que algunas personas simplemente nacían para guiar a otras (su padre era una de ellas, sin duda), otras para ser los primeros guiados, elegidos para promover el trabajo de los guías e irritarlos constantemente con propuestas y puntos de vista. Algunas parecían condenadas a quedarse rezagadas: se atrasaban desde que sonaba el pistoletazo de salida y nunca llegaban a recuperarse, o tropezaban en algún momento del transcurso de la vida y se quedaban atrás para siempre.

Era así en todas las ciudades. Unos guiaban, otros eran guiados y otros los seguían de cerca como buenamente podían.

A aquellas alturas William ya lo había aceptado. Pero había algo en la nueva luz que irradiaba Sara que lo había atrapado. Cuando llegó a Broken Wheel se mostraba silenciosa, cortés y aturdida, no muy lejos de como se había sentido él. Pero ahora la veía como una mujer con una misión.

Un poco de resistencia tampoco podía hacer ningún daño.

La campaña de Sara iba viento en popa y avanzaba con paso arrollador. Grace se negaba a aceptar que pudiera encontrar algún libro que le gustara, pero accedió a tener uno en el mostrador. Sara le dio *Poesía completa* de Dylan Thomas, edición del año 2000.

—Cuenta la leyenda que murió en su habitación del Chelsea Hotel después de varios días bebiendo sin parar. Sus últimas palabras, que le soltó a su amante, fueron: «Me he tomado dieciocho whiskys. Creo que he batido el récord. Te quiero».

—¿Ah, sí? —dijo Grace, y le echó un vistazo al libro más de cerca.

A Sara le parecía innecesario añadir que hoy en día ya se sabe que ni aquellas fueron sus últimas palabras ni eran verdad. Lo más probable era que no se hubiera tomado ni la mitad.

Andy se pasó por la librería para expresar su apoyo a la campaña. The Square quedaba demasiado lejos como para que pudiera participar en persona. Pero le habría gustado ver la reacción de los hopenianos.

—Alguien tiene que vender el alcohol —dijo Sara.

—También es cierto. —Andy paseó la vista por la tienda, se quedó de piedra y se inclinó para mirar una de las baldas—. ¡Santo cielo! —exclamó, se enderezó y dio media vuelta hasta encontrar a Sara—. ¡Has puesto erótica gay!

Sara hizo un esfuerzo por parecer impasible, pero se le tensaban las comisuras de la boca.

—Tú me pediste que lo hiciera —dijo.

—Pero no creí que fueras a hacerlo. A Caroline le va a dar algo. —Volvió a acercarse a la balda otra vez y estudió los títulos—. Aunque estos no son los mejores. Tendrías que ver lo que puede encontrarse en internet.

Sara se ruborizó, aun sabiendo que Andy lo decía para hacerla enrojecer. Respondió con sorprendente calma:

—No son nada malos. Deberías darles una oportunidad. —Rodeó el mostrador y bajó dos del estante—. Prueba estos. Son los mejores.

—¿Los has leído?

—Si no ¿cómo iba a saber lo que vende y lo que no? Y lo cierto es que tengo bastante idea de lo que puede encontrarse en internet.

«Mucha cosa —pensó—. Casi demasiado.»

Ella prefería los libros menos explícitos. Siempre le había encantado *El precio de la sal*, aunque Patricia Highsmith era más conocida por sus libros sobre Mr. Ripley: novelitas de intriga sobre varones asesinos con trasfondos homosexuales. Aquellos los había firmado con su nombre real. Su única historia romántica de amor lésbico la había firmado con seudónimo.

Andy salió de la librería riendo, pero solo después de haber «comprado» los dos libros. Sara no le había dejado pagar.

«Una primera victoria», pensó e improvisó unos pases de baile en mitad de la tienda. Y al día siguiente Broken Wheel le enseñaría a Hope lo que era una auténtica ciudad lectora.

Los lectores de Broken Wheel recomiendan

Sara estaba preparada para enfrentarse a los hopenianos. Había entrenado a sus soldados y sentía que todo estaba listo para la revancha.

Acordaron la señal e hicieron correr la voz: en cuanto avistaran el primer turismo, Grace saldría de la cafetería, se encendería un cigarro y daría tres caladas. Entonces todo el mundo sacaría su libro y clavaría la mirada en sus páginas, como si todos estuvieran absorbidos por una fantástica aventura lectora y como si aquello fuera a lo que se dedicaban en general los sábados por la tarde. Bajo ninguna circunstancia nadie mencionaría ningún libro ni ningún autor. Si alguien se encontraba en las proximidades de la librería y Sara le proponía un libro en concreto, tenía que decir que sí.

Incluso el tiempo los acompañaba. Era un sábado soleado y caluroso. A pesar de que ya estaban en la segunda quincena de septiembre, el calor del verano perduraba en el ambiente. Era un día hecho a propósito para que la gente estuviera en la calle, apoyada en las fachadas leyendo libros.

Lo último que hizo Sara fue crear una nueva balda en la que colocó todos los libros ilegibles que pudo encontrar, además de los premios Pulitzer, los Nobel y todos los que hubieran sido nominados al Premio Booker.

Ella había leído algunos, pero una minoría. Su conocimiento de los libros nunca había sido especialmente sistemático. En muchas ocasiones había intentado mejorarlo, esculpir una especie de cultura general. Se suponía que alguien que dedicaba la mayor parte de su tiempo a leer debería haber leído a los premios Nobel, y los clásicos, y aquellas obras de las que todo el mundo hablaba pero que ella no había leído, como diría Mark Twain. Se había tirado de cabeza a una lectura ambiciosa detrás de otra, pero pocas veces le había salido bien la jugada. Le parecía muy triste ver los libros como algo que había que leer porque otros los habían leído y, además, era demasiado distraída. Había demasiados libros ahí fuera como para ceñirse a una especie de temática. Cuando tenía dieciséis años intentó leerse los clásicos de la A a la Z. Se desplazó hasta la Biblioteca Central de Estocolmo y casi se echó a llorar al ver la cantidad de libros que había. Demasiados para una sola vida, aunque se hubiera encerrado a tiempo completo. Así que se encogió de hombros e hizo una minuciosa relación minimalista de lecturas para cada letra del abecedario. Tanto a Dickens como a Austen ya los había leído. Un Dostoievski, o mejor dos. Un Bulgakov.

Recordaba haber perdido el hilo cuando iba por la G, después de *Las desventuras del joven Werther*, más que nada porque poco antes se había distraído con Gabriel García Márquez y se había embarcado en una odisea de escritores latinoamericanos. Luego había visto *Un paseo para recordar* y se había puesto a buscar la lista del señor Rothberg de los mejores autores estadounidenses sin encontrar a ningún señor Rothberg por ninguna parte. Había tenido que hacerse su propia lista y se había

encargado de Fitzgerald, Auster y Twain (ahí se había distraído con *Pudd'nhead Wilson* y se había puesto a buscar libros con el racismo como tema principal). Cuando llegó la hora de leer a los escritores de la clase obrera había leído cuatro Moa Martinsson y ni uno solo de su marido Harry. Había leído la mayoría de las comedias de Shakespeare, pero ninguna de sus tragedias, y todo lo de Oscar Wilde. Había leído a muchos premios Nobel, pero nunca antes de que hubieran ganado el premio. Su única esperanza de conseguirlo alguna vez era que Joyce Carol Oates lo ganara al fin.

Amy tenía a muchos de sus favoritos entre los autores más literarios, y también entre ellos se contaban un montón a los que tenía muchas ganas de leer. Cuando los hubo colocado todos en la balda, la bautizó como «Los lectores de Broken Wheel recomiendan».

Sintió una especial satisfacción a la hora de poner *En busca del tiempo perdido*. Toda la serie, por duplicado. Quitó cinco ejemplares y los escondió detrás del mostrador, solo para aparentar que en aquel momento algún habitante de Broken Wheel estaba disfrutando de la serie de una forma académica y cultivada.

Cuando el primer todoterreno urbano impoluto entró rodando en Broken Wheel aquel sábado por la tarde y se detuvo en el semáforo en rojo, todo el mundo estaba preparado. Andy había enviado a algunos clientes habituales desde The Square. Uno de ellos tenía el libro al revés y otro mostraba claras señales de estar a punto de dormirse, pero por lo demás todo iba según lo planeado.

William Christopher estaba apoyado en la puerta del cine y se reía sinceramente con las conversaciones de don Camilo y Jesús, entusiasmado con la lectura.

Grace le endosó un libro a cada uno de sus clientes y los obligó a hacer una pausa en pleno almuerzo para que miraran el libro en vez del plato. Un cliente protestó desconcertado, tenía prisa, pero Grace lo atajó con un ceño fruncido. No hizo falta más para que el hombre se pusiera a leer.

George estaba sentado en uno de los sillones de la librería sin leer a Proos. Sara le había dado *Loca por las compras*.

Y ella estaba más que preparada para lo que pudiera surgir. Estaba en el umbral de la tienda, lista para sonreírles a todos los de Hope en cuanto se hubieran bajado del coche.

—¿Qué demonios...? —dijo un hombre desconcertado.

Una mujer sonrió a Grace de forma espontánea y ella la fulminó con la mirada.

Sara le hizo una señal de advertencia a la camarera, que cambió la mirada por una amplia y afable sonrisa, cosa que hizo que la mujer diera un paso atrás atemorizada.

Sara tomó las riendas.

—¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó simpática.

Broken Wheel iba camino de parecer una ciudad soleada, próspera y casi normal. Incluso el asfalto tenía un aspecto más cálido y más agradable cuando había gente paseando con un libro.

—Yo no soy muy de libros, pero este parece realmente bueno —le confesó Gertrude a Annie May a regañadientes cuando llevaba leída la mitad.

Annie May miró el volumen insegura.

—¿No te da un poco de... miedo?

Gertrude soltó un bufido.

Estaban sentadas junto a una ventana que daba a un pequeño chaflán de la calle principal, donde parecía que aquel día se acumulaban los coches y las personas leyendo.

—¿Qué pasa hoy? —preguntó Annie May.

Gertrude no lo sabía, pero nunca lo habría reconocido. Por eso no mostró la menor intención de responder a la pregunta.

—Y ¿te regaló ese libro?

Gertrude asintió con la cabeza. Le dio la vuelta al ejemplar que tenía en la mano.

Annie May soltó un suspiro de ensueño.

—¿No habría sido mejor uno con una bonita historia de amor? —Luego añadió —: Nada indecente, por supuesto.

—Tonterías. Príncipes y...

—Sí, ya lo sé. Sapos.

Una hora más tarde, Annie May contemplaba el buen tiempo con añoranza. Miró de reojo a Gertrude, que estaba dormitando en el sillón con un cigarro aún humeante en el cenicero y el libro abierto en el regazo. Tal vez podría salir a dar un paseo. Hacía sol. Podía ir a pasear y pasar casualmente por delante de la librería.

Nadie podría decirle nada.

En la librería reinaba un caos caluroso y apretujado. Los hopenianos recorrían las estanterías, intentando asimilar el peculiar sistema de clasificación. Un cliente toqueteaba nervioso el *Ulises* de Joyce y *Geography and plays* de Gertrude Stein; otro parecía estar pensando qué habitante de Broken Wheel podría haber recomendado *El mar, el mar* de Iris Murdoch.

Annie May escogió aquella ocasión para entrar a hurtadillas en la tienda. Se abrió paso entre la multitud hasta llegar al mostrador. Los de Hope se apartaron con cortesía ante la presencia de la afable abuelita, lo cual provocó que todos terminaran formando un círculo a su alrededor, de cara a Sara, cuando Annie May se inclinó hacia adelante para decir, en ese tono susurrante que todo el mundo puede oír:

—Disculpa. Estaba buscando alguna... novela de amor. —Miró a su alrededor, se inclinó aún más y dijo igual de alto—: Pero que no sea indecente, claro. —Y con un atisbo de esperanza—: ¿No tendrás algún Harlequin?

Cuando los clientes de Hope se marcharon, el pastor era el único que seguía leyendo. Los habituales de The Square se habían quedado dormidos entre las páginas.

Solo se podía hacer una cosa.

Sara se echó a reír. Logró aguantarse hasta que el último cliente de Hope salió por la puerta, pero luego estalló en carcajadas durante varios minutos ante el fiasco de las novelas Harlequin y los amantes de los libros que se estaban echando un sueñecito. Incluso cuando se hubo calmado un poco, sus ojos siguieron brillando por la risa contenida. Intentó parecer normal mientras Jen hablaba del éxito del boletín y las rebajas. George seguía sentado en el sillón, y Andy había llamado exigiendo un informe de cómo había ido todo. Sara no le había dicho nada acerca de los clientes que había mandado de apoyo.

—Creo que deberíamos ofrecer información turística —explicó Jen.

A George le pareció un poco excesivo.

—¿De verdad crees que es una buena estrategia? —preguntó dubitativo.

—¿Por qué no? Ahora que tenemos la librería deberíamos aprovecharla. Hay varias cosas que pueden hacerse aquí, en Broken Wheel. Como... Bueno, estoy segura de que algo se nos ocurriría si nos esforzáramos un poco. Disciplina. Eso es lo que falta en esta ciudad.

Hizo una pausa.

—Información turística —repitió—. Merece la pena intentarlo.

—Pero ¿de qué informarías? —preguntó George.

—¿The Square, quizá? Se podría comprar un libro aquí y luego disfrutar de una buena cena allí, a lo mejor incluso de una noche de baile. Antes lo hacían, lo sé. Mi marido me lo ha contado.

Los ojos de Sara comenzaron a titilar peligrosamente otra vez.

—En ese caso deberías poner una foto de Carl —dijo—. Eso atraería a los visitantes.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 10 de noviembre de 2010

Querida Sara:

Me parece muy divertido que te interese tanto nuestra ciudad. Hoy he estado pensando en la risa, así que me viene que ni pintado hablarte un poco más de Andy. He pensado en la risa porque Andy ha venido a verme junto con Tom y Carl, su muy buen amigo. Andy lleva la risa en la sangre. También tiene el pelo rizado y descontrolado. A veces tengo la sensación de que ambas cosas van de la mano.

Creo que no es fácil crecer con los rizos que tiene Andy. Sé que las niñas le tenían envidia y los niños se reían de él. Pero Andy siempre se reía de todo. Una vez oí que un niño lo chinchaba diciéndole que le había robado los rulos a su madre. Tom se puso como loco y quería pegarles a todos. Claire no parecía tener problema alguno en ayudarlo. A veces Tom se toma las cosas demasiado en serio, creo. Nunca a sí mismo, por supuesto, solo a los demás, sobre todo a sus amigos. Lo cierto es que aquel día me estuve pensando si intervenir o no, pero de pronto todo quedó en nada porque Andy se echó a reír con tantas ganas que tuvo que abrazarse la barriga y doblarse de la risa.

—Perdón —jadeó—, pero la idea de que yo me atreva a robarle algo a tu madre es una locura. —La madre del niño era famosa por soltar la mano a la primera de cambio—. ¿No me veis intentando es... escapar (se reía tanto que tartamudeaba) con los bols... bolsillos llenos de rulos? ¿Co... como quien roba manzanas?

La idea del hurto de rulos hizo que todos empezaran a reírse, incluso Tom. Muchas veces he pensado que la risa es la mejor defensa. Pero contra el padre de Andy nunca funcionó. Siempre me ha servido de consuelo el hecho de que fuera a mí a quien recurrió cuando se marchó de Broken Wheel.

Con cariño,

Amy

Incitando a la homosexualidad

La novedad de la erótica parecía haberse extendido tanto fuera de la ciudad que daba la sensación de que Jen hubiera escrito sobre ello en el boletín.

Unos días después de las rebajas de libros un cliente nuevo entró en la librería. No debía de tener más de veinticinco años, pero aun así se movía con una especie de seguridad en sí mismo que lo hacía parecer mayor. Como si un día hubiese decidido que ya no volvería a estar nervioso. Pero no aparentaba tener del todo claro qué estaba haciendo en una tienda de libros. Entró con paso firme y se quedó allí plantado. Seguía con la espalda erguida y una mirada casi agresivamente tranquila, pero había algo en su forma de evitar a Sara y los libros que revelaba que no estaba tan cómodo con la situación como quería dar a entender. Su cara no dejaba entrever nada, pero Sara tenía la impresión de que el chico estaba debatiendo algo consigo mismo.

Al final le dijo:

—Dime si puedo ayudarte en algo.

Aquello por lo menos hizo que el joven se moviera un poco de aquí para allá delante de las baldas.

—¿Eres de por aquí? —preguntó Sara.

—No —respondió él—. Vivo en Hope.

—¿Estás a gusto allí? —volvió a preguntar ella a falta de algo mejor que decir.

—No especialmente.

—¿Buscas algo en concreto?

El chico pareció tomar una decisión. Una sonrisa asomó a sus ojos, un gesto entre juvenil y experimentado. Ella se refería a los libros, pero la respuesta del chico fue:

—¿Un novio?

Sara soltó una carcajada.

—En la balda de un poco más abajo, a la izquierda.

—Fue mi madre quien me habló de vosotros. Me dijo que arderías en el infierno por incitar a la homosexualidad.

Sara se sintió un poco indignada ante el ataque de una mujer a la que no conocía, pero al mismo tiempo —tenía que reconocerlo— también un poco orgullosa. ¡Ella, Sara Lindqvist, incitaba a la homosexualidad! ¿Quién se lo habría imaginado? Así que contestó relajada:

—¿Qué quieres que te diga? Un reclamo así no puede pagarse con dinero.

Él titubeó.

—¿Tú eres...?

Parecía significar tanto para él que Sara incluso se planteó mentirle. Le gustaba el chico. Buscó algo intermedio:

—Bisexual —dijo, a pesar de ni siquiera haber visto la marcha del orgullo gay en Estocolmo. Se ruborizó un poco.

Él sonrió.

—¿No lo somos todos un poco? —dijo—. Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—Soy de Suecia.

Él asintió con la cabeza como si aquello le aclarara algo.

—Ah —se limitó a decir.

Se acercó al estante de erótica gay. Siguió leyendo. Al cabo de un rato se dirigió al mostrador con dos libros.

Sara había comprado fundas de plástico con la imagen de un roble y el nombre de la tienda ocupando toda una cara. Metió los libros en una de ellas sin preguntar. El chico pagó, pero en lugar de marcharse se quedó en la tienda, entre Sara y la puerta, sin hacer ningún ademán de moverse.

—¿Puedo...? —preguntó al final Sara.

—Esperaba... —contestó inseguro—. Esperaba poder entrar en contacto con otros, por aquí.

—The Square —dijo ella—. Habla con Andy y Carl.

—¿Son...?

—Pareja.

El chico no parecía tener muy claro si llevarse una alegría o una decepción.

—A lo mejor saben de algún buen sitio adonde ir —añadió ella—. Diles que vas de mi parte. —Alargó la mano—. Me llamo Sara.

—Joshua —dijo él—. Pero todo el mundo me llama Josh.

El comentario de Sara sobre Carl y la información turística había sido una simple broma, pero sospechaba que Jen se lo había tomado muy en serio. Cuando Andy la llamó para que se pasara por The Square, se llenó de malos presentimientos.

—¿A que no sabes quién se ha pasado hoy por aquí? —dijo Andy cuando la tuvo sentada a la barra con un vaso de cerveza.

—¿Quién? —preguntó ella con cautela.

Él arqueó las cejas.

—Josh —respondió.

—¡Ah! —exclamó Sara aliviada—. Espero que no te suponga un problema.

—En absoluto. ¿Por qué no íbamos a ser el anuncio de contactos de todos los homogays?

«No te pongas roja», pensó Sara. Por alguna razón le daba vergüenza. Era el miedo constante a ser políticamente incorrecta.

Carl se inclinó sobre la barra hacia Sara, como si hubiera decidido que ella ya no se le tirarían encima.

—Ha sido un gesto bonito —dijo.

—Así que... —comenzó Andy— bisexual, ¿eh, Sara? No juzgues un libro...

Para su gran alivio, no volvió a oír nada sobre la información turística. Desearía

no haber abierto la boca ni en broma. Sin embargo, el boletín que hablaba de la librería parecía haberse difundido mucho más allá de Broken Wheel y seguía atrayendo visitantes.

Aquel sábado había una cantidad sorprendente de clientes en la tienda. Una mayoría aplastante de mujeres robustas con tejanos feos, camisas a cuadros, botas sucias y sombreros de cowboy.

Sara no podía dejar de mirarlas de la misma manera que se mira un accidente de tráfico. La gente usaba sombreros de cowboy de verdad. En serio. Todavía no se había acostumbrado a que aquel tipo de mujeres existiera de verdad. ¿Eran conscientes de lo que las películas, los libros y las series de televisión habían hecho con ellas? La joven no sabía si aquella visión hacía que sintiera que las pelis eran más realistas o que todo Estados Unidos era una invención. La única diferencia con la ficción era que en la realidad todas pesaban como mínimo veinte kilos más y que nadie usaba ni pizca de maquillaje.

Llegaban en grupos y compraban unos cuantos libros, pero luego se quedaban un rato merodeando por la tienda. Hablaban con un acento cansino y nunca abrían la boca sin necesidad.

Grace fue allí mientras las mujeres se apretujaban en el local. Se abrió paso a empujones hasta el mostrador, tras el que Sara fingía que leía, apoyó las dos manos sobre él y miró desafiante a su alrededor.

—Antes —dijo— todas estas mujeres habrían venido a mi garito. —No se molestó en bajar la voz—. Estas mujeres, robustas y fuertes todas ellas, se aprecia a primera vista. Mujeres como las que levantaron este país. —Negó con la cabeza—. Por fin las tenemos en la ciudad otra vez, aunque buscando libros, no alcohol. No es normal.

Sara cerró el libro y miró a Grace.

—¿Cuál es el problema de reunirse en una librería? —preguntó. Hizo un barrido con el libro señalando todos los estantes para incluir el resto de las obras—. ¿Solo porque sean mujeres fuertes y robustas tendrían que querer leer sobre otras mujeres duras?

—Chorradas. Nunca se ha escrito un libro sobre el verdadero Estados Unidos. Solo sobre los pensamientos cobardes de hombres cagones. La vida real es dura, cruda, auténtica. Los libros son almibarados, complicados y están demasiado obsesionados con lo que todo el mundo piensa y siente todo el rato. Y están cargados de hombres. A ver, ¿qué han hecho los libros por Iowa?

—No es normal —murmuró Sara. Continuó entre dientes—: Por mucho que lleven sombreros de cowboy y sean duras y ruidosas pueden seguir apreciando los libros. ¿Por qué iban a estar reservados para los hombres cagones? ¿Acaso hay alguien que se haya ganado los libros más que estas fantásticas mujeres...?

Volvió a hacer un barrido con el volumen que tenía en la mano. Sí, puede que la primera vez que reparó en ellas lo hiciera con más burla que admiración, pero una

mujer puede rectificar, ¿no? Sin duda, todas las allí presentes eran mujeres duras y robustas. Y un poquito de miedo sí que daban. Sara habría seguido susurrando si no hubiera sido porque justo en aquel momento una de ellas se había acercado a preguntarle:

—Disculpa, ¿tú sabes cómo se llega al bar ese?

Grace soltó una carcajada.

—Ahora sí, chicas —dijo—. Pero ¿qué estáis haciendo aquí, en la librería?

—En el artículo ponía que merece una visita —contestó la mujer que había pedido indicaciones. Miró a su alrededor como si no terminara de entender por qué—. Además, el bar no abre hasta las cinco.

Sara observó la horda de sombreros de cowboy y tuvo el fuerte presentimiento de que algo iba tremendamente mal.

—He oído que hay varias razones de peso para ir a The Square —comentó la misma mujer—. O por lo menos una.

A Sara aquello le dio muy mala espina.

—No te preocupes —dijo lúgubre—. Son dos.

Tom estaba esperándola cuando llegó a casa después de cerrar la librería. Con la campaña de lectura, casi había dejado de buscarlo. Y de repente lo tenía justo delante.

—Hola —saludó insegura mientras se acercaba al porche.

Se detuvo frente a él y, cuando Tom le sonrió, también se inclinó levemente hacia adelante, solo una pizca, hasta que Sara tuvo la sensación de que casi se estaban tocando.

Ella lo miró y, desesperada, intentó encontrar algo que decir para poder quedarse contemplando su sonrisa un poco más. Era uno de esos momentos en la vida en los que el tiempo avanza dolorosamente despacio y demasiado rápido, como si cada segundo le provocara un chasquido en el cuerpo. Sara sabía que debía decir algo... Si no, tendría que apartarse.

Antes de que se le ocurriera nada él se aclaró la garganta y anunció:

—Me envía Carl.

Ella parpadeó.

—Necesita tu ayuda. Dice que se lo debes. Parecía muy estresado. Me he ofrecido a llevarte. —Pero seguía delante de Sara, en la misma posición, demasiado cerca como para que ella se preocupara por el problema de Carl.

—¿Ahora? —preguntó.

—Creo que corría prisa. —Se apartó unos pasos de ella y le abrió la puerta del coche.

Sara trató de sentirse aliviada de poder respirar otra vez.

Lo primero que notó fue el ruido. Lo oyó incluso desde el aparcamiento: el pesado y vibrante alboroto de voces chillonas y conversaciones agitadas entre

personas encerradas en un espacio demasiado pequeño. Lo segundo fue el calor. La azotó en cuanto abrió la puerta. Aire sofocante con olor a sudor, cerveza y calor corporal. Lo tercero fue la absurda cantidad de mujeres robustas con tejanos feos y sombreros de cowboy.

—Dios mío —dijo—. Tiene que haber por lo menos cincuenta.

Tom estaba consternado. Se había quedado en el umbral detrás de Sara, como si la estuviera usando de escudo.

—¿De dónde han salido?

—De la librería —respondió ella con voz sombría. No tenía tiempo para explicaciones. Carl la estaba llamando. No parecía demasiado contento.

Tuvieron que esquivar cuerpos hasta alcanzar la barra. Allí detrás reinaba un ajeteo de lo más efectivo. Andy servía cerveza y copas a velocidad de vértigo al tiempo que cobraba y sonreía y bromeaba con cada cliente. Parecía un Tom Cruise afeminado pero extremadamente profesional. Sara estaba convencida de que se habría puesto a hacer malabares con las botellas si el público se hubiese mostrado mínimamente receptivo. Pero la clientela tomaba Bud y whisky y no quería que nadie se pusiera a lanzar cosas al aire.

Carl estaba pegado a las baldas y al espejo de la pared. Servía las cervezas inclinado hacia adelante, manteniendo siempre el cuerpo a una distancia prudencial. Su rostro no reflejaba ninguna expresión, pero en sus ojos se adivinaba un pánico contenido. Sara pensó en decirle que cuando se inclinaba solo conseguía impresionar aún más con los bíceps y los pectorales. Pero decidió esperar.

Carl no paraba de tocar a Andy explícitamente y de llamarlo «cariño». Más de una clienta creyó que se refería a ella y esbozó una sonrisa de felicidad. Y más de una clienta consiguió agarrarle el brazo o la barriga cuando él se inclinaba para darle la bebida.

—Sara —dijo con contención—. ¿A que no te imaginas quién se pasó por aquí el otro día?

—¿Josh? —contestó ella con cierta esperanza.

—Jen.

Una mujer se abrió paso y pidió un whisky. Carl se lo puso rápidamente sin apartar la mirada de Sara. La clienta dejó una generosa propina, pero Carl no se dejó impresionar.

—¿Tienes idea de qué quería? —preguntó él.

La mujer del whisky les dio un repaso a Tom y a Sara, y él se apresuró a rodear a su amiga con el brazo.

—No —contestó Sara.

La música y las conversaciones a su alrededor eran ruidosas, pero Sara no tenía ningún problema para oír lo que le decía Carl. La gente estaba tan hacinada que tenía que pegarse a Tom y casi le parecía poder oír una risa de fondo en el cuerpo de este.

—Quería sacar una foto. Para la información turística.

—Esa mujer no tiene ni idea de publicidad —intervino Andy de pronto.

Tenía que gritar para hacerse oír desde su zona de la barra.

—Una foto de The Square no me parece tan mala idea —dijo Sara.

Casi sin darse cuenta, dejó que su brazo se deslizara por la cintura de Tom en un movimiento de lo más sutil. Al ver que él no protestaba, ella se acercó un poco más y quedó fascinada por el tacto de los músculos y la tela vaquera bajo la palma de su mano.

—¡Lo mismo dije yo! —gritó Andy.

—Lo que pasa es que no quería sacar una foto de The Square, ¿verdad? —dijo Carl acusador—. Jen pensó que una foto mía «vendería» más.

Sara oyó a la perfección las comillas de la palabra. El cuerpo de Tom tembló con una risotada y ella se permitió el lujo de fulminarlo un poco con la mirada, como si fueran una de esas parejas que se ríen juntas y se chinchán el uno al otro.

—Yo me ofrecí para salir también en la foto —explicó Andy—. Pero dijo que no creía que aquello fuera a tener el «efecto deseado».

—Se mostró extrañamente tímida cuando le preguntamos de dónde había sacado la idea —dijo Carl—. No quería atribuirse el mérito en absoluto. Dijo que todo el mérito era tuyo.

—¿Cómo no va a tener una foto mía el efecto deseado? —preguntó Andy al mismo tiempo que abría una cerveza y servía tres copas de whisky.

—Pensé que sería buena publicidad para el local —dijo Sara.

—¿Cómo no va a ser buena publicidad poner una foto mía?

Carl le pasó un papel arrugado y un poco húmedo. Era un ejemplar del boletín. Bajo una enorme foto de Carl, por no decir que de tamaño desorbitado, ponía: «El bar más amable de Iowa: siempre a su servicio».

Después seguía una tontería de texto sobre The Square en el que se explicaba que servían alcohol y algo de comida —«como la mayoría de los bares», pensó Sara— y que eran muy amables y estaban muy muy puestos en el servicio.

Jen se había superado a sí misma. Tom soltó otra carcajada.

—Te hago responsable de todas las consecuencias —le espetó Carl.

—¿Tendré comisión?

—Si me sustituyes ahora mismo te doy la mitad de mi reino y mi hijo primogénito.

—Eres gay —le recordó Sara.

—Podemos adoptar.

—No quiero hijos.

—¿Mi reino?

Ella se rio.

—Claro. Llámame reina Sara.

Hizo un ademán obligado de soltar a Tom. Él protestó apretándola más contra su cuerpo.

—No me dejes —dijo desesperado.

Ella sabía que solo era porque las mujeres que lo rodeaban daban más miedo de lo que ella podría darle jamás, pero aun así no pudo evitar apoyarse en él durante un breve instante.

Carl le suplicó con la mirada y Sara hizo un arduo esfuerzo para separarse de Tom y meterse detrás de la barra. Una mujer intentó colarse junto a ella, pero Carl se apresuró a cerrarle la puerta en las narices.

Sara se sorprendió de lo diferente que se veía todo desde aquel lado de la barra. El caluroso gentío apretujado se convirtió en una masa sin rostro que se le echaba encima en oleadas irregulares. Pero también tenía más espacio y podía observar las expresiones de la cara de los que estaban más cerca, leerles el pensamiento, adivinar sus expectativas y pegar la oreja a sus conversaciones (que ahora giraban todas en torno a Carl y a ella misma. La mayoría envidiaba la nueva posición a la que había ascendido). Tom estaba metido con calzador entre la multitud a un par de metros de Sara.

—¿Qué hago? —preguntó ella mientras miraba las botellas y las copas y el caos a su alrededor.

Había una tabla para cortar con gajos de limón, un fregadero con varias copas vacías y botellas, copas y neveras a lo largo de toda la pared. «Vale, Sara —pensó—. Ponte en marcha.»

—Abre las cervezas y sirve el whisky —dijo Andy, que le enseñó rápidamente dónde estaban las botellas—. No te preocupes por los combinados. La mayoría solo quiere cerveza y whisky. Si quieren otra cosa, nos las pasas a nosotros.

—Y hagas lo que hagas, no escatimes con el whisky —advirtió Carl—. Porque entonces le prenderán fuego a todo el bar.

Sara se rio.

—Oiga, señorita —la llamó una de las mujeres—. Dos cervezas y dos whiskys. Y rápido. Estoy seca.

Sara tardó tres veces más que Andy o Carl en servir el whisky. Cobrar le parecía más fácil; en eso por lo menos tenía práctica gracias a la librería. Contó el cambio y se lo dio a la mujer, que se lo guardó todo. Por el contrario, la mujer a la que estaba sirviendo Carl dejó la vuelta en el mostrador. La presencia de Sara reduciría los ingresos notablemente.

Tres horas más tarde estaba cansada, acalorada y empapada en sudor. Y Tom se había ido sin que ella se diera cuenta.

—Gracias, Dios mío, por que se haya terminado —murmuró Carl.

Encendió las lámparas del techo y observó aliviado que la mayoría de la clientela estaba poniéndose de pie para marcharse. A su paso dejaron una estela de botellas vacías, copas volcadas, servilletas arrugadas y cuencos medio llenos de cacahuets.

Carl les puso un whisky a cada uno y Sara se desplomó sobre uno de los taburetes al otro lado de la barra para descansar un poco los pies.

—Gracias por esta noche —dijo Carl, un comentario de lo más generoso procediendo de él.

—Perdón —se disculpó ella.

—¿Creéis que decían en serio lo de volver? —preguntó Andy.

—Eso me ha parecido —contestó Carl mientras daba una vuelta por la sala para recoger copas medio vacías y servilletas sucias.

—Sobre todo si organizáis ese baile en el que insistían —dijo Sara.

Enseguida se bajaría del taburete y se pondría a echarles una mano, pero primero quería darle un trago al whisky y masajearse un poco los pies con disimulo.

—Yo no bailaré —dijo Carl.

—Yo bailaré encantado —repuso Andy. Parecía inagotable. Luego añadió, con más entusiasmo todavía—: ¡Un baile!

—No tenemos personal suficiente —observó Carl.

—Sara puede ayudarnos.

—No tenemos dinero para contratar a nadie.

—¿Qué tal Josh? —propuso Sara—. Seguro que se anima a echar un cable sin cobrar demasiado.

—Un baile —dijo Jen.

—¿Un baile? —repitió Caroline.

Volvían a estar reunidas en la librería, pero como Caroline estaba allí, Grace no se había presentado. Sara estaba detrás del mostrador intentando leer, Caroline estaba al otro lado haciendo que le fuera imposible y Jen se había acomodado en uno de los sillones.

—Eso solo lo llenará todo de borrachos e inmoralidad —dijo Caroline.

—Puedo escribir sobre ello en el boletín —sugirió Jen. Caroline la fulminó con la mirada—. Sobre lo del baile, quiero decir —aclaró.

—Indecoroso —continuó Caroline, aunque sin su mordacidad habitual. Había un atisbo de exaltación en sus ojos. Sara se esforzó por no mirarla.

—A lo mejor... —intervino la joven con tono inocente—. A lo mejor podemos combinarlo con un mercadillo. Para la iglesia. Una jornada para toda la familia. Y por la tarde, un baile organizado y limpio en The Square.

Sara estaba bastante segura de que organizado y limpio distaba mucho de ser lo que Andy tenía en mente, pero pensó que sería mejor no comentarlo delante de Caroline.

—A la iglesia le iría bien el dinero —reconoció Caroline.

Josh fue a la librería dos días más tarde. Por el camino se cruzó con Caroline, que pasó a su lado con una bonita bufanda y unas gafas de sol grandes y negras. La miró con admiración. «Una mujer con estilo», parecía estar pensando.

—Me han llamado de The Square —dijo—. Me han preguntado si quería trabajar

para ellos. Me han dicho que me pagarían en especie.

A Sara se le atragantó el café.

—Vale, me encantaría cobrarles en especie. Pero lo que me dijeron es que me darían las propinas. Por lo visto el público es principalmente femenino. Pero generoso. —Cerró y abrió los puños—. También sé conquistar a las mujeres —aclaró.

—Seguro que sí.

Josh miró hacia atrás.

—¿Quién era la mujer que acaba de salir?

Sara miró hacia la calle.

—Ah, era... Nunca revelo el nombre de mis clientes.

«Tengo que aprender a mentir», pensó.

Josh titubeó en el umbral.

—Gracias, Sara —dijo.

Cuando Caroline reconoció que la iglesia necesitaba el dinero, la idea comenzó a coger velocidad. Todos estaban tan emocionados con los preparativos que nadie había reaccionado con la facilidad con la que Caroline había cedido. Nadie se percató tampoco de que estaba más agotada que de costumbre.

Pero Caroline estaba afectada. Y todo había comenzado con la erótica gay.

Caroline vs. libros: 0-3

Eran más de las once, pero Caroline seguía despierta. No podía dormir. Miraba el libro fijamente y este la observaba a ella con la misma firmeza.

«Tócame», le decía.

«Léeme.»

«Tómame.»

Odiaba el maldito libro.

Caroline se había enterado de la importación de pecados a su pequeña ciudad, y aquello explicaba que en aquel instante estuviera sentada en el salón de su casa contemplando un libro.

Obviamente, tenía todo el derecho a alterarse. Que Broken Wheel vendiera pornografía homosexual era algo impensable. La mera palabra resultaba impensable.

Aunque en esos momentos Broken Wheel solo contara con una iglesia y un pastor que dejaba mucho que desear, mientras ella, Caroline, estuviera presente, semejante provocación contra la dignidad y la rectitud no tendría continuidad. Por lo menos no sin que ella hubiera hecho cuanto estuviese en sus manos para evitarlo.

«Además, necesitas una lucha, Caroline», se dijo a sí misma.

Ella era una mujer honesta. Había empezado a acomodarse demasiado. Hacía demasiado tiempo que no conseguía algo. Acomodada y demasiado cagona.

Le costaba imaginarse que Sara fuera a suponerle un desafío importante. Aquella joven siempre se encorvaba de forma irritante cada vez que ella se le acercaba. Era amable, eso sí, pero estaba claro que no era cristiana de la misma forma que los iowanos.

Europea. Aquello podía servirle de excusa para varias cosas, pero no para la importación de porno gay a su fina y honorable ciudad.

Caroline entró en la librería preparada para la batalla.

Y Sara se encogió detrás del mostrador, tal como la mujer había supuesto que haría.

—Sara —dijo en un tono que no auguraba nada bueno.

—¿Caroline?

—Estás vendiendo *porno*. —Ella era una mujer que iba directa al grano.

Sara se enderezó. Caroline sintió cierto respeto a regañadientes. No eran muchos los que se erguían ante su mirada. Reírse a sus espaldas sí, pero no desafiarla cuando la tenían delante. Cuando se reían, primero solían asegurarse de que ella estuviera bien lejos.

Caroline había sido profesora en la escuela de Broken Wheel durante casi quince años. Había muy pocas personas en la ciudad a las que no les hubiera cantado las cuarenta en algún momento.

—En absoluto —dijo Sara.

—¿*En absoluto*? —repitió ella como un eco. Cuando se ponía nerviosa se agudizaba su tendencia a hablar en cursiva—. *Yo misma* veo la balda desde aquí. La has *marcado*. Y encima *te atreves* a decir que no lo haces. Independientemente de las carencias que tengas —Caroline lo dijo de una manera que sugería que Sara tenía unas cuantas—, nunca pensé que la deshonestidad fuera una de ellas.

—Erótica, no pornografía.

—No me vengas con sutilezas.

Caroline la miró con fijeza.

Sara le sostuvo la mirada.

Al menos durante unos cuantos segundos, antes de apartarla.

—Es erótica. Literatura. Historias de amor y amistad. Es verdad que contienen sexo, pero, a diferencia de lo que ocurre en el *porno* —sin darse cuenta, imitó el subrayado de Caroline y la mujer respiró hondo ante una provocación tan abierta—, no es el tema principal. También los relatos heterosexuales contienen escenas de sexo.

—¿Te atreves a sugerir que no hay ninguna diferencia?

—Sí, claro —dijo Sara—. A diferencia de ti, yo los he leído.

—¿Los has *leído*?

—Sí, claro —repitió Sara—. Siempre he pensado que hay algo inmoral en juzgar los libros, o a las personas, sin darles espacio para que se expresen.

—¿Inmoral?

Caroline era consciente de que se le había puesto la cara de un color rojo intenso e indigno que no le favorecía demasiado. La conversación estaba tomando un cauce inesperado. Una idea incómoda la incordiaba. No lograba expresarla con palabras, solo la intuía en el subconsciente sin que terminara de salir a la luz.

—Sí. Antiestadounidense. Casi... anticristiano.

—¿*Anticristiano*?

La desagradable sensación se intensificó. Al final Caroline comprendió qué era lo que la estaba molestando. Tal vez Sara tuviera parte de razón. Y de alguna forma, sus palabras contenían una dosis de desafío evidente. Y ella no solía recular ante los desafíos.

—Tengo que pensar en ello —le espetó antes de dar media vuelta y salir de la librería como una locomotora.

Estaba muy muy enfadada.

El pastor vio interrumpidos sus quehaceres hortícolas cuando la sombra de Caroline cayó sobre la planta con la que estaba entretenido.

—William Christopher —dijo ella con evidente desprecio. Él sintió un escalofrío. La había tenido de profesora—. ¿No debería tener cosas más importantes que hacer que arrancar las malas hierbas el único pastor de Broken Wheel? No es digno.

William soltó un suspiro (pero en completo silencio, solo para sí) y se levantó del arriate.

—Sí —contestó, y Caroline asintió con la cabeza—. ¿En qué puedo ayudarte?

No dudaba de que más bien sería ella quien pensaba ayudarlo a él, sin duda con algo para lo que hasta aquel momento él consideraba que no necesitaba ninguna ayuda.

Pero Caroline lo sorprendió diciendo:

—Tengo una pregunta a la que le he estado dando vueltas... —Dejó que su voz se desvaneciera, como si esperase que él no fuera a decir ni una palabra al respecto.

Él aguardó.

Caroline intentaba hallar las palabras correctas, porque se mantuvo en silencio durante casi un minuto entero antes de continuar, desconcertada:

—Si te has enterado de... algo que debería estar mal, pero no lo has vivido tú mismo, aunque lo has oído de fuentes fidedignas y toda lógica señala que está mal, ¿es entonces aceptable juzgarlo sin haberlo investigado por cuenta propia?

William no la entendió en absoluto, pero reconoció que, tal como él lo veía —y aquello solo era su opinión personal—, uno nunca podía ser lo bastante cuidadoso a la hora de juzgar cosas de las que no tenía datos. O bueno, incluso a la hora de juzgar, sin más.

Caroline bufó para sí.

No juzgar algo también era juzgar, y no hacer nada también era actuar. Pero el religioso le había dado una respuesta y la mujer reconoció que William podía tener razón.

Era todo muy desagradable.

Suspiró.

—Muchas gracias —dijo, y William dio un respingo.

—De nada —balbuceó.

Una Caroline que pedía consejo y le daba las gracias. Era para ponerse nervioso.

Caroline volvió a entrar en la librería con la misma contundencia con la que había salido.

—Vale —dijo tras asegurarse de que la tienda estaba vacía—. Dame uno.

—¿Un qué?

—Un libro de esos, evidentemente. —Jamás lograría verbalizar que quería comprar porno gay—. Soy una mujer justa —afirmó con altivez—. Como muy bien has señalado tú, no es correcto juzgar a alguien sin haberlo escuchado. O leído, en este caso. Así que dame uno. —Y luego añadió en tono fatalista—: Después oirás lo que tenga que decir.

Sara la miró con fijeza, pero al ver que Caroline no daba ninguna señal de cambiar de opinión, se acercó con cuidado a la balda de erótica gay, cogió un libro y, por suerte, lo metió en una funda.

Caroline asintió con la cabeza y pagó sin hacer ningún comentario más.

Pero una vez que llegó a casa, no supo qué hacer con él.

En la tienda, con la tensión del momento, quizá hubiera estado de acuerdo en que era anticristiano juzgar un libro sin haberlo leído, pero cuando se encontró sola en su hogar ya no se sintió tan segura.

Le entraron sudores fríos al pensar que *ella* tenía un libro *de esos* en su casa.

Se acercaba a él una y otra vez. Primero para asegurarse de que la imagen de la portada no se veía a través de la funda. Después para meterlo debajo de una pila de revistas y asegurarse así de que lo tenía todo controlado. Luego para comprobar que el título del lomo no pudiera leerse a través del papel. Después para cambiarlo de sitio y esconderlo detrás del cuadro bordado de su mesita de noche por si alguien se pasaba por allí y se le ocurría coger las revistas del pasillo para hojearlas. Se le puso la piel de gallina al imaginarlo.

Y cada vez que cedía ante el impulso de tocar el libro, él se hacía más fuerte. Una vocecilla dulce y seductora le hablaba: «¿De verdad deberías juzgarlo sin haberlo leído?», le recordaba, y luego: «¿Qué peligro puede haber en leer un capitulito después de una vida larga y consagrada?».

El libro parecía mirarla con ojos propios. Hacía mucho tiempo que nadie conseguía que se sintiese mal. Y nadie había logrado sostenerle la mirada desde hacía más de veinte años. Aun así, aquel libro hacía que se doblgara y que desviara la suya.

Allí estaba, metido en la funda con los hermosos y relajantes robles. Librería El Roble, ponía en letras del mismo color amarillo cálido que las hojas de otoño del dibujo. Pero por debajo le parecía intuir la silueta de dos hombres semidesnudos que se fundían en un abrazo. La imagen traspasaba el papel con la misma intensidad con la que brillaban las luces de neón de las zonas más indecorosas de las grandes ciudades.

«¡Guarrerías! ¡Guarrerías! ¡Guarrerías!», parecía gritarle al mundo.

Pero a nadie se le ocurriría pensar que ella quería leerlo, ¿no? Sin embargo, también resultaba sospechoso tenerlo en su dormitorio. Escondido a conciencia y con esmero. A lo mejor debería tenerlo fuera, abiertamente expuesto. «Mira lo que venden en la librería», le diría alterada a Jen cuando se pasara.

Había dado dos pasos en dirección al dormitorio cuando se detuvo. Santo cielo, ¿en qué estaba pensando? ¿Dejar un libro con dos hombres prácticamente desnudos en medio del pasillo y contárselo a Jen? Aquello sí que le daría que hablar.

El libro se quedaría donde estaba.

Con su presencia al lado dormía mal por las noches. Y, cada noche que pasaba, el poder que el libro tenía sobre ella parecía intensificarse. Con la falta de sueño, Caroline empezó a sufrir espasmos y problemas de concentración, así que deambulaba inquieta por la casa de una manera claramente inapropiada para una

mujer de su edad.

Decidió leer un capítulo, solo con motivo de análisis. Habría jurado que el libro se rio de ella cuando al final lo sacó de la funda.

—Si los otros libros son igual de impertinentes que tú, no me extraña que la gente os haya quemado en la hoguera durante siglos —lo sermoneó, y lo cierto fue que logró que se callara.

Sonrió satisfecha.

Hizo de tripas corazón y abrió el libro. «Quince años como profesora —se recordó a sí misma—. No hay nada que me asuste.»

Empezó a leer.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 19 de enero de 2011

Querida Sara:

Tom nunca ha sido especialmente bueno a la hora de recibir ayuda o de reconocer que la necesita. Escribo esto con amor, naturalmente. A veces pienso que está bastante solo, pero es algo que él siempre negará. Es más, creo que incluso se atrevería a afirmar que no necesita a nadie. Ni nada. Si le dijera que necesita oxígeno, él negaría con la cabeza, sonreiría y me diría que no me preocupara por él. «Me las arreglo», diría, y es posible que incluso se creyera que es la única persona del mundo que no necesita respirar. La línea que separa la independencia de la estupidez es extremadamente fina, si quieres saber mi opinión.

La noche que Andy se peleó con su padre y se mudó a Denver la pasó en mi casa. Por aquel entonces yo ya era viuda, así que no tuve que darle explicaciones a mi marido. Nunca conté que había dormido en mi casa ni que el billete de autocar y las dos primeras semanas de alojamiento los pagó con mi dinero. Se fue hasta Denver porque quería salir del estado, no solo de Broken Wheel. No sé si llegó a perdonar a su padre, pero en aquel momento crucé los dedos para que la distancia se lo pusiera más fácil.

No quiero que pienses que Andy aceptó mi dinero sin más. Es igual de orgulloso que Tom y Claire. Lo que pasa es que su orgullo es distinto. En aquel momento creo que él necesitaba sentir que había personas que se preocupaban por si tenía un techo bajo el que dormir o no. Pero más o menos un mes después de habernos dejado me llegó un paquete. En él venía todo el dinero que le había dado y una postal con un hombre muy ligero de ropa. Yo no quería que me devolviese el dinero, pero le agradecí la postal. Fue una señal de que todavía sabía reírse de la vida.

Con cariño,

Amy

Sueños con inflación

Una vez que la librería ya llevaba abierta dos semanas, Sara empezó a disfrutar de los días en ella, pero era un disfrute cargado de melancolía. Comenzó a dejar la puerta entreabierta para que el olor de la humedad otoñal se mezclara con el aroma de los libros. Siempre había opinado que el aire del otoño y los libros combinaban bien, que de alguna forma ambos encajaban perfectamente con mantas, sillones cómodos y grandes tazas de café o té, y nunca lo había sentido con tanta claridad como allí, en su propia librería.

Suya y de Amy. Aquello era lo que le resultaba tan melancólico. Cada dos por tres se le ocurrían cosas que debería haberle consultado a Amy. Se habían carteadado durante casi dos años, y aun así había olvidado preguntarle muchas cosas. ¿Qué diantre se había dedicado a escribirle en sus cartas?

—¿Tú crees que pueden tirarse los libros? —le preguntó a Amy rompiendo el silencio de la tienda.

Intentaba no hablar con ella cuando había clientes, pero en aquel momento, en vísperas del mercado, la gente de Broken Wheel parecía tener mejores cosas que hacer que pasarse por la librería.

Sara estaba preparando una nueva balda. Se inclinó por titularla «Encuentro con los autores» y decidió encargarse unas cuantas biografías de escritores más. De momento había puesto tres en el estante, pero también podría añadir libros que trataran sobre libros, y Helene Hanff era la razón de que estuviera preguntándose qué opinaría Amy sobre tirar los libros a la basura.

Acababa de colocar *84, Charing Cross Road*, que debía de ser uno de los libros sobre libros más encantadores que jamás se hubieran escrito, incluso después de publicarse *La sociedad literaria y el pastel de piel de patata de Guernsey*. En Suecia, la desenfadada relación epistolar de la norteamericana Helene Hanff con un anticuario británico de lo más correcto había contado con una segunda edición a la que habían puesto por título *Cartas a una librería*, completada por una continuación casi igual de fantástica, *La Duquesa de Bloomsbury Street*, que trataba sobre cuando Helene Hanff por fin llegó a su Inglaterra.

La señorita Hanff era incapaz de entender a las personas que no tiraban los libros. Para ella no había nada menos sagrado que un libro malo o mediocre, pero ahí Sara no podía estar de acuerdo con ella.

No dejaban de ser libros.

Sara los revendía o los regalaba, pero no podía tirarlos. Ni siquiera cuando eran tan malos que se planteaba si era moralmente defendible hacer que pasaran a las manos de un lector nuevo e inocente. Se preguntaba qué habría opinado Amy al respecto.

En lo referido a las biografías de autores, Amy contaba con una de Jane Austen, otra de Charlotte Brontë y una novela que trataba de la vida de las hermanas Brontë.

El sabor de las penas. Muy acertado. Sara suspiró. De momento, su balda de autores estaba muy desnutrida.

—¿Tú qué crees, que uno se vuelve más feliz o más infeliz cuando escribe libros? —preguntó cuando colocó la biografía de Jane Austen en su sitio.

Le gustaba pensar que los autores incrementaban su felicidad. Siempre había deseado que, a pesar de todo, Jane hubiese podido alzar la mirada, echar un vistazo a su alrededor y pensar: «Yo puedo crear un mundo mejor que este», o: «Tú eres insoportablemente aburrido y tal vez no pueda decir nada al respecto sin ser descortés, pero vas a resultar magnífico en mi próximo libro. Necesito otro pastor ridículo». Pero Sara no dejaba de preguntarse cómo sería no poder soñar despierta con el señor Fitzwilliam Darcy (¿de dónde habría sacado ese nombre de pila? Uno de los grandes enigmas sin resolver de la historia de la literatura) porque lo había creado una misma.

Había leído *Orgullo y prejuicio* por primera vez cuando tenía catorce años, y durante mucho tiempo casi le estropeó el resto de las obras de Jane Austen o, bueno, los demás libros en general, por no hablar de los hombres reales. Era un mundo tan perfectamente ordenado que había sido decepcionante tener que salir de él. La mujer con más carácter se quedaba con el hombre más rico e interesante, y la siguiente con más carácter con el siguiente más rico, y así sucesivamente. Después de aquella experiencia lectora, Edward Ferrars ya no era lo bastante rico y, además —cosa que Sara no podía dejar de pensar, a pesar de que ella no era la más indicada para juzgar a nadie—, le parecía un poco gallina. Y *Mansfield Park* estaba escrito con una pluma embriagadoramente afilada, pero a Sara le costaba perdonar a Edmund Bertram por no caer rendido ante Fanny Price hasta que ya era demasiado tarde, y entonces hacerlo de una manera vaga y distraída. Ahora sabía apreciarlos todos, y consideraba que *Persuasión*, con su leve nostalgia, era casi tan buena como *Orgullo y prejuicio*, pero había necesitado años de entrenamiento. A decir verdad, Sara ni siquiera tenía la sensatez suficiente para sentirse alterada por *Sanditon*, la última obra de Jane Austen, inacabada, sino que había disfrutado en secreto tanto con las primeras cincuenta páginas, escritas por la propia Jane, como con el resto del libro, que era una locura y había sido redactado de una forma no demasiado verosímil por «Otra señorita».

—¿Crees que aun así Jane había dejado de soñar, a aquellas alturas? —le preguntó a Amy.

Amy no contestó, y Sara cogió la novela sobre las hermanas Brontë. Decidió no leerla. Le resultaba demasiado deprimente pensar en ellas. El gran sueño de Charlotte Brontë era tener una casa junto al agua donde pudiera vivir con sus hermanas y su hermano, y quizá seguir escribiendo. A ser posible, sin tener que ejercer también de profesora y llevar una escuela en la casa, si bien esto último no era un requisito indispensable.

Aquello era todo, y como sueño también quedaba fuera de su alcance. Casi se le antojaba ridículo pensar en él.

A Sara le parecía que en la actualidad todo el mundo soñaba con cualquier cosa. Con viajar y amar y tener una carrera profesional fantástica y una familia feliz, y todo ello siendo siempre esbelto, guapo, popular y armonioso.

—Amy —dijo—. ¿Crees que nuestros sueños tienen inflación?

—Sí —dijo una voz desde el umbral.

Sara dio un respingo, se volvió con sensación de culpa y vio a Tom allí de pie, sonriendo con picardía.

Se preguntó si habría oído la primera parte de la frase. De todos modos, si era así, estaba fingiendo lo contrario.

Llevaba un cinturón de trabajo en las caderas, y cuando Sara vio la camioneta de fuera descubrió un montón de tablones perfectamente colocados en la plataforma. Él siguió la mirada de la chica y dijo:

—Un amigo necesitaba que le echara un cable.

Pero ella respondió a su primer comentario:

—Supongo que tienes razón. Pero ¿eso nos hace más felices o más infelices?

Él se encogió de hombros.

—Nunca me ha parecido que soñar haga más feliz a nadie.

No, Sara tampoco lo creía. Pero a veces se preguntaba si, con todo, la gente no se sentiría más... viva. No pensaba que Tom fuese una persona que soñara mucho, y aquello la molestaba un poco. Sin embargo, ella tampoco había tenido nunca un sueño plausible a lo largo de toda su vida. Las demás chicas de la librería querían hacer cosas. Viajar, cuando menos. Ahorrar para las vacaciones. Tener hijos, o conocer a alguien, o renovar la cocina. Cosas reales con las que podían hacer volar la imaginación y de las que hablaban en el trabajo. Ella, en cambio, se dedicaba a leer.

Pero aquellas semanas en Broken Wheel la habían llevado a plantearse lo que había hecho en Suecia. Sus tardes y fines de semana libres no eran más que recuerdos borrosos que se confundían, faltos de elementos que los distinguieran entre sí. Aquello la asustaba y la empujaba a dudar de que en un futuro fuera a sentirse igual de feliz con solo leer libros y trabajar. Pero ¿cómo se convertía alguien en una persona que tuviera sueños y objetivos en la vida? Sara no podía evitar pensar que de alguna forma había pasado por alto el pistoletazo de salida de su vida. Durante demasiado tiempo se había limitado a deambular por ella leyendo, y mientras los demás fueron adolescentes, infelices y un poco penosos, no le había supuesto ningún problema, pero de repente todos se habían hecho adultos a su alrededor, y ella... Ella había seguido leyendo.

Hasta aquel momento. Sí, seguía leyendo un montón, pero tenía cosas a su alrededor. La gente hablaba con ella. A veces incluso la buscaban expresamente, y en varias ocasiones se había descubierto a sí misma no mostrando ningún reparo en abandonar el libro que tenía en las manos. «Puedo seguir leyendo más tarde», solía pensar, y para ella aquella era una sensación nueva y extraña.

—¿Te pongo un café? —le preguntó—. Acabo de hacer.

Él asintió de forma casi imperceptible con la cabeza, como si no hubiese pensado hacerlo y hubiera cedido contra su propia voluntad.

Sara había llevado unas cuantas tazas de verdad a la librería, así que sirvió dos y el olor a café inundó el local.

—¿Tú crees que Amy era una persona soñadora?

Tom se sentó en uno de los sillones y ella hizo lo propio en el de al lado, con las piernas recogidas para poder apoyarse en el reposabrazos y mirarlo a la cara.

—No —contestó Tom, pero titubeó—. La verdad es que no lo sé.

Sara asintió en silencio.

—Hay tantas cosas que no pude preguntarle... —añadió.

Él la sorprendió con la pregunta:

—¿Y tú? ¿Con qué sueñas? —Lo dijo casi con ironía, pero había un dejo de seriedad en su forma de preguntarlo, como si la ironía fuera más bien una manera de disculparse ante sí mismo por haberse molestado en interesarse.

—Yo no sueño —respondió ella enseguida, y le dio un trago al café para no tener que agregar nada más.

—¿Qué vas a hacer cuando vuelvas a casa?

Ella apartó la idea de su cabeza. A casa.

—¿Abrir otra librería?

Ella hizo un gesto de negación. Al menos aquello podía asegurárselo.

—Hay que saber un montón de cosas para hacerlo. Economía, por ejemplo.

Tom paseó la mirada por el local con una sonrisita en los labios.

—Supongo que puede ser de ayuda.

Y, definitivamente, se necesitaba capital.

—Tom —dijo ella—, ¿crees que John tiene algo en contra de todo esto? O sea, de la librería, quiero decir —añadió enseguida, aunque lo que realmente quería preguntar era: «¿Crees que tiene algo en mi contra?».

—¿Por qué iba a tenerlo?

—Por Amy, supongo. Es que... ni siquiera ha entrado.

—Creo que a John ya nada le importa demasiado.

Después guardaron silencio durante un rato, hasta que el joven miró el fondo de su taza vacía y dijo casi para sí:

—Creo que debería ir tirando.

Pero no hizo ademán de marcharse, y Sara no tenía nada en contra de posponer un poco más su lectura.

No sabía si era porque él parecía disfrutar del simple hecho de estar sentado a su lado o si eran las maderas que tenía en el coche y la sensación de que Tom siempre tenía que ir a hacer algún trabajito, pero algo la empujó a preguntar:

—¿Te apetece pasarte a cenar esta noche? Por casa de Amy.

A lo mejor no podía hacer nada más por él, pero un poco de comida sí que podría ponerle en un plato. Él la sorprendió con su respuesta:

—Claro. ¿Sobre las siete? Tendría que hacer algunas cosas en casa primero.

—Vale —dijo ella, y trató de dominar el pánico—. A las siete es perfecto.

Había pensado en cerrar un poco antes e ir a comprar algunas cosas a la tienda de John, pues así tendría tiempo de prepararlo todo, pero se retrasó porque Gertrude y Annie May decidieron pasarse por la tienda en una de sus rondas de adquisición. Habían empezado a ir con regularidad después de la campaña de lectura.

Al principio era evidente que Gertrude solo acompañaba a Annie May para reírse de sus elecciones. Lo primero que le dijo a Sara fue: «¡Ja! ¡Ranas! ¡Toda una sarta de mentiras!», y luego le había dado un ataque de tos que bien podría haber sido una carcajada.

Pero desde que se había enterado de que estaba permitido fumar allí dentro, Annie May había podido empezar a buscar tranquila mientras Gertrude atrapaba a Sara en una nube de humo. Iban una vez a la semana, más o menos. Annie May cambiaba sus libros y Gertrude fumaba e interrogaba a la joven sobre sus gustos literarios.

—¿Tú crees en esas cosas? ¿El romanticismo y esas patrañas?

O bien:

—¿Por qué visten tan raro? ¿Tú te acostarías con un tipejo de pelo largo y camisa de seda de color lila? ¡Lila! ¡Seda! Y ni siquiera la lleva abrochada.

Sara dejaba a Annie May cambiar libros gratis siempre y cuando le devolviera los otros. Pero habían estado allí el día anterior. La anciana se había llevado cinco Harlequin nuevos y Gertrude incluso se había animado a coger algo de la balda de «Sexo, violencia y armas».

—No me des nada romántico —le había dicho en tono amenazante, y Sara le había dado *Los hombres que no amaban a las mujeres* para asegurarse de que no había ninguna historia de amor como trama secundaria.

Gertrude fue directa al mostrador nada más entrar, a paso ligero y espasmódico y sin molestarse en encender un cigarrillo. Cuando la tuvo un poco más cerca, Sara vio que tenía unas grandes bolsas oscuras bajo los ojos y una mirada casi desesperada, angustiada.

—¡Rápido! —exclamó y se agarró al mostrador—. La segunda parte. Necesito el siguiente libro. —Pareció percatarse de su ansiedad y se apresuró a erguir la espalda. Añadió más tranquila y casi a modo de disculpa—: Me he pasado media noche despierta sin parar de leer. Hasta me he olvidado de fumar.

Annie May ponía cara de no sorprenderse con nada cuando se trataba de Gertrude, pero aun así preguntó nerviosa:

—Lo tienes, ¿verdad? La segunda parte, quiero decir.

Era como si su paz espiritual dependiera de ello, y debía de ser cierto. Las series inacabadas pueden resultar catastróficas incluso para los más allegados del lector.

Ella les sonrió con calma.

—Por supuesto —contestó—. ¿Creéis que os vendería la primera parte si no tuviese las demás?

Dio la vuelta al mostrador y fue a buscar *La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina* y *La reina en el palacio de las corrientes de aire*. En inglés todos los títulos comenzaba por *The girl...* Puede que así tuvieran un poco más de gancho, pero a Sara siempre le había parecido que «La chica del tatuaje del dragón», tal como lo habían titulado en inglés, era una traducción un poco rara de *Los hombres que no amaban a las mujeres*. Puso los libros en el mostrador delante de Gertrude.

—Será mejor que cojas los dos directamente —comentó mientras volvía a situarse detrás de la caja.

—¿Dos más? —preguntó Annie May con algo así como un estremecimiento en la voz.

—¡Coño! —dijo su amiga—. No voy a poder dormir en toda la semana.

En cuanto les cobró —Gertrude se había negado a devolverle el primer volumen como moneda de cambio—, Sara cerró la tienda. Aún no tenía ni idea de qué iba a cocinar y ya eran más de las cinco. Se apresuró a apagar todas las lámparas de la librería, cerró con llave y recorrió los pocos metros que la separaban del comercio de John.

La ferretería no había experimentado grandes cambios desde la primera vez que Sara se asomó a ella. En aquella ocasión cogió con soltura una de las viejas cestas que había junto a la puerta y se paseó por la tienda siguiendo una lista mental de la compra. No había suficientes productos como para hacer atractiva una compra improvisada, pero nunca se había molestado en pedirle a George que la llevara a alguno de los supermercados más grandes que había al otro lado de Hope. Y entonces se preguntó qué podía hacer de cena.

Durante todo el recorrido hizo cuanto pudo para no mirar a John de reojo, o por lo menos para que él no la pillara haciéndolo. El hombre se mostraba igual de distante siempre que ella entraba. No era que tuviera una actitud de rechazo, sino solo un poco... ausente. Al final, Sara se decantó por un estofado inspirado en el otoño, más que nada porque lo que abundaba en la tienda eran la carne y las hortalizas de raíz. Titubeó ante las pocas botellas de vino y cerveza que John ofrecía, pero cogió una de tinto. Si no valía para otra cosa, por lo menos podría echarlo en el sofrito.

Cuando fue a pagar, John realizó todos los movimientos necesarios, pero sin ninguna empatía y sin mirarla en ningún momento. Ella le alargó los billetes, él le devolvió el cambio y cuando Sara le dijo «Muchas gracias», el hombre la miró desconcertado, como si ya no supiera qué se esperaba que dijera.

—John —continuó entonces Sara de forma espontánea—. Lo lamento muchísimo... lo de Amy, quiero decir. Significaba mucho para mí.

Pero él se limitó a dedicarle una mirada de pánico, así que la chica se retiró a terreno más seguro, cogió la bolsa de papel con la compra y volvió a soltar un «Muchas gracias», aquella vez más apagado, antes de escabullirse por la puerta.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 22 de febrero de 2011

¡No puede ser!

Llevamos varios meses carteándonos e intercambiando libros y aún no te he enviado Dewey: un gato en la biblioteca (probablemente el libro más encantador que jamás se haya escrito sobre Iowa y, para mí, una fuente constante de orgullo patrio). Esto de vivir en un estado que ha tenido un gato de biblioteca tiene lo suyo. Así que te lo mando ahora. Esta obra tiene algo que decir, en mi opinión, sobre el significado que los libros pueden tener en una sociedad que va de rodillas, o en este caso, lo que puede significar un gato en una biblioteca.

Yo siempre he pensado que los libros poseen cierto poder de curación o, cuando menos, sirven para distraer. Tom dice que ha vuelto a ver carteles de «Se vende» en Hope. Solían abundar tanto allí como en Broken Wheel durante la primera crisis, pero supongo que esta vez aquí ya no queda nada que vender. Cómo odio esos carteles. Durante la crisis de los ochenta vi tantos que desarrollé auténtica aversión hacia ellos. Siempre se quedaban colgados. Eran de gente que se veía obligada a vender sus hogares, y luego no había nadie que los comprara, y si conseguían venderlos, nunca recuperaban lo suficiente como para saldar las deudas.

Creo que las ciudades en crisis necesitan un elemento de unión, y en Spencer fue Dewey, el gato de la biblioteca. Lo encontraron en el buzón de devolución una mañana helada de enero y lo bautizaron en honor al sistema de alfabetización Dewey. Más adelante hicieron un concurso de propuestas de nombres, pero a aquellas alturas la gente ya se había acostumbrado a llamarlo Dewey. Allí solían celebrar concursos bastante a menudo, pero pocas veces eran lo bastante interesantes para participar. Un concurso con un buen premio podía atraer hasta a

cincuenta participantes, y si el premio era realmente lujoso, como un televisor, a lo mejor hasta alcanzaban los setenta. Para el concurso de «Ponle nombre al gato» les llegaron 397 propuestas. La mayoría quería mantener el nombre de «Dewey», pero añadiendo «Readmore Books» para dignificarlo.

Dewey solía echarse la siesta en la caja de las tarjetas de préstamo, y en la caja de los impresos para la declaración de la renta, y en la caja de pañuelos de papel, y en el regazo o los maletines de visitantes. Cuando la gente empezó a pasarse por la biblioteca para buscar trabajo (sin encontrarlo nunca) en el ordenador, el gato se les subía a la falda.

Me gusta pensar que les servía de ayuda.

Un saludo,

Amy

No es una cita

No era una cita, obviamente.

Tom cruzaba los dedos para que Sara también lo entendiera así. Para ser sinceros, no estaba del todo seguro de por qué había aceptado la invitación. Tenía pensado ir a casa, ponerse un rato con el coche del hijo de Mike (o lo que iba a ser el coche del hijo de Mike, si es que algún día lo dejaban terminarlo), tal vez tomarse una cerveza y después entregar las maderas en algún momento de la tarde, cuando Pete hubiese vuelto del trabajo. De pronto cayó en la cuenta de que no sabía si aquella semana Pete tenía turno de noche, así que quizá no importara a qué hora pasase a dejárselas.

Tom se fue directo hacia casa de su amigo para quitarse aquella tarea de encima y descargó los tablones en una pila bien ordenada junto a una de las paredes.

Quizá incluso fuese mejor que Pete no estuviera en casa. Seguro que habría insistido en pagarle, y Tom no tenía la menor intención de cogerle el dinero. Todo terminaría, como siempre, con la mujer de Pete dándole más comida preparada y mermelada casera de la que él podía comer.

Cuando Tom lo conoció, Pete era ebanista, y de los sofisticados. Había montado una empresa muy próspera que a menudo recurría a Mike para que les hiciera el transporte de los muebles. Tenía una esposa hermosa y una casa lo bastante grande como para impresionar a unos cuantos en una ciudad como Broken Wheel.

Se había visto obligado a cerrar cuando, a causa de la recesión, la gente dejó de tener dinero para comprar cómodas exclusivas... o incluso casas donde meterlas. Era cierto que había ciudades más grandes ahí fuera, empresas aún más sofisticadas que apuntaban a clientes más ricos que continuaban teniendo dinero. Tom ya había visto suficiente como para saber que, por muy fuerte que fuera una crisis, siempre había personas que seguían ganando dinero. En algunas ocasiones, a pesar de la crisis; en otras, gracias a ella. También había vivido bastante como para saber que los que aún ganaban dinero normalmente no tenían ningún problema en comprar muebles exclusivos, hechos a mano, mientras el resto del país apenas tenía para pagarse un plato de comida al día.

Pero Pete no era lo bastante refinado para las empresas más lujosas ni para las ciudades mayores, así que había buscado empleo en dos hipermercados diferentes y aceptaba de buen grado todos los turnos extra que le ofrecieran. Era imposible vivir con seis dólares a la hora, por mucho que trabajara. El banco se había quedado con la casa y Pete y su esposa se habían mudado a Broken Wheel, a una cabaña apenas habitable.

Tres de los marcos de las ventanas estaban a punto de caerse, la pintura se había desconchado hacía tiempo y Tom estaba bastante seguro de que tenían goteras. Por lo menos durante las tormentas otoñales más intensas. La cabaña en sí estaba compuesta por un salón pequeño, una cocina aún más pequeña y un cuarto que hacía las veces de dormitorio, pero en el que apenas podía encajarse una cama.

Querían las maderas para arreglar el porche. Medía poco más de dos metros de largo, pero en verano les servía de habitación extra. Sin embargo, la mitad de los tablones que lo componían estaban podridos y solo se podía entrar en la casa si uno sabía dónde poner los pies. A lo mejor Tom podía sacar madera suficiente para reconvertirlo en una habitación de verdad.

Pensó en dejar una nota, pero eran casi las seis y, con cita o sin ella, necesitaba darse una ducha.

Casi había llegado al coche cuando oyó el inconfundible sonido de la puerta al abrirse, seguido del ruido de uno de los tablones al caer.

—¿Tom? —dijo la esposa de Pete, y él se obligó a sonreír antes de volverse. La mujer llevaba un vestido de algodón azul claro, calcetines de lana y un jersey de punto. Por encima de todo aquello se había puesto una de las chaquetas de Pete. Debía de ser imposible calentar la cabaña.

—Katie —dijo él, y la saludó con la mano—. Solo me había pasado para dejaros las maderas.

Ella echó un vistazo a la pila de tablones que descansaba junto a la pared.

—Y ¿Pete y tú ya os habéis... arreglado?

—Ya lo haremos luego. —Rezó por dentro para que la mujer lo tomara como que ya le pagarían más adelante y que, por tanto, no hacía falta endosarle ningún comestible.

Pero Katie seguía mirándolo con inseguridad.

—No sé... Pete contaba con estar en casa cuando te pasaras.

—Me ha surgido un cambio de planes. Me paso por aquí otro día de esta semana.

—Bueno... Pero espera un segundo, ¿quieres?

La mujer se metió en la casa y Tom tuvo que reprimir el impulso de huir. «Que no sea compota de manzana», pensó. Ya tenía una balda llena de tarros en su cocina. Y aún no se le había ocurrido qué plato de los que solía cocinar podía pegar con la compota.

La cabaña contaba con un poco de terreno y la mujer de Pete dedicaba la mayor parte de su tiempo a cultivar un huerto que les diera algo de comer todas las estaciones. Cuando era temporada de algo, siempre se lo montaba de alguna manera para poder cocinar platos distintos con el mismo ingrediente, hacía conservas y regalaba mucho a los vecinos que no tenían tiempo o espacio para un huerto propio.

Tom sabía que Pete solía llevar a casa alimentos del súper cuando ya había vencido la fecha de caducidad, y cuando estaban muy mal, Katie hacía cola para conseguir cupones de descuento a espaldas de Pete. De alguna forma siempre lograban arreglárselas, y nunca se quejaban. Cuando Tom ayudaba a cualquiera de los dos, ellos lo invitaban a comer, aun cuando él sospechaba que la pareja vivía con solo un plato al día.

Katie salió de nuevo con un tarro en la mano.

—Toma —dijo ella—. Un poco de compota de manzana.

Él asintió en silencio.

—Muchas gracias. —Luego le sonrió y mintió sin titubear—: Acabo de terminarme el tarro que me diste la última vez.

Y ella le devolvió la sonrisa, aliviada por poder haberle dado algo.

Cuando llegó a casa, eran casi las seis y media, pero aun así se dio una ducha. Mientras el agua caliente le masajeaba los hombros y la espalda, notó que las tensiones del día y de la vida iban disipándose. Se tomó su tiempo, cerró los ojos y puso la cara bajo el chorro. Era su momento preferido del día, el único rato en el que realmente se permitía relajarse.

Sonrió para sí. La ducha y cuando se pasaba por una librería prácticamente vacía.

No era una cita, obviamente.

Sara cruzaba los dedos para que Tom no se hubiese pensado que sí lo era. No era más que una cena entre amigos.

Lo cual no facilitaba las cosas, porque se le daba igual de mal preparar una cena para amigos que tener una cita.

Al llegar a casa había colocado toda la compra sobre la encimera, había sacado una de las grandes ollas de hierro de Amy y se había quedado allí de pie. ¿Era mejor empezar por la comida, para que estuviera lista cuando él llegara? ¿O era más importante que ella ya estuviese duchada cuando Tom se presentara?

Probó con todo a la vez y doró los trozos de carne junto con la cebolla, antes de añadir agua y unas pastillas de caldo. Lo dejó hirviendo a fuego lento mientras se arreglaba. El agua de la ducha seguía sin pasar de tibia y las tuberías todavía emitían ruidos preocupantes. Rezó para que el calentador no dejara de funcionar. Aún conservaba casi todo el dinero, pero prefería no tener que invertirlo en un calentador nuevo, y además no tenía la menor idea de cómo se cambiaba. Sonrió para sí al imaginarse la cara de Tom si le pedía ayuda para hacerlo.

Aunque, a decir verdad, seguramente solo se encogería de hombros y se pasaría un día después del trabajo para arreglarlo.

Se lavó el pelo a toda prisa y salió de la ducha antes de coger frío. Se preguntó si no debería ponerse algo más elegante, pero al final se contentó con unos vaqueros y una blusa de algodón. Titubeó ante las cuatro cosas de maquillaje que se había llevado, pero al final decidió que un poco de rímel no podía hacer ningún daño.

Así, entre amigos.

En la cocina, la carne, la cebolla y el caldo se habían cocido bien, así que añadió la patata, la zanahoria y un poco de tomillo.

Mientras el guiso continuaba hirviendo, Sara aprovechó para fregar dos de los platos más bonitos que había en el armario —porcelana fina, casi de color crema, con una línea de delicadas rosas en el borde— y dos copas de vino que parecían llevar mucho tiempo sin usarse.

Se sirvió una copa, más que nada para sentirse adulta y casi normal mientras

estaba allí de pie, en la cocina, esperando a un amigo con una olla al fuego y una copa de tinto al lado.

Hacía una tarde tan bonita que no pudo resistirse a dar una vuelta por el jardín. Lo único que quedaba por hacer era cortar algunas verduras para la ensalada, pero aquello podía esperar hasta que llegara Tom.

Se puso las botas de goma que siempre estaban en la cocina, salió y dejó la puerta abierta. La luz que salía por las ventanas y la puerta iluminaban el suelo hasta un par de metros por delante de donde estaba Sara, y a partir de ahí las sombras se extendían de forma gradual por la hierba.

Todavía no había oscurecido del todo, pero sí lo suficiente como para que el jardín pareciera frío y abandonado frente al calor de la casa. Por mera curiosidad se acercó al viejo patatal y se puso en cuclillas, hurgó en la tierra y tiró del tallo de una planta. Sacó cinco patatitas que estaban unidas por una fina red de hilos terrosos.

Las cepilló un poco y las acercó a la casa, aunque no llegó a entrar. Olía a tierra fría y hojas húmedas, un aroma tan intenso que casi podía notar el sabor del otoño cuando inspiraba. Había una viveza característica en el frescor del aire cuando una se había pasado el día entero encerrada entre cuatro paredes.

En Suecia Sara nunca se había molestado en cultivar nada. Lo cierto era que ni siquiera había tenido una planta de maceta. Pero en aquel momento se preguntó cómo sería limpiar el jardín y devolverle parte de su utilidad pasada.

Justo estaba empezando a tener un poco de frío cuando vio una chaqueta que aparecía como por arte de magia en su campo de visión.

Sara sonrió y alzó las manos con las patatas para mostrar que no podía ponérsela ella sola, así que Tom se la echó por los hombros.

—He llamado a la puerta —dijo él—. Pero como no me abría nadie, he entrado. Es lo que solía hacer cuando venía aquí.

Ella agradeció haberse encontrado allí fuera. Necesitaba un poco de tiempo para hacerse a la idea de que Tom estaba en la casa.

—He traído una botella de vino —añadió él—. La he dejado en la cocina.

Sara miró dentro y vio una botella al lado de la que ya estaba abierta, exactamente la misma. Sonrió.

—John no tiene mucho donde elegir. Ese suele estar bien.

Cuando volvieron a entrar a la luz, Sara vio que Tom todavía llevaba el pelo húmedo tras haberse duchado y percibió su aroma como una presencia extra en la cocina.

Se lo veía como en su casa. Se sirvió una copa y llenó la de Sara antes de percatarse de que ella seguía en el umbral de la puerta con la chaqueta de Amy en los hombros y las patatitas en las manos. Él alargó una mano y ella se las pasó.

—Espero que esta no sea toda la cena —dijo, y dejó las patatas en el fregadero.

Sara se rio y señaló la olla con la barbilla.

—Quería hacer algo estadounidense —reconoció, y después cogió la copa que

Tom le ofrecía.

—¿Estofado de carne?

—No se me ocurría nada. Hace unos días caí en la cuenta de que casi no he probado ningún plato del país, aunque llevo aquí varias semanas.

Él soltó una risotada.

—Y ¿cómo sigues viva, si has estado evitando nuestra comida?

—Ya me entiendes. Comida estadounidense de verdad. Los clásicos.

No tenía ninguna prisa. El estofado seguía reduciendo. Sara tomó asiento en una de las sillas y se quedó fascinada por lo acogedora que le parecía la cocina en aquel instante, incluidas las desgastadas puertas amarillo pálido de los armarios. Tom miró de reojo las verduras para la ensalada, pero no se molestó en ponerse a trocearlas. Dio un sorbo de vino y miró a Sara.

—Bueno, y ¿qué has cocinado hasta la fecha?

—*Mac and cheese* —respondió ella—. Pero la verdad es que solo sabía a... Bueno, pasta con queso. Si te soy sincera, fue un poco decepcionante.

—Entonces es que no los hiciste bien.

—Incluso les puse bacon.

—¿Bacon? —Tom negó con la cabeza—. Blasfemia.

—Pero... encontré una receta que llevaba bacon. —Más de una, en realidad.

—No te preocupes, estoy seguro de que siguen contando como *mac and cheese*.

—Pero ¿está mal?

—Sin duda. Yo de ti no le contaría a nadie lo del bacon. Es antiestadounidense.

Ella se rio.

—El bacon no puede ser antiestadounidense. Se lo ponéis a todo.

—Supongo que hay tantas recetas de *mac and cheese* como madres. Mi padre aseguraba que la salchicha era el único añadido correcto. Pero el verdadero secreto está en el queso. Tiene que ser *cheddar*.

—Ah —dijo Sara.

Se mostró escéptica. Aquello no le parecía más exótico que unos meros macarrones con queso fundido. Se levantó y se puso a pelar las patatas del huerto al lado de Tom, las partió en trozos aún más pequeños y las echó en la olla.

—¿Qué más has intentado?

—Había pensado en hacer perritos de maíz esta noche —contestó, y sonrió cuando a Tom se le atragantó el vino.

—Perritos de maíz y *mac and cheese* —dijo—. Pedazo de noche.

—Dejando al margen que no sé cómo se preparan exactamente. De hecho, ¿pueden hacerse en casa?

—Desde luego —respondió Tom—. Quien se anime. También pueden comprarse congelados y calentarse en el microondas, pero no te lo recomiendo.

—Mejor, porque no tengo micro.

Él miró a su alrededor como si no hubiera reparado nunca en ello.

—Sloppy Joes —continuó Sara—. Aunque ni siquiera sé lo que es.

—Ah, una especialidad de Iowa. Inventada por Sloppy Joe en Sioux City.

—Tendré que seguir buscando en Google —comentó ella con tono lúgubre.

Encontrar recetas le había resultado más difícil de lo que se esperaba. El primer problema era que no sabía qué significaban la mitad de los ingredientes. El segundo, que tampoco controlaba las medidas. Y luego que había todo un abanico de variaciones. Nadie parecía dispuesto a preparar un plato estadounidense igual que otra persona.

—Tendré que llevarte a dar un paseo gastronómico algún día —propuso él, pero ella supo que Tom se había arrepentido antes de terminar la frase.

Esbozó media sonrisa y negó con la cabeza para tranquilizarlo. No lo atosigaría con la invitación.

Pero el ambiente desenfadado acababa de perder fuerza. Cuando Tom no sonreía, su cara tenía un aspecto cansado, exhausto. Las cuencas de los ojos se le habían hundido y estaba más pálido que al mediodía. Sara sospechaba que aquella era su apariencia habitual cuando estaba solo, cuando no se ponía a la altura de las expectativas de los demás.

—Tom —dijo—, ¿tú libras alguna vez?

—Estoy librando ahora —contestó él extrañado.

—No, quiero decir... ¿desconectas? ¿Haces cosas como dormir la mañana, quedarte en la cama con un libro o pasearte todo el día en pijama?

—No uso pijama —aclaró él, y durante un instante Sara no pudo pensar en otra cosa que no fuese su cuerpo desnudo, caliente y pesado por el sueño en una tarde soleada de verano... Apartó la imagen de su cabeza y volvió a centrarse en el estofado y en poner la mesa.

»¿Para qué quiero un libro? —Sus ojos brillaron de aquella devastadora manera que a Sara le recordaba el modo en que Amy le había descrito a su sobrino. No terminaba de ser una risa, pero casi—. Si me obligas a leer uno es difícil que me relaje.

—Y ¿café en la cama? —dijo ella, y a continuación deseó no seguir proponiendo escenas de él en un dormitorio—. Tirarte en el sofá a ver la tele —sugirió por cambiar—. Ya sabes... holgazanear un poco.

Él se encogió de hombros.

—A veces —contestó, pero Sara sospechó que hacía mucho tiempo que no se permitía un momento de aquel tipo.

Tom giró un poco el cuerpo y comenzó a trocear los ingredientes para la ensalada; Sara se acercó a los fogones para ver cómo estaban las patatas y la carne. Les daría unos minutos más. Él cortó la lechuga e improvisó un aliño mientras la anfitriona ponía la mesa. Era lo bastante grande como para cuatro o cinco comensales, y lo bastante pequeña como para que siguiera siendo acogedora aunque solo fuesen dos.

Mientras, fueron contándose cómo habían pasado el día, como si fueran amigos

de toda la vida que cenaban juntos con total naturalidad. Sara se percató de que ni siquiera estaba nerviosa. Le contó la anécdota de Gertrude y Stieg Larsson, y él le habló de su amigo Pete y la compota de manzana. Hasta aquel momento Sara no se había dado cuenta de que había un tarro en la encimera, junto a las botellas de vino. Él se rio.

—Un regalo.

Después de cenar se encargaron de los platos a cuatro manos. Ella fregaba y él secaba, todo sumidos en un agradable silencio. Lo único que se oía era el tintineo de algún cubierto de vez en cuando, y el de alguna ráfaga de aire que azotaba los árboles de fuera. No era una velada mágica, y Sara sabía que, probablemente, no significase nada para él. Pero para ella... Para ella era una noche en la que había bromeado, se había reído y se había relajado con un hombre, una noche en la que, de alguna forma, había estado... viva.

Simplemente, viva.

Unos meses atrás le habría parecido impensable. Sonrió al imaginarse lo que habrían dicho las chicas de la librería si les hubiera contado que ella, ¡jella!, había invitado a un yanqui guaperas a cenar.

Rio para sí. O que se había metido tras la barra de un bar para ayudar a otro aún más guapo. Si la librería no hubiese cerrado, les habría enviado una postal con una foto de Carl.

Tom la miró con las cejas arqueadas y ella negó con la cabeza sin quitarse la sonrisa de los labios.

Luego se volvió hacia él con un plato a medio fregar en la mano.

—¿Amy y John estuvieron... juntos alguna vez?

Él se rio.

—¿Te refieres a que si se acostaron?

—No... Sí. Puede.

—No tengo ni idea. Pero nunca se lo he preguntado a ninguno de los dos.

—Pero... ¿Estaban, bueno... enamorados?

—Sí.

—¿Desde el principio?

—Diría que sí.

Sara no pudo evitar sentirse algo decepcionada con Amy. Terminó de fregar el plato con más ímpetu que el estrictamente necesario, hasta que Tom alargó el brazo y se lo quitó con cuidado de las manos, lo enjuagó y lo secó.

—Cuando se conocieron, la situación no era la más idónea para que un hombre negro se ligara a una mujer blanca —explicó Tom—. Yo creo que John no tenía problemas aquí, no como en Alabama, y que Amy podía hacerse amiga suya, pero casarse... ¿Cómo iban siquiera a tener una cita?

—¿Y luego ella se casó? —preguntó Sara.

—Sí.

—Pero no con John.

—No.

—Me habría gustado que hubiese sido infiel —soltó ella de forma espontánea, a lo que Tom respondió con una carcajada. El joven no protestó—. Entiendo que no siempre puedes dejar a alguien, pero por lo menos puedes ver a otro a escondidas. Mira *El hombre que susurraba a los caballos*. Vale, a lo mejor ella no podía divorciarse justo cuando su hija comenzaba a recuperarse después de que le amputaran la pierna, pero ¿no podría haber ido alguna semana al año para liarse con él?

—Eh... Sí, claro —dijo Tom. Tenía las comisuras tensas.

Sara negó con la cabeza.

—Es decir, un par de semanas con Robert Redford deben de irle bien a cualquiera, ¿no crees?

Tom se rio de buena gana.

—Creo que me abstengo —respondió.

—Ya me entiendes.

Sobraba decir que el libro era igual de malo que la película. Le parecía un misterio que pudiera cogerse una misma historia y ponerle dos finales tan infelices. En el libro por lo menos terminaban juntos, pero luego él moría aplastado por una manada de caballos salvajes. En la película tenía que conformarse con un baile platónico, pero por lo menos sobrevivía. «Una moral de índole estadounidense», pensó Sara.

Volvió a lo esencial.

—Pero ¿por qué no se casaron cuando murió el marido de Amy?

—Si te soy sincero, creo que a aquellas alturas debieron de pensar que ya no hacía falta. Ya eran amigos. Creo que se querían de una manera que superaba el mero hecho de casarse. De alguna forma, John siempre parecía saber qué quería Amy, o al menos esa fue la sensación que siempre tuve cuando me hice mayor. Puede que no siempre pudiera dárselo, pero sí que sabía lo que ella quería.

Sara asintió en silencio.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste si Amy soñaba?

—Sí.

—Yo creo que sí que lo hacía. Pero no era una persona de las que consiguen realizar sus sueños en la vida. Además, era una mujer que era feliz con muy poco, y no sé qué es mejor. Nunca se quejaba.

Cuando llegó la hora de marcharse, Sara acompañó a Tom al recibidor y, por algún motivo, se quedaron allí de pie: ella apoyada contra una pared con los brazos cruzados, él apoyado sobre el hombro contra la pared de enfrente, de cara a la puerta y a punto de salir, pero sin darse la menor prisa.

—Tom —dijo ella—. ¿Tú con qué sueñas?

—Yo no sueño —contestó él.

—En serio.

—En serio te lo digo.

Sara pensó que no podía objetar nada, teniendo en cuenta la deficiencia de sus propias ambiciones. O, mejor dicho, la total ausencia de ellas.

Entonces continuó dubitativa:

—¿Nunca te cansas? De solo trabajar, quiero decir.

—Bastante a menudo. —La joven creyó ver que Tom se sorprendía al reconocerlo, pero él no hizo ademán de retirarlo ni de cambiar sus palabras.

»Pero me pregunto si no es mucho peor relajarse —prosiguió él—. El truco consiste en seguir trabajando. Cuando te paras a pensar es cuando surgen los problemas.

—Sí —admitió ella. Definitivamente, Tom estaba en lo cierto. Pero no podía estar de acuerdo en que lo mejor era seguir trabajando, no después de haber experimentado algo diferente.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 9 de marzo de 2011

Querida Sara:

La familia de John nunca llegó a encajar del todo en Broken Wheel. Su madre era una mujer formidable que se había traído a todos sus hijos. Recuerdo que siempre se movía con la fuerza de una mujer que se había acostumbrado tanto a sobrevivir a catástrofes que aborrecía la tranquilidad. Era como si no supiera qué hacer con toda aquella fuerza que poseía si no podía usarla constantemente para algo. Todos sus hijos, excepto John —un niño más y tres niñas—, compartían el mismo vigor. Vivían, recordaban y respiraban la lucha política, y una vez que estuvieron aquí, en una pequeña ciudad adormecida que ni siquiera era lo bastante interesante como para meterse en discrepancias raciales, parecían estar siempre decepcionados y un poco desorientados. Con el tiempo todos fueron mudándose a Chicago. Uno llegó a juez, otro a abogado, otro a escritor y otro a médico. Era una de esas familias.

John, en cambio, parecía merodear por Broken Wheel como si todos sus deseos se hubieran hecho realidad de pronto gracias a un milagro, y como si aún no terminara de creerse su suerte. Para él, la somnolencia de la ciudad era una especie de calma armoniosa. La primera vez que lo vi estaba sentado y totalmente inmóvil en un banco de un parque. Las hojas de los árboles se movían más que él, y eso que era un día sin viento. Cuando me vio, primero pareció sentir pánico, como si con tan solo dieciséis años la vida ya le hubiese enseñado que las personas blancas significaban amenaza, aun cuando se tratara de una escuálida quinceañera con un vestido de algodón desgastado y un pelo ralo e indomable que nunca quería quedarse en la trenza. Creo que fue entonces cuando decidí hacerme amiga suya. Pero me llevó años

convencerlo de que era posible.

Pero claro. Mira la época. Puede que John tuviera razón. Y ha habido momentos a lo largo de nuestra amistad en los que él ha sido claramente el más valiente de todos.

Con cariño,

Amy

Broken Wheel se prepara para el mercadillo

Los miembros del consejo se organizaron por equipos a la hora de planificar el mercadillo. Jen se ocupaba del *marketing*, Caroline del mercadillo en sí y Andy de la fiesta. El resto de los habitantes de Broken Wheel agachaba la cabeza, intentaba escabullirse cuando los veían por la calle y cruzaba los dedos para que todo pasara sin que les tocara trabajar demasiado. Era una actitud de lo más ingenua. En menos de una semana, la mayoría de ellos estaba implicada en el último proyecto de los apoderados de la ciudad.

George no tenía nada en contra de ayudar, aunque aún no había encontrado a nadie que le dijera qué tenía que hacer. Intentaba estar en primera línea en las reuniones, que habían pasado a celebrarse en cualquier momento y en cualquier lugar. En aquel instante acababa de encontrar a Jen y a Andy en la barra de Grace, ocupados en trazar las directrices de cara al mercadillo. Caroline no estaba allí.

—¿Cuándo lo montamos? —preguntó Jen—. Tiene que darnos tiempo a organizarlo todo y a hacer publicidad.

George se preguntó si lo consultarían con Caroline más tarde o si ella ya habría decidido una fecha sin comunicárselo aún a los otros.

—¿Dentro de un mes? —propuso Andy.

George carraspeó.

—¿Sara no habrá vuelto ya a casa?

—¡A casa! —exclamó Jen. Ni siquiera parecía haber pensado en ello.

—Creo que se marcha a finales de octubre —aventuró George con cautela.

Prefería no pensar en que Sara se iría, y, por encima de todo, lo que no quería era tener que decidir nada. Pero no podían celebrar el mercadillo después de que la chica se hubiese ido. No era justo. Jamás lo habrían hecho si no hubiese sido por ella.

Jen y Andy lo miraron con fijeza. Estaban a 21 de septiembre. Decidieron aparcar el tema de la fecha y dedicaron el resto del tiempo a discutir otras cosas, hasta que se despidieron para continuar con los preparativos cada uno por su cuenta.

George volvía a casa cuando pasó por delante del piso de Claire.

Vivían en el mismo bloque: apartamentos pequeños e impersonales en un edificio feo de una sola planta con una parcela de césped y contenedores comunitarios que a menudo estaban llenos. La gente había cogido la costumbre de tirar allí muebles rotos, neumáticos, zapatos, botellas de alcohol y otras cosas que no necesitaban. Justo entonces había un colchón con jirones de forro amarillo a su alrededor y dos zapatos desiguales. George estaba tan habituado a la basura que ya apenas reparaba en ella. Pero no pudo evitar fijarse en Claire.

Estaba apoyada en la encimera mirando al vacío por la ventana de la cocina. Casi lo estaba mirando a él, y aun así George intuía que ni siquiera lo veía. Al cabo de unos segundos, ella bajó la mirada hacia el fregadero con una expresión tan exhausta y rendida que George no se sintió capaz de pasar de largo sin más.

Se acercó a la puerta del piso, titubeó unos segundos y llamó con los nudillos.

Claire tenía un aspecto algo mejor cuando abrió. Al menos logró esbozar una discreta sonrisa. «Como si se hubiera puesto su máscara de costumbre», pensó George, y de alguna forma perdió el hilo de sus propias intenciones. Le costaba imaginar que alguien como ella necesitara la ayuda de alguien como él. Pero ya era demasiado tarde. Claire ya había abierto la puerta y lo había hecho pasar al recibidor. La mujer tuvo que apartar con el pie dos pares de zapatos que había en mitad de la habitación.

—Disculpa el desorden —dijo, e hizo una mueca—. Dios, me he convertido en una persona que pide disculpas porque está desordenado.

Él no dijo nada, se limitó a seguirla hasta la cocina, donde ella sirvió dos cafés que se tomaron de pie, él apoyado en la nevera y ella en el fregadero, quizá para no tener que mirar los platos sucios.

George no había podido evitar fijarse en la mirada que Claire les había echado a los platos y los vasos y, más abandonadas, las cacerolas y la sartén con restos de comida pegada.

Ella contemplaba el trozo de suelo que los separaba.

—¿No te parecen curiosas las expectativas que tiene la gente? Yo llevo una eternidad llevándomelas por delante. Primero, con todo lo de Lacey. —Volvió la cara, ruborizada, pero siguió hablando—: La época en la que la gente aún se preocupaba por los embarazos de las adolescentes. Después, al no querer casarme, luego por tener una casa desordenada y al final por negarme a arrepentirme. Si te soy sincera, no sé qué es lo que más molesta a la gente. No puedo dejar de pensar que a estas alturas ya podrían haberlo entendido y dejarme en paz.

George no tenía muy claro a quiénes se refería y se preguntó si él mismo estaría incluido.

Claire miró de reojo la montaña de platos.

—¿Cuándo me cansé tanto de todo? Es que no consigo ponerme a fregar todo esto. Y después tengo que ir al trabajo, Lacey no debería tardar en volver con el coche, y se me hace todo tan pesado... ¿Acaso no es raro? ¿Qué demonios es la vida sino fregar, curro y hacer la comida, y vuelta a empezar?

George no tenía respuesta para ello, así que se limitó a darle un trago al café.

—Y ahora vamos a montar un mercadillo —prosiguió ella—. No cabe duda de que las cosas se han animado desde que vino la turista.

—¿Sara? —preguntó él.

—Me pregunto qué empuja a una persona a irse hasta otro continente. ¿Tú lo harías?

George negó con la cabeza. Él no se veía ni cruzando el límite del estado.

—Y ¿por qué razón? ¡Broken Wheel! —Claire negó en silencio—. Este no es lugar para una turista. No hay absolutamente nada que ver. Lo único que nos sobra es insignificancia.

—Es una ciudad bonita.

Ella se rio.

—Broken Wheel. No hay empleo. No hay futuro. Paseos guiados cada día a las dos. —Se volvió y señaló la ventana con la cabeza—. Figurantes de carne y hueso. Quién sabe, a lo mejor incluso podrían pagarnos por estar aquí sin hacer nada.

George sonrió con timidez.

—No sé si la gente es mejor en algún otro sitio.

Claire pareció quedarse pensando en ello.

—Desde luego que no. Las personas no son ni mejores ni peores. Pero sigo sin entender por qué alguien iba a chuparse miles de kilómetros para llegar hasta aquí.

Aquello era algo que George tampoco comprendía.

—Pero lo cierto es que está aquí —dijo, aunque no logró cambiar mucho el humor de Claire.

—¿No te parece irónico? —dijo—. Lleva con la librería menos de un mes y ya parece más un hogar que mi casa. Aunque yo llevo aquí quince años. Quince años con el mismo empapelado amarillento.

Él sonrió.

—El mío también es así.

—Dios, lo que daría por un poco de color. Esto no es un hogar.

—Te equivocas —replicó George. Se sorprendió de su propia protesta y perdió el hilo de lo que quería decir. Al final añadió—: Mira la chaqueta y los zapatos y los platos...

La excéntrica chaqueta de pollo de Lacey descansaba sobre el sillón del salón. Era de color amarillo chillón y tenía una especie de collar de plumas alrededor del cuello. En la mesa del salón había varios platos. En el recibidor había un revoltijo de cuatro pares de zapatos amontonados junto a la pared. Una familia. Para un hogar eso era más importante que el color de las paredes.

—El desorden es la viva prueba de ello —dijo Claire con una risa espasmódica—. ¿De dónde se supone que hay que sacar tiempo para hacer las cosas? Y ahora Caroline ha decidido que yo voy a estar en un puesto de bizcochos caseros.

George apartó la mirada. Se sentía incómodo.

—Yo no sé cocinar —dijo—. Si no, podría haberte ayudado. Por lo menos tengo tiempo.

—Cielo santo, George —repuso ella—. Yo tampoco sé cocinar. Voy a tener que comprar los jodidos bizcochos.

Ahora que todo el mundo iba corriendo de aquí para allá preparando cosas de cara al mercadillo y el baile, la librería tenía muchas menos visitas. El único que seguía pasándose por allí era Tom. Sara tenía la impresión de que la miraba diferente, como si de alguna manera hubiese aceptado su presencia. Él le hablaba de personas a las que Sara jamás había oído mencionar, como si fueran viejos amigos en común, como

si ella fuera parte de la ciudad.

Aquel día Tom se sentó en una de las butacas, y ambos se quedaron allí durante un rato, a solas con los libros sin sentir ninguna necesidad de hablar el uno con la otra.

Sara lo miró.

—¿Sabes? —dijo—. Un día encontraré un libro para ti.

Y en aquel momento habría jurado que los ojos de Tom se reían. Él ni siquiera protestó, y ella se arrellanó satisfecha en el sillón.

—Creo que voy a mudarme a Hope —dijo él.

Sara tuvo que esforzarse para mantener un tono de voz neutral.

—Hope —repitió. No sonó natural en absoluto. Se aclaró la garganta—. ¿Por qué... a qué se debe?

Él se encogió de hombros.

—Me han dado un trabajo allí. No creo que tenga demasiado sentido quedarme a vivir aquí.

Sara tragó saliva.

—Y ¿te ves capaz de mudarte? ¿De dejar todo esto?

Pensó que Tom le respondería con evasivas, pero él la miró fijamente, sonrió y negó en silencio. Sara no supo si era un no para ella o para sí mismo.

—No lo sé —reconoció él—. A veces pienso que debería haberme ido hace tiempo. Cuando murió mi padre y se vendió la granja, a lo mejor.

—Entonces Amy todavía estaba aquí —señaló ella.

«Pero ahora ya no», pensó.

Jen pasó por delante de la librería y los vio allí sentados. Le dio el alto a Andy, que llegaba en dirección contraria, y señaló hacia el escaparate con la cabeza. La mujer no cabía en sí de satisfacción.

—Mira —dijo—. Mi plan va viento en popa. —Luego continuó como si hablara sola—: Una librería, algo que hacer... casi un sueño hecho realidad para ella, no se puede negar. Y... la amistad con Tom, claro. Me pregunto si de verdad volverá a casa en octubre.

Lo cierto era que la imagen resultaba idílica, con el reflejo del sol titilando en el cristal y Sara y Tom allí dentro, ignorando por completo que los estaban observando. Pero Andy se mostró bastante más pesimista.

—¿Qué van a hacer cuando le caduque el visado? —preguntó—. ¿Has pensado en ello? ¿Qué pasará entonces con su sueño?

Una preguntita sobre el visado

—El visado de Sara va a expirar —fue lo primero que dijo Jen en cuanto estuvieron presentes todos los apoderados. Había tantas cosas de las que encargarse en aquel momento que ni siquiera se habían molestado en entrar en la sala del cine. Las últimas reuniones las habían celebrado directamente en el vestíbulo—. Tenemos que hacer algo.

—¿Ah, sí? —Había un dejo cortante en la voz de Caroline. Se había cansado de la conspiración en torno a Sara. Podían decirse muchas cosas de la chica, pero discreta sí que era. Caroline había tratado de detectar señales de si la gente sabía algo de... su lectura de la última semana, pero había llegado a la conclusión de que hasta el momento Sara no había dicho ni pío.

—Tenemos que encontrar alguna solución para que pueda quedarse —aseguró Jen—. Somos estadounidenses, por el amor de Dios. Si no podemos invitar a nuestra propia amiga a quedarse en nuestro país, ¿qué sentido tuvo la guerra de la Independencia?

—¿Acaso quiere quedarse? —preguntó Caroline—. ¿Acaso ha dicho alguna vez algo que lo sugiera?

—Dicho dicho... Pero es altamente probable que quiera quedarse, y llegado el momento tenemos que estar listos para ayudarla.

Caroline pensó en la imagen de Tom y Sara, uno al lado de la otra, en la improvisada fiesta de inauguración, en silencio, mirando relajados a la multitud. Muy pocas personas conseguían estar juntas sin hablar. Aquello la preocupaba. Y él se había pasado por la librería. A lo mejor el plan de Jen era más acertado de lo que Caroline estaba dispuesta a reconocer.

—¿No deberíamos preguntárselo? —sugirió.

—Quizá es mejor que comprobemos si puede quedarse antes de empezar a darle ideas —dijo Andy.

—¿Que si puede? Pues claro que puede. ¿No estamos en un país libre?

Caroline no se molestó en hacer ningún comentario al respecto. Pero sabía qué iba a hacer.

Una vez que se hubo terminado la reunión, esperó cinco minutos en la puerta del cine hasta que estuvo segura de que ni Jen ni Andy iban a regresar. A continuación, se dirigió a la librería, muy convencida del objetivo de su misión, pero no tanto de cómo llevarla a cabo.

Tomó asiento en una de las butacas y le hizo una señal a Sara para que se sentara en la otra.

«Amy debería ser la que estuviera aquí para mantener esta conversación», pensó. Amy habría sido capaz de enlazar las preguntas, utilizar un tono afable y de confianza y, de alguna forma, lograr que Sara hablara de sus sueños y sus problemas.

Como si hablar pudiera cambiar las cosas. Irguió la espalda y se preparó para la

conversación.

«Tú límitate a ser diplomática, Caroline. Adórnalo.» Hizo una mueca.

—¿Cuándo caduca tu visado, Sara? —preguntó.

La joven se levantó y se puso de espaldas al ventanal, como si de pronto ya no soportara ver la calle principal.

—Dentro de un mes y medio —contestó—. Pero tengo el vuelo el 18 de octubre. Salgo de Nueva York.

La chica seguía dándole la espalda a Caroline, así que esta no pudo interpretar la expresión de su cara.

—Y ¿volverás a casa? —prosiguió.

—Yo... Sí. Claro.

Caroline asintió para sí y se levantó.

—Eso era todo lo que quería saber —concluyó. Tendría que encargarse también de aquel asunto. Pero por lo menos sabía exactamente a quién llamar.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 28 de marzo de 2011

Querida Sara:

Mi marido nunca se reía. No era un hombre especialmente feliz. No siempre fue así. Su madre dejó a su padre cuando él tenía solo trece años y, cuando echo la mirada atrás, creo que a su paso dejó un veneno que actuaba tan despacio que a veces resulta difícil distinguir cuándo comenzó a hacer efecto. Pero sé que antes de aquello sí que se reía, y que después de aquello ya no se rio nunca más. Al menos no de alegría.

Creo que el abandono de su madre fue más duro para él que para su padre. Primero lo invadió la tristeza, pero luego llegó la rabia. Creo que esa es la razón por la que le costaba tanto hacer amigos de mayor, y era una lástima, porque en el fondo no era mala persona. Nunca he podido ver Los puentes de Madison (transcurre en Iowa, ¿lo sabías?) sin preguntarme si ella no habría hecho lo correcto al quedarse. He visto muy de cerca lo que le pasa a la familia que se queda. Obviamente, también he visto lo que le pasa a la mujer que se queda, y hay momentos en los que rezo para que Meryl Streep apriete esa manilla y salga corriendo bajo la lluvia. «Corre y no pares», pienso.

Amy

Una *chick-lit* normal y corriente (libros vs. vida: 3-1)

Todo el mundo decía siempre que el otoño era una estación de pura muerte, pero Sara no estaba de acuerdo.

No había nada tan vivo, nada tan cambiante, como el otoño que estaba experimentando en Broken Wheel. Por la mañana los árboles eran un estallido de hojas, viento y colores.

El verano seguía sin querer retirarse, pero a pesar de los días de calor, cada vez más puntuales, era evidente que estaba pasando algo. El equilibrio había cambiado. El mundo que rodeaba a Sara se encaminaba ineludiblemente hacia el invierno, y con ello llegaría el final de su estancia en Broken Wheel.

Cuando George pasó a recogerla, dejó la manta en la silla y bajó despacio hasta el coche. Respondió con monosílabos a los intentos del hombre por entablar conversación. Las nubes oscuras se agolpaban sobre la ciudad y el viento tiraba de los pocos árboles que había, pero ni siquiera aquello logró que Sara tuviera un día cálido y acogedor en la tienda. Más bien se le hizo estrecho y claustrofóbico, un día que no parecía tener ningún sentido.

Miraba cómo al otro lado del escaparate las hojas eran arrancadas de los árboles. Era como si con cada hoja que caía al suelo, el invierno se acercara un poco más, inevitable, mientras las ramas iban quedándose peladas y vacías y la vida de Sara salía volando en los remolinos de aire.

«Quizá lo mejor sea volver a casa», pensó. Había experimentado la ciudad de Amy, había brindado por Annie, había conocido a Andy y a Claire y... Bueno, a todos. Y les había dado libros. Quizá su trabajo allí hubiera terminado.

Pero las relaciones humanas eran muy raras. Por mucho que intentara saldar la cuenta que tenía con ellos, ellos solo parecían buscar nuevos motivos para hacer que se sintiera agradecida. Era como si luchara continuamente por pagar los intereses de los intereses.

La conversación con Caroline la había alterado.

Faltaban tres semanas. Después se vería obligada a volver a Suecia. La imagen de la acogedora casa de Amy, el encanto tranquilo de la librería y las personas de su alrededor se empequeñecían ante el borroso contorno de un piso en Haninge, de otra librería, si tenía suerte.

Pero no lograba hacerse a la idea, y aquello la asustaba.

¿Cuándo había dejado de pensar en Suecia? Intentó recordarse a sí misma que tenía una familia que seguía allí y que la estaba esperando, pero, sinceramente, no era un argumento demasiado efectivo.

Estaba claro que su madre había perdido el interés en cuanto estuvo segura de que Sara no tenía la menor intención de continuar su aventura en alguna metrópolis. Y sospechaba que su padre había tirado la toalla cuando se enteró de que estaba dedicando su tiempo a trabajar gratis en una librería. Su hermana, probablemente, ni

siquiera se habría dado cuenta de que se había ido si no hubiese sido porque le había enviado una postal hacía unas cuantas semanas.

Se paseó por la tienda mientras intentaba dejar de pensar en Suecia. No tenía nada que hacer, pero era incapaz de permanecer quieta.

Entonces su mirada se posó en uno de los libros que había en la balda que tenía enfrente. Soltó una risotada. Por lo menos había encontrado el libro perfecto para Grace. Mujeres de bandera que levantaban el país.

«Ni siquiera Grace podría resistirse a este libro», pensó mientras se ponía la chaqueta. Luego corrió azotada por el viento los pocos metros que la separaban de la cafetería.

Aquel día no tenía fuerzas para hablar con Grace, así que tiró el libro sobre la barra con una sonrisa triunfal y un «¡Mujeres de bandera!», y luego salió corriendo otra vez.

Todavía era su librería. Lo era.

Pero la euforia no le duró demasiado. Enseguida le volvió el desasosiego y comprendió que tendría que lidiar como buenamente pudiera con lo que quedaba del día.

«A lo mejor debería cerrar antes», pensó. Lo cierto era que en la tienda no tenía nada que hacer.

A las cinco seguía allí, estaba en mitad de la librería mirando cómo se acercaba la lluvia. Primero cayó sobre la acera de enfrente, y durante un instante fue como si ella y el inminente temporal se estuvieran evaluando. Incluso la lluvia dudaba de si acercarse a ella o no.

Luego cogió carrerilla: primero unas gotitas minúsculas, como una especie de avanzadilla. A continuación se le echó todo encima y el agua comenzó a repicar contra el escaparate empañado, hasta que Broken Wheel se convirtió en una niebla borrosa tras el cristal que separaba la ciudad de su pequeño mundo.

Sara esperó media hora para ver si amainaba. Después ya no pudo aguantar más la visión de la entrañable librería, con lluvia en la ventana incluida. Apagó todas las lámparas y se quedó un momento en la oscuridad del interior. Al otro lado del cristal, la calle principal de Broken Wheel estaba desierta y abandonada.

«Apropiado —pensó—. Muy apropiado.»

En el cuartucho había un chubasquero que se había llevado de casa de Amy y, envuelta en él, no dudó ni un segundo en salir a la lluvia. «No deja de ser un privilegio poder disfrutar de un chubasco justo cuando lo necesitas», pensó. Pasó por delante de la cafetería de Grace sin siquiera detenerse ante la acogedora imagen de la mujer sola tras el mostrador, tomándose una copa como si todavía fuera un bar. Tenía un vaso y una botella delante, y apoyada en esta estaba el libro que Sara le había dejado. La joven habría jurado que Grace incluso se reía mientras leía.

En otro momento, aquella imagen la habría animado, pero entonces ni siquiera se detuvo. Agachó la cabeza y continuó caminando por la ciudad.

Los campos de maíz la rodeaban y la seguían a todas partes. La lluvia sonaba diferente en los cultivos, más pesada y esponjosa, casi como una lluvia de verano. Solo el frío en las mejillas le recordaba que todo estaba a punto de terminar.

Cuando llegó al desvío de la casa de Amy, siguió caminando en línea recta. No tenía ánimos para afrontar la quietud y el vacío que la esperaban allí.

«Aquí no estás en casa», pensó. Se le hacía ridículo creerlo. Ridículo ridículo ridículo. Pero levantó la cara hacia la lluvia en un gesto de leve desafío y continuó andando mientras el agua y el frío se abrían camino hasta sus huesos.

En el fondo sabía que se dirigía a casa de Tom. Por algún motivo tenía la sensación de que podría hablar con él de aquello. A lo mejor él se mudaba a Hope, pero seguro que aún se preocupaba por la ciudad. Seguro. Él entendería la pena que le daba dejarlos a todos atrás.

Cuando estuvo delante de su casa se detuvo. De repente sintió que era inoportuno presentarse así. Pero recordó el momento en el que estuvieron sentados en la librería, y cuando se quedaron hablando en el recibidor de Amy. No solo tener que seguir trabajando. Sentirse arraigado a algún lugar.

Sara cruzó los dedos para que Caroline no la hubiera calado. Había intentado disimular la sorpresa al caer en la cuenta de que tendría que volver a Suecia, y más pronto que tarde. Habría preferido que no lo supiera todo el mundo, pero tenía que poder contárselo a alguien. Tom por lo menos no haría correr la voz, de aquello estaba convencida.

Llamó a la puerta. El recibidor y una parte de la casa se hallaban a oscuras, pero la lámpara de la cocina estaba encendida. No abrió nadie. Desalentada por la lluvia y el paseo de vuelta a casa, y animada por el hecho de que al probar la manilla de la puerta comprobó que esta no estaba cerrada con llave, Sara decidió que era lo más normal del mundo querer pasar un rato dentro de aquella casa antes de volver a la suya.

Cruzó el recibidor con cuidado hasta llegar a un salón con cocina abierta y una zona de comedor en un extremo. Atisbó los contornos oscuros de un sofá y un sillón justo enfrente y de un pasillo al otro lado.

—¿Tom? —dijo. Nadie contestó. Se quitó el chubasquero, el abrigo y los zapatos y dio unos pasos más.

Recorrió la estancia con la mirada. Todas sus cavilaciones habían quedado momentáneamente al margen, acorraladas por la curiosidad por el hogar de Tom.

Aunque quizá «hogar» no fuera la palabra correcta. Todo era curiosamente impersonal y muy muy elegante.

No había ninguna estantería, ni siquiera para CD o DVD. Lo cierto era que daba la sensación de que Tom hubiera hecho todo lo posible por evitar cualquier cosa que pudiera decir algo sobre él o transformar su casa en un hogar. Los muebles eran neutrales en forma y color y todas las superficies estaban vacías y limpias.

No había fotos, ni platos sucios, ni libros sin terminar tirados en el último sitio

donde los habían leído, ni rastro de bolígrafos rotos, monedas sueltas o recibos viejos.

En la cocina había dos platos fregados en el escurridor y en la encimera tres botellas de cerveza vacías puestas en fila.

Pero lo que realmente dominaba el salón y borraba los límites entre el interior y el exterior eran las ventanas. Los cristales tiritaban cada vez que una ráfaga de viento los golpeaba. Sara tuvo una singular sensación de indefensión ante el clima, como si todavía estuviera allí fuera. Pero también había algo relajante en el hecho de tener la noche y la oscuridad tan al alcance de la mano.

Por detrás de los oscuros campos de maíz se vislumbraban las luces de Broken Wheel a través de la lluvia, y las de la casa de Amy, donde Sara se había olvidado de apagar las luces.

Casi siempre le pasaba. Le parecía menos solitario llegar a una casa iluminada. Y las luces encendidas le dieron la sensación de que la casa de Amy la estaba esperando.

«En casa de Tom, Broken Wheel está siempre encima», pensó. Se preguntó si Tom dejaba de preocuparse alguna vez por la gente que vivía allí, pero al cabo de unos segundos se fijó en que no eran las personas lo que dominaba la vista. Ni siquiera cuando brillara el sol debía de ser posible distinguirlas. Lo que se veía era el paisaje atemporal, el maíz, las nubes que se acumulaban encima de los campos y los graneros aislados que asomaban entre ellos, todo lo que en su día había sido una parte de la vida en aquellas tierras.

Al final volvió al salón y se desplomó sobre el sofá. Cuando el silencio se le hizo demasiado pesado, se levantó y puso en marcha la radio de la cocina. Luego volvió al sofá. De pronto se sintió muy cansada, y muy lejos de casa.

Hizo lo más acertado que podía hacer en aquellas circunstancias.

Se quedó dormida.

Cuando se despertó unas horas más tarde, la angustia se le había pasado. Con la siesta, su cuerpo se había relajado y se había tornado caliente y pesado. Se estiró hasta que tocó una pierna con el pie.

Una pierna.

Sara se incorporó y miró desconcertada a su alrededor. Tom. Estaba en casa de Tom. Estaba tapada con una manta. Él debía de habérsela echado por encima al volver a casa y encontrársela dormida en el sofá.

Antes de quedarse también él dormido en el sillón. Sara sonrió. Estaba muy guapo cuando dormía.

Alargó el brazo y le acarició la pierna antes de controlarse un poco; luego se levantó y se inclinó sobre Tom. Le había comenzado a crecer un poco de barba en las mandíbulas, las líneas de los ojos estaban lisas y la expresión de su cara era de lo más apacible.

—Tom —dijo con cuidado. Sus caras estaban apenas a un palmo de distancia.

Él se movió y abrió los ojos. Si le sorprendió encontrársela tan cerca, no dijo nada.

Los segundos pasaban con una lentitud insufrible. Sara se dijo que quizá los besos de película no eran tan exagerados, sino que aquellos instantes eternos y titubeantes previos al beso tal vez existieran de verdad.

Entonces se percató de lo que estaba haciendo y se retiró enseguida. Volvió a sentarse en el sofá e intentó pensar en algo que decir. No había forma. Intentó esbozar una sonrisa. Aquello le salió mejor.

—Sara —dijo Tom. La escrutó con una mirada penetrante, casi impertinente—. No estoy interesado en tener un romance vacacional —le espetó de un modo innecesariamente brutal.

Luego continuó, a pesar de haber despejado ya cualquier indicio de duda y de que ella ya fuera incapaz de decir nada.

—Ya lo he tenido antes. Y relaciones a distancia.

Estaba claro que las había tenido. Ella no. Más aún, ella ni siquiera había tenido una relación de verdad. Lo había intentado una vez porque todo el mundo lo hacía, pero no tuvo ningún éxito.

Él se sentó a su lado en el sofá y ella se apartó de forma instintiva.

—Si nos encaprichamos el uno del otro sería... irritante —prosiguió Tom—. Y si no lo hacemos, no tendría ningún sentido.

«Está claro que tú no te vas a encaprichar de mí», pensó Sara. No se pensaría que ella era tan... poco realista como para creerlo. Y ni aun así. Sara no pudo evitar sentir un débil resquicio de legítima indignación por que Tom hubiera descrito el sexo con ella como irritante y sin sentido.

Levantó la barbilla y respondió:

—Está claro que no vas a colarte por mí. —Se dijo que la cosa ya no podía empeorar y añadió—: Pero no entiendo por qué no iba a tener ningún sentido y resultar tan irritante.

Él alargó la mano y le volvió suavemente la cara para poder mirarla a los ojos. Despacio, casi sin ser consciente de ello, le deslizó el dedo por la mejilla, la mandíbula y el cuello. La caricia fue tan suave que Sara apenas estaba segura de que se la hubiese hecho. Si no fuera porque entonces la mano de Tom descansaba sobre su clavícula y su cuello.

—¿Tú de verdad crees que...? —empezó él en voz baja, y se quedó callado.

—¿Sí? —dijo Sara. Le salió más como un carraspeo.

Él se acercó y, sin tener demasiado claro cómo había sido ni quién había tomado la iniciativa, Sara cayó de espaldas hasta quedar tumbada sobre el sofá con todo el peso de Tom encima, tan cerca que la joven podía sentir su aliento en el cuerpo.

Ella estiró una mano y le acarició la piel por debajo del jersey solo porque todavía podía hacerlo. No «todavía» porque en algún momento fuera a volver a Suecia. Cielos, las relaciones se acababan, no era más que una excusa por parte de Tom. No,

lo que pasaba era que Sara sabía que en realidad él no la quería en absoluto, así que tenía que aprovechar el tiempo del que disponía.

Él se apartó un poco cuando ella lo besó. Fue casi imperceptible, pero ella lo notó en la forma en que el peso de su cuerpo cambió y se hizo un poco más leve. Sara intentó incorporarse, pero entonces fue él quien la besó, primero con suavidad y alargando el momento, y después con más fuerza e intensidad. El peso de Tom volvió a desplomarse sobre ella; le acariciaba el hombro, la mandíbula y el pelo con la mano, con movimientos rápidos y persistentes.

El beso llegó a su fin y se quedaron un momento mirándose el uno a la otra.

La respiración de Tom era entrecortada. Casi como si hubiesen tenido sexo. A Sara la idea no le resultó nada útil para calmar su propia excitación.

Cerró los ojos y se imaginó todas las maneras en que quería tocar a Tom y cómo quería que él la acariciara a ella. «Tómame», quería pedirle. Arqueó un poco la espalda para pegarse más a su cuerpo. Se aferró a Tom rodeándolo con los brazos, y sus piernas estaban entrelazadas de tal manera que Sara notaba la presión de los muslos de él. La chica movió las caderas y comenzó a sentir una apremiante y tormentosa necesidad que nacía en lo más profundo de su ser y se expandía a todas las partes de su cuerpo que tocaban el de Tom.

Sara sabía que aquello del sexo no se le daba bien. Siempre se sentía demasiado consciente de sí misma y, de alguna manera, siempre había tenido la certeza de que no tenía una... aptitud natural para ello. Pero, por una vez, su cuerpo parecía saber perfectamente lo que quería hacer y, por una vez, parecía que eran las cosas acertadas. Tal vez fuese porque Sara nunca había deseado tanto a alguien como a Tom.

Por algún motivo aquello la entristeció. Era como la broma irónica de un dios aborrecido: provocar tanto deseo solo para no poder satisfacerlo.

—Ya te vale, Sara —dijo Tom como si él estuviera pensando lo mismo. Pero no sonaba enfadado.

—Vete al diablo —respondió ella en el mismo tono.

—¿De verdad crees —preguntó él— que podríamos no encapricharnos el uno del otro a la mínima oportunidad?

Tom se incorporó y ella lo acompañó. Se quedaron un rato en silencio, el uno al lado de la otra, mirando al vacío, mientras poco a poco iban recobrando el aliento y Sara intentaba comprender lo que acababa de ocurrir y si tenía ganas de reír o de llorar.

No se habían acostado. Pero cuando Sara se marchó de allí, recordaba las cosas que habían hecho y dicho y el cuerpo de Tom pegado al suyo. Soltó un suspiro, a medio camino entre el alivio y la frustración. Sin duda, era el mejor sexo que no había tenido.

Y él incluso había dicho que creía que existía el riesgo de que se colara por ella,

había insinuado que en un universo alternativo y paralelo (sin duda, gobernado por fuerzas totalmente distintas a las que se aplicaban en aquel) existía la posibilidad de que sucediera. Y la había besado.

Entonces se percató de que no quería llorar. Quería reír y cantar y gritárselo al mundo: él se había sentido atraído por ella. Sonrió. Toda su intranquilidad por tener que volver a Suecia —dentro de varias semanas, casi un mes entero, ¡tiempo de sobra!— parecía haberse esfumado ante la idea de que allí y en aquel momento estaba analizando los sentimientos y actos de un hombre como si por un día fuera Bridget Jones. Como si fuese la protagonista de una novela *chick-lit* en toda regla.

Y al cabo de tan solo unos días volvería a verlo en el baile. Bastaba con que primero superara el mercadillo.

Tom la vio marcharse y se dijo a sí mismo que era un auténtico idiota.

El tiempo y los romances vacacionales no habían sido más que una excusa, por supuesto. No era la más brillante que podría haber utilizado, pero sí la mejor que se le había ocurrido en tan poco tiempo.

De pronto no había podido soportar la idea de que Sara se volviera a Suecia como si nunca hubiese estado en Broken Wheel. De alguna forma, había tenido la sensación de no haber existido nunca, como si él y toda la ciudad hubieran sido un paréntesis en la vida de Sara. Un recuerdo, quizá una anécdota contada a gente que estaba tan lejos que él ni siquiera podía imaginársela. Suecia.

«Córtate, Tom —se dijo, y apoyó la frente contra la ventana del salón como si pudiera absorber la calma y la oscuridad de fuera a su voluntad—. Con que te mantengas alejado de ella las pocas semanas que le quedan... —continuó en una especie de versión contraria a un discurso motivacional—. Ella se olvidará de ti con la misma facilidad con la que parece haber desplazado a sus amigos y a su familia de Suecia.»

Ella nunca había dicho ni una palabra sobre ellos. Podía tener docenas de exnovios olvidados en infinitos rincones de su país.

No era que aquello tuviera nada que ver con Tom. Solo que Sara iba a volver con ellos y que, pensaba Tom, iba a tardar más de lo que a él le habría gustado.

No tenía ninguna necesidad de tener una relación con una mujer que ni siquiera era mona, con la que no tenía nada en común y que la mayor parte del tiempo prefería pasar el rato con un libro antes que con él. No tenía ninguna intención de cumplir ninguno de los sueños románticos de Sara acerca de héroes que perdían brazos, piernas, la vista y la razón para que ella pudiera tener su final feliz.

Si había algo que había aprendido de la vida era que los finales felices no existían. La vida siempre continuaba.

Entonces ¿por qué la había besado? O, mejor dicho: ¿por qué se le había echado encima y metido mano en el sofá?

Debería haberlo pensado mejor. Sabía hacerlo mejor. No había sido más que la

sorpresa de llegar a casa y encontrársela durmiendo en el sofá, el bienestar que había notado, y lo apacible que resultaba el mero hecho de estar tan cerca de ella. Como si todas las obligaciones y responsabilidades... no desaparecieran, pero sí las notara tan lejanas que durante unos breves instantes pudiera imaginarse una vida con pausas para olvidarse de ellas. Y luego se la había encontrado allí al despertarse, tan cerca, y, simplemente, no había pensado.

Porque era un idiota de remate, así de sencillo. Eso estaba más que claro.

Pero tampoco se acababa el mundo, se dijo a sí mismo. Lo único que tenía que hacer era remarcar que no estaba enamorado de ella y que, definitivamente, no pensaba enamorarse.

Suspiró. Si tan solo pudiera convencerse a sí mismo de ello...

Un poco de disciplina y fuerza de voluntad, eso era todo lo que necesitaba. Y eso se le daba muy bien cuando se trataba de ella.

Un abogado de por medio

—Tenéis que entenderlo —dijo el abogado, y abrió los brazos en un gesto desesperado ante el grupo de personas que tenía en su despacho.

Ya se lo había explicado tres veces, pero ninguno de los variopintos miembros de la delegación parecía escucharlo. Eran corteses y educados y no lo interrumpían, pero resultaba evidente que no aceptaban la información que él les estaba dando. El hombre notaba que un fuerte dolor de cabeza comenzaba a despuntar y se masajeó discretamente las sienes.

Cuando Caroline Rohde lo había llamado, se lo había imaginado todo muy fácil. Una duda sobre el visado de la invitada que tenía en casa. El abogado había dado por hecho que tan solo se trataba de prolongar un visado de turista, una tarea que tendría que haberse quitado de encima antes del almuerzo. Lo que no se había esperado en absoluto era que fueran cinco personas y que todas tuvieran la esperanza de que pudiera sacarse un permiso de residencia de la manga.

Debería haberlo previsto. Con aquella Caroline Rohde del carajo nunca nada era fácil. Si no hubiese sido por todos los favores que ella le había hecho a su esposa, el abogado los habría puesto de patitas en la calle en aquel mismo momento. Cabía recordar que entre los favores estaba el detalle de que Caroline hubiera logrado convencer a su esposa para que lo dejara volver después de un pequeño desliz por su parte.

Y el resto de la delegación no mejoraba las cosas. Un ama de casa obsesiva, un hombre nervioso con una americana que ni siquiera le quedaba bien y dos hombres que sospechaba que estaban juntos. Uno era extremadamente guapo para ser hombre. Pero él no sentía ninguna estima por los hombres guapos. «Es antinatural», pensó quejumbroso.

—Tiene que haber algo que podamos hacer para que pueda quedarse —dijo Jen—. ¿Qué ha pasado con eso de que todos nacemos libres e iguales y tenemos derecho a buscar la felicidad?

—Eso es más una... forma de hablar —contestó él, aburrido de la situación—. Lo de la Constitución no es tan bonito como parece. Debéis entender que siempre ha sido más una visión, un reto, que una descripción de la realidad. Y, además, no es válida para personas que no son ciudadanas estadounidenses.

Se frotó los ojos. A él le daba completamente igual si la tal Sara podía quedarse o no. Seguro que era muy agradable, a su manera.

—Estados Unidos se ha convertido en una especie de símbolo, un sueño, una tierra a la que se vino para, tal como ha remarcado muy bien la señora, crear una vida mejor y buscar la felicidad para uno mismo y sus allegados. Pero la legislación de inmigración es muy dura. Es cierto que en los noventa cambiaron muchas cosas. El límite de permisos de residencia para inmigrantes ascendió de forma significativa hasta los setecientos mil al año. Pero la legislación apuntaba sobre todo a la

inmigración de personas con conocimientos especializados, como investigadores, ingenieros, médicos. O personas que estuvieran dispuestas a invertir grandes cantidades de dinero en empresas estadounidenses. Grandes cantidades —subrayó—. Y desde entonces las condiciones han vuelto a endurecerse, en gran parte debido a la ley antiterrorista y la situación del mercado laboral. En realidad a nadie le interesa que los extranjeros se apropien de los pocos empleos que quedan.

Se encogió de hombros en un gesto que podía ser una disculpa, pero también un recuerdo de que a título personal no era responsable de la normativa vigente.

—Entonces ¿qué circunstancias son las que hacen que uno pueda quedarse? —preguntó Caroline.

—Asilo, obviamente, pero solo si huyes de una guerra o una persecución. Y ni siquiera así es fácil de conseguir.

—¿Y si se tiene trabajo? —preguntó Jen.

—No influye demasiado. Contratarla es un procedimiento complicado y muy caro. Un procedimiento caro y de mucho papeleo. Y el que la contratara tendría que demostrar que ella posee una competencia especial que aquí no existe. ¿Tiene alguna competencia especial?

—Ha trabajado en una librería —dijo Caroline—. Es muy buena en su trabajo. Adora los libros. —Había un atisbo de desprecio en el tono de su voz.

—Pero aquí no tenemos falta de eso —intervino él.

—Pero ¿y todos los latinoamericanos que trabajan en las fábricas de empaquetado de carne? —preguntó el hombre flaco de la americana horrorosa—. Eso no es una competencia especial.

—Puede que muchos tengan permiso de residencia gracias a sus padres, o que hayan entrado de forma clandestina en el país y luego se les haya concedido la amnistía, pero no puede descartarse que muchos estén aquí de forma ilegal.

El abogado los miró a los ojos, uno tras otro. Todos le sostuvieron la mirada sin doblegarse.

—Debo desaconsejar terminantemente a vuestra amiga que se quede de forma ilegal. A menudo he deseado poder hacer más por ayudar a los que ya están aquí, pero por lo menos puedo advertir a otros de las consecuencias de seguir en esa situación.

Tenía el fuerte presentimiento de que continuaban sin escucharlo.

—¡El mero hecho de que te pillen...! Estamos hablando de multas astronómicas, detención, quizá incluso de tener que cumplir una pena de cárcel, tanto ella como los que la hayan ayudado. Aunque consiguiera librarse de la multa y la cárcel, lo cual no es nada seguro, la deportarían en el acto. Y una vez la hayan pillado de forma ilegal le resultaría prácticamente imposible volver a entrar en el país en el futuro.

—Pero ¿qué pasará con Tom...? —dijo Caroline.

—¿Tom? —preguntó él. Habría jurado que los demás estaban igual de sorprendidos.

Ella les sonrió.

—Quedará destrozado.

—Destrozado —repitió el ama de casa.

—¿Quién es Tom?

—Su novio —contestó ella—. Han tardado más de un mes en aclararse, pero nosotros sabíamos desde el primer momento que iban a gustarse.

El ama de casa parecía iluminarse de una manera que le pareció ligeramente preocupante. Quizá fuera la mirada obsesiva de sus ojos, o tal vez que la sonrisa parecía invadirle toda la cara.

—Desde el principio —afirmó.

—Pero los jóvenes de hoy en día son muy tenaces —añadió Caroline.

El ama de casa se enderezó en la silla.

—Desde luego —dijo—. Están enamoradísimos, Sara y Tom.

La cosa parecía mejorar.

—¿Queréis decir que ella ha conocido a alguien aquí? ¿Un ciudadano estadounidense?

—Tom es lo más estadounidense que se puede ser —dijo Caroline.

La otra mujer asintió con entusiasmo.

—Muy estadounidense —confirmó—. Como la tarta de manzana.

—¿Se conocían antes de que ella viniera, cuando solicitó el visado? Es importante. Si creen que ella vino con un visado de turista con la intención de casarse y así poder quedarse más tiempo, pueden negarle el permiso de residencia.

—No, se conocieron aquí —dijo el ama de casa. Y añadió con decisión—: Gracias a mí.

—¿Y ella tiene el visado? No está aquí con el programa de exención de visa.

—Tiene el visado.

—En ese caso, ya está. Si el tal Tom está lo bastante destrozado como para casarse con ella, vuestra amiga debería poder quedarse. En comparación con lo anterior, es un proceso sencillo. Siempre y cuando —añadió— ella no se haya quedado después de que le expire el visado, ni un solo día.

—En absoluto. O sea ¿que una boda serviría?

—Si se aman lo suficiente —aclaró el abogado.

—Naturalmente —dijo Caroline.

—Y tienen que casarse —continuó él—. No vale con que se comprometan ni se vayan a vivir juntos. —De pronto reparó en una cosa—. ¿Por qué no está aquí Tom haciendo estas preguntas en persona?

—La juventud de hoy en día... —respondió Caroline vagamente—. No es nada organizada, como en nuestra época, la tuya y la mía, cuando...

Él alzó una mano.

—Sí, sí, es verdad. —Miró el reloj. La hora del almuerzo—. Si acaba saliendo algo de esto, yo podría ayudaros con el papeleo. Ella también necesitará un

certificado médico y rellenar algunos formularios.

Se levantó y les tendió la mano para dejar claro que la reunión había terminado. Toda la delegación se levantó cordialmente y Caroline le estrechó la mano y le dio las gracias por su tiempo.

—¿Jane? —dijo él al teléfono mientras la comitiva iba abandonando el despacho—. Cógeme las llamadas. Me voy a almorzar.

—¿Tom? —preguntó George en cuanto se alejaron unos cuantos metros del despacho.

Caroline se encogió de hombros.

—Tenía que inventarme algo.

No estaba del todo satisfecha con su capacidad de improvisación. ¿Era moralmente correcto casarse por un permiso de residencia? No lo tenía claro. Había sido un impulso, una manera de mantener todas las puertas abiertas, pero algo le decía que Jen se encargaría de que no pudiera dar marcha atrás después de que hubiera apoyado abiertamente su idea.

—Sara tiene que casarse —aseguró Jen—. Es la única forma de que pueda quedarse.

Andy y Carl se miraban como si estuvieran fascinados por lo fácil que les resultaba pronunciar aquella frase a los heterosexuales.

—Tiene que casarse —se dijeron en voz baja.

—No le digáis nada a Sara de todo esto todavía —pidió Caroline para limitar los daños colaterales.

—No, dejaremos que sea una grata sorpresa —propuso Jen con alegría—. Creo que lo mejor será que tampoco le digamos nada a Tom.

—Tom es el candidato más claro —dijo Andy. Carl se mostraba bastante más escéptico, pero su pareja continuó sin dejarse importunar—: Está en la mejor edad. Es soltero. Heterosexual.

—Además a ella le gusta —dijo Jen.

—Pero ¿él tiene las más mínimas ganas de casarse con ella? —preguntó Caroline—. Y ¿ella quiere casarse con él?

—Tanto como querer... —contestó Jen—. Es solo sobre el papel. Tendrá que sacrificarse un poco por la ciudad. La verdad es que ya va siendo hora de que lo haga. —Ni siquiera se había suscrito al boletín.

Estaba claro que iba a ser Tom. No estaba presente para defenderse, lo cual les parecía una ventaja a los cinco. Un ataque sorpresa. Era la táctica perfecta.

—Les pediremos la mano en el baile —propuso Andy—. Va a ser la fiesta del siglo.

Una propuesta inesperada

George no podía echarse atrás. Pero tenía todo el tiempo del mundo.

En Broken Wheel nadie cerraba su casa con llave jamás. Había muy poca cosa para robar, y aún menos gente que pudiera hacerlo. Entró sin siquiera sentirse incómodo.

¿Por dónde empezaría?

Había que pasar la aspiradora, fregar el suelo, quitar el polvo y fregar los platos. Decidió empezar con los platos, ya que ella les había dedicado especial atención. De pronto se oyó a sí mismo cantando mientras distribuía la loza sobre la encimera e iba a buscar los platos al salón.

Hacía el trabajo de forma minuciosa y atenta, sin escatimar en lavavajillas, inspeccionando cada vaso y plato en busca de restos incrustados. Luego los secaba y los ponía debidamente en su sitio. Observó con entusiasmo que la montaña iba haciéndose más pequeña con cada vaso que fregaba. La cocina parecía crecer ante sus ojos: se hacía más grande y espaciosa y amable, e incluso el sol daba la impresión de brillar con más intensidad, a pesar de que aún no se había puesto con las ventanas. Pero ya llegaría.

Era agradable realizar un trabajo en el que se viera el progreso con tanta claridad. No como en la cortadora de carne, donde el montón de animales muertos que esperaban a ser despedazados nunca menguaba, por muy duro que trabajase, y la porquería que había que enjuagar siempre volvía a acumularse, a menudo antes de que le hubiera dado tiempo a acabar.

Cuando hubo fregado todos los platos, limpió la encimera y el resto de las superficies de la cocina hasta que quedaron lo más relucientes que podían estar. Al menos lo intentó.

Era una cocina bonita, pensó George. Agradable y modesta.

Decidió continuar con el suelo. Había que aspirar y fregar. Colgó las chaquetas y los bolsos en las perchas del recibidor e hizo una montaña en el sofá de salón con todas las demás cosas para así poder limpiar también la mesa.

Iba tarareando mientras pasaba la aspiradora. Hacía tiempo que no tenía nada sensato que hacer, excepto la librería, claro. Estiró la espalda. Sophy estaría orgullosa de él si lo viera en aquel momento.

—Ya lo ves —dijo en voz alta—. Papá aún no está en la lona.

—Ah, Claire —dijo Grace como si fuera lo más normal del mundo verla allí. Claire llevaba años sin entrar en la cafetería. Grace suponía que ya le bastaba con las hamburguesas de sus dos trabajos.

Sirvió café para las dos mientras Claire tomaba asiento en el taburete que ella tenía enfrente.

—¿Sabes? —dijo—. Siempre me has caído bien.

Tenían la misma edad, pero el tono de Grace no era de arrogancia.

—Fuiste lista al no casarte con Graham —continuó—. Un tipo aburrido.

—¿Cómo sabes que fue él?

Grace hizo un aspaviento con el cigarrillo.

—Por eliminación. No había muchos candidatos, y tú fuiste muy rápida en decidir que no querías casarte. Si hubiese sido Tom o alguno de los otros, por lo menos te lo habrías pensado.

—Tom y yo nunca hemos...

—A mí me parece una pérdida de tiempo. En todo caso, qué bien que te mantuvieras firme. Has criado a una niña fuerte. Señal de clase. —Parpadeó—. A pesar de Graham. Pero si te soy franca, las Grace también han caído en brazos equivocados. No es que tenga nada de malo. El truco está en no quedarte con ellos.

—¿No te parece curioso que puedas juntarte con un hombre tan equivocado que luego pienses que te has «curado» de ellos? —dijo Claire—. Como los resfriados. Primero los coges, te curas y sigues adelante.

—Resfriados —dijo Grace—. Me gusta. Crea la imagen perfecta, ¿no?

Claire le pidió otro café.

—Aún me queda un turno bastante largo —dijo.

Grace inspeccionó su uniforme de trabajo —la falda corta de color negro, las zapatillas de deporte y el polo de color blanco— y su postura y rostro cansados y llegó a la conclusión de que ya había vuelto de un trabajo.

—Pero no en el curro, ¿no? —quiso saber. No estaba segura. Claire trabajaba en dos hamburgueserías distintas y cogía todos los turnos que podía.

—Tengo que encontrar una ciudad donde vendan bizcochos caseros.

—¿Antojo de azúcar? —preguntó Grace, y Claire se echó a reír.

—Caroline me ha ordenado ocuparme del puesto de dulces caseros. Por lo visto, si no hay uno no es un mercadillo de verdad.

Había un atisbo de cansancio quejumbroso en su voz, pero si se esperaba un poco de simpatía por parte de la otra, más bien se llevó un chasco.

Grace soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Me pregunto cuántos de esos bizcochos van paseándose de un mercado a otro.

—Seguro que no tanto como la mermelada —dijo Claire. Sonrió abatida e hizo un ademán de levantarse.

—Espera —dijo Grace—. Quiero probar una cosa contigo.

—¿Eh?

—Siempre he dicho que no hay que dejarse arrastrar por las movidas, y menos aún por las personas.

Claire no parecía tener la menor idea de a qué se refería la camarera, pero volvió a sentarse en el taburete.

—Suenasensato —concedió.

—Sí. En efecto. Pero mi amiga Idgie me ha abierto los ojos. —Claire puso cara

de preguntar quién demonios era Idgie, aunque Grace no pareció reparar en ello, sino que siguió hablando—: Si tienes carácter y chulería, o sea, si no eres tan cagón ni estúpido como todos los demás, ¿no deberías apoyar a los otros? ¿No tendrías una especie de responsabilidad moral?

—Puede —respondió Claire con cautela—. Pero no sé si tendría fuerzas para hacerlo. Ya me supone suficiente esfuerzo llegar hasta el trabajo.

—Idgie invitaba a los vagabundos a alcohol y comida, y si había que ganar un elefante jugando al póquer, ella no dudaba en hacerlo. Da que pensar, ¿no? —Grace se inclinó sobre la barra y prendió fuego a un cigarrillo.

—Claro —dijo Claire—. Pero un elefante... ¿necesitas un elefante?

Grace agitó impaciente el cigarro.

—Yo puedo arreglarte lo de los bizcochos —afirmó—. No lo sabe casi nadie, pero se me da bien la repostería. Tengo una vieja receta familiar de un bizcocho de ron con pasas que es fantástico. El secreto está en no utilizar ron.

Claire parpadeó.

—El mercadillo es el sábado —le recordó.

—No hay problema.

—Te lo pago, por supuesto.

—De eso nada. Anda, vete.

George se sorprendió por la ilusión que sintió al ver el coche de Claire volviendo a casa. Él ya estaba en su propia cocina y la observó aparcar y bajarse con movimientos cansados, pero no tan desalentadores como la última vez que la había visto. Aun así se dio cuenta de que titubeaba antes de abrir la puerta. Claire apoyó la frente en ella como si abrirla y enfrentarse otra vez a todo lo que había al otro lado se le hiciera una montaña.

George se sentía contento por haber limpiado. Estaba bastante seguro de que ella lo apreciaría. Durante un momento disfrutó imaginándose su sonrisa cuando viera el suelo limpio, quizá incluso una carcajada de alegría y alivio al ver la encimera vacía.

Pero entonces le asaltó la primera duda: ¿le parecería descarado por su parte? ¿Que hubiera entrado así en su casa? ¿Entendería siquiera que había sido él? ¿Tendría que haberle dejado una nota o que pedirle disculpas?

Al final Claire abrió la puerta, entró y la cerró.

Pero no dejaba de ser un gesto bonito por su parte, «¿no, Sophy?», se preguntó nervioso. Ya no podía ver a Claire. George no tenía la menor idea de lo que estaría sintiendo.

Fue a verlo media hora más tarde. No parecía contenta. Tenía la cara inexpresiva y el cuerpo tenso, como si se estuviera esforzando para no perder los estribos. Él la miró nervioso y la hizo pasar a la cocina, donde Claire se desplomó sobre una de las sillas como si no le quedaran fuerzas para mantenerse en pie.

George se preguntó si debía decir algo, pedir perdón, darle una explicación, pero

al final solo puso en marcha la cafetera y se quedó apoyado en la nevera, igual que había hecho en casa de ella. Estaba más a gusto de pie.

—He venido para darte las gracias —empezó Claire, pero no sonaba en absoluto agradecida. Más bien resultaba agresiva.

Hasta aquel momento, George no se había percatado de que le había llevado una botella de vino. Ella siguió la mirada de su vecino hasta la botella y entonces cayó en la cuenta de que a lo mejor no era el mejor regalo para un exalcohólico reciente y, para espanto de George, la reacción de la mujer fue romper a llorar.

No sabía qué decir.

Ella emitió algo que podría haber sido una risa, pero también un sollozo.

—Madre mía —dijo Claire—. Mírame. Estoy aquí sentada llorando por una encimera limpia como una idiota de remate.

—Yo... —comenzó George, y después se quedó callado—. ¿Quieres una copa de vino?

Ella se rio, con ganas en aquella ocasión, y luego añadió vacilante:

—¿Tú...?

—Yo te acompaño con un café. No te preocupes, llevo sobrio el tiempo suficiente como para resistirme a una botella de tinto. Lo cierto es que nunca he sido muy de vino. Alcohol fuerte, eso sí.

Ella esbozó una tímida sonrisa.

—Vale —accedió—. De acuerdo.

—Espero que no te hayas enfadado —dijo él—. Solo quería echarte una mano.

—¡Echarme una mano! —Claire miró a su alrededor. El piso era una copia exacta del suyo, pero invertido e impoluto.

Él sonrió.

—No tengo nada mejor que hacer.

—Seguro que no.

—No —admitió él tranquilo. Descorchó la botella con un movimiento rápido y resuelto que la hizo arquear las cejas. Él le guiñó un ojo—. La experiencia —explicó—. Que no fuera mi bebida preferida no significa que la rechazara. —Sirvió una copa para Claire y luego se preparó una taza de café—. Pero no estoy del todo tranquilo —reconoció—. No tengo claro si debo ir al baile. Será en The Square, y quizá sea mejor que me mantenga alejado de la tentación.

—¿Cómo va con... todo? —preguntó ella incómoda.

—Va bien —contestó él—. Va bien. Llevo casi tres meses sin beber.

Claire asintió en silencio.

—Es Sophy —dijo él.

—¿Y Michelle?

George sonrió con gesto más cansado.

—No, ella ya no significa demasiado.

—No te preocupes por el baile —dijo Claire—. Si hace falta, puedo echarte un

ojo. Si te veo cerca de una botella te la parto en la cabeza.

Aquello hizo que se sintiera mucho más animado. Pero aun así quiso asegurarse de que se entendían.

—Si es una botella de Coca-Cola no hace falta que lo hagas.

Y Claire se rio tanto con su intento de broma que George dejó de estar preocupado. Ella le partiría la crisma de verdad si lo veía dar un traspié. «Todo irá bien, Sophy», se dijo a sí mismo.

Claire se terminó la copa y se levantó. Antes de salir, titubeó en el recibidor. A George le pareció que ya tenía el cuerpo más relajado. Si aún le brillaban los ojos, al menos no era porque estuvieran llenos de lágrimas.

—George —dijo ella por encima del hombro, sin mirarlo del todo—. La limpieza. Él asintió en silencio.

—Es lo más bonito que alguien haya hecho por mí jamás.

Cuando Claire se marchó, él se quedó en la cocina mirando la botella de vino casi llena. Solo dudó un instante antes de ponerle el corcho y guardarla en el armarito de la cocina.

—¿Sabes qué, Sophy? —preguntó—. Creo que ya puedo prometerte que nunca más volveré a beber.

La amistad de Grace e Idgie se ve desafiada

Cuando Caroline fue a visitar a su sobrina al día siguiente, quedó impresionada por varios motivos. La casa no solo estaba impecable y ordenada (ni siquiera su mirada crítica pudo reparar en algún fallo), sino que Claire incluso había conseguido preparar un fantástico bizcocho de pasas al ron.

La mujer se cortó un pedacito con la máxima clemencia y le pidió la receta amablemente. A lo largo de los últimos años no se había sentido nunca tan benévola con su sobrina como aquel día.

Pero ella solo pudo balbucear una descripción totalmente inverosímil del bizcocho que tenían delante. Tan inverosímil que Caroline no pudo dejar de preguntarse si Claire, de alguna forma, había estado... bajo los efectos del alcohol cuando lo había preparado.

Pero si conseguía hacer esas cosas estando borracha, más mérito aún, decía una parte de ella.

«¡Caroline!», exclamaba la otra.

Al final Claire confesó que no lo había hecho ella.

—¿Lo has comprado? —A Caroline le entraron ganas de decirle unas cuantas cosas, pero consiguió reprimirse—: ¿Qué hacemos ahora con el mercadillo? Tiene que haber un puesto con repostería casera. Si me lo hubieras contado antes, habría podido solucionarlo de otra forma, pero ahora...

—Vamos a poner el puesto —repuso Claire.

—Pero ¿cómo? No puedes comprar tantos bizcochos como para llenar un puesto. ¿De dónde vas a sacar el dinero? —Se quedó pensando—. Supongo que me tocará pagarlo a mí —dijo a regañadientes. La idea de estar involucrada en la venta de bizcochos comprados en un mercadillo la removía, pero no tanto, dijo para sí con una seca sonrisa, como alguna otra cosilla que había comprado últimamente—. ¿Cuánto necesitas?

Pero Claire no parecía ni por asomo tan interesada en aceptar su ayuda como Caroline había esperado. Era como si estuviera debatiendo algo en silencio.

—No los he comprado —dijo.

Un cuarto de hora más tarde entró con paso firme en la cafetería de Grace.

—He oído que has estado ayudando a mi sobrina —dijo.

Grace se apoyó en la barra y contestó:

—Hago lo que puedo. —Y luego preguntó suspicaz—: ¿Ayudando?

—Con la repostería.

—¿Te ha confesado que sé hacer bizcochos? ¿No podría haberte dicho, simplemente, que soy anticristiana?

—Tus bizcochos de pasas al ron son exquisitos.

—No es ron.

—No quiero saberlo.

Grace se encogió de hombros.

—Opino que deberías tener un puesto en el mercadillo. A tu nombre.

Grace dio un paso atrás instintivamente y se quedó mirando a Caroline con los ojos como platos.

—¿Un puesto de las *Hamburguesas de Grace*? —dijo con todo el sarcasmo que fue capaz de reunir.

—Más bien estaba pensando en los *Bizcochos caseros de Grace*.

Sara alzó perpleja la cabeza cuando notó que una sombra tapaba la luz de la puerta. Grace estaba de pie en el umbral con una cara de tal indignación que la joven se sintió aliviada de que no llevara una escopeta en las manos. Grace todavía llevaba la ropa de trabajo y olía mucho a aceite de freír, pero se había quitado el delantal. Le soltó todo el cuento de los bizcochos, Claire y Caroline en cuatro frases nerviosas.

—¡Es una humillación! —continuó Grace—. Y es culpa tuya. Tuya y de la jodida Idgie y su panda de vagabundos, que me han vuelto una ñoña.

—Eh... —dijo Sara—. ¿No quieres entrar?

Grace se metió en la tienda como un torbellino y se dejó caer en uno de los sillones con movimientos espasmódicos e irritados. Sara se quedó dudando detrás del mostrador. De pronto la librería le parecía mucho más pequeña. Grace tenía la habilidad de ocupar todo el espacio en el que se encontrara.

—Quieren que ponga un puesto en el mercadillo.

—Y... eh... ¿qué quieren que vendas?

Sara no estaba segura de si era buena idea vender destilado casero en un mercadillo donde habría niños y adolescentes.

—Bizcochos caseros —respondió Grace en tono fatídico.

—Suenan genial —comentó Sara aliviada.

—¡Genial, dice! Lo hace solo para provocarme. El tema es que las mujeres Grace nunca se dejan arrastrar por los problemas de esta ciudad. Como mucho, generamos otros nuevos. ¡Mujeres Grace en un puesto de bizcochos caseros! Como si nosotras... como si nosotras recogiéramos dinero para la iglesia. Y encima abiertamente. Ni siquiera nosotras somos tan desvergonzadas. —Se quedó pensando—. Bueno, puede que mi madre.

—¿Quieres un poco de café?

—Una cosa es hacerlo de forma anónima. No digo que las mujeres Grace nunca hayan participado antes, pero no en las recaudaciones de la iglesia. Excepto mi madre, pero ella era como era.

—Una buena mujer —señaló Sara, quien, obviamente, no había llegado a conocerla.

—¿Qué? Sí, supongo. —Grace parecía insegura—. Madeleine. Bueno, tampoco hizo tanto daño.

—Y ¿qué vas a hacer con eso del puesto?

—Pues decir que no, evidentemente.

—¿Cómo es que se le ha pasado por la cabeza preguntártelo siquiera?

—Claire se ha chivado. Me ofrecí a hacerle los bizcochos. Pero no a mi nombre, claro. ¿Qué le pasa al mundo de hoy?

La sonrisa de Sara se esfumó de sus labios.

—O sea que al final a Claire le toca hacer los bizcochos. Si tú has decidido contestar que no, quiero decir.

—¿Qué? No, no lo sé. Me imagino.

—¿De dónde va a sacar el tiempo? —se preguntó Sara—. Pensaba que tenía dos trabajos.

—No sabe hacer bizcochos. Va a comprarlos. —Grace no parecía cómoda—. Yo no tengo ningún problema en hacerle los bizcochos. Ya me ofrecí a hacerlo. Sí, puede que sea un error meterse en los problemas de los demás, pero yo cumplo mi palabra. Pero no en mi nombre.

—Pero ¿qué va a hacer Claire, ahora que Caroline sabe...?

Grace la miró con suspicacia. Estaba pensando.

—No lo sé —reconoció. Apoyó la cabeza en las manos—. Supongo que me toca participar. Es la última vez que me ofrezco a hacer algo por esta ciudad si esta es la forma que tiene de darme las gracias.

—¿Reconocimiento? Sí, suena muy desagradecido por parte de Caroline.

—Me estás chinchando —replicó Grace en tono acusador.

—Es muy probable. —Le dedicó una sonrisa—. ¿Sabes que a Idgie la salva un cura? Después de matar a un hombre, despedazarlo, asarlo y venderlo en su cafetería.

—No es mala idea —dijo Grace, que parecía impresionada en contra de su voluntad. Luego suspiró—. El jodido libro ese.

La moral y las personas

A Grace le habría encantado saber que en aquel mismo momento Caroline estaba peleándose con su propia conciencia. Apenas se había recuperado de su lectura y ya tenía un nuevo asunto que le minaba la paz mental.

Al caer la tarde no se había esperado ni por asomo un nuevo ataque contra su bienestar. Había acudido a la iglesia en una de sus rondas casi diarias y había paseado lentamente por ella. Había recogido del suelo una Biblia olvidada debajo de un banco, había quitado una vela consumida y cambiado las flores del altar. Había mirado si hacía falta limpiar las ventanas, pero al final había tenido que reconocer que, probablemente, fuera ella la que necesitaba algo que hacer.

No era una iglesia especialmente acogedora, pero a Caroline le gustaba. Recordaba más a un local de encuentro, con las paredes de color beis, unas ventanas normales y corrientes y varios bancos de madera lisa con un pasillo amplio entre las dos secciones. Había espacio para un centenar de personas, pero Caroline nunca había visto a más de veinte juntas allí dentro, por lo menos desde el cambio de milenio.

«Oye, Tú, ¿qué pensamos de la tal Sara?»

Dios no respondió y, por dentro, Caroline lo prefirió así. Si hubiese oído una voz de arriba, habría pensado que había perdido definitivamente la cordura y no que había sido testigo de una aparición divina.

Además, estaba bastante segura de que no oiría nada agradable si Dios, contra todo pronóstico, se rebajara a hablar con ella.

El Dios con el que ella se había criado nunca había pretendido ganar ningún concurso de popularidad. Si la gente pensaba que ella, Caroline, era dura, debería conocer a su Dios.

También estaba bastante convencida de que Él no le leía el pensamiento. Al menos después de la novela erótica gay cruzaba los dedos para que así fuera. Por alguna razón, no podía dejar de leer aquel relato del chico solitario.

En su propia defensa, se había dicho que la historia era de lo más platónica, pero el Dios con el que ella había crecido no se alegraría mucho más por eso.

No eran más que un chico solitario y un amor prohibido en una ciudad de provincias. Ni siquiera un beso hasta la página 178 (Caroline no reconocería nunca, ni siquiera a sí misma, que su primer pensamiento había sido: qué cosa más floja).

«Seguro que Dios tiene muchas prioridades antes que hacerte un marcaje individual a ti», se dijo a medio camino entre la amonestación y el consuelo. Pero daba igual. Intentaba mantener un pensamiento respetuoso y, sobre todo, apartarlo de los libros. También procuraba esmerarse con las mayúsculas. Por si acaso.

Sin embargo, las iglesias tenían algo que siempre animaba a tener conversaciones con Dios. Independientemente de si Él la escuchaba a una o no. Caroline se encogió de hombros. Al menos en aquel momento no le estaba contestando.

Cuando hubo hecho todo lo que se le ocurría en la iglesia, y tras dar una última ronda extra e inútil solo para alargar un poco la tarea, salió por la puerta de atrás y cerró con llave. Debería ir a casa y hacer algo, aún no sabía el qué, pero siempre había cosas que hacer. A pesar de ello, dio la vuelta a la iglesia y vaciló ante los banquitos del único intento de parque que había en Broken Wheel.

Consistía en cuatro abedules delgaduchos que se erguían sobre una parcelita de césped accidentada. Junto a los bancos había dos cerezos pequeños que ya se habían vuelto de color rojo intenso. Siempre la hacían pensar en los niños, ansiosos de salir corriendo los primeros en cualquier estación del año. Los abedules aún tenían un color levemente amostazado.

Hacía un día tan espléndido que Caroline no pudo dejar de sentarse en uno de los bancos. Iba bien preparada para el fresco otoñal, con abrigo, bufanda y guantes, y mientras permaneció allí sentada, se esforzó por no mostrar demasiado lo mucho que estaba disfrutando de la tarde.

Nunca era buena idea sorprender a los habitantes de la ciudad con ataques atípicos de humor exuberante, pero era complicado, desde luego que sí, mantenerse sería un día tan magnífico como aquel.

Era el aire. Los días de otoño tan claros y fríos como aquel tenían algo de purificadores, al menos cuando una era lo bastante sensata como para abrigarse bien. Cuando exhalaba el aire, su aliento creaba nubecillas de vaho por primera vez aquel año.

Quizá fuera por lo hermoso del día, pero su cabeza volvía siempre al chico de la historia, y Caroline veía su romance con el otro hombre con algo que se parecía mucho a una indulgencia enternecida.

Había algo en la novela que no le permitía soltarla. Tal vez fuese la sensación de estar siendo observado siempre. Como si todo lo que hacían —cada mirada, el menor roce— fuera analizado, categorizado y juzgado. Muchas personas podían emborracharse, hacerse cosas mucho peores las unas a las otras, incluso parir niños a raudales, sin que en realidad nadie se fijara en ello. Mientras que en el caso de otras personas... era como si una simple mirada fuera suficiente para que la gente comenzara a hablar.

A decir verdad, después de aquel verano de sus diecisiete sí que había habido un hombre que se había interesado por ella. No se habían visto lo bastante a menudo como para que ella se enamorara, pero él la había acompañado a casa alguna vez después de la iglesia. No en ese sentido. La había acompañado hasta la puerta. Le había sonreído, quizá, aunque ella no le hubiera devuelto el gesto. Ni siquiera la había cogido de la mano.

Pero había sido suficiente. La gente había hablado y se había reído, y en un abrir y cerrar de ojos ella ya había puesto punto final al asunto.

Caroline se preguntaba si lo que sentía en aquel momento no sería arrepentimiento, o si sería pura curiosidad hipotética. Una mínima sensación de «y

si» que de alguna manera iba calando en ella con el aire frío del otoño.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que ni siquiera se percató del hombre que se había sentado a su lado hasta que este se volvió, le sonrió y dijo:

—Espero que no te importe que te haga un poco de compañía.

Quizá una parte del buen humor de Caroline hubiera logrado salir a la superficie, porque el hombre no mostraba ningún indicio de duda ni de disculpa. Le sonrió a Caroline con la misma intensidad que el día que los envolvía. Las comisuras de la mujer se elevaron sutilmente y él asintió con la cabeza como si ella estuviera riendo a pleno pulmón.

—Te he visto desde la calle —dijo él.

Ella arqueó un poco las cejas, pero no dijo nada.

—También te vi en la librería hace unos días.

La primera reacción de Caroline fue quedarse de piedra. Por dentro se debatía entre atacar y huir, pero él la miró como si lo que acababa de decir no fuera ninguna indirecta. Como si pensara que ella solo había comprado libros.

«Que es justo lo que hiciste, Caroline», se recordó a sí misma.

«Sí, sí», decía otra vocecilla de forma irremediable.

Entonces se planteó si las gafas de sol habían sido realmente una buena idea. Podían parecer un poco sospechosas, a finales de septiembre.

—Un día bonito —se animó a decir para cambiar de tema. Solo para asegurarse.

Él asintió y siguió paseando la mirada a su alrededor con calma.

De vez en cuando abría y cerraba las manos, despacio, probablemente sin ser consciente de ello. Tenía unas manos bonitas. Dedos largos. No llevaba guantes, pero claro, era joven.

—Es una ciudad bonita —dijo de pronto.

Ella lo miró sorprendida. Enfrente tenían la callejuela que llevaba a la calle principal. A ambos lados no había más que casuchas anodinas y destartadas, con bajos vacíos que una vez fueron comercios. La calle principal no era mucho más impresionante. Desde donde estaban se veía un trocito bajo los rayos fríos del sol. Una parte de la librería y un resquicio de la ferretería, con un árbol entre medio, aquello era todo.

Pero él parecía serio y sincero. Ella asintió tras pensarlo mejor. Le pareció raro no planteárselo más a menudo.

—Sí —contestó, al cabo de un rato—. ¿No eres de aquí?

—De Hope.

—Ah —dijo Caroline.

Él esbozó una rápida y transparente sonrisa ante el tono de la mujer.

—Exacto —dijo, se volvió para mirarla y le tendió la mano para presentarse. Caroline la notó caliente y firme bajo los guantes—. Josh —dijo.

—Caroline.

Después él se quedó callado, pero no se trataba de un silencio incómodo. Muy

poca gente era lo bastante sensata como para apreciar el silencio, pensó Caroline, si bien en aquel momento sus engañosas cavilaciones lo estaban aprovechando para saltar de un fracaso personal al otro.

Quizá fuese el día. Los días como aquel invitaban a la reflexión, que en el caso de Caroline casi siempre implicaba un autoanálisis. Estaba pensando en el compromiso de Sara y lo que podía ser el detonante de que se le hubiera ocurrido aquella idea.

Pero sabía por qué lo había hecho. La mirada de los ojos de Sara cuando le había preguntado si iba a volver a casa, justo antes de que la chica le diera la espalda. No era desilusión, solo una especie de valentía desesperada, como si estuviera decidida a no permitir que nadie viera cuántas ganas tenía de quedarse. Caroline respetaba aquel tipo de abnegación. Ella misma la había sentido algunas veces, aunque se le daba bastante mejor disimularla.

¿Era aquella una de esas situaciones en las que su madre y las mujeres de su alrededor se habrían decidido a ayudar a Sara? ¿O se habrían escaqueado y se habrían puesto a chismorrear?

Difícil de decir. Caroline sospechaba que a veces ni ellas mismas habían sabido qué era lo que debían hacer.

Caroline se asombró al oírse a sí misma decir:

—¿Sabes? La vida sería mucho más fácil si no fuera por las personas.

Él se rio.

—Las hay simpáticas.

—Puede ser. —Él debió de percibir la duda en su voz, porque volvió a reírse—. Las personas están sobrevaloradas —continuó Caroline—. Creo que podría arreglármelas para hacer las cosas bastante bien si no fuera por ellas.

—Aún tendrías que lidiar contigo misma —dijo él sonriendo.

Ella no era el problema. Llevaba décadas llevando las riendas de sí misma.

—Solo es cuestión de disciplina —respondió reacia.

«Pero lo del casorio es culpa tuya, Caroline —se recordó a sí misma—. Fuiste tú la que sacó a relucir la idea de Jen delante del abogado.» Hizo una mueca. Por suerte, el hombre no se dio cuenta. Caroline no tenía la menor intención de reconocer su última debilidad ante nadie, y menos ante un desconocido.

—¿Tú nunca dudas de ti misma? —quiso saber él.

La pregunta pareció sincera, como si por algún motivo al hombre le importara su respuesta. Una nueva experiencia.

—Dudar de uno mismo es una auténtica pérdida de tiempo. Al mínimo error que cometes, alguien te lo echará en cara. —Luego añadió sonriendo—: Probablemente, alguien como yo.

Él se echó a reír.

—O sea, que hasta que me digas que he hecho algo mal no tengo por qué preocuparme. Muy práctico. Mi brújula moral particular. ¿Sirve solo para cuestiones éticas o también para otras elecciones en la vida?

Ella lo miró de reojo para ver si le estaba tomando el pelo, pero él parecía totalmente relajado, como si disfrutara del día y de la conversación. Caroline soltó una risotada profunda, sincera e involuntaria antes de que le diera tiempo a contenerla.

—Si yo fuera tú —dijo ella—, no me fiaría de mis opiniones.

Él volvió a sonreír, ya más seguro de sí mismo.

—Ya es demasiado tarde para echarse atrás. Confío plenamente en ti. La cuestión es si tengo que preguntarte antes de hacer algo o si basta con que venga después. Para que me des la absolución.

—Si yo fuera tú tampoco acudiría a mí para recibir el perdón. Nunca se me ha dado demasiado bien. —La gente contaba demasiado con el perdón. Caroline creía en la confesión y el arrepentimiento, sin duda; en el perdón de los pecados, quizá; pero a menudo la gente se saltaba el arrepentimiento, la expiación y la mejora y lo apostaban todo a que la Iglesia y todos los demás pusieran la otra mejilla.

Desde su punto de vista, las personas no se volvían mejores a base de mimarlas.

Él la miró casi examinándola, como si estuviera sopesando lo que acababa de decir. Luego se encogió de hombros.

—A nadie se le da bien perdonar. En la práctica, no.

Por una vez, Caroline no supo qué decir. Tenía la sensación de que hacía años que no mantenía una conversación sincera con nadie. Las palabras de aquel hombre parecían mucho más maduras que las propias de un hombre de su edad.

Ella negó con la cabeza para sí misma y dijo:

—¿Quién sabe? Puede que contigo haga una excepción. Pero nada de pecados capitales.

—Creo que ni me acuerdo de cuáles son.

Estaba a punto de soltarle la lista cuando vio la sonrisa de sus labios. Caroline se rio y volvió a negar con la cabeza, en aquella ocasión por él.

—Andy me ha pedido que le eche una mano para el baile del sábado —comentó él.

Caroline no dijo nada al respecto, pero tampoco aquella vez se trató de un silencio incómodo.

—Como esperan tanta gente...

Al ver que ella seguía sin decir nada, él continuó, más dubitativo:

—Me puse en contacto con ellos. Para... conocer a otros.

—Qué bien —repuso ella. Fue lo único que se le ocurrió.

El joven pareció tan agradecido por el comentario que Caroline de pronto deseó haber dicho algo para merecérselo. Entonces pensó en el chico del libro y se planteó que quizá lo que no había dicho fuese, precisamente, lo importante.

Se arregló la bufanda y el abrigo, pero decidió seguir un ratito sentada. Lo miró de reojo. Ella no era de esas que se lanzan al cotilleo. Por una vez en la vida, no se entrometería.

—¿Te vas? —preguntó él.

Caroline estiró un poco la espalda y él interpretó mal el gesto y se levantó.

—Ha sido un placer —aseguró.

Luego comenzó a alejarse despacio mientras ella se quedaba sentada en el banco. Antes de desaparecer por la calle principal se volvió, pero a contraluz Caroline ya no pudo ver la expresión de su cara.

—Espero que vengas el sábado —dijo—. Si lo haces, prometo prepararte una buena copa.

Ella lo miró fijamente mientras se alejaba; se sentía como si se le hubiera comido la lengua el gato.

Seguía allí sentada. ¿Iba a ir? Hasta aquel momento ni siquiera se le había pasado la posibilidad por la cabeza, cosa que tampoco era normal. Iban a pedirle la mano a Sara, y parte de la responsabilidad de la desagradable sorpresa era suya —más de la que le habría gustado—, así que escaquearse de las consecuencias de la impulsiva idea no le parecía lo más correcto.

Por otro lado, tampoco le parecía correcto participar en lo que, con la máxima seguridad, acabaría siendo una orgía de alcohol y obscenidad.

—Inmoral —dijo para tantearse. Notó que no estaba a la altura de su severidad habitual.

De todos modos, una cosa estaba clarísima: no se tomaría ninguna copa.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 14 de abril de 2011

¿Sabes, Sara?:

A veces te imagino aquí, en Broken Wheel, como en una tira de instantáneas pequeñas y con mucha luz. Puede que suene atrevido, pero es lo que pasa cuando los viejos nos ponemos a hablar de historia. Es muy fácil pasar a formar parte de ella. A lo mejor es porque gran parte de ella, de la historia, quiero decir, solo existe dentro de mí. Y se me antoja un alivio sentir que ahora también está en ti. Pero yo de ti no me encariñaría demasiado con ella. Es peligroso quedarse atrapado en los recuerdos de otra persona. Espero que sepas que yo nunca me he lamentado de hacerme mayor, pero hoy sí lo siento un poquito. No es solo el hecho de tener mucho menos futuro por delante, sino también el de que pierdes muchas cosas de tu propia historia de una muerte en otra. Lo veo en otros ancianos de por aquí, en cómo sus vidas ahora solo giran en torno a fechas de defunción. Maridos, amigos e incluso hijos. «Mi marido murió hace nueve años», «Hace siete años que murió mi hijo».

Supongo que yo tengo suerte de que mis muchachos todavía sigan vivos. Pero a veces me da la sensación de que todos, toda la ciudad, estuvieran atrapados en un círculo similar en el que todo lo que va a ser ya ha sido. Y entonces me consuelo imaginándote a ti por aquí. No puedo decirte exactamente en qué época del año te veo, en mi cerebro estás curiosamente mezclada con toda mi vida. Quizá estés vendiendo Biblias con Caroline, o repartiendo libros con la señorita Annie, o charlando con mi John.

Con cariño,

Amy

El libro de los libros

¿Cómo? ¿Cómo se había dejado convencer para aquello?

Sara estaba frente al espejo de su habitación observando deprimida su propia imagen. Su cara tenía la expresión de alguien que ha tenido que soportar demasiado como para sufrir con aguante silencioso. Parecía una mezcla entre una niña enfadada y una adolescente destrozada.

Estaba segura de que muchas otras personas antes que ella habían sentido lo mismo al verse a sí mismos disfrazados de algún producto estrambótico que tuvieran que vender en un mercadillo o en un centro comercial. ¿No era así como se ganaban la vida los actores? Así era si había que hacer caso a lo que salía en las películas y en las series sobre gente que quería serlo. ¿No se disfrazaban de tomate y pollo para salir cantando en anuncios si tenían la suerte a favor y en mercadillos y centros comerciales si la tenían en contra?

La diferencia residía en que ella no quería ser actriz. Y en que los otros habían cobrado. Y en que se habían disfrazado de algo inofensivo. Ella iba disfrazada de libro. Y no solo de libro. Sino del libro de los libros.

¿Cómo había acabado así?

Los libros no debían ser humillados de aquella manera, como un actor de tercera cualquiera. Tenían que ser dignos, puertas mágicas al misterio, a la intriga, al amor. No una vía de acceso sin encanto a su ropa interior.

Aunque nadie que la descubriera con aquella indumentaria podría tener el menor interés en verle las bragas. Había que estar perdidamente enamorado para tener ganas de algo así. Había que estar loco.

Jen se encontraba entusiasmada. La librería permanecería abierta, como de costumbre, en lugar de tener un puesto propio, ya que el mercadillo iba a montarse en la misma calle. Pero había que hacer algo para darle un toque festivo añadido.

—«El libro de los libros» —había bautizado su idea con orgullo prominente—. ¡Y la gente se te podrá acercar para preguntarte por los libros!

Eso también podrían hacerlo si Sara llevaba su ropa normal, había señalado ella. Incluso se había mostrado dispuesta a ceder tanto como para ponerse una camiseta especial, pero a Jen no le había gustado aquel nivel de compromiso.

—¿Una camiseta cuando puedo coserte un traje esplendoroso? Ni siquiera te supone trabajo extra porque te lo hago yo todo. Pero no porque me sobre el tiempo, con dos críos y todos los preparativos para el mercadillo, sino porque me preocupo por esta ciudad.

—Yo también me preocupo por la ciudad —protestó Sara tímidamente.

Pero debía de haber otras formas de mostrar su amor que no fueran disfrazarse de libro.

Por lo visto, la respuesta era no. Así que allí estaba plantada, dispuesta a ponerse en ridículo por amor, igual que habían hecho tantísimas personas antes que ella.

El traje no era favorecedor.

Jen había tenido la visión de una tela blanca y lacia con una estructura de acero sobre los hombros a modo de lomo de libro y con bonitas letras doradas como las de un volumen antiguo. Pero octubre había llegado con frío, así que Jen había tenido que pasarse a la franela e incluso permitir que Sara llevara pantalones vaqueros debajo.

La joven pensaba en sus expectativas de volver a ver a Tom por primera vez desde aquella tarde en el sofá de su casa. Creía que estaría relajada y natural, por supuesto, pero también más guapa de alguna forma misteriosa.

Eran las once. El mercadillo empezaba a las doce. En cualquier momento George pasaría a recogerla, y ella con aquella pinta de espantapájaros excepcionalmente culto. No había otra forma de expresarlo.

Y hacía un día radiante, solo para fastidiarla. El verano había vuelto por un día, con vientecillos suaves y un sol que ya estaba calentando. Sara se imaginó una multitud de gente asomando la cabeza para ver el sol y pensando en que era un día perfecto para ir a un mercadillo. Pero ella se veía en el espejo y se imaginaba un día de humillación pública.

Apoyó la cabeza contra el cristal y cerró los ojos. Volvería a ver a Tom disfrazada de libro.

El asfalto de Broken Wheel nunca había tenido una apariencia tan acogedora. Banderolas con gallardetes de colores colgaban de un lado al otro de la calle, y juntas conformaban la bandera estadounidense. La calzada era tan ancha que se combaban un poco en el centro, pero todo el mundo estaba de acuerdo en que aun así quedaban de lo más bonito. Los puestos estaban repartidos por la calle principal, pero anclados al suelo por si los vientos de Iowa decidían presentarse en algún momento. Conseguían que, al menos por un día, la calle principal tuviera el tamaño perfecto.

Grace vendía sus bizcochos caseros y solo parecía un poco incómoda. Había colgado un cartel de aviso: «Advertencia: pueden provocar dolor de cabeza». Caroline lo estaba arrancando. Las protestas de Grace eran más bien débiles, probablemente porque nunca había terminado de creerse que se le permitiera poner el cartel.

Había un puesto que vendía objetos decorativos y vajillas de porcelana incompletas pero pintadas a mano. Otro vendía cojines bordados y jerséis, guantes y gorros de punto de colores vivos y especialmente indicados para las gélidas ventoleras de otoño.

La mayoría de los habitantes de Broken Wheel ya estaba allí. Sara hizo un intento de entrar a toda prisa en la librería para posponer un poco más su humillación, pero Grace se lo impidió. Había pensado en ir con ropa de calle y cambiarse en la librería, pero al final había considerado que no le daría tiempo. Así que se había sentado medio de lado en el coche para que entrara la estructura de hombros, y había llegado el momento de enfrentarse a todo el mundo sin haber podido prepararse en absoluto.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó Grace, y se rio a carcajada limpia con la explicación de Sara.

Jen fue a rescatarla y desarrolló la idea, pero como consuelo no servía de mucho, porque no era Jen la que estaba obligada a parecer un espantapájaros literato.

Una publicidad andante de libros, quizá, pero también una protección móvil contra los cuervos.

Sara sospechaba que como protección era igual de efectiva contra los hombres. Por suerte, Tom aún no había llegado. «A lo mejor se ha puesto enfermo», pensó con un resquicio de esperanza.

Poco a poco iban llegando coches y la gente bajaba de ellos como ejércitos dispuestos a tomar la ciudad por un día. Familias con niños inquietos y padres expectantes. Jóvenes que desde el primer momento buscaban una posición estratégica al margen de todo el evento y que, por alguna razón genética, habían encontrado en cuestión de segundos los banquitos rotos del parque. Solteros y solteras repartidos en grupos ruidosos. Dos parejas de ancianos cuyos hombres se habían puesto cerca de las cosas que podían comerse y cuyas mujeres inspeccionaban las vajillas incompletas mientras emitían sonidos guturales. Todo Broken Wheel estaba allí, y mucha gente que procedía de Hope.

A la mayoría, el libro de los libros no les resultaba nada raro una vez se les había aclarado qué era lo que Sara representaba. Aquello la fascinó, aunque llegó a la conclusión de que debían de estar acostumbrados a los pollos rellenos y cosas por el estilo. Intentó no abandonar la seguridad de la librería, pero pronto se vio superada por la curiosidad que le generaba el mercadillo.

—Vente un rato con nosotros —le dijo Grace—. Así no se nos acercarán los pájaros.

El bullicio de la gente inundaba toda la calle.

—¿De dónde han salido todas estas personas? —preguntó Sara. Le costaba creer que en Broken Wheel viviera tanta gente.

Grace se encogió de hombros.

—Esto es Iowa. Puede que haya varios kilómetros entre uno y otro vecino, pero eso no significa que no corra la voz.

Sara oteó la muchedumbre en busca de Tom, pero no lo vio por ninguna parte. Se relajó. Hacía un día bonito. Si podía ahorrarse verlo antes de quitarse el disfraz, incluso podría llegar a ser un día perfecto.

Andy estaba por allí haciendo publicidad del baile. En el mercadillo no se servía alcohol («No queremos alimentar la inmoralidad», según Caroline. «No queremos que la gente se emborrache hasta que llegue al bar», según Andy. Sin embargo, dada la cantidad de petacas que Sara había contabilizado hasta el momento, ambos estaban condenados a la decepción).

—Bueno —dijo él—, ¿vas a llevar ese... atuendo al baile de esta noche?

—Claro que no —contestó Claire por ella. Estaba ayudando a Grace en el puesto

de bizcochos.

—¿Por qué no? —preguntó una voz detrás de Sara—. Te queda muy bien. Por cierto, ¿qué se supone que representas?

Tom le guiñó un ojo y le dio un beso a Claire en la mejilla.

—Soy un libro —respondió Sara con tono lúgubre.

Él consiguió no reírse, pero las ganas le salían a borbotones por los ojos.

—Supongo que podría haber sido peor —continuó Sara, quien, desde luego, no pensaba así—. Podrían haberme enterrado bajo una montaña de libros... O haberme metido en un libro gigante de plástico... La reina de los libros, quizá, en un trono de libros y con una tiara... Haberme pegado los libros con cola... Obligarme a salir desnuda con solo unos pocos libros elegidos para taparme.

Podría haber seguido poniendo ejemplos de catástrofes peores, pero Tom ya no parecía estar escuchándola. Sara perdió el hilo de lo que estaba diciendo en cuanto vio la expresión de sus ojos.

Para Caroline el mercadillo estaba siendo un éxito tan rotundo que la hizo recuperar la seguridad que había perdido a raíz de la erótica gay. Contemplaba la escena que tenía delante con merecida satisfacción. Incluso Grace, comprobó, estaba comportándose correctamente.

El hombre del banco del parque se colocó a su lado. Caroline notó que se alegraba de volver a verlo, y aquello le resultó muy inesperado y potencialmente incómodo.

—Un día fantástico —comentó él y, para horror suyo, Caroline se descubrió a sí misma sonriendo. «Compórtate, Caroline», pensó. Por alguna razón, de pronto se imaginó un coche de la marca Buick.

—Hemos tenido suerte con el tiempo —concedió ella. Un tema de conversación seguro.

Él no se dio ninguna prisa en alejarse. Caroline se dijo que aquello no significaba nada. Ya se daría cuenta de que había personas más divertidas en la ciudad y pasaría a reírse a sus espaldas en lugar de sonreírle a la cara. «Y eso, Caroline —se dijo a sí misma e irguió la espalda—, no tardará en pasar.»

—¿Vendrás esta noche? —preguntó él.

¡Cásate con nosotros!

—Ahora es cuando empezarán a pasar cosas —anunció Andy sin dirigirse a nadie en concreto.

No tenían nada que hacer. Ya lo habían preparado todo. The Square estaba a punto. Sería un baile que daría mucho que hablar. Correría el alcohol, sonaría la música y sucederían un montón de cosas.

El bar nunca había tenido mejor aspecto, su Carl seguía tan guapo como siempre y su ayudante, Josh, parecía aprender con rapidez. El baile era su gran triunfo, su mejor proyecto hasta la fecha. Aunque la pedida de mano también era importante, sin duda.

Jen y su marido fueron los primeros de Broken Wheel en llegar. El hombre parecía resignado pero relajado, llevaba una americana beis que, con total seguridad, le había escogido su mujer y que le iba media talla pequeña. Jen iba de lo más festiva con un discreto vestido negro de un tejido grueso y tieso que la hacía parecer un poco rectangular.

—¿Somos los primeros? —preguntó ella.

No era del todo así. Ya había algunos clientes que provenían de más lejos y que estaban tomando cerveza y whisky en la mesa del fondo. Jen se inclinó sobre la barra y le susurró teatralmente a Andy:

—¿Y la pancarta? ¿Está todo listo?

Él asintió.

—Estamos preparados.

En aquel momento entró Tom, seguido de cerca por Claire y George. Aquello puso punto final a la conversación.

A diferencia de los clientes forasteros, los de Broken Wheel se reunieron en torno a la barra y se quedaron allí un poco rígidos, presumidos, con el aspecto de un grupo de gente que raras veces se viste para la ocasión. Grace rompió con la petulancia de forma desenfadada al comportarse como si estuviera totalmente liberada de ella. Se había puesto una camisa limpia y recién planchada y se comportaba como si se planchase las camisas todos los días. Se sentó en una de las sillas vacías de la barra y pidió un whisky antes de molestarse siquiera en saludar a los demás.

—¿Aún no ha llegado Sara? —preguntó—. Podrán decirse muchas cosas de ella, pero lo que está claro es que consigue que haya movimiento.

—No lo dices en serio —dijo Tom secamente.

Andy y Jen intercambiaron una mirada fugaz.

—Una mujer de bandera, esa Sara. —Grace negó con la cabeza y se rio como de una broma divertida—. Por no hablar de Idgie. Invitar a alcohol a los vagabundos, ¿eh?, antes de comer. Y elefantes y qué sé yo.

Continuó sin preocuparse por las miradas desconcertadas.

—La otra mujer también se vuelve de lo más dura cuando empieza con sus

fantasías de matar a hombres. Towanda, ¿eh?

Al ver que los demás seguían mirándola perplejos, Grace extendió los brazos.

—*¡Tomates verdes fritos!* Un libro sobre las mujeres duras de este país. Se conoce los libros, esa Sara. Creo que no ha existido nunca una mujer más dura que Idgie Threadgoode. Quizá mi abuela, como única excepción, claro. —Luego, añadió en honor a la justicia—: Aunque ni siquiera mi abuela sabría qué hacer con un elefante. Que yo sepa, claro.

Aquello avivó un leve recuerdo en la memoria de Andy.

—¿Eso no era una película? —dijo.

Grace negó con la cabeza.

—Una peli. Sí, gracias. Pero supongo que no todos pueden ser tan cultos como Sara y yo.

Por algún motivo que Tom no acababa de entender, todos sacaban a Sara a relucir una y otra vez en todas las conversaciones. «Como si no pudieran pasar una tarde sin hablar de ella», pensó.

Pero había algo conmovedor en la forma en que todos parecían esperarla. Cada vez que se abría la puerta, alguien miraba hacia allí y, cada vez que no era ella la que entraba, apartaban la mirada.

Sara llevaba allí un mes y medio y ellos se comportaban como si llevara toda la vida en Broken Wheel. Como si siempre fuera a estar allí, con su librería, entre gente que, si alguna vez cogía un libro, sería más para golpear a alguien en la cabeza que para leerlo.

Tom sonrió sin querer.

Durante un momento le costó imaginarse la calle principal sin la librería, pero se dijo a sí mismo que solo tendría que acostumbrarse. Con el tiempo, pasaría página y todo volvería a la normalidad.

Le dio un trago a su cerveza y se obligó a sonreír a Jen, que no paraba de darle a la lengua a su lado. Tom no se molestó en intentar entender lo que decía. Algo sobre elefantes.

Lo mejor sería que pudiese evitarla hasta que se marchara a casa. Sabía que había sido un error hablar con ella en el mercadillo, pero ¿cómo no iba a hacerlo si se había presentado disfrazada de libro?

Con que dejara de mencionar su cuerpo desnudo, Tom podría ignorarla sin problema desde ya. Saludarla rápidamente para demostrar que era una persona educada y luego mantenerse a distancia el resto de la noche. Le dio la espalda a la puerta y continuó charlando sin mucho interés con Jen.

Pero cuando Sara entró finalmente por la puerta, Tom no pudo evitar mirar hacia allí.

La vio adulta y sorprendentemente guapa. Se había puesto un sencillo vestido de tirantes anchos y con un escote cuadrado lo bastante abierto para ser festivo pero no

tanto como para resultar demasiado atrevido. El vestido se le abría un poco en las caderas y seguía bajando hasta llegar casi a las rodillas. El color amarillo intenso hacía que su pelo pareciera más oscuro, casi negro, y sus ojos incluso más grandes de lo que Tom recordaba. El corte de la tela ponía de relieve la delgadez de su cuerpo, y cuando caminaba parecía grácil, segura de sí misma e irritantemente sexy. El vestido absorbió la luz tenue del local e hizo que sus brazos y la piel pálida de sus clavículas brillaran de pronto.

«Tú solo evítala», se dijo, aunque sin poder quitarle los ojos de encima. Iba a volver a Suecia y aquello, pensó, no tardaría en suceder. Hizo el cálculo mental. Dos semanas como máximo, quizá. Después todo volvería a ser como antes.

La calidez y amabilidad de las personas de Broken Wheel la sorprendió en cuanto entró en el local. Le dieron la bienvenida con amplias sonrisas y haciéndole gestos para que se acercara, como si la hubiesen estado esperando. Más aún, como si se hubieran dado cuenta de que todavía no había llegado. Era una experiencia totalmente nueva para ella.

Al final, paseó la mirada en busca de Tom como por acto reflejo. Cuando se topó con la de él, el joven la apartó enseguida. Sara incluso habría jurado que lo había visto hacer una mueca. Aquello le dijo más de lo que quería saber. La sonrisa de sus labios se esfumó, pero dejó que Jen y Grace la arrastraran hasta la barra y saludó discretamente a Josh, que estaba al otro lado. La gente la rodeaba para saludarla y se reía con ella como si llevara años viviendo en la ciudad.

Excepto Tom, que le dedicó un gesto rígido con la cabeza y después se desplazó en dirección contraria mientras se reía de algo que había dicho Claire.

Sara se obligó a sí misma a no mirarlo. Como para fastidiarla, se había puesto una camisa blanca que le marcaba los hombros y que caía, frustrantemente planchada, por delante de una barriga plana y unas caderas musculosas mal disimuladas por los vaqueros... Sara volvió a apartar la mirada.

Recordó más la primera que la segunda parte del momento que compartieron en el sofá, y renunció a sus sueños tan rápido que más bien pareció que nunca había llegado a creer en ellos. Añoró un tiempo en el que él también lo hubiera olvidado todo para no tener que evitarla.

La música y el baile ya estaban en pleno auge. La mayoría de los brokenwheelianos se mantenía aún cerca de la barra, pero más allá se apretujaba la gente del mercadillo y una gran parte de las mujeres de la fiesta improvisada. No se habían molestado en aparecer por el mercadillo, pero no cabía ninguna duda de que en aquel momento estaban de lo más presentes. Andy y Jen no paraban de intercambiar miradas, pero Sara tenía tantas otras cosas en la cabeza que solo se percató de soslayo.

No estaba enamorada de Tom.

Solo quería mantener su amistad, tal como era en aquel instante. La amistad que

lo había llevado a pasarse por la librería de vez en cuando y a reírse de sus lecturas.

Así que Sara ignoró por completo la parte de ella —entonces situada en algún lugar cerca del plexo solar— que tenía constantemente controlada la ubicación exacta de Tom en la sala.

Solo había sido un... beso, o algo. Cosas que pasan. Incluso entre amigos. Una está en un sofá con alguien, se desconcentra y de pronto está ahí tumbada con la otra persona encima.

«Un accidente», pensó Sara. No era como para tomárselo tan en serio. Lo superarían, incluso olvidarían que había pasado, o quizá incluso se reirían juntos de ello. «Jajá, qué locura, quién se habría imaginado que de pronto iba a tenerte encima de aquella manera.» Y luego podrían volver a ser amigos.

Fácil.

Sara no diría ni una palabra de la tarde en el sofá, y esperaba que Tom tampoco lo hiciera. Poco a poco las cosas volverían a la normalidad.

Aun así, unos minutos más tarde fue ella la que estuvo peligrosamente a punto de mencionarlo.

Acababa de dejar a Grace para acercarse a George, y llevaba suficiente tiempo relajada como para no fijarse en que justo en aquel momento Tom se estaba acercando a Claire. De pronto los dos se vieron envueltos en un cuarteto incómodo. Sara no tardó en mirar fijamente a George, pero no sin antes intuir media sonrisa en los ojos de Tom.

Aquello era demasiado. No había hablado con él en toda la tarde. Ni siquiera lo había visto en la última hora. Y de repente le había lanzado una sola mirada —¡una sola!—, inconsciente, solo para no chocar con él, y él tenía la insolencia de sonreírle, como si se pensara que se había acercado expresamente para acabar cerca de él.

Sara se enderezó. Comenzaban a saltarle chispas de los ojos. Se volvió hacia Tom dispuesta a...

La música se detuvo.

De pronto la chica se vio iluminada por un foco. Una pancarta apareció detrás de la barra como por arte de magia. Cubría todo el lateral.

En una vieja sábana blanca, con letras grandes hechas a mano con pintura roja, ponía algo incomprensible: «¡Cásate con nosotros!».

El consuelo de Cándido

Sara parecía un corzo atrapado por los faros de un coche.

Caroline apretó sin querer la copa de brebaje rosa que tenía en la mano mientras oía a Andy hacer un intento de explicar el excéntrico plan. Y durante un breve instante pareció que todo fuera a funcionar. Sara sonrió, primero insegura y dubitativa, y luego de forma cada vez más cegadora. Sus ojos brillaban con algo que podía ser agradecimiento. Volvió la cabeza para incluirlos a todos en su sonrisa.

Transmitía una alegría tan pura y transparente tanto con la sonrisa como con la mirada que Caroline tuvo que parpadear, perpleja, y apenas pudo devolverle la sonrisa.

Andy y Jen seguían explicando el trasfondo de la cuestión, pero Caroline sabía que nadie prestaba mucha atención a lo que estaban diciendo por lo intensa que era la mirada de Sara. «Tiene mérito —le dio tiempo a pensar antes de que todo se fuera al carajo— haberle provocado una mirada así, y una sonrisa así, a otra persona.»

Después, Caroline fue la única que se percató del cambio en los sentimientos de Sara, quizá porque a aquellas alturas era la única que estaba más o menos sobria.

Era cierto que Sara estaba feliz. Era una idea tan loca y rara que no podía dejar de reír, y además estaba emocionada. Era una manera de demostrarle que la querían, ella lo sabía, una especie de gesto grandilocuente de despedida. Independientemente de lo que pasara, aquella pancarta era una señal de que allí había estado en casa.

Andy y Jen seguían a lo suyo:

—Pero claro, las ciudades en sí no pueden casarse —señaló Jen, y Sara soltó una risotada—. Así que hemos decidido designar un... Bueno, un representante.

—Un representante —corroboró Andy animado—. Hemos decidido sacrificar... designar a Tom.

—Un matrimonio puramente de conveniencia, claro —apuntilló Jen, y Sara asintió con la cabeza.

Por supuesto. No tardó en lanzarle una mirada a Tom, llena de humor y risa, olvidándose durante un segundo de todas sus intenciones de ignorarlo, dejándose llevar por la necesidad de compartir el momento con alguien. Fue entonces cuando tomó conciencia de la expresión de su cara.

Se mostraba totalmente impávido, excepto por una sonrisa tiesa y forzada y una mirada fría, casi airada. Dos manchas rojas de rabia le nacían por encima del cuello y se le iban extendiendo por las mejillas. Como también sonreía, nadie excepto Caroline y Sara notaron la mirada de sus ojos. La joven tragó saliva.

Entonces el foco desapareció, la música arrancó de nuevo y todo el mundo se agolpó a su alrededor. Sara buscaba a Tom para ver si solo se había imaginado su expresión, pero a su lado aparecían constantemente nuevas personas que la apartaban de él. Ella respondía con timidez y casi sin darse cuenta a todo lo que le decía la

gente. Cuando por fin lo encontró, Tom había huido hasta la barra, donde Carl le estaba sirviendo un whisky. Se lo tomó demasiado rápido.

Sara se dijo a sí misma que le daba igual. Era su compromiso. Ellos la querían.

Les gustaba lo suficiente como para que se inventaran toda aquella locura de historia sobre un matrimonio de conveniencia, así que tenía toda la intención de disfrutarlo.

Se puso a reír y a sonreír y procuró mantener la cabeza erguida mientras, poco a poco, se paseaba por el local. Gente a la que apenas conocía y gente a la que nunca había visto le daba palmaditas en el hombro, y más de una mujer con sombrero de cowboy la atrapó en un abrazo de oso.

—¿Significa eso que el tío del bar ya está libre? —le preguntó una de ellas, pero Sara no necesitó inventarse ninguna respuesta. Otra mujer que se había abierto paso a codazos hasta ella para felicitarla le había golpeado la espalda tan fuerte que durante un segundo se había quedado sin habla.

Ignoraba continua y conscientemente la figura rígida de Tom en la barra.

Maldito Tom.

Cuando ya no hubo más forma de evitarlo, se acercó a él.

—Qué historia más descabellada —dijo sonriendo. «A ver si con eso se relaja un poco», pensó.

Él miró a su alrededor, probablemente para asegurarse de que nadie lo escuchaba. Carl estaba ocupado en la otra punta de la barra, y la música estaba tan alta que no podía oírse nada de lo que decían las personas que tenían al lado, pero aun así Tom bajó la voz:

—Supongo que debería felicitarte. O mejor dicho, felicitarnos.

Su voz estaba teñida de un desprecio tan injusto que Sara no pudo evitar responder:

—Por lo que veo, no cabe la menor duda de que eres el hombre más feliz de esta ciudad.

Aún había un atisbo de risa en su voz. A él no pareció gustarle.

—Dios mío, Sara —dijo—. Por lo menos piensa un poco antes de hacerlo. —Luego miró otra vez a su alrededor—. ¿Puedo llevarte a casa? —preguntó.

Sara se percató de que Tom ya le había cogido el abrigo.

En el local la fiesta continuaba y todo el mundo parecía estar de un humor radiante. La mayoría de la gente estaba amontonada en el centro del local, pero ya había muchos que se habían puesto con el baile. Incluso una banda tocaba en un escenario improvisado al fondo del bar: una guitarra, una cantante, un violín y una batería. Sara miró a los bailarines con nostalgia.

«Son tan contadas las ocasiones en las que se puede bailar», pensó, y además aún era muy temprano. Tom le pasó el abrigo y ella lo cogió con un suspiro silencioso.

Habría más oportunidades, se dijo a sí misma.

Entonces se detuvo.

No habría más oportunidades, ni más bailes, ni más compromisos improvisados. Iba a volver a Suecia y el recuerdo de aquella noche se volvería borroso, como todo lo que había vivido en Broken Wheel. Pero Tom ya estaba a medio camino de la puerta y la miraba impaciente.

—¿Te apetece bailar antes de que nos vayamos? —le preguntó Sara.

—Madre mía —dijo él, y abrió la puerta. Le puso la mano en las lumbares y la sacó casi a empujones.

—No, no, eso no —murmuró Sara entre dientes. Les dedicó una última sonrisa sentimental a todos los demás. Eran los primeros en irse. Incluso Caroline seguía allí.

Tom le abrió la puerta del coche en un extraño ataque de cortesía. Aún no le había dicho nada a Sara, pero la joven se dijo que debía de ser momentáneo. Solo había un motivo para que quisiera llevarla a casa y lo hiciera de forma tan asertiva delante de todo el mundo.

En efecto.

—Por lo menos piensa en las consecuencias —le espetó él en cuanto hubieron salido del aparcamiento. Ella sonrió ante la predictibilidad de Tom, aunque tal vez aquel gesto no fuese demasiado diplomático—. Te lo digo en serio, Sara.

Seguía siendo tremendamente atractivo. La camisa blanca apenas estaba arrugada. Se había arremangado y ni siquiera se había molestado en ponerse la chaqueta. Sus dedos repiqueteaban nerviosos sobre el volante.

—No conozco las reglas exactas, pero si te pillan ya no volverás a entrar en el país, y seguro que te cae una multa. Es un delito, por el amor de Dios.

«La verdad es que el otoño es una estación asquerosa para volver a Suecia», pensó Sara.

—¿Me estás escuchando?

—Delito, multa, consecuencias espantosas —repitió ella obediente y sin mirarlo.

—No es ninguna broma.

Ya habían llegado a casa de Amy. Pero Sara se quedó en el coche. Sospechaba que Tom aún no había terminado. Lo mejor sería dejar que lo soltara todo. Por lo menos continuaba hablando: «... de nosotros», oyó de repente. Entonces no pudo evitar mirarlo a la cara.

—Sé que no hay ningún «nosotros» —prosiguió—. Pero ¿tiene esto algo que ver con lo que pasó el otro día?

Sara se puso roja sin poder evitarlo.

—Pues claro que no tiene nada que ver —replicó.

Tom la estudió con la mirada, pero Sara no pensaba decir nada más, ni aunque él alargara el silencio durante las dos semanas que le quedaban.

—Tú sabes cuál es el problema —dijo él. Quizá Sara hubiera revelado demasiado aun estando callada. Se obligó a sonreír y casi se sorprendió de lo bien que le salió.

»Lo que dije iba totalmente en serio. No funcionaría.

Ella asintió.

—Tú no estás enamorada de mí —empezó él, y en aquella ocasión ella se apresuró a cortarlo:

—No —dijo Sara, y procuró dirigir la mirada a las ventanillas laterales—. Claro que no lo estoy.

—Y yo no estoy enamorado de ti.

Eso Sara ya lo sabía, desde luego.

—Además, ¿cuánto tiempo habías pensado quedarte?

«Todo lo que pueda», pensó ella.

—¿Qué habías pensado? ¿Casarte conmigo, quedarte un par de meses hasta que te aburrieras y mandar los papeles del divorcio desde Suecia?

Tom parecía muy enfadado. Como si estuviera decidido a obligarla a darse cuenta de que aquel no era su hogar. A Sara le parecía un acto innecesariamente ruin después de lo que no había sido más que un gesto de amabilidad.

No podía evitar sonreír al recordarlo. La sábana era fantástica. Resiguió con los dedos las formas que el agua condensada había generado en el cristal. «No es que tenga nada esperándome en casa», pensó. El futuro la asustaba más de lo que quería reconocer. Otra vez sola.

Pero no dijo nada. No pensaba confesar lo muy poco que tenía en Suecia. No cuando era tan evidente que él no quería que se quedara.

—Y, en cualquier caso, casarse por un permiso de residencia... es demasiado arriesgado, Sara.

Ella se encogió de hombros.

—Todo sucede para bien en este, el mejor de los mundos posibles —dijo para sí. Siempre había hallado cierto consuelo en las aventuras y desventuras de Cándido. Daba igual lo que le pasara a ella, a Cándido siempre le habían ocurrido cosas peores. Quizá no fuera el sentimiento que Voltaire había perseguido provocar, pero funcionaba.

Los ojos de Tom se volvieron fríos otra vez.

—Maldita sea —dijo—. Por lo menos piensa antes de hacerlo.

«Bien dicho, querido filósofo, pero ahora cultivemos nuestro huerto», pensó ella y abrió la puerta del coche.

Antes de bajarse se volvió hacia Tom.

—A lo mejor no era una broma —dijo—. Pero quizá tampoco sea tan jodidamente grave. Ha sido un gesto bonito, eso es todo. Lo único que tienes que hacer, o que tengo que hacer yo, es explicarles que no pensamos casarnos.

Se bajó del coche, pero solo para poder estar de pie y alejarse un poco de él al decirle:

—Es evidente que no vamos a casarnos. ¿No creerás en serio que esperaba que fueras a hacer algo así por mí? Y nadie puede obligarte a casarte con nadie.

Con eso cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

El portazo ahogó las últimas palabras de Tom:

—¡No los conoces tan bien como yo! —Seguidas de—: Maldita sea.

Tom se quedó en el coche hasta que Sara entró en casa de Amy. Entonces se marchó de allí dejándola sola en la cocina. «Quién sabe —pensó Sara—, a lo mejor incluso vuelve a la fiesta.»

Miró el reloj. Las nueve y media. Seguro que el baile estaba en su punto álgido.

Sweet Caroline

El ambiente en The Square había comenzado a relajarse por primera vez en toda la noche.

Cuando Caroline llegó, se quedó impactada con la cantidad de gente presente, el insoportable volumen de la música y lo maleducados que eran todos. Se había tenido que abrir paso a empujones, repitiendo su «Disculpe», y luego «*Disculpe*».

Había estado a puntito de darse la vuelta en la puerta misma.

Ella, en una fiesta, para ver a un hombre. En el fondo sabía que estaba allí por eso. Quería volver a verlo. Pero hacía mucho tiempo que Caroline creía que se podía ser mujer, fuerte e inteligente y aun así llevar una vida normal. Y hasta aquella tarde del verano del 84 incluso había creído que ahí fuera podía haber hombres a los que les gustaran las mujeres fuertes.

Era curioso, pensaba mientras la multitud la zarandeaba de aquí para allá, que no pudiera recordar cómo se llamaba aquel hombre pero que aún recordara perfectamente el tacto de los calcetines de nailon en su piel, el olor del fuego y los gases contaminantes y el salvaje latido de su corazón cuando llegó allí. Había olvidado el sexo, pero recordaba el sabor a tabaco y alcohol cuando él la besó y el peso de su cuerpo cuando se tumbó encima de ella.

«Compórtate, Caroline», se dijo. Solo estaba allí por Sara. Josh la descubrió más o menos al mismo tiempo y, antes de que ella tuviera tiempo de decir nada, él ya le había preparado una copa, una cosa rosa y tremenda que, definitivamente, no era sin alcohol.

Caroline aún no sabía si habría salido corriendo si él no la hubiera visto en aquel momento.

Pero entonces la gente estaba repartida en grupitos hablando de temas que les interesaban. Se inclinaban sobre las mesas para hacerse oír, se tocaban los brazos o las manos para captar la atención o para mostrar cierta amabilidad hacia su interlocutor. Había tres parejas bailando lenta y relajadamente como viejos amigos, y de vez en cuando alguna otra salía para tomar un poco de aire fresco. Caroline asentía comprensiva con la cabeza. A aquellas alturas entendía que pudieran necesitarlo.

Detrás de la barra, Andy, Carl y Josh iban relajándose a medida que la noche avanzaba. Josh cogió dos cervezas y se le acercó. Le rozó un poco el brazo y señaló con la botella hacia una mesa libre.

—Ven —dijo, y la llevó hasta una mesa situada en una esquina vacía. Se dejó caer sobre la silla y cerró los ojos—. Vaya noche.

—¿Estás cansado?

—Un poco —reconoció—. Pero vaya noche.

Se incorporó y se inclinó sobre la mesa.

—Gracias por venir —continuó, y le tocó la mano en un gesto casi reflejo. Sus dedos apenas rozaron el reverso de la mano de Caroline, pero aun así ella sintió un

repentino hormigueo bajo las costillas. Tragó saliva e hizo un esfuerzo para no apartarla, presa del pánico. Pero, por hacer algo, abrió y cerró las dos manos un par de veces.

—Ha sido agradable —dijo. Por lo menos lo había sido al final. Y le gustaba poder pasar un rato sentada hablando tranquilamente. Se mojó los labios con la cerveza y su frescor fue una liberación. No era que fuera a tomársela entera, claro.

Estuvieron un rato callados, como en el banco del parque, mirando a las pocas personas que seguían en marcha. Una mujer tropezó en pleno baile y su pareja tuvo que levantarla del suelo. Caroline miró instintivamente a Josh y los ojos de ambos titilaron en una risa compartida. El guitarrista y la cantante seguían tocando, pero el batería se había recostado contra la pared con una cerveza en la mano y las baquetas descansando en el regazo. La violinista había salido a tomar el aire con un hombre de una de las granjas vecinas.

—¿Puedo llevarte a casa?

Ella asintió, pero ninguno de los dos se dio prisa en moverse.

—Has estado muy bien hoy —dijo ella.

—Ha sido divertido. ¿Te ha gustado la copa?

Ella asintió de nuevo en silencio. Una mentirijilla piadosa no podía hacer daño a nadie.

En el momento en que se fueron, Andy y Carl ya habían empezado a limpiar. Cuando Josh arqueó las cejas a modo de pregunta, ellos los invitaron a retirarse con un gesto de la mano.

Durante el trayecto en coche no se dijeron nada. Por algún motivo, a Caroline se le hizo mucho más largo que de costumbre, aunque al mismo tiempo se le pasó volando. Él la sorprendió acompañándola hasta la puerta de casa.

Caroline titubeó antes de abrir. Por una parte no quería que la noche terminara todavía. Él no daba señales de tener prisa por volver al coche.

—Gracias por esta noche —volvió a decir Josh con una voz tan baja que Caroline casi no lo oyó.

Él se inclinó para acercársele un poco más. Ella lo miró desconcertada.

Durante un instante casi se imaginó que Josh iba a besarla, por lo cerca que estaba. «No seas ridícula, Caroline», tuvo tiempo de pensar antes de que él lo hiciera. Los labios del chico rozaron suavemente los suyos, y Caroline se quedó de piedra.

Sabía que debería apartarse. Abrir la puerta y escapar. Aun así, no fue capaz de moverse del sitio.

Josh se retiró un poco y le acarició la mejilla con un dedo. Ella no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Vaya —dijo él—. Ni siquiera me has dicho que he hecho algo mal.

Y luego volvió a besarla.

Good times never seemed so good

«¿Sabes qué, Caroline? —se dijo a sí misma—. Creo que has perdido totalmente la cabeza.»

Estaba sentada en su sillón favorito del salón con una taza de té en la mano para intentar relajar los nervios que la tenían atacada. No estaba funcionando. El té ya se había enfriado. Fuera, su hermoso jardín no era más que una cáscara oscura donde hacía tiempo que las flores se habían marchitado y las hojas ya habían comenzado a desprenderse de los árboles. Ella no tenía mucho mejor aspecto. No era más que una sombra de la Caroline del pasado: veía su reflejo en la ventana del salón, una cara blanca y rígida con un destello de ansiedad en la mirada.

Había comenzado a sermonearse mentalmente a sí misma en cuanto se había despertado por la mañana. La noche anterior había sido un error. No tendría que haberlo animado. Tenía más de cuarenta años, por el amor de Dios. Una mujer cristiana y respetable que se comportaba como una adolescente enamorada. De otro adolescente. Un adolescente homosexual.

«Debe de tener por lo menos veinticinco», se había dicho.

«¿Esa es tu defensa? ¡Veinticinco!»

Por Dios.

La conversación con Josh no había salido según lo planeado.

De alguna manera ella sabía que él se pasaría por su casa aquel mismo día. Caroline se había recluido en su interior para no tener que encontrárselo. Incluso había hecho novillos para el turno de limpieza. ¡Ella!

Así que se había pasado toda la mañana sentada a la mesa de la cocina preocupándose por lo que diría la gente si se enteraba de algo. «Van a reírse de ti como no lo han hecho nunca si se enteran», se dijo una y otra vez hasta que la cabeza comenzó a darle vueltas. Y la gente siempre descubría aquel tipo de cosas.

Aquel verano, cuando aún era joven y tonta, había comenzado a sospechar que el hombre del que se había enamorado no se dejaba impresionar por la inteligencia, pero Caroline pensó que tenía que escoger entre ser lista o ser aceptada. Había ido a una fiesta y ocultado sus rasgos de personalidad bajo un vestido nuevo, maquillaje y un peinado que era una auténtica locura. Se quedó boquiabierta ante su propia ingenuidad. Como si la gente fuera a perdonarle la inteligencia solo porque tomara alcohol una noche, se fumase un cigarro con reiterados ataques de tos y perdiera la virginidad en el asiento trasero de un Buick.

Había bajado sus muros de defensa por voluntad propia, se había despojado alegremente de todas sus armas, y por eso se encontró totalmente indefensa ante las risas. Había sido un verano horrible.

Y ahora volvía a estar en aquel punto.

Cuando llamaron a la puerta, poco después de la hora de comer, Caroline supo que era Josh. Durante un momento consideró la posibilidad de no abrir.

Él estaba de un buen humor irritante, descansado y nada avergonzado. Entró directo hacia el salón, como si estuviera en su propia casa. Ahora ella lo tenía delante: fuerte y seguro de sí mismo, y humillantemente joven y hermoso. Caroline se hundió aún más en el sillón, como si intentara protegerse del recuerdo.

—Ayer fue una noche muy agradable. —Incluso le guiñó el ojo.

Así que no tuvo más remedio que explicarle que la noche anterior había sido un error en todos los sentidos. Él no protestó, no le exigió ningún tipo de explicación:

—Solo quería asegurarme de que no estabas escondiéndote aquí porque tuvieses miedo de encontrarte conmigo.

«Una frase malvada», pensó después. Claro que se estaba escondiendo.

Todo era culpa de Sara. Antes de que ella llegara jamás habría pasado nada así.

Se levantó y fue a la cocina para preparar más té. Era demasiado mayor para andarse con aquellas tonterías. Se había comportado como una de esas viejas sobremaquilladas que intentan ligarse a camareros jóvenes y que no entienden que luego ellos se van a casa y se ríen de ellas con sus jóvenes novias.

O novios.

«No es que dispongas de las mejores herramientas para estas cosas, Caroline. Y, seamos sinceros: las que tienes están ya bastante viejas y oxidadas. Tienen muchos kilómetros a sus espaldas.

»Aunque no todas.

»¡Caroline!»

(Pero bueno, era la verdad.)

Josh volvió aquella misma tarde.

—¿Por qué fue un error? —preguntó antes de entrar siquiera en el recibidor.

Ella le dio la espalda y se fue al salón. El recibidor era demasiado pequeño para estar a solas con él.

—No quiero hablar de ello —contestó ella.

Él la siguió.

—Solo fue un beso. Además, me gusta besarte.

Caroline se puso pálida.

—Dios mío —murmuró entre dientes.

—Dudo mucho que Él tenga nada que decir al respecto.

«No lo dices en serio», pensó, pero aun así Josh consiguió sacarle media sonrisa.

—Fue un error —repitió ella con calma, como si solo estuviera constatando una obviedad. Y aquello, se recordó a sí misma, era justo lo que estaba haciendo.

—¿Tiene algo que ver con la Iglesia? ¿Algún mandamiento contra las mujeres cristianas y los hombres bi?^[1]

Ella lo miró desconcertada. ¿Flores y abejas? ¿Aún se hablaba de aquello?

—No me sorprendería —respondió ella. La Iglesia siempre tenía reglas para casi

todo lo que giraba en torno a las flores y las abejas—. Pero no es por eso.

—Juraría que a ti también te gustó.

Caroline sintió un escalofrío ante la idea de que pudieran calarla con tanta facilidad y tuvo que volver la cara.

—Yo... fue un error.

—¿Por qué?

Josh estaba justo al lado del sillón que Caroline solía utilizar y ella dio un paso atrás sin poder evitarlo. No sabía adónde mirar. Le resultaba absurdo tenerlo en el salón de su casa. Joven y lleno de vida, y de fuerza y energía, rodeado de cosas antiguas, pasadas de moda y femeninas. Se sentía atrapada entre él y los cuadros bordados.

—Tú eres joven y yo... no soy joven —dijo. «¿Que no soy joven? Santo cielo, Caroline.»—. Soy vieja —se corrigió—. Demasiado vieja para ti. Tú deberías estar con alguien igual de joven y hermoso que tú... —Se puso roja de rabia cuando cayó en la cuenta de lo que acababa de decir—. Igual de joven —se apresuró a repetir cruzando los dedos para que Josh no se hubiera percatado de lo otro.

—Tú eres hermosa. —No parecía prestarle atención en absoluto—. Yo creo que lo eres. Pero ¿acaso tiene alguna importancia? No fue más que un beso, por el amor de Dios.

—Claro que solo fue un beso. ¿Qué iba a ser, si no?

Él arqueó las cejas, pero no dijo nada, gracias a Dios.

—O sea que se trata de la diferencia de edad —quiso aclarar él.

—Entre otras cosas.

—¿Te parezco demasiado joven?

—Yo soy demasiado vieja —lo corrigió.

Él hizo un aspaviento de irritación.

—Es lo mismo —dijo.

Ella se rio.

—Qué va. Tu problema quedará atrás. El mío no hará más que empeorar.

Josh sonrió con el comentario.

—La diferencia de edad siempre será constante.

Caroline dejó de sonreír.

—Y ¿qué más hay?

Ella desvió la mirada.

—¿Qué más?

—Has dicho que la edad, entre otras cosas. ¿Qué más tienes en mi contra?

Las personas no acostumbraban a preguntarle qué problemas veía en ellas. Normalmente Caroline terminaba explicándolo sin que se lo hubieran pedido. «Qué ironía —pensó— que ahora que alguien me lo pregunta resulte que el problema soy yo.»

—Más bien se trata de mí —reconoció.

—«¿El problema no eres tú, sino yo?» Joder, Caroline, ya nadie dice eso.

Ella se ruborizó.

—No hace falta que digas tacos —protestó—. Nunca he pretendido saber cuáles son las últimas expresiones de moda.

—No es cuestión de modas, se trata de clichés. Clichés sobados hasta más no poder.

—Para mí no están sobados —repuso—. En realidad no se lo había dicho nunca a nadie.

Josh emitió un gemido ahogado y se rio.

—Vale —concedió—. ¿Cuál es tu problema?

Caroline comprendió que, para una vez que el problema era ella, no tenía ningunas ganas de hablar de ello. También aquello resultaba de lo más irónico.

—Soy demasiado mayor.

—Eso ya lo has dicho —le espetó él de forma brutal. La mujer observó que Josh no la contradecía. Lo cual era lógico, puesto que era cierto que era vieja. Caroline se sintió deprimida.

—No soy... lo bastante guapa.

Continuó enseguida, antes de que él pudiera contradecirla:

—Cascada. Este cuerpo ha caminado demasiados kilómetros.

—Aun así está como nuevo. El dueño anterior solo lo usaba para ir a la iglesia los domingos.

Era tan deprimentemente cierto que Caroline no fue capaz de reírse. Él no dijo nada, solo permaneció allí plantado en mitad de su salón, sin ninguna intención de dejarla en paz con su agonía.

—No dispongo de las herramientas necesarias —dijo desesperada. Pensó en el chico del libro—. Deberías buscarte a un hombre joven y simpático con quien asentarte.

—¿Herramientas, Caroline?

Volvió a ponerse roja. Había perdido el control de la conversación. No estaba yendo en absoluto como ella había previsto.

—Eres una mujer fantástica —añadió él casi entre dientes.

Para nada como había previsto.

—Pero es verdad —insistió ella.

Josh arqueó las cejas otra vez, como si no fuera evidente a qué se refería Caroline.

—Supongo que me gustan lo uno y lo otro —dijo él—. Es posible, ¿sabes? Nunca había pensado en mujeres, pero, como puedes comprobar, ahora lo estoy haciendo. ¿Quién tiene idea de lo que podría pasar en el futuro? Puede que me asiente con un hombre joven y apuesto, puede que no. ¿Acaso a nosotros nos importa en este momento?

—No hay ningún «nosotros» —señaló ella enseguida, solo por dejarlo más claro.

Josh se encogió de hombros, pero algo aterrador había asomado a su mirada.

Parecía resuelto y desafiante. Fuera ya estaba oscuro, así que el ventanal del salón no era más que un espejo negro. Su cuerpo largo y despreocupado ocupaba todo el espacio.

Dio un paso al frente, le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra su cuerpo. Ella soltó un jadeo y tuvo que reconocer que, lamentablemente, no había sido un gemido de miedo. Aquella vez estaba casi segura de que Josh pensaba besarla, pero aun así él se tomó su tiempo. Algo —una especie de sonrisa— brillaba en sus ojos. Cuando ella apartó insegura la mirada, a él se le curvó una comisura de la boca. No cabía duda de que se estaba riendo de ella, y Caroline sintió tanta rabia que de pronto se vio capaz de mirarlo a los ojos. Entonces él la besó.

Los labios de Josh eran suaves y exigentes al mismo tiempo. Su cuerpo, joven, duro y masculino. Y cuando ella cerró los ojos, tuvo visiones de cuerpos de hombre tersos y desnudos que se rozaban en la oscuridad.

Se sorprendió a sí misma disfrutando de ello. Notó que partes profundas y raras de su cuerpo despertaban de un extraño letargo. Nunca había pensado que tuviera la capacidad de disfrutar de algo así. Y, si alguna vez la había tenido, siempre había pensado que con los años acabaría desapareciendo. Una parte de ella estaba fascinada con todo aquello.

Otra, en cambio, estaba horrorizada.

Se retiró un poco y dijo:

—Soy ujier de la iglesia, maldita sea.

Él le sonrió.

—Y yo soy maricón, maldita sea —contraatacó. Pero la soltó, todavía con aquella risita en los ojos, y dio un paso atrás. Le guiñó un ojo—. Ya te dije que no tenías nada en contra.

Y ella nunca se lo reconocería ni a sí misma, pero cuando él se apartó experimentó algo que le recordó mucho a un sentimiento de decepción.

—Volveré el martes —anunció Josh—. Para entonces a lo mejor has sido capaz de decidirte.

Caroline estuvo a punto de preguntar: «¿Decidirme sobre qué?». Pero sospechó que no quería oírsele decir directamente.

Caroline no era la única habitante de Broken Wheel que estaba un tanto afectada al día siguiente del baile. El que más lo estaba era George, a pesar de ser el único que no había bebido nada.

Lo cierto era que al despuntar el día aún no tenía ni idea de que el caos y la confusión se le iban acercando a casi ciento cuarenta kilómetros por hora por la Interestatal 34.

Había pasado una velada tranquila y agradable. No había probado ni gota de alcohol. Y mejor aún: había llevado a Claire a casa y ella se había inclinado y le había dado las gracias con un beso en la mejilla, como una amiga de verdad. Cuando se

despertó al día siguiente, el recuerdo seguía vivo.

Se levantó, sonrió para sí, se hizo un café, incluso se afeitó pese a haberlo hecho el día anterior y miró de reojo el segundo libro de Bridget Jones mientras se preguntaba qué le ofrecería aquel nuevo día.

Porque así lo sentía, como si el día fuera a ofrecerle algo, y aquella era una sensación nueva y revolucionaria. Dio un sorbo al café sin toquetear siquiera la cucharilla. Aquel día le apetecía con leche y azúcar. Había sido una decisión fácil de tomar.

Se preguntó si no debería ir a buscar a Sara para llevarla en coche, pero dio por hecho que la joven preferiría pasear. Había unas cuantas nubes en el cielo, pero no llovía, y si empezaban a caer gotas, podría pasar a buscarla al mediodía.

Cuando llamaron al timbre sonrió para sus adentros y se dijo que quizá fuera Claire. Abrió la puerta con una sonrisa afable en los labios.

Se quedó boquiabierto.

Ella era mucho mayor de lo que él se la había imaginado siempre, y más baja. Apenas le llegaba a la barbilla, pero aun así en la mente de George había crecido hasta alcanzar proporciones casi míticas. Era mona, más que guapa, pero tenía una mirada dura en los ojos. Aquello sí que lo recordaba.

—Hola, George —dijo ella.

—¿Sophy?

—Yo también me alegro de verte. —La humedad del aire le había cardado el pelo de una forma que George sabía que ella detestaba.

—¿Dónde está Sophy?

—Ni idea. La dejó hace un par de años en casa de un ex.

Él se puso pálido, incapaz de asimilar lo que ella acababa de decir.

—No seas bobo, George. Está en el coche.

Él miró por encima del hombro de la mujer, como si acabara de caer en la cuenta de lo que era un coche. Había alguien en el asiento del copiloto, pero no podía distinguirlo con claridad.

Ella pasó por su lado y entró en el recibidor mientras George se quedaba en el umbral sin saber qué hacer, debatiéndose entre la ansiedad de ver a Sophy y la idea de que el reencuentro fuera a ser tan embarazoso.

—Pero ve a saludarla, coño —le espetó Michelle sin ningún sentimentalismo.

—¿Hasta cuándo vais a quedaros? —preguntó él para ganar tiempo.

Michelle se encogió de hombros antes de desaparecer en el salón.

—No para siempre, si es eso lo que te preocupa.

No era aquello en absoluto. Volvió a mirar hacia el coche. Sophy se dirigía al maletero, probablemente para coger el equipaje. Era igual de alta que Michelle, pero mucho más guapa. Todavía era una adolescente que aún no se había acostumbrado a su cuerpo y carecía por completo de la aplastante confianza en sí misma de su madre. Era lo más hermoso que George hubiera visto jamás.

Salió para ayudarla con las maletas. Llevaban dos. Ambas estaban raídas y tenían motivos florales, pero una era mucho más grande que la otra.

—La de mamá —explicó ella.

Luego no dijo nada más. Él también permaneció callado, agradecido de poder ayudarla con algo. La muchacha entró primero en la casa con la maleta pequeña, pero se detuvo en el recibidor.

A George no se le ocurría nada que decir a pesar de haberse pasado todos aquellos años hablando con ella. Obviamente, no siempre había estado sobrio, y se ruborizó al pensar en todo lo que la había dejado ver, aunque en realidad ella no hubiese visto nada. Aquello le daba pena, pero quizá fuese mejor así, puesto que no siempre había estado sobrio... Se hizo un lío con sus propios pensamientos y no supo hacer otra cosa que sonreír de nuevo a Sophy.

—Me llamo Sophy —se presentó ella como si nunca se hubieran visto.

El corazón de George sufrió un pequeño revés con aquellas palabras, pero nada que no pudiera superar. Le entraron unas ganas absurdas de hablar sobre ello con la niña.

—Yo me llamo George —dijo él—. Hubo una época en la que me llamabas papá.

—¡Llámalo George! —gritó Michelle desde la cocina.

George se alegró de haber fregado los platos el día anterior. El piso era impersonal y triste, pero por lo menos estaba limpio. Si hubiese sabido que ella iba a ir allí le habría puesto más empeño. Quizá habría pintado. O comprado muebles nuevos. Incluso una casa nueva.

La muchacha sonrió insegura y miró hacia la cocina.

—George también vale —dijo él.

Se dio cuenta de que aún tenía el libro en la mano y dejó la maleta en el suelo. Paseó la mirada por la habitación en busca de un sitio donde dejar el libro. Al final también lo puso en el suelo.

—¿Es bueno? —preguntó Sophy. Su voz era dulce y bonita.

—¿Qué? —preguntó él y, luego, cuando se hubo incorporado—: ¿Quieres que te lo deje?

—A lo mejor un poco más tarde —propuso ella con una sonrisa.

George asintió en silencio. La chica volvió a mirar hacia la cocina.

Estaba claro que quería ir con su madre. George debía recordar que la niña no lo conocía de nada, y que tampoco tenía por qué quererlo. Debía darle tiempo para que se acostumbrara.

«Ni siquiera tengo por qué gustarle, no lo exijo —le prometió a Dios o al santo protector de los padres descarrilados o a quien fuera que se le prometieran las cosas que uno ya no podía prometerle mentalmente a su hija—. Mientras sepa que puede confiar en mí y que puede acudir a mí si alguna vez tiene algún problema.» Se lo explicaría cuando se hubiera acostumbrado un poco más a él, y le mostraría que era un tipo normal y, bueno, ¿guay? O que podría llegar a serlo. Por Sophy incluso podría

dejar de ser ridículo y vergonzoso.

Pero en aquel momento solo iba a hacerle una pregunta relajada y distendida sobre si quería un té o algo de comer. No iba a forzarla a ello, desde luego, solo a preguntarle.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó—. ¿Necesitas algo? ¿Un té? ¿Algo de comer? ¿Un coche nuevo?

Ella sonrió ante la propuesta de un coche nuevo. George también sonrió aliviado y fingió que se trataba de una broma.

—No tengo carné de conducir —repuso ella.

—¿Necesitas dinero para las clases? —Podría vender algo. Quizá el sofá.

La sonrisa de Sophy se tornó más insegura y volvió a mirar hacia la cocina.

—Un té estaría bien —dijo al final.

Un libro para todos

De alguna forma Sara había logrado superar el día siguiente al mercadillo. La había animado mucho ir caminando hasta la librería. Necesitaba desprenderse un poco de la irritación. El resto del día se lo pasó detrás del mostrador viendo a los habitantes de la ciudad reírse y bromear mientras desmontaban los puestos y limpiaban la calle.

Ni George ni Caroline habían pasado por la tienda, pero sí que había visto aparecer el coche de Tom en algún momento de la mañana. Después Sara ya no se había atrevido a asomar la cabeza por la puerta. ¿Quién sabía cuándo volvería Tom a pasar por allí?

Así que se había quedado allí dentro, en silencio y sin nada que hacer, cansada tanto de Tom como de sí misma.

No tenía ninguna confianza en que el día siguiente fuera a ser mejor, pero cuando llegó a la librería por la mañana ya había un cliente esperando a que abriera.

Era una figura solitaria y delgada pegada al escaparate para mirar hacia el interior. No podía tener más de quince años, se dijo Sara. El pelo le colgaba en mechones largos y mojados a ambos lados de la cara, así que no cabía duda de que había estado un rato bajo la llovizna, pero cuando Sara abrió la puerta la chica le sonrió.

—¿Esta librería es tuya? —preguntó, y la acompañó adentro.

—Más o menos.

Sara colgó el abrigo en el cuartucho y encendió todas las luces. Reunió unos cuantos libros que había que distribuir por las baldas, pero de momento los apiló sobre el mostrador y luego se colocó detrás del mismo para dejar que la chica campara a sus anchas. Seguía en la puerta, paseando fascinada la mirada por todo el local.

—Me llamo Sophy —dijo la chica.

El nombre hizo que en la cabeza de Sara sonara una campanilla, pero no terminaba de caer en la cuenta de por qué. Se encogió de hombros. Ya se acordaría.

—¿Te gustan los libros? —preguntó Sara.

Sophy asintió con la cabeza. «Una chica lista —pensó Sara—. Y mona.» Fuera seguía lloviendo, pero la lluvia se había tornado acogedora en cuanto Sophy había entrado en la tienda. Aquello era lo que podía conseguir una chica con pelo mojado y lacio.

—¿Cuáles son tus favoritos? —preguntó Sara—. ¿Tienes alguno?

Sophy negó en silencio. Se adentró unos pocos pasos en la librería y contempló las baldas con expresión seria.

—Entonces ¿todos estos libros son tuyos? —preguntó.

—Sí... en cierto modo. —Sara lo pensó mejor—. O de la ciudad, en realidad. Hasta que alguien viene a comprarlos, claro.

—¿No te da pena quedarte sin ellos?

Quizá Sara debería aprovechar para explicarle cuatro principios de economía

empresarial escogidos al dedillo. No era que se quedara sin ellos, sino que a cambio recibía dinero, que luego podía usar para intercambiarlo por otras cosas o guardarlo en el banco o debajo del colchón, pero le parecía demasiado cínico y bastante inverosímil. ¿Por qué alguien iba a preferir los billetes de papel a los libros? ¿Un trocito de papel con una patética cita de Dios y la imagen de algún político frente a un montón de trocitos de papel con historias fantásticas?

Sospechaba que ni ella misma había logrado entender del todo los principios de economía empresarial.

Así que se tomó la pregunta en serio y consideró la respuesta.

—No, la verdad es que no —contestó—. Nunca podría leerme todos los libros yo sola. Si alguien se los lleva, por lo menos podrán ser apreciados. Y cuando te gusta un libro, lo que quieres es que llegue a más gente.

—¿Qué pasa con los que no le gustan a nadie?

—Siempre hay una persona para cada libro. Y un libro para cada persona.

La chica sonrió enseguida y se volvió hacia una de las baldas al azar.

—¿Incluso para mí? —preguntó.

—Claro.

La muchacha pareció alegrarse de la respuesta, pero no le pidió que le aconsejara ningún libro en concreto. Solo dijo:

—Encantada de conocerte.

Sara le sonrió.

—Vuelve pronto.

Y luego se quedó sola y pudo dedicarse a limpiar.

Pero la pregunta de la chica había puesto en marcha algo en la mente de Sara. Faltaba una categoría. Era cierto que la librería pertenecía a la ciudad, pero era más de Amy que de nadie.

Antes de ponerse con la limpieza reunió todos los libros que Amy y ella se habían intercambiado y las mejores joyas de la biblioteca de su amiga y los puso en una balda. La bautizó como «La balda de Amy». Así le pareció suficiente.

«¿Cómo puede ensuciarse tanto una librería vacía?», pensó Sara mientras barría el suelo hasta que quedó lo bastante limpio como para poder pasar la fregona.

Intentaba no pensar demasiado en Tom entretanto, pero no pudo evitar que algo de su irritación se filtrara en la obsesiva limpieza. No se podía razonar con él.

No era que estuviera enamorada. Aquello podría haber resultado irritante, lo entendía. Los enamoramientos podían no ser correspondidos, igual que el amor y la atracción sexual —todas aquellas cosas exigían algo del receptor—. El amor era egoísta. Por supuesto que había que hacer un esfuerzo para soportar los suspiros sentimentales, las expectativas exageradas de la otra persona y el tener que hacer equilibrios en lo alto de un pedestal que no se había elegido por cuenta propia.

Pero ella no estaba enamorada de Tom. Lo que no entendía era por qué él ni

siquiera quería tenerla como amiga o conocida. Ella se contentaría con verlo una vez a la semana y compartir el silencio durante un cuarto de hora. Siempre y cuando pudiera verlo.

Cuando terminó de pasar la escoba y se puso a fregar el suelo, aún quedaba arenilla crepitante bajo sus pies. Sara suspiró y casi agradeció la interrupción de Jen.

La mujer fue directa al mostrador, así que Sara dejó la fregona y fue a su encuentro situándose al otro lado del mismo.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó.

—Firma aquí.

Miró el papel que tenía delante.

Form 1-130, ponía en la esquina superior. *Petition For Alien Relative*. Sara no pudo por menos que sonreír ante una legislación que identificaba a los no-ciudadanos con los extraterrestres.

—¿Verdad que el que tienes es un visado de turista? ¿B-2?

Sara asintió en silencio. Jen señaló una línea al pie del documento.

—Firma aquí. —Ella ya había rellenado la hoja con los datos de Tom. Tom Harris. Amy debía de haber recuperado su apellido original después de que muriera su marido.

Hasta aquel momento Sara ni siquiera había sabido que Tom se apellidaba así. Pensó que era un mal comienzo para un matrimonio. Él no había firmado. Tampoco había vuelto a hablar con ella desde el baile. La joven miró a Jen.

Y esbozó una sonrisa claramente rebelde mientras escribía su nombre y trazaba un dramático garabato al final.

«Ya está —pensó—. Dejemos que Jen lo atormente un rato.»

Una persona de la que no se habla

Cuando Josh se pasó por su casa el martes por la tarde, Caroline estaba mucho de haber tomado una decisión.

Lo cierto era que había evitado pensar en ello. Una parte de sí misma intentaba convencerla de que era mejor así. De que era tan evidente que no iba a hacer nada que ni siquiera le hacía falta pensar en ello.

Otra parte de ella, sin embargo, estaba a punto de reconocer que la razón por la que no había pensado en ello era que no quería oír todos los motivos de por qué nunca iba a pasar nada entre ellos dos.

Cuando Josh se plantó delante de su puerta, uno de los sentimientos más fuertes de Caroline fue la sorpresa ante el hecho de que se hubiera molestado en ir hasta allí. De manera inconsciente, la mujer debía de haberse creído que un par de días de reflexión serían suficientes para hacer que se diera cuenta de lo descabellado de la situación y de que en verdad no tenía el menor interés en ella.

El segundo sentimiento más fuerte fue una desconcertante alegría por volver a verlo. Cuando Josh se inclinó para besarla en la mejilla, casi sin que se diera cuenta, ella ni siquiera dio un respingo.

Él parecía cansado. Le caía un mechón de pelo por la frente y bajo los ojos se le veían unas líneas finas que normalmente no tenía. Cuando se dejó caer sobre el sofá, cerró los ojos un breve instante, como si fuera la primera vez que se tomaba un descanso en todo el día. Ella se sentó a su lado y contuvo el impulso de alargar la mano y apartarle el mechón.

Josh le sonrió. Fue una sonrisa sincera, relajada, como si estuviera contento de verla y como si fueran... amigos. Ella le devolvió la sonrisa, fascinada. Eran muy pocas las personas que le sonreían como si se alegrasen de verla o como si estuvieran totalmente relajadas en su compañía. La amistad era algo bueno.

—¿Cómo van los planes del casorio? —preguntó él.

—¿Los planes? —repitió ella. Estaba claro que últimamente no había pensado lo suficiente en la ciudad. Un ignominioso descuido de sus deberes.

Así que se encogió de hombros. Dudaba mucho que alguien la echara en falta.

Josh ya parecía haber cambiado de tercio. La estaba mirando y sonriendo de otra manera. En sus ojos había una pregunta clara. O una invitación.

Ella desvió la mirada.

—Caroline —dijo él.

Ella lo miró de reojo, con cuidado. «Mecachis.» La mirada risueña había vuelto.

—¿No crees que ya va siendo hora de que me des un beso?

La mujer se lo quedó mirando. «Por el amor de Dios, eso es algo de lo que no se habla», pensó. Lo cual estaba, debía reconocerlo, a años luz del «eso no se hace» que en cualquier otro momento de su vida le habría pasado por la cabeza.

Se levantó, confusa, en un intento de evitar físicamente la repentina tensión que

se había generado entre ambos. Josh también se puso de pie. Conservaba una calma irritante.

Y aun así no hizo ningún ademán de tocarla, sino que se quedó quieto, apenas a medio metro de distancia, esperando.

Era evidente que le tocaba a ella decidir el siguiente paso. Casi deseaba que él, simplemente, la besara otra vez y la liberase de la responsabilidad. Sabía que todo aquello era un error, pero cuando tenía la posibilidad real de tocarlo no lograba recordar del todo por qué no debía hacerlo.

«Solo una vez —dijo para sus adentros—. Puedo tocarlo ahora, solo un pequeño paréntesis en mi, por lo demás, devota vida, y después volveré a los caminos de la Iglesia. Otra vez.»

No terminaba de creerse sus propias palabras. Pero nunca volvería a tener la oportunidad de tocarlo.

Así que alargó la mano y lo hizo. Casi podía oír la sangre correr en su interior y tragó saliva, nerviosa, mientras su mano buscaba la clavícula de Josh y luego se deslizaba por su pecho. Solo titubeó un poco con el primer botón de la camisa, pero después los fue desabrochando todos a medida que iba encontrándoselos.

«¿Por qué no iba a hacerlo?», pensó desafiante. Entonces paseó la mirada a su alrededor como si temiera que alguien —¿Dios? ¿Su madre?— fuera a responderle.

«Puede que nunca vuelva a tener la oportunidad de tocarlo.»

Josh permaneció inmóvil, pero el brillo de sus ojos cambió. La mirada risueña se esfumó y se volvió más profunda, más oscura. Caroline comprendió que era por efecto del deseo y se sintió más valiente.

El joven se dio cuenta y le pasó el brazo por la cintura para acercarla hacia sí. Incluso en aquel instante, a pesar de que hubiese sido ella la que había dado el pistoletazo de salida, resultaba evidente que en realidad era él quien llevaba la iniciativa. Parecía mayor, más seguro de sí mismo. Ella disfrutaba de que otra persona tuviera el control, así que le devolvió el beso con más compenetración que raciocinio.

—Bendito sea Dios —dijo él, y ella no pudo evitar estar de acuerdo.

No era del todo fácil convivir con Michelle y Sophy. Aún no sabía hasta cuándo iban a quedarse. Por lo que había logrado deducir, aquello se debía a algún tipo de bronca con el nuevo marido. George no creía que fueran a quedarse demasiado tiempo, pero cruzaba los dedos para que fuera lo suficiente para reencontrarse con Sophy y conocerla de nuevo. Intentaba no pensar en lo que pasaría luego. Pero no era sencillo.

Michelle se pasaba la mayor parte del tiempo en el dormitorio (ahora George dormía en el sofá). Ella tenía un ordenador, cosa que lo había sorprendido, pues Michelle nunca había mostrado interés por la tecnología mientras estuvieron casados. Pero ahora se pasaba casi todo el día delante de la pantalla.

Él no tenía ningún problema en vivir con Michelle. De algún modo aún estaba acostumbrado a ella. Lo de Sophy le parecía más peliagudo.

Tenía que recordarse constantemente a sí mismo que no podía hablar solo con ella como había hecho a lo largo de los años. Una vez que creía que estaba solo había empezado:

—Sophy...

Y de pronto la había oído responder desde el recibidor, extrañada:

—¿Sí?

Además, era muy dulce y buena. Se le hacía difícil que estuviera de vuelta y tener que comportarse como un desconocido. George estaba agradecido, desde luego, pero deseaba poder hacer más.

—Hoy he ido a la librería —comentó ella mientras preparaban juntos la comida.

Él procuró no mirarla y no levantó la mirada de la tabla de cortar. Era la primera vez que ella le contaba algo de forma voluntaria. Por lo general, la muchacha solía esperar a que él dijera algo. En cierto sentido, ambos parecían estar a gusto en silencio. A veces él le preguntaba por el colegio o sus amigas y sobre su vida, y ella siempre contestaba con educación, pero sin entusiasmo. George ni siquiera sabía en qué ciudad vivían. Creía que seguían en Iowa, pero ni siquiera de aquello estaba seguro. Había un hombre de por medio, aquello estaba claro, pero no dejaba de asombrarlo.

—¿Has conocido a Sara? —le preguntó.

—Sí —contestó ella—. Dice que ahí fuera hay libros para mí.

—No sabía que te gustaba leer.

—No sé si me gusta. —Ella le sonrió—. Pero todos esos libros... eran tan bonitos, George.

Él dio un pequeño respingo al oírla pronunciar su nombre, pero ya comenzaba a acostumbrarse, desde luego que sí. No iba a decirle nada al respecto.

—Me ha dicho que la librería es de la ciudad.

Él lo pensó un segundo.

—Supongo que sí. Pero se lo debemos todo a Sara.

—Pero ¿eso significa que algunos de los libros son tuyos?

Él sonrió.

—Quizá una pequeña parte. Ayudé cuando la quiso abrir. —Y añadió, para ser sincero—: Más que nada con la limpieza. Y con el transporte, claro. Sara no tiene carné de conducir.

—Entonces ¿crees que Sara tiene razón? ¿Que también hay un libro para mí?

—Si Sara te lo ha dicho, es que lo hay.

Ella le sonrió de nuevo.

—Gracias... papá.

Michelle apareció en la puerta a espaldas de ambos.

—George —corrigió automáticamente.

Pero Sophy lo había mirado con una sonrisa casi conspiratoria.

Gavin Jones era un buen burócrata. Sabía que muchos lo consideraban una especie de contradicción. «Bueno» y «burócrata» en la misma frase. Pero las leyes se hacían por una razón. La gente votaba a sus representantes, y después una mayoría de estos decidía que las leyes eran buenas. No tendría ningún sentido pasar por todo el proceso de las elecciones y demás y luego no tener a nadie que procurase que las reglas se aplicaran y respetasen. Él era un hombre necesario. Cobraba por hacer su trabajo. De ahí que cumpliera. Era competente y listo, lo hacía bien.

Gavin era bueno en su trabajo por tres razones. En primer lugar, tenía instinto para saber cuándo algo no encajaba. En segundo lugar, se tomaba aquel instinto muy en serio y estaba dispuesto a trabajar duro para comprobar las circunstancias. Y, por último, averiguaba cosas y luego las recordaba. Un turista que había vivido mucho tiempo en una ciudad vecina sin que él hubiese visto ningún visado, por ejemplo. Un rumor de trabajadores que no hablaban inglés. Cobertizos, tráileres viejos y otras viviendas provisionales que de pronto aparecían delante de una granja o una fábrica.

Quizá todo se resumiese en que él quería hacer un buen trabajo. Leía la prensa local, retenía cosas en la memoria, comprobaba las vías muertas. Probablemente, su intuición se debiera en gran medida a un dato que había sacado de alguna parte y que recordaba sin darse cuenta. En aquella ocasión no hubo nada que hiciera saltar su pequeña alarma interior. Miró el formulario de solicitud presentado por un tal Tom Harris a través de un abogado de la ciudad. Pero Tom no era de Hope.

¿Broken Wheel? ¿Había oído hablar de esa ciudad? Le parecía que no. Se encogió de hombros. Si había algo turbio en aquel asunto, tarde o temprano se enteraría.

Olor a libros y aventuras

—Hola.

Sophy estaba en la puerta y miraba a Sara insegura. La muchacha había pillado a la dependienta con las narices literalmente pegadas a un libro. Sara levantó la mirada y lo dejó lentamente sobre el mostrador. Estaba vaciando una caja de volúmenes nuevos que acababa de llegar y había metido las narices en ella con total naturalidad para olerlos.

—Ven —le pidió Sara, y rodeó el mostrador. Abrió la caja de libros desde el otro lado—. ¿Has olido libros alguna vez?

Sophy negó con la cabeza. La joven le pasó uno de bolsillo. El último de Marian Keyes. La portada era de colores pastel brillantes, con matices de azul cálido y rosa y letras grandes y elaboradas.

—Ábrelo —continuó.

La pequeña abrió el ejemplar con cuidado, como si temiera dañarlo.

—No, no —la interrumpió Sara con cara de espanto—. Ábrelo bien. —Le enseñó cómo hacerlo—. Tienes que poder hundir las narices en él.

Sophy se llevó el libro a la cara, todavía con cautela y esmero, e inspiró despacio por la nariz. Sonrió.

—¿Lo notas? Es el olor a libro nuevo. A aventuras por leer. A amigos a los que aún no has conocido y horas de mágica escapada de la realidad que te están esperando.

Por supuesto, Sara era consciente de que la niña no lo habría expresado con tantas palabras, pero estaba segura de que también lo sentía. Así que cogió otro libro de un anaquel, uno bonito con fotos de robles y con las características páginas de plástico gruesas y brillantes de los volúmenes de fotografía y sus impresiones en color de calidad.

—Ahora este.

Entonces le pasó uno de tapa dura normal y corriente, aún bien rígido, pero con papel más fino y de un color más amarillento. Las dos lo olieron.

Sara sonrió. Los libros de tapa dura y los de bolsillo olían de un modo totalmente distinto, pero también había diferencias de una edición de bolsillo a otra y entre los de bolsillo suecos y los ingleses. Los clásicos, por ejemplo, se distinguían fácilmente de los demás. La literatura académica tenía su olor particular y, a su vez, la de la universidad era distinta a la del instituto. Como detalle interesante, los libros de la escuela para adultos olían igual que los de primaria y secundaria: el viejo aroma a aula e impaciencia y *encerramiento*. Pero la cantidad de estudiantes de básica que podía experimentar el olor de los libros de texto nuevos había menguado con los años.

Los libros nuevos siempre eran los que más olían. Sara suponía que era el aroma de la impresión, que aún estaba concentrado y que, por lógica, desaparecería después

de abrir, leer y hojear el libro. Aquello era lo que pensaba intelectualmente hablando, pero en realidad no lo creía así. Ella aún pensaba que lo que percibía era el olor de las aventuras y las experiencias lectoras que la esperaban justo a ella.

A Sophy ya se la veía mucho más segura. Dejó el volumen y comenzó a desplazarse ante las hileras de estantes y libros. Sara volvió a su tarea de sacar a Marian Keyes de la caja. A lo mejor era un poco estúpido encargarse de libros nuevos cuando apenas le quedaban unas cuantas semanas para irse, pero era la única manera que tenía de superar aquella última etapa: seguir con la normalidad y hacer como que no pasaba nada. En breve estaría sentada en el avión, así que no le quedaba más remedio.

—¿Sobre qué te gustaría leer? —preguntó Sara.

Sophy se encogió de hombros.

—No sé —contestó.

Continuó merodeando por la tienda. No parecía leer los títulos, sino solo mirar los libros. De vez en cuando alargaba la mano y tocaba los lomos mientras caminaba, igual que una persona que va en un barco y mete las yemas de los dedos en el agua que corre junto al casco.

Se quedó casi media hora. Antes de marcharse dijo:

—Dragones. Me gustan los dragones. Creo que un día encontraré un libro sobre dragones. O con un dragón. Tampoco importa demasiado.

«Conque dragones», pensó Sara.

—Espera —rogó—. ¿Hasta cuándo te quedas en la ciudad?

La muchacha se encogió de hombros.

—No sé.

—¿Dónde vives, si no?

—En Bloomfield.

Sara puso una hoja de papel en el mostrador y le pidió la dirección. Sophy se la apuntó, pero no le preguntó para qué la quería. Y la joven no dijo nada. Estaba decidida a encontrar el libro perfecto para la niña, a ser posible antes de tener que volver a Suecia.

Todavía seguía pensando en dragones cuando entró Jen.

—Vas a necesitar un vestido de novia.

«A estas alturas ya debe de haber hablado con Tom —pensó Sara—. Y él le debe de haber dicho que no, ¿no?» En caso contrario, aquella era sin duda la mejor oportunidad de Sara para hacerlo.

Miró a Jen a los ojos con toda la seguridad que fue capaz de reunir y le dijo:

—Yo...

—Tienes que ir a ver a madame Higgins —la cortó ella—. Lleva vendiendo vestidos de novia en Broken Wheel desde que Caroline era joven.

Sara había visto el escaparate de madame Higgins. No le había parecido demasiado alentador.

Jen miró un papelito que llevaba en la mano. Debía de ser una lista, porque enseguida dijo como si estuviera recitando de memoria:

—Una despedida de soltero y otra de soltera, para las fotos. Documentación. Gente suspicaz, la del USCSI. —Casi consiguió decir bien las siglas de la institución.

«No me digas», pensó Sara con cinismo.

—Jen —la interrumpió—. Esto es una locura.

—No digo que tengamos que montar despedidas de verdad. —Se rio—. Pero habría valido la pena solo por ver la cara de Caroline cuando apareciera el chico del *striptease*. No te preocupes, he pensado en todo. Solo invitaremos a unos cuantos amigos elegidos para la prueba del vestido y le echaremos un poco de vino. Fotos bonitas, no hay que organizar nada. Además, ofreceremos algunos consejos estéticos.

—Esta boda es una locura —aclaró Sara—. Es ilegal, para empezar. Y Tom no quiere casarse.

—¡Tom! —exclamó Jen como restándole importancia. Sostuvo la mirada de Sara sin titubear—. ¿Quieres quedarte? —le preguntó.

Y al menos a aquella pregunta Sara podía contestar con un «Sí» sin dudarlo.

Nada que contar

—¿Vas a contárselo a tus padres?

Estaba desnuda, tumbada en la cama a su lado. Obviamente, la luz estaba apagada, pero como era pleno día entraba claridad en la habitación. No estaba segura de si le parecía pecaminoso, liberador o tan solo indecoroso.

En realidad Caroline no tenía ni idea de lo que pensaba acerca de todo aquello. Hasta su voz interior se había callado. Llevaba horas sin oír ni una sola palabra de escarnio. Era como si todo... aquello fuera tan impensable que su brújula moral estuviera totalmente fuera de juego. Había mantenido relaciones sexuales en ocasiones anteriores, hacía muchos muchos años. Había sido una experiencia insignificante que no merecía la pena en absoluto, a juzgar por los problemas y la vergüenza posteriores. Pero después de aquello... No tenía la menor idea de que el sexo pudiera ser así. Y es que lo había practicado con Josh, por el amor de Dios.

—¿Lo nuestro? —preguntó Josh.

Caroline lo miró con fijeza y estuvo a punto de incorporarse de un salto en la cama, hasta que recordó que no llevaba ropa. Se tapó con el edredón hasta la barbilla y volvió a hundirse entre las almohadas. Él no había mostrado ninguna sorpresa.

—No, lo nuestro no, obviamente —respondió consternada. No entendía que a Josh se le pasara siquiera por la cabeza. La gente no podía enterarse de lo que había pasado allí dentro jamás. Ni los padres de Josh (también estuvo a punto de esconder la cabeza bajo la almohada al imaginarse aquella escena) ni, sobre todo, nadie de Broken Wheel—. Lo tuyo. Lo de que... prefieres a los hombres.

Josh soltó una risotada y la acercó hacia sí para que Caroline apoyara la cabeza sobre su hombro y su cuello en lugar de en la almohada. Ella se sorprendió de que así estuviese más cómoda.

—Ahora mismo no me parece que eso se ajuste del todo a la realidad —comentó él.

Ella intentó aclarar las ideas en silencio, pero fracasó. Al final tuvo que decir:

—Sabes que no hay ningún «nosotros», ¿verdad?

Él no se molestó en responder.

—Encontrarás a un hombre guapo y simpático y seguirás tu camino. O a una mujer, si es lo que prefieres ahora. De tu edad —especificó Caroline.

No tenía la menor duda de que Josh así lo haría. Ella era demasiado vieja. Pero, a diferencia de él, Caroline se había hecho a la idea. No iba a pasar nada. A menos que alguien se enterase, pero a lo mejor podría sobrevivir incluso a aquello también.

«¿Estás mal de la cabeza, Caroline? Si alguien se enterara no tendrías ninguna posibilidad de sobrevivir. Te harían pedazos.»

Y para él también sería una catástrofe. La mujer dudaba que Josh supiera lo malvadas y despiadadas que podían ser incluso las personas más amables cuando tenían algo de lo que reírse.

Josh tampoco se molestó en responder a aquello. Ella añadió, a modo de prevención:

—Nadie puede enterarse jamás de que hemos estado juntos, Josh. Todos... se reirían de nosotros.

El joven le acarició el hombro con un dedo. Lo deslizó despacio, dibujando figuras sin sentido sobre su piel. Caroline se relajó, pero no pudo dejar de preguntarse si a él le habría quedado claro.

—Como no hay ningún «nosotros», tampoco hay nada que contar —señaló él.

Caroline asintió con la cabeza en su hombro. Exacto. Quizá pudiese conseguir que solo fuera algo agradable, mientras durara.

Se sospecha de una conspiración

—Jajá —dijo el vecino de Gavin Jones.

Era uno de esos hombres que en lugar de reír pronuncian la risa en forma de palabras. Estaba inclinado sobre la valla que delimitaba la parcela de Gavin sin mostrar ninguna intención de querer dejarlo en paz.

—¿Has expulsado a algún mexicano últimamente? —preguntó.

Gavin soltó un suspiro. Hacía apenas unos minutos estaba rastrillando hojas y disfrutando de un viernes por la tarde tranquilo, y de repente se encontraba sometido a la implacable estupidez humana.

—¿Aquella redada en Postville de hace unos años? —continuó el vecino—. Cientos de pobres mexicanos que no habían hecho nada más que dejarse la piel por menos sueldo que el que están dispuestos a cobrar los estadounidenses más vagos...

Sobraba decir que no era el departamento de Gavin el que había efectuado la redada. Pero a él tampoco le había gustado. Era uno de los motivos por los que había cambiado la orientación de su carrera.

—¿No te hace sentir mal? ¿No podríamos dejar en paz a esos pobres desgraciados?

El mes pasado el vecino se había quejado de que no metieran a los chicanos en el trullo por quitarles el trabajo a los locales. No ocupaban empleos que uno quisiera tener, había considerado Jones entonces. Y ahora resultaba que eran unos pobres desgraciados. Gavin se encogió de hombros. Daba por hecho que no tenía modo de hacerse con la victoria.

Por su parte, se había trasladado a una de las oficinas locales de la USCIS para dedicar sus días a los europeos que tal vez sí o tal vez no se habían casado con un ciudadano estadounidense, a saber. Papeleo, más que nada, pero a veces resultaba reconfortante.

Tenía un sexto sentido para detectar cuándo alguien mentía en su solicitud, lo cual impresionaba a sus compañeros, pero a veces estos lo miraban con algo así como desprecio, como si no creyeran lo suficiente en el trabajo que desempeñaban para que fuera admisible ser bueno en él. Pero Gavin lo era, desde luego. Así que poco a poco se había librado de encerrar a inmigrantes ilegales que lo único que pretendían era ganarse la manutención para poner en su sitio a los europeos desvergonzados que se creían que las leyes no eran para ellos. Algunos parecían tener la idea de que era un derecho universal poder quedarse en Estados Unidos todo el tiempo que quisieran. A diferencia de los latinoamericanos, que sabían muy bien que en la vida no hay derechos que valgan y por eso lo único que esperaban de ella era un trabajo duro y desagradado, separarse de la familia y cobrar mal.

De todos modos, Gavin seguía sin disfrutar encerrándolos. Sabía que había compañeros suyos que pensaban que aquello era lo que le gustaba en realidad, que gozaba viendo a la gente poniéndose nerviosa y sintiéndose acorralada ante su

presencia. Y Gavin sabía que tenía colegas a los que aquello les encantaba. Pero ya no era tan peligroso. A los europeos les caía una multa y luego los enviaban a casa. Con los mexicanos era peor. Algunos acababan en la cárcel sin apenas haber entendido qué les había pasado, y si los devolvían a casa era una pura catástrofe.

—Puede que tenga un caso para ti —prosiguió el vecino.

Gavin se obligó a dejar el rastrillo y a volverse hacia el hombre con la esperanza de que la atención directa hiciera que acabase antes de decirle lo que fuera.

—Espera aquí —ordenó el vecino, y se marchó, pero en cuestión de minutos volvía a estar allí, y con dos hojas impresas en la mano.

Gavin las cogió dubitativo. «Boletín de Broken Wheel», ponía en la cabecera. Jones miró a su interlocutor con un poco más de interés.

—Una librería nueva en Broken Wheel —señaló el hombre.

Gavin leyó los artículos. Sara. Podía ser una mera casualidad. O tal vez hubiese dos Saras suecas en la ciudad. El artículo no mencionaba ningún apellido. Pero la Sara Lindqvist del formulario que había en su escritorio esperando a ser completado estaba en Estados Unidos con un visado de turista (que no había caducado) cuando, por lo visto, había conocido y se había enamorado de un ciudadano estadounidense.

No se podía abrir una librería con un visado de turista, aquello estaba claro. Y si lo había hecho, el repentino romance con el bueno de Tom Harris tomaba automáticamente otro cariz.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó Gavin a regañadientes y señalando los papeles con la barbilla.

—Claro —contestó el vecino, que se abrió de brazos y dejó entrever un poco más de pecho.

Era casi octubre y el hombre aún estaba moreno, observó Gavin con aversión. Llevaba hasta tres botones desabrochados debajo de la chaqueta.

Suspiró para sí. Supuso que le tocaría visitar la librería cuanto antes y hablar con la tal Sara. Sintió que el sábado que creía que iba a tener libre se esfumaba ante sus ojos.

A la tarde siguiente, Gavin no tuvo ningún problema en reconocer a Sara por la foto del boletín. Desde donde estaba, en la calle delante de la librería, tenía una visión perfecta de su puesto de trabajo. En aquel preciso momento le estaba recomendando dos libros a un cliente, y se movía con la calma natural de una persona que, sin duda, era la dueña de la tienda o trabajaba en ella.

No se apresuró en entrar. En casos como aquel prefería ir bien preparado antes de hablar con el sospechoso. Pero no dudaba de que daría con la verdad.

La Sara Lindqvist del formulario llevaba alrededor de dos meses en Iowa. Si de verdad se había enamorado tan locamente que estaba dispuesta a casarse por más razones que el permiso de residencia, la gente de la ciudad lo sabría. La urbe herviría con su romance: habrían pasado mucho tiempo juntos, en caso de un enamoramiento

tan exagerado. Sin duda alguna, ya compartirían casa. No habrían pasado desapercibidos.

A menos que se conocieran de antes, claro. Pero aquello también lo sabría la gente. Él la habría presentado como su novia o amiga de Suecia. Y era igual de ilegal entrar en el país con un visado de turista si planeaban casarse allí.

La cafetería que tenía enfrente estaba relativamente llena, pero la mujer de detrás de la barra estaba sola y ociosa. Poseía la presencia de alguien que tiene las cosas controladas. Cuando se trataba de pescar rumores, una cafetería era el mejor sitio, después de un bar.

Entró y se sentó en uno de los taburetes. La mujer comenzó a freír una hamburguesa y Gavin sospechó que estaba destinada a él. Ya notaba la náusea creciendo en su interior por culpa del olor. «Aguanta —se dijo—. Y entérate de todo lo que puedas lo más rápido posible.»

Había hecho una infinidad de interrogatorios a un sin número de personas como la mujer que había detrás de la barra. Si algo había aprendido, era que la gente estaba ansiosa por hablar. A la mínima que uno los animara, acababan contándole todo lo que quisiera. El truco consistía en hacerlos charlar y descuidar la prudencia, y luego bastaba con escuchar lo que decían y formular un par de preguntas. A menudo, repetir la última frase que habían dicho añadiendo un interrogante al final era suficiente para mantener viva la conversación. No era neurocirugía, precisamente.

Soltó un gruñido a modo de agradecimiento por el café que apareció ante sus manos y levantó la taza en un brindis silencioso.

—Entiendo que tu familia lleva tiempo afincada en Broken Wheel —dijo a modo de introducción. Un comentario amable sobre la familia solía bastar para romper el hielo con cualquiera.

A Grace se le iluminó la cara.

—Vaya —dijo—. Qué gracioso que me lo preguntes. —Alargó la mano—. Grace —se presentó—. Pero en verdad me bautizaron como Madeleine...

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Gavin estaba mareado y muy cansado. No había descubierto nada sobre Sara, pero ya sabía más de lo que le gustaría sobre escopetas escondidas debajo del mostrador. En algún momento también había aparecido un *sheriff* en escena.

Cruzaba los dedos para que fuera una anécdota histórica. Aunque la mujer había mencionado algo acerca de subir de categoría y hacerse con un rifle de caza que le había sonado preocupantemente moderno. Gavin solo había podido salir de allí porque, por algún motivo, el garito iba a cerrar antes de la hora habitual. Y cuando salió a la calle vio que la librería también estaba vacía y a oscuras.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 4 de mayo de 2011

¡Sara!

Solo me queda un papel de carta, así que responderé con más esmero a tu última carta cuando John me consiga más, pero ahora tenía que escribirte de inmediato y contarte que hoy he tenido a Tom bajándome libros de la estantería toda la mañana. ¡Y tenías razón! Huelen totalmente distinto. ¡Qué cosa para descubrir a mis años de vejez! Aún no superaría un examen con los ojos vendados, pero créeme si te digo que voy a practicar. Ya he encargado tres tipos diferentes de libros de bolsillo, un volumen de fotos y una novela de tapa dura para ver cómo huelen cuando están «frescos».

Debo reconocer que Tom no ha acabado de entender qué estaba haciendo. Le he dicho que era un consejo de «mi buena amiga Sara, de Suecia», tras lo cual no ha vuelto a pronunciar palabra. A mi edad es bastante peculiar tener nuevos amigos de los que poder presumir.

No es que Tom haya dicho nada. Es demasiado educado para hacerlo. Él solo te mira de esa manera, como si se riera con o de ti, pero al mismo tiempo queriéndote demasiado como para no seguirte el juego. Una mirada llena de risa no es un mal rasgo para un hombre. Puede que Tom a veces se tome las cosas un poco demasiado en serio, pero reírse con los ojos, eso sí que sabe hacerlo. A veces pienso que es lo que más dice de un hombre, y que, lamentablemente, no es algo que pueda aprenderse. A lo mejor se puede ser feliz sin él, pero mi consejo es: nunca te cases con un hombre que no tenga risa en la mirada.

Es un consejo que yo no seguí. En mi defensa alegaré que por aquel entonces yo era más joven y no sabía qué andaba buscando. Ni siquiera los ojos de John me ríen

nunca, pero sonrían a menudo, así que creo que, más que nada, depende de las circunstancias.

Si alguna vez vienes de visita, espero que John te caiga bien. Sin duda alguna, es la persona más extraordinaria que jamás haya conocido. Mientras escribo esto, él está sentado al lado de mi cama, en su sillón de siempre (¿te he contado que tengo una pequeña dolencia que a veces hace que deba quedarme en cama? No importa). Estoy casi segura de que sabe que estoy escribiendo sobre él y que en realidad le gustaría protestar —también sabe que solo escribo cosas positivas y opina que tiendo a exagerar—, pero aun así sigue ahí, oliendo un libro de bolsillo. Es una de las cosas que más satisfacción me brindan cuando echo la vista atrás; haber vivido una amistad así, haber conocido a un hombre así y haber tenido la suficiente sensatez como para apreciarlo.

Bueno. Se me acabó la hoja, justo a tiempo, porque ya me estaba poniendo sentimental. Solo una última inquietud: ¿no podrías venir?

Con cariño,

Amy

PS: No es el simple capricho de una anciana. Si alguna vez se te despierta la curiosidad por conocer una ciudad de provincias o simplemente quieres disfrutar de unas vacaciones en un sitio tranquilo, espero que sepas que estás más que invitada a venir aquí. Te enseñaría la calle Jimmie Coogan, podríamos hablar de libros y, bueno, conocernos. Y no estarías abandonada a mi merced. Todos cuidaríamos de ti y te entretendríamos lo mejor que pudiéramos. Piénsatelo.

Solo por el sexo

—¿Estás segura de que vas a casarte con un vestido de novia?

Sara no lo estaba en absoluto. Se encontraban todos amontonados en la excéntrica tienda de madame Higgins. Incluso Tom estaba presente. Intentaba dejar de reírse ante la visión de la joven embutida en un vestido de novia fofo y casi amarillento que, sin duda, había sido confeccionado para alguna matrona iowana con más... autoridad.

—Estás fantástica —dijo Jen.

—¿Sabéis por qué las mujeres se casan de blanco? —preguntó Andy. Nadie se molestó en responder—. Es evidente. ¡Todos los artículos de menaje son de color blanco!

Sara se rio. Jen sacó una foto.

La tienda de madame Higgins era lo bastante amplia como para que cupieran todos, pero tenían que repartirse en grupitos más pequeños para poder moverse entre los voluminosos vestidos. Toda la vista a la calle Segunda quedaba tapada por tres monstruosos vestidos de color fucsia.

Andy había colocado varias botellas de vino y un par de hileras de vasos de plástico sobre el mostrador. Se dedicaba a entretener a todos los que tuvieran la mala suerte de entrar en su área de influencia con anécdotas del tiempo que Sara había compartido con ellos.

—Qué cara cuando le pedimos la mano. De espanto, ¿verdad? —Le guiñó un ojo a Josh—. Pero no tanto como la de Tom. Aunque es la opción más lógica. Durante un instante pensé que intentarían convencernos a Carl o a mí.

Le dio un codazo a Josh.

—Casi tan desacertado como elegirte a ti, ¿eh?

El joven lo miró con frialdad. Estaba arrinconado entre Andy y Grace, y una percha se le clavaba continuamente en la espalda. Caroline estaba en el otro extremo de la tienda. Daba un respingo cada vez que él se le acercaba.

—Es decir, todo el mundo sabe que somos maricas. Broken Wheel es muy tolerante, desde luego, pero la gente no habría estado tan mal de la cabeza como para tragárselo.

—Sí, sí —aseguró Grace, y le dio un porrazo a Josh en el brazo. El muchacho parecía aún más cohibido—. Nadie nos habría creído si hubieras sido tú el que se casara.

—¿Por qué...? —comenzó a preguntar Josh, pero Jen lo interrumpió con una carcajada jovial.

Sara se dio cuenta de que se había rendido en sus intentos por hacer que Andy se tomara la hermosa situación en serio, sobre todo cuando ni Tom ni ella misma mostraban síntoma alguno de hacerlo. Se escabulló al probador (un rincón con dos telas a modo de paredes) y se desprendió como pudo del catastrófico vestido. En fin. Lo importante era que fuese blanco. Ni siquiera la USCIS podía exigirle que saliera

guapa en las fotos.

—¡Madre de Dios, no! —exclamó Jen—. Debo reconocer que primero pensé en Carl. Por lo menos es lo bastante guapo como para que cualquiera se creyera que Sara había caído rendida a sus pies en cuestión de semanas.

La chica salió del probador justo a tiempo para oír la réplica, y Tom la miró con los ojos llenos de risa por el golpe que acababan de asestarle a su poder de seducción. Ella estaba tan agradecida de no verlo enfadado que sonrió por acto reflejo, antes de acordarse de que en el fondo a él ni siquiera le gustaba y de que a ella le daba igual.

—Pero nadie se habría creído que Josh se hubiera enamorado de repente de una mujer.

—No entiendo por qué iba a ser tan imposible que me casara con una mujer —espetó él irritado—. Existe una cosa que se llama bisexualidad.

Claire y George estaban un poco al margen del grupo. Él se sentía más relajado que de costumbre, casi seguro de sí mismo, con su camisa de algodón sencilla pero bien planchada. Llevaba el primer botón desabrochado y el cuello blanco de la camiseta que llevaba debajo contrastaba con el azul de la prenda exterior. Se inclinó un poco hacia Claire y le dijo sonriente:

—A lo mejor te estás preguntando por qué no me he pasado a verte últimamente.

—No.

George se rio.

—Claro, seguro que la has visto.

—Sí.

—A Sophy, quiero decir.

—Y a Michelle.

—Sí... Pero Sophy merece la pena. Es una chica fantástica. —Luego añadió con tono generoso—: Como Lacey. —Pero no obtuvo ningún tipo de respuesta. Claire seguía mirando fijamente a Tom y a Sara, pero con expresión contenida. George se encogió de hombros.

Mientras los demás estaban ocupados con sus propias conversaciones, Sara volvió a colgar el horripilante vestido en su sitio y repasó, sin darse cuenta, el resto de las opciones.

No sabía por qué lo hacía. Iba a hablar con Jen sobre aquel plan de locos y a ponerle fin a todo. Entonces miró de reojo hacia la sonrisa psicótica de Jen, percibió su frenético afán por sacar fotos y un escalofrío le recorrió la espalda. Pero no lo haría aquella tarde.

Levantó un vestido para verlo mejor. Si se fuera a casar, aquel podría haber servido. Era un vestido que no se hacía ilusiones de amor y matrimonio. Perfecto para una boda falsa.

Suspiró y volvió a colgarlo, pero no lo bastante rápido. Antes de que se diera la

vuelta, Tom ya había aparecido a su lado y Sara supo que la había visto hurgar entre los vestidos. Como si aún quisiera engatusarlo para el matrimonio.

—Tom —dijo, y le puso una mano en el brazo antes de que él pudiera decir nada.

Sus miradas se volvieron penetrantes en cuanto ella lo tocó, y los ojos de Tom parecieron suavizarse, como si por primera vez la vieran a ella, o por primera vez la dejaran verlo. La chica pensó en lo poco que suele expresarse con los ojos y en lo mucho que él le gustaba.

Curiosamente, al pensarlo no se sintió conmovida en absoluto. Ni siquiera le entró el pánico. Tan solo se lo quedó mirando, inmóvil, mientras todo su cuerpo se relajaba por completo ante la confirmación de que ella lo amaba. Fue una constatación apacible, igual que cuando se reconoce que la tierra es redonda, o como las leyes de la gravedad y de la gravitación universal: estaba ahí, indiscutible, no podía hacer nada al respecto. Estaba convencida de que aquel amor acabaría acarreándole problemas, pero en aquel instante el mero hecho de reconocerlo le infundió una especie de... paz.

Y con ella por lo menos tuvo el valor de decir:

—Tom, no tendrás que hacerlo. —Su mano seguía descansando sobre el brazo de él—. Le he dicho a Jen que todo esto es una locura.

Tom se echó a reír.

—¿Y ella te ha escuchado respetuosamente y ha cancelado todos los planes?

—Voy a hablar con ella otra vez.

—Sara, he firmado la solicitud.

—Pero... —La joven pestañeó—. ¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Es lo que Amy habría querido.

—No es justo —protestó ella.

«Solo lo ha hecho porque se ha visto obligado», pensó Sara. Porque tenía una especie de compromiso ineludible de ayudar siempre en todo y a todo el mundo.

—¿Por qué no? —preguntó él y señaló la burra con ropa que tenían delante—. Tienes vestido.

Sara hizo una mueca.

—Y sé que Jen ya ha hablado con el cura y que nos ha reservado hora para el sábado.

Los ojos de Tom seguían riéndose.

—Podríamos seguir adelante. Ahora ya es imposible pararlo. Pero claro, siempre puedes decir que no cuando el cura te pregunte.

Sara intentó aferrarse a algún resquicio de realidad. Una no podía casarse por un permiso de residencia. No podía casarse en el extranjero con una persona a la que ni siquiera conocía. Y, desde luego, no se podía obligar a nadie a pasar por ello.

Miró con fijeza la burra llena de vestidos antiguos, como si las telas raídas o los colores y los cortes pasados de moda fueran a anclarla a la realidad.

Pero lo único que veía era un abismo.

«Es curiosa —pensó— la cantidad de veces que intentas no salirte de los caminos seguros de la vida, que te pones las anteojeras y no despegas la mirada del suelo mientras haces cuanto puedes para no contemplar las inmensas vistas que te rodean. La altura a la que te encuentras, el abismo, todas las oportunidades que en verdad hay ahí fuera... solo hay que lanzarse y volar, al menos durante un instante.»

Llevaba toda la vida resguardada tras las barreras de seguridad, pero en aquel momento estaba allí por primera vez, al límite del abismo, y tanteaba a ciegas la idea de que había otras formas de vivir, de lo intensa que podía ser la vida y de lo mucho que podía dar de sí.

Reaccionó ante el paisaje del modo en que creía que reaccionaría si hubiese estado literalmente delante de un precipicio. Sintió vértigo, le entraron ganas de saltar sin importarle las consecuencias. Podía imaginar cómo sería dejarse caer, quería hacerlo, pero sentía un impulso igual de fuerte de echarse atrás y volver a la zona de seguridad.

«Lo amas», pensó, pero no supo si era un argumento para saltar o para dar un paso atrás.

—Vamos, Sara —la animó Tom como si pudiera leerle el pensamiento, lo cual era lo último que ella deseaba en aquel momento—. Quieres quedarte, ¿verdad?

—Sí —contestó ella rápida y concisa. Lo miró a los ojos—. Lo que pasa es que quiero mucho a las personas de aquí. Y es la primera vez que me siento realmente en casa en algún sitio. —Guardó silencio—. ¿Sigues pensando en mudarte a Hope? —añadió luego. No podía callárselo.

—Yo nunca me habría mudado a Hope —respondió él—. Pero dentro de unas semanas empezaré a trabajar allí. No es ningún problema. —Se encogió de hombros—. Si nos casamos, no tendrás que mudarte conmigo allí —dijo y sonrió con una comisura de la boca—. Quizá sea mejor que te vengas a vivir a casa unos días —continuó—. Tendremos que conocernos mejor el uno al otro. Tengo que saber si desayunas comida para pájaros, por ejemplo.

—¿Comida para pájaros? —repitió ella. Algo le decía que había perdido el control de la conversación.

—Lo vi en una peli —contestó él con una sonrisa—. Gerard Depardieu y Andie MacDowell.

—Ah —dijo ella—. No suelo ver películas. Soy...

—Más de leer libros —terminó él. Pero lo dijo sonriendo.

—¿Qué me decís? —dijo Jen—. ¿Creéis que Josh está enamorado de Sara?

—¿Por qué iba a estarlo? —preguntó Andy.

—Por todo ese rollo de que es bisexual. A mí me ha parecido claramente sospechoso. —Se llenó la copa de vino—. Lo he visto muy metido en el tema.

—¿Se ha pasado alguna vez siquiera por la librería? —preguntó Grace.

—No... —respondió Jen dubitativa—. Últimamente no. —Levantó la botella hacia Grace y Andy, que acercaron sus copas.

—Exacto —señaló Andy.

—Lo que está claro es que se trata de una mujer —se empecinó Jen—. Pero quizá no sea de Broken Wheel. La única mujer a la que lo he visto visitar es a Caroline.

Grace y Andy la miraron con los ojos abiertos como platos.

—Por favor, Jen —dijo Andy, pero enseguida añadió pensativo—: Aunque sí que es cierto que estuvieron tomando una cerveza después del baile.

—¿Cerveza? —repitió Jen—. ¿Caroline?

Cada vez parecía más convencida.

Los tres miraron automáticamente en dirección a Josh y a Caroline. Justo en aquel momento, el joven estaba poniéndole una mano sobre el brazo a la mujer mientras se reía de algo que ella le había dicho. Caroline apartó el brazo en el acto, pero la caricia no era lo significativo. Los tres podían entender que él la tocara sin que hubiera nada entre ellos. Pero ¿reírse con algo que hubiese salido de la boca de Caroline? Entonces había que estar enamorado.

—A lo mejor Josh va bebido —propuso Grace.

—Hay que ver —dijo Jen.

Andy ya no protestaba. A sus ojos asomaba entonces una mirada de preocupante determinación.

La siguiente vez que Josh pasó por su lado, Andy lo agarró del brazo y le dijo:

—Aquí nuestra querida Jen nos ha contado algunas teorías interesantes.

Josh lo miró tranquilo y preguntó:

—¿Ah, sí?

—Muy curiosas, si te digo la verdad. Cree que tienes algo con Caroline.

El chico no dijo nada, pero su mirada se volvió aún más fría, si era posible.

—Una acusación de lo más delirante —prosiguió Andy—. Caroline, como si no hubiera más mujeres en el mundo.

—Ya veo.

—Yo sabía que no era cierto. Con todos los respetos por la bisexualidad y las mujeres mayores, claro, pero nadie podría acercarse a ella sin sufrir lesiones por congelación. O sin hacer un voto de castidad. —Se rio de su propia broma, pero en honor a la justicia añadió—: Bueno, supongo que algunos podrían acostarse con ella. Se conserva bien, sin duda. Pero ¿enamorarse? ¿De Caroline?

—No hay nada entre Caroline y yo —aseguró Josh en tono neutro.

Andy le dio una palmada en el brazo.

—Por supuesto, claro —dijo, y añadió con esperanza—: Y ¿no puede ser que sea ella la que está interesada? Muchas mujeres mayores se enamoran de repente de hombres más jóvenes. Lo veo cada dos por tres.

Josh se rio, pero fue una carcajada carente de humor.

—Puedo prometerte que Caroline no está enamorada de mí en absoluto —dijo.

—¿No? —Andy parecía decepcionado.

—No —contestó Josh—. Solo me quiere por el sexo.

La señora Hurst (libros vs. vida: 4-1)

Sabía a una mezcla de *crêpes* muy dulces y salchichas, lo cual, pensándolo bien, debía de ser exactamente lo que era.

Tom le había preparado perritos de maíz, y mientras ella se los comía como primer plato él cortó cebolla y pasó un poco de carne picada por la sartén para hacer un Sloppy Joe. Así que Sara estaba allí sentada intentando quitarse de los ojos los lagrimones de emoción a base de parpadear. ¡Le había preparado perritos de maíz! Auténtica comida estadounidense.

Después de dejarla en casa de Amy, Tom se había ido a comprar los ingredientes mientras ella hacía la maleta con lo que necesitaría para pasar un par de días en su casa. Cuando fue a recogerla, se negó a desvelar lo que había para cenar.

Los perritos de maíz resultaron ser un potingue resultante de rebozar con huevos cantidades ingentes de azúcar (por lo visto era un elemento muy común en la mayoría de las recetas estadounidenses, porque acababa de ver a Tom echarle un saludable puñado a la carne picada) y harina de maíz en el que luego se bañaba la salchicha. Después se freía todo como buenamente se pudiera en una sartén de perfil alto y llena de aceite muy caliente. El potingue tenía tendencia a desparramarse, con lo cual los perritos quedaban más achatados y rectangulares que clínicamente cilíndricos, tal como auguraba la foto de la receta, pero a Sara le pareció que así quedaban más auténticos. La salchicha tenía gusto a cocida, y estaba más dulce que de costumbre. Cogió otro.

Ninguno de los dos había mencionado a Caroline, pero Sara no podía dejar de pensar en ella. Había visto algo tan... vulnerable en sus ojos.

En la tienda de ropa todos habían oído el comentario de Josh y se habían vuelto automáticamente para mirarla, pero la mujer se había limitado a erguir la barbilla y a lanzarles su clásica mirada gélida y segura de sí misma. Luego se había despedido de madame Higgins con la cabeza y había salido por la puerta sin mirar a su alrededor y sin mirar a Josh.

«Puede que estuviera un poco más pálida —pensó Sara—, y sus rasgos parecían un poco más severos, pero eso es todo.» Ni una palabra. Ni una mirada.

Una retirada solemne.

Todos los presentes sabían que no se trataba más que de una broma, pero Sara estaba decepcionada con Josh. Había sido una broma pesada y sin gracia.

A Andy sí le había gustado, por supuesto, pero ella solo había sentido compasión, a pesar de que Caroline había manejado bien la situación y de que, con total seguridad, no querría su empatía para nada.

Tom le dio la espalda a la encimera y un trago a la cerveza. Con la postura relajada se le notaban los músculos abdominales y de los brazos, así que de pronto la cocina se hizo mucho más pequeña.

—El truco para el Sloppy Joe —dijo— es la consistencia. Hay que poder dar un

bocado sin que se desmonte todo, pero sin que deje de ser pringoso. El secreto es desmenuzar la carne picada constantemente mientras se fríe.

—O sea ¿que un Sloppy Joe es carne picada en pan de hamburguesa? —preguntó ella.

—Afirmativo.

—¿Sin ninguna hortaliza?

—La carne lleva ketchup, ¿o eso no cuenta?

Sara se rio y dio un sorbo a su vaso de cerveza, y mientras Tom se volvía de nuevo hacia la sartén para picar pimiento verde, cebolla y ajo, ella pensó en cómo podría ser su vida. Trabajar en la librería, volver a casa todas las tardes y preparar la cena junto con alguien que la chinchaba a cuenta de sus libros, una especie de mundo mágico de... cotidianidad y amistad. «¿De verdad es pedirle demasiado a la vida? —pensó—. ¿No tener que estar siempre sola?»

—Sabes que el sofrito de carne picada está listo —continuó Tom— cuando puedes coger una buena cucharada con la espátula sin que se desmonte. —Cogió un poco de carne con el cucharón para demostrárselo y el sofrito cayó desmenuzado por los bordes—. ¿Ves? Aún le falta.

Ella sonrió, pero se dijo a sí misma que no debía dejarse distraer. Estaba siendo una velada muy bonita, y Sara sabía que tenía que sacar un tema que había estado inquietándola desde que tuvieron aquella conversación en la tienda de ropa. Quizá porque debía recordárselo a sí misma, quizá para demostrarle a Tom que no estaba haciéndose ilusiones.

—Tom —empezó—, después no tendremos que vivir juntos. Puedes seguir con tu rutina. No va a haber ningún tipo de... sentimientos en todo esto. —Se había propuesto decirlo con firmeza y calma, pero le había salido más como una pregunta. Aun así, de algún modo consiguió acabar con el ambiente desenfadado.

La sonrisa de los ojos de Tom se esfumó. Se volvió de nuevo hacia la encimera.

—Ya lo entiendo —dijo—. Sin sentimientos.

—Puedo vivir en casa de Amy. O dormir en el sofá.

Debería haberse callado hacía rato. ¿Dormir en el sofá? Menuda estupidez de comentario. La visión de un acogedor día de diario se vio reemplazada por fantasías del raudo torrente de amantes de Tom que pasaría por su casa durante los dos años que estaban obligados a vivir juntos para que ella obtuviera el permiso de residencia, y todo eso mientras Sara intentaba volverse invisible en el salón.

«Espabila, Sara. No pasa nada porque te quedes.»

No poder tener a Tom era un precio discreto a pagar por poder sentirse en casa en algún lado.

—Podrás seguir quedando con otras —dijo, pues se sentía obligada a aclararlo.

Él ni siquiera se molestó en comentar sus palabras. Sara intuyó que para él aquello había estado claro desde el primer momento.

Iban a compartir cama.

Ella había repetido su estúpida propuesta de dormir en el sofá, pero, según había señalado él, era muy mala idea. Si no dormían en la misma cama, ¿cómo iba a saber él si ella roncaba, por ejemplo? Sara había protestado contra la acusación, pero él se había limitado a contestar que aquello no era algo que uno pudiera saber de sí mismo.

La joven no habría tenido nada en contra de dormir a su lado si hubiese podido creer que era una maniobra de Tom para conseguir llevársela a la cama.

Pero no era eso. Él lo había asegurado a una velocidad deprimente, y allí estaban, tumbados lo más lejos que podían el uno de la otra.

Se habían quitado la ropa a oscuras, pero el resplandor de la luna se filtraba a través de las cortinas y Sara había tenido tiempo de vislumbrar durante unos segundos la piel desnuda y el torso descubierto de Tom antes de meterse en la cama. No había sido de gran ayuda para lograr la paz de su espíritu.

Suspiró para sí.

Las sábanas tenían un olor desconocido, fresco y varonil. Sara oía la respiración de Tom a su lado y sintió un deseo abrumador de alargar la mano y tocarlo. Se agarró las manos sobre el pecho para contenerse y se quedó allí tumbada mirando un techo extraño.

Él no estaba interesado en ella, pero aquello no era ninguna catástrofe, se recordó a sí misma. Ni ninguna novedad. A veces, los enamoramientos simplemente no eran correspondidos. Y en realidad ella tampoco se había esperado otra cosa.

Era así incluso en los libros. Sabía que Tom creía que ella prefería los libros porque eran más felices que la vida real, pero también en ellos le daban calabazas a la gente, la dejaban y se quedaba sin las personas que le gustaban. Y en la vida, como en los libros, la gente salía adelante poco a poco hacia nuevos amores. En aquello no había ninguna diferencia entre los libros y la vida: ambos contaban con enamoramientos felices e infelices en una misma historia.

Sí, en la vida una nunca podía saber si el enamoramiento que estaba viviendo era el definitivo, o si era el que iba a mejorar la candidatura del señor Darcy por efecto de contraste. Pero con que aguantara solo un poco, incluso en la vida real acabaría conociendo a alguien unos capítulos más tarde.

Pero aun así. Allí tumbada, con la espalda rígida, la mirada clavada en el techo y escuchando el suave y regular sonido de la respiración de Tom, Sara se sentía más sola de lo que jamás se había sentido desde su llegada a Broken Wheel.

Aunque, claro, con los libros una tenía el consuelo de que terminarían bien. En el fondo, cuando una leía iba superando las decepciones y las complicaciones continuamente convencida de que al final Elizabeth conseguiría conquistar al señor Darcy. En la vida no se podía tener la misma fe. «Pero tarde o temprano aparece una persona nueva a la que puedes ver como tu señor Darcy», se dijo Sara.

Siempre y cuando se fuera uno de los protagonistas.

Casi se incorporó en la cama ante la abrumadora idea. Tom se movió a su lado, así que Sara hizo un esfuerzo por relajarse otra vez, pero su corazón seguía desbocado.

«Ayúdame —pensó—, no dejes que sea un personaje secundario.»

Podía soportar el hecho de no haber encontrado todavía a su señor Darcy. A decir verdad, nunca había contado con hacerlo. Más aún, hubo un tiempo en su vida en el que ni siquiera había pedido ser más que un personaje secundario.

Pero entonces... La mera idea de que en realidad Tom hubiese tenido siempre por objetivo encontrar a otra la llenaba de pavor. Sin quererlo, empezó a pensar en Claire, pero enseguida se lo quitó de la cabeza.

¿Y si ella misma fuera Caroline Bingley?

O la señora Hurst.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 22 de mayo de 2011

Querida Sara:

Sobra decir que me alegro de que hayas ahorrado dinero, y más todavía siendo tan incierta tu situación laboral (¿no tendrías así aún más tiempo para quedarte con nosotros?). Pero no mezcles el dinero en esto. Era una invitación entre viejas amigas —como nuestros libros se han conocido, ¿no te parece que ya va siendo hora de que nosotras también lo hagamos?—, así que no puedo dejarte pagar por ello. Me temo que en esta ocasión tendrás que permitir que lo decida yo.

¡Qué idea la de hacerte pagar por permitir que una anciana te mate de aburrimiento! Si te soy sincera, me recuerdas a Tom. Es como si los dos creyeráis que la vida consiste solo en estar para los demás. Estoy encantada con los dos, obviamente, pero la vida no es una competición para ver quién se la gana.

Vive un poco. Lee un poco. Quédate todo el tiempo que quieras, gratis, pero ven pronto.

Con afecto,

Amy

Amy Harris se entromete mediante un representante

«A lo mejor no es el fin del mundo —pensó Sara—. La gente lleva mucho tiempo casándose. Incluso con personas convencionales.»

Al otro lado de la ventanilla del coche, el maíz pasaba veloz ante sus ojos. Ya habían comenzado a cosechar algunos de los campos, así que aquellos iban apareciendo de manera regular en forma de manchas peladas y aplanadas en un paisaje que, por lo demás, estaba rebosante de altos tallos erguidos.

Tom iba a su lado en el coche y estaba descaradamente animado y descansado; además, como para desconcertar a Sara, el día era caluroso y el cielo estaba despejado, un último resquicio del verano que en realidad ya debería haber quedado atrás.

Si iba a quedarse, pensaba, debería encontrar un modo de subsistencia. Aún tenía dinero ahorrado, pero no le duraría para siempre y tampoco pensaba dejar que Tom se lo pagara todo.

La librería había empezado a contar con varios clientes. Ya casi nunca pasaba un día sin que vendiera algo. Pero no podía vivir de tres libros usados al día.

Si se quedaba, tendría que afilar su estrategia comercial.

Sonrió para sí misma y miró de reojo a Tom. Era una idea vertiginosa: disponer de tiempo, poder seguir acrecentando la librería. En cuanto él se percató de que Sara lo estaba mirando, esbozó una sonrisa antes de volver a fijar la mirada en la carretera. Se cruzaron con un coche apurando al máximo, pero sin llegar a tocarse.

Quizá pudiera montar una tienda online con la librería. Era algo en lo que ya había pensado antes, en Suecia. Una mezcla de blog de libros y librería online, con un local para dar sensación de atención personalizada. Entrevistas con autores locales, todos los libros que se hubieran escrito sobre Iowa o de algún autor del estado. Un equivalente basado en internet a las librerías de barrio de antaño. Sara se preguntó hasta dónde estaría dispuesta la gente a desplazarse para ir a una librería de máximo encanto. Lejos, sospechaba, si vendían libros que hubiese escrito alguien a quien conocían. Nunca había que subestimar el poder del *marketing* ni el entusiasmo de los principiantes. Una balda de Clarence Conty, por supuesto, y quizá una balda virtual para cada condado de Iowa.

Tom aminoró la marcha al llegar a la librería y se estiró por encima de Sara para abrirle la puerta. Cuando lo hubo hecho, le dedicó una sonrisa. A lo mejor algún día Sara llegaba a ser inmune a ella.

—Ve a vender unos cuantos libros —dijo él, y ella sonrió, decidida a hacerlo.

Grace estaba apoyada en el marco de la puerta y saludó a Sara con la cabeza cuando la vio en la acera. Parecía de lo más irritada.

—¿Café?! —gritó, y Sara se detuvo. ¿Por qué no? Hacía un día tan espléndido que invitaba a conversar.

Grace sirvió dos tazas y se reclinó sobre la barra. Quizá fuera la felicidad que Sara irradiaba lo que la impulsó decir en un tono bastante arisco aun para ser Grace:

—No entiendo por qué quieres quedarte.

«¿Por qué no iba a quererlo?», se preguntó ella. Era obvio que Grace no tenía ninguna intención de mudarse. ¿Por qué Broken Wheel podía ser el hogar de Grace, pero no el suyo?, ¿solo porque en su nacimiento se hubiese cometido una especie de error por el cual había acabado en Haninge en lugar de allí?

—¿Te he contado alguna vez lo de la recogida de firmas contra mi abuela? *Amazing Grace Is the Devil in Disguise*, le pusieron por título a la campaña. —Miró expectante a Sara. La joven jugueteaba con la taza de café—. ¡Como la canción de Elvis! Imagínate. El fantasma de Elvis en Broken Wheel. Quien tuviera la ocurrencia debió de reírse un rato. Las señoras de la iglesia no pillaron que era una cita. Era la época en la que Elvis todavía provocaba.

Sara estaba tan ocupada con sus grandiosos planes que respondió un poco ausente:

—Sí, pero veo que tú no te has ido de la ciudad.

—Aún puedo verme obligada —respondió Grace con dramatismo antes de añadir en tono prosaico—: ¡Bizcochos caseros!

—Déjalo ya —repuso Sara—. En realidad ni tú ni tu abuela parecéis tener ningún problema para ser aceptadas aquí.

—¡Qué comentario más malvado!

—Te quieren —dijo Sara—. Y quieren tenerte aquí. Y tú los quieres, aunque hagas como que no perteneces a este lugar. Hasta tu abuela se quedó. Me apuesto lo que quieras a que a ella también le gustaba esta ciudad.

A juzgar por la cara de Grace parecía que Sara le hubiese pegado.

—¡Que me quieren! —exclamó, y continuó desesperada—: No era solo mi abuela. Las mujeres Grace siempre han sido marginadas ¡Vendíamos alcohol! ¡Nos peleábamos! Es...

—... prácticamente una tradición familiar —la interrumpió Sara. Y añadió, para ser justa—: A lo mejor no es solo culpa tuya. Los tiempos cambian. Supongo que hoy en día es más difícil que te marginen.

—No sigas —ordenó Grace mosqueada—. Ya no hay nada que impresione. Alcoholismo, moralidad, violencia... Es todo culpa de Hollywood.

—Eso, y que ahora vendes hamburguesas.

Caroline lo dejó entrar la segunda vez que pasó por su casa. Josh ya se había acercado aquella tarde (apenas podía pensar en ello sin que le diera un escalofrío), pero en aquel momento no se había visto capaz de hablar con él.

—Sé que hice el ridículo —aseguró él, y se mesó el pelo en un gesto de inseguridad.

—Sí —afirmó ella. No estaba enfadada, en realidad no. No lograba reunir la

suficiente energía para estarlo.

—Dije que no estabas enamorada de mí.

—Dijiste que teníamos sexo.

—Lo sé. —Se olvidó de parecer arrepentido—. Pero me provocaron —alegó enfadado—. ¿No puede ser incluso positivo? —aventuró—. ¿La mujer dura y madura que tiene a los jovencitos bajo sus riendas...? —Josh se quedó callado al ver su mirada—. Puede que no.

—Puede que no —repitió ella.

No había salido de casa en todo el día. Y se había propuesto firmemente no volver a salir jamás. Pero se dio cuenta de que el chico no acababa de entender la situación y sintió que, a pesar de todo, debía intentar explicárselo. Deseó que él hubiera mantenido la boca cerrada para así haber podido seguir un poco más con todo aquello, pero supuso que era inevitable que tarde o temprano todo saliese a la luz.

—Como mujer soltera y mayor... —empezó.

Él mostró interés por lo que iba a decir. Como si los pensamientos de Caroline significaran algo para él. En breve dejarían de hacerlo.

—Como mujer soltera y mayor, lo único de lo que puedes estar segura, aunque no hagas nada de nada, es de que van a dejarte en ridículo. La gente va a reírse de ti. Es lo que hacen. Y normalmente me da igual, porque lo he elegido yo sola. ¿Comprendes?

Era obvio que no.

—Puede que no le caiga demasiado bien a la gente, pero consigo que se hagan cosas. Se ríen de mí, yo les doy la vara, y en cierta manera puede decirse que yo he escogido las cosas de las que pueden reírse. Queda equilibrado. Pero ahora... el equilibrio se ha roto. Van a reírse de mí por cosas que yo no he elegido libremente. ¿Entiendes que desde ahora yo nunca más voy a volver a ser solo Caroline?

—¿Quién vas a ser, si no?

Caroline no sabía muy bien cómo expresarlo.

—Nuestra antigua relación... —comenzó diciendo—. Desde este momento va a formar parte de lo que yo soy. Voy a ser «Caroline la que se abalanza sobre los jovencitos» o «Caroline, ¿sabes que se lía con jovencitos?» Tú, supongo, seguirás siendo Josh. Y tendrán razón. Van a reírse y yo no podré decir nada. Cuando se reían de que era decidida o insistente podía defenderme. Y seguía siendo Caroline.

—Pero ¿por qué tendríamos que andarnos con secretos? Sara y Tom pueden ser todo lo abiertos que quieran, casarse delante de toda la ciudad y declararse en grupo.

—Primero, Sara y Tom no están juntos, y segundo, tienen la misma edad. —Luego añadió más tranquila—: Y el mundo no es justo. —Intentó razonar con él—. Yo no me presento en tu casa como un torbellino y me pongo a hablar de tus novios, ¿verdad que no? A pesar de que no es justo que tengas que ocultarlo.

—Yo no tengo novios, joder.

Caroline no se molestó en hacer comentario alguno. Seguían de pie en el

recibidor. No pensaba dejarlo pasar de allí, pero eso hacía que lo tuviera muy cerca.

—Lo siento —se disculpó él con un tono breve y enfadado que no albergaba ni pizca de arrepentimiento—. ¿No puedo hacer nada para arreglarlo?

Caroline deseó que el mundo fuera mejor, o que no le hubiese tocado a ella enseñarle a Josh cómo era en realidad. Apoyó el hombro contra la pared y se acarició despacio.

—Esto no puedes arreglarlo, Josh —aseguró—. Dentro de un tiempo, cuando vean que no estamos juntos, a lo mejor puedo ser la «Pobre Caroline que está sola y que se pensaba que un jovencito iba a querer estar con ella», o la «Caroline, ¿sabías que la ha dejado tirada un jovenzuelo?». A lo mejor con el tiempo me dejan en paz.

—¿Cuándo vean que no estamos juntos?

—No voy a seguir viéndote —aseguró con un dejo lo más afable posible a pesar de saber que él no le haría caso durante mucho tiempo.

Josh se puso pálido. Su cara adquirió un matiz blanco preocupante, y durante un segundo un halo casi iracundo le enturbió la mirada. Caroline dio un paso atrás, no por miedo a que él le hiciera daño, sino a que la tocara otra vez y a ella le gustara.

Pero cuando él habló, su voz sonó fría, casi inexpresiva, pero llena de rabia poco reprimida:

—Déjame si quieres, Caroline, pero no vayas a creerte que esto es solo por el qué dirán. Puede que ahora seas «Caroline la descompuesta y sin novio», que no es un título muy justo, ¿no te parece? Pero tú nunca has sido solo Caroline. Antes de que yo llegara eras «Caroline la pobre solterona» o «Caroline la estereotipo de iglesia con patas».

Ella lo fulminó con la mirada.

—Adiós, Josh —dijo, ya sin ninguna amabilidad, y pasó por su lado dándole un empujón para abrir la puerta de un bandazo. Lo invitó a largarse señalando la calle con la cabeza y él salió de espaldas.

—Caroline. No pretendía...

Pero ella ya le había cerrado la puerta.

Fue mientras estaba cambiando la pila de libros que había junto a los sillones cuando Sara posó la mirada sobre *Eragon*. Sonrió para sí por la repentina inspiración. Un libro para una chica a la que le gustaban los dragones. Lo metió debajo del mostrador para dárselo la siguiente vez que la viera.

—No sé si lo sabes, pero Amy y yo éramos buenos amigos.

Sara levantó la cabeza. John estaba en la puerta. El sol le iluminaba la espalda, por lo que se le hacía difícil distinguir el rostro del hombre, pero su voz sonaba pausada y cansada y tenía los hombros encogidos. Los meses que habían pasado desde la muerte de Amy no lo habían tratado bien.

Sara asintió con la cabeza.

—Tú no llegaste a conocerla, pero era una mujer fantástica.

—Lo sé —afirmó Sara. Luego añadió, sin mirarlo a la cara—. ¿Tú crees que yo le habría gustado?

—Le gustabas mucho.

—Y... ¿la librería?

La sombra de una sonrisa se posó en su cara.

—La librería también. —John la miró con seriedad—. Pero no le habría gustado que te casaras sin amor.

Sara se abrazó a los libros que tenía delante sin darse cuenta.

—Lo entiendo —admitió. Dudaba que John supiera lo inútil que resultaba aquella advertencia. Los días en los que no amaba tanto a Tom como a la ciudad habían quedado muy atrás. Reunió valor y le dijo—: Sé cuánto significabas tú para ella. Mucho más que su marido. Tú eras su Robert Kincaid, que se quedaba bajo la lluvia.

Pero John continuó como si no la hubiese oído:

—Y tampoco le habría gustado que Tom lo hiciera.

Sara se preguntó si John pensaría que ella había engañado a Tom con todo aquello. Si pensaría que solo se estaba aprovechando de él.

La rabia se lo puso más fácil para mirarlo a los ojos y atreverse a decir:

—Amy lo hizo. —No pudo abstenerse de agregar—: ¿Por qué no os casasteis? ¿Cómo pudo Amy ser tan... cobarde? ¿Por qué no se atrevió a desafiar los prejuicios?

No lograba entenderlo. Amy, que había cuidado de Andy y que se había alegrado con una postal de un hombre semidesnudo. Era incomprensible.

—Ella sabía lo que era casarse sin amor —admitió John.

Era una especie de reconocimiento que parecía hacer muy a su pesar. Sara halló cierto consuelo en el gesto. «Toma ya», le entraron ganas de decir. Amy se había casado sin amor. Pero en cuanto lo pensó se dio cuenta de que no era un argumento demasiado efectivo para exponer a su sobrino a lo mismo por lo que ella había pasado y, Sara estaba convencida, de lo que se había arrepentido.

—No le habría gustado que Tom lo hiciera —repitió John.

Ella suspiró. No, no le habría gustado. Sara daba por hecho que en un matrimonio no bastaba con que uno amara al otro.

Al salir de la librería, John titubeó un instante, se detuvo y se volvió hacia la joven. Ella no se atrevió a levantar la mirada del mostrador. La mantuvo fija sobre la pila de libros.

—No fue Amy la que fue demasiado cobarde para casarse —dijo—. Fui yo.

La oscuridad se cierne sobre George

Después de la improvisada fiesta del vestido de novia, George había vuelto a casa, a su propio infierno.

Había adoptado la forma de dos notas breves y un piso vacío y amarillento.

«George, nos largamos», ponía en una.

«Gracias por dejarnos vivir aquí», decía la otra.

El agradecimiento era de Sophy, pero no ponía ninguna dirección.

La oscuridad había vuelto a atraparlo.

Le resultó mucho más difícil perderla aquella vez.

Quizá se debiera a que en aquella ocasión todo había sido mucho más incierto. La primera vez había sido gradual: los problemas, las broncas, las maletas. El abandono. Y ni siquiera entonces George se había permitido pensar que podía ser para siempre. Sophy volvería, pensaba mucho después de que la gente hubiera comenzado a dedicarle miradas de compasión.

Cuando llegó el momento de reconocer que la niña no regresaría, George ya había empezado a beber, y le había sido de gran ayuda. Así pudo anestesiar el dolor más profundo cuando al fin perdió la esperanza.

En cualquier caso, había olvidado cuánto daño hacía. No recordaba que fuera tan tormentoso.

Sabía, sin atisbo de duda, que no se le podía pedir a ningún padre que superara dos pérdidas de la misma hija. De alguna forma perversa, aquello lo consolaba. Había logrado salir adelante después de perderla una vez. En ningún momento había sospechado que volvería a conseguirlo.

Curiosamente, el alcohol no le vino a la cabeza de buenas a primeras.

El primer día después de que Broken Wheel hubiera comprado un vestido de novia y de que Sophy hubiese desaparecido, George se lo pasó sentado a la mesa de la cocina pensando en cómo algo tan simple y automático como respirar podía haberse vuelto tan difícil de pronto. Vio que la oscuridad abría las fauces de nuevo y no hizo nada por defenderse.

Pero al final despegó los ojos de las notas que había sobre la mesa y vio la botella de vino abierta que Claire le había regalado.

Se preguntó si sería el momento de vaciarla.

No tuvo remordimientos por pensarlo, a pesar de que le había prometido a Sophy que no volvería a beber nunca más. Ni siquiera había sido a la auténtica Sophy, entonces lo vio con más claridad, sino solo a una voz en su cabeza. Ni siquiera a una voz, porque ella nunca le había respondido. Y ahora ya no podía hablar con ella. Al marcharse, la auténtica Sophy se había llevado a la que él tenía en la cabeza.

No fue capaz de reunir la energía necesaria para levantarse, estirar el brazo y coger la botella. Incluso mantenerse erguido en la silla le suponía un esfuerzo. Se

tambaleó hasta la cama y se tumbó, con la ropa puesta, sin ni siquiera coger un libro.

A lo mejor se la bebía un poco más tarde, cuando se sintiera mejor.

El segundo día se lo pasó entero en la cama. «No me he rendido», pensó. La primera vez había acabado haciéndolo, con el tiempo. Pero para rendirse primero tenía que intentarlo. Sin lucha no podía haber rendición. Como la primera vez, cuando al principio había protestado y se había engañado a sí mismo y luego, tras un largo período empujando el codo, había tirado la toalla de todas sus ilusiones, una tras otra. Aquella vez no había nada de lo que desistir. Había aceptado la pérdida al instante.

En aquella ocasión no había negación. Tampoco rabia. También las había sufrido en la primera ocasión y no le habían servido para cambiar nada.

Sin embargo, visto desde otra perspectiva, George intuía que aquella lucha en la que se rendía era, en realidad, la ilusión de creerse que podía llevar una vida normal sin Sophy. Quizá estuviese tirando la toalla de la vida. Pero al mismo tiempo sentía que no era algo que pudiera decidir por sí mismo. Más bien era la vida la que lo había dejado tirado a él. Otra vez. Durante un breve instante sintió vértigo al pensar: «Habría sido mejor que no hubiese vuelto a mí». Pero enseguida lo retiró. Una semana con la auténtica Sophy bien merecía la pena perder a la de su mente. Se habría contentado incluso con menos. Un día, una hora, un minuto, apenas una mirada.

Pero no la habría podido reconocer si la vida le hubiera ofrecido solo un destello. En aquel momento George comenzó a tener sudores fríos: unas perlas pequeñas en la frente. Verla y no reconocerla habría sido demasiado cruel.

O sea que no se había rendido. Simplemente procuraba no hacer nada.

Tenía que pintar el techo. Había grandes grietas en la pintura blanca, y con la suciedad y los años el color se había vuelto amarillo-gris-marrón en varias zonas.

George siguió las vetas de las grietas con la mirada y encontró cierto consuelo en ellas. Le daban algo concreto y cotidiano a lo que aferrarse con todas sus fuerzas.

Pintura. Pintar. Limpieza. Tapar los muebles.

Volvió la cabeza. Las cortinas estaban echadas. Tal vez debería haberlas descorrido antes de tumbarse para poder ver más y tener más cosas en las que pensar.

Cambiar las cortinas. Coser unas nuevas. Él no sabía coser, por supuesto. Además, no tenía ninguna intención de abandonar la cama.

Alguien llamó a la puerta, pero no se sintió capaz de levantarse e ir a abrir. Y aquello solo sería el comienzo. Tendría que hablar. Escuchar. Pronunciar palabras.

Impensable.

Sospechaba que sería Claire. No pasaba nada. Claire lo entendería, ella tenía su propia Sophy. Pero George sintió un repentino golpe en la conciencia cuando pensó que podía ser Sara. Ella quizá no lo comprendiese, y tal vez necesitara que la llevase a algún sitio.

Broken Wheel ahoga sus penas

A las cuatro y media Sara había perdido la esperanza de remontar el día. Antes de cerrar, su mirada se topó con la nota del mostrador en la que la chica había apuntado su dirección, y de pronto cayó en la cuenta de que no sabía si Sophy seguía en casa de George. Le escribió una notita afable y decidió que, en caso de que ya se hubiera marchado, le enviaría el libro. Si a la chica le gustaba, Sara le enviaría las otras dos partes más adelante. Aunque quizá no, pensó entristecida. Porque para entonces ya no estaría en Broken Wheel.

No se molestó en quedarse esperando para ver si George o Tom pasaban a buscarla. Iría caminando, o a casa de Amy o a casa de Tom, dependiendo de dónde terminase, y quizá lo decidiera al llegar a la carretera. Una idea deprimente. Porque la única conclusión que conseguía alcanzar era que no podía quedarse. Eran las palabras de Amy. Faltaba un día para la boda.

Tenía la sensación de caminar tambaleándose. Como todavía estaba lejos del centro, hizo un esfuerzo por intentar poner un pie delante del otro como una persona normal.

—¡Sara! —gritó alguien desde una ventana.

Primero pensó que era George, a pesar de que era una voz de mujer. La joven sonrió de forma automática aunque no del todo sincera, y se dio la vuelta. La sonrisa desapareció en cuanto vio que se trataba de Claire, pero consiguió curvar un poco las comisuras de la boca.

—Entra —le pidió Claire señalando el portal. Desapareció de la ventana y apareció unos segundos más tarde en la puerta.

Le suponía menos esfuerzo ceder que protestar. La mujer le mostró una botella de whisky y dos copas.

—Ven —dijo—. No quiero estar dentro de casa. Vámonos a algún sitio.

¿Por qué no?

El coche de Claire era una vieja camioneta Chevrolet que ya había pasado su época dorada. Sara apartó un vaso de cartón de Coca-Cola con el pie y se puso el cinturón.

Aparcaron en una pequeña colina a unos diez minutos de la ciudad. Sara oía un rumor de agua corriendo, pero si había un río allí fuera era demasiado pequeño como para verlo entre la hierba, que le llegaba por la rodilla. Claire señaló una arboleda que había a unos metros, lo más parecido a un bosque que Sara hubiera visto en Broken Wheel.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de este sitio?

La chica negó en silencio.

—Que no hay maíz. Estoy hasta las narices del puto maíz.

Se subieron a la plataforma de la camioneta. Había una manta hecha una bola al fondo, pero de momento hacía tanto calor que Sara no la necesitaba, y Claire iba bien

abrigada con un abrigo guateado de color verde militar.

—¿Sabes? —dijo Claire—. Nunca me habías caído del todo bien.

«¿En serio?», pensó Sara. Le daba igual. Se terminó la copa de un trago y se la acercó a la otra para que volviera a llenársela. Le derramó un poco de whisky en la mano.

—Tenías ropa demasiado bonita.

—Yo no tengo ropa bonita.

—No llevabas vaqueros. Parecías una turista. Y yo sabía que en Broken Wheel no hay nada que merezca la pena visitar.

—¿Sabes? —dijo Sara—. Yo pensaba que al final Tom y tú acabaríais juntos.

—Sí, bueno, aún no es demasiado tarde.

Sara intentó hacer caso omiso de aquellas palabras. Pero fracasó.

—¿Te gusta?

—No lo suficiente.

—Pensaba que esa era la razón por la que yo no te caía bien.

—No... No era por Tom. —Claire negó con la cabeza—. No era por Tom —repitió en voz más baja—. Has hecho que pasen cosas —continuó—. La librería, la fiesta, el mercadillo. Durante un momento habría podido jurar que volvía a tener dieciséis años, cuando salíamos todos juntos. Me preguntaba qué habría pasado si tú hubieras estado aquí entonces. ¿Nos habríamos separado si tú hubieses estado con nosotros?

«Ni lo pienses.» Otro trago.

—Entonces ¿por qué no te caigo bien? ¿Por alguien que no es Tom?

—No me caías bien. Me caes bien, Sara. —Asintió para sí—. Me caes bien.

—Entonces ¿por qué?

Claire se rio y se sonrojó.

—Por George —contestó al final.

Sara se volvió para mirarla.

—¿Estás enamorada de George?!

—¿Por qué no? —preguntó Claire irritada—. ¿Acaso el amor tiene que ser siempre tan pasional como la gripe? ¿Fiebre y alucinaciones y dolor y ninguna pastilla que sirva de remedio?

Sara no tenía la menor idea de a qué se refería Claire, pero de todos modos negó con la cabeza y tomó un poco más de whisky. El cielo se extendía más allá de sus pies, e igual que todo en Estados Unidos, era más grande que el de Suecia.

—¿El amor no puede ser, simplemente, que te guste alguien? Gustar de verdad, quiero decir, no esa ñoñería de «Me gustas, pero no te quiero», cosa que solo significa que no conoces en absoluto a la otra persona y tampoco te interesa llegar a conocerla. Si no gustar de verdad. Sentirte tranquila cuando estás con él, no tener que fingir que eres alguien cuando estás con él, no tener que ser tan chula. Alguien que te contradice cuando intentas bromear para quitarles importancia a las cosas. O que te

friega los platos cuando estás cansada para que cuando vuelvas a casa te encuentres una encimera reluciente justo cuando todo se te hace una montaña. ¿Por qué no iba a gustarme George? Es un hombre fantástico.

—Sí. —Pero normalmente no bastaba con ser fantástico, al menos en la vida real. Sara se rio de nuevo—. Tú y George —dijo, y Claire le dio un golpe en el brazo. Se volvió a reír.

El mundo le parecía más grande y emocionante cuando Claire podía amar a George.

Josh entró en la cafetería de Grace después de otra de sus visitas a la puerta de Caroline.

—Dios, ¡necesito un trago! —exclamó, y se sentó a la barra.

Grace intentó hacer una broma.

—Jajá —dijo—. ¿Acaso Caroline ha cortado contigo?

Josh no se rio en absoluto. Grace tuvo la sensación de que últimamente sus bromas quedaban un poco fuera de lugar. Entonces se percató de algo en la expresión de Josh.

—No me digas que era verdad —se sorprendió.

—Ahora ya no.

—¡Caroline liándose con jovencitos! —dijo Grace para sí—. Sin ofender —se apresuró a añadir—. Al menos, con hombres más jóvenes. —Esbozó una sonrisa torcida y continuó con tono consolador—: No te preocupes, nadie se creerá que haya sido ella la que lo ha dejado. O si lo creen, siempre sabrán que tarde o temprano la habrías dejado tú. —Luego prosiguió animada—: ¿Sabes qué? Me has salvado el día. Caroline, que siempre ha sido tan soberbia...

—Dura —dijo Josh. Grace lo miró inquisitiva—. No soberbia. Dura.

—Claro, claro. —La camarera era una persona justa—. Dura también. Pero irritante. ¿Quién iba a imaginárselo? Ya no va a poder relacionarse con nadie.

Eso no pareció cambiar el humor de Josh.

—Habría sido mejor que lo hubieras alargado un poco, obviamente, para que pudiese haber hecho el ridículo de verdad gracias a ti.

—Caroline nunca habría hecho el ridículo.

—Anda que no. Las mujeres mayores siempre hacen el ridículo cuando se cuelan por hombres más jóvenes. Es una ley de la naturaleza. También funciona para hombres mayores que se van con jovencitas, claro.

Josh descansó la cabeza entre las manos y emitió un ruido gutural que parecía un gemido atormentado.

—Necesito un trago —repitió.

—En eso puedo echarle una mano.

Cuando salió de la cafetería, estaba de peor humor aún que cuando entró, pero por lo menos se marchaba con una botella de destilado casero. Grace lo vio titubear al

otro lado del umbral, y justo antes de empezar a caminar Josh le dio un trago a morro a la botella. Desde la barra, Grace distinguió la mueca que hizo. Había quien desperdiciaba el alcohol bueno. La mujer se quedó sola con una vaga sensación de malestar. Le pareció ver la sonrisa afable de Sara ante sus ojos. Afable, pero cargada de reproche.

—Maldita seas, Sara —dijo en voz alta—. Se lo merecía. Ella habría dicho lo mismo de mí. Solo era una broma.

Y ¿desde cuándo tenía ella conciencia, por cierto? Ni que formara parte de aquel agujero.

George se había arrastrado hasta la mesa de la cocina, pero solo porque su cuerpo protestaba demasiado como para seguir tumbado.

Miraba fijamente el vino tinto. Podía bebérselo. O salir a dar un paseo. O quedarse allí sentado.

Si se lo bebía, tendría que comprar más alcohol. Una cosa estaba clara: media botella de vino no era suficiente. Ni de lejos. Grace siempre se había negado a venderle alcohol, igual que Andy. En los buenos tiempos de antaño, aquello no le había supuesto demasiado problema. Siempre tenía contactos que le echaban una mano. Podía preguntarle a Claire, por supuesto, pero sospechaba que ella no tendría gran cosa en la despensa.

También podía ir caminando hasta Hope. Podría seguir caminando por los siglos de los siglos.

De camino a Hope se cruzó con Josh, que zarandeo la botella en cuanto vio a George. Ya la había empezado él solo, pero aún no estaba borracho.

—¿Te puedo tentar con una copa?

—Claro —contestó George sin mayor entusiasmo.

El joven se encogió de hombros y le pasó la botella.

—Mujeres —dijo.

Siguieron caminando. A ninguno de los dos les importaba demasiado adonde iban a parar. Josh dio otro trago y le pasó la botella a George, que bebió sin esbozar ninguna mueca.

—La oscuridad ha vuelto —anunció George.

—Debería haberme limitado a los hombres —dijo Josh—. Pero si te soy sincero, con ellos tampoco tenía demasiado éxito.

El otro levantó la botella.

—Por Sophy —dijo. Dio un trago y la pasó.

—Por Caroline —brindó Josh, y alzó él también la botella.

Tenía una mirada rebelde, pero su compañero ni siquiera se dio cuenta de que había hablado.

—Amo a Caroline —le explicó Josh.

—Esta vez no va a volver —afirmó George.

Cuando Tom llegó a la librería para llevar a Sara a casa, ella ya se había ido. Estaba casi en el coche otra vez cuando John lo saludó desde la ferretería.

—He hablado con Sara —explicó el hombre—. Sobre la boda. No podía dejar que te sacrificaran.

—Me ofrecí de forma voluntaria —repuso él.

—A Amy no le habría gustado.

Tom ya estaba alejándose cuando se detuvo. Se volvió de nuevo hacia John.

—¿Qué ha dicho ella?

—Ha estado de acuerdo, obviamente. —John asintió con la cabeza—. Creo que ha comprendido que quedarse no es buena idea. No tiene motivos para seguir aquí.

Tom regresó al coche a paso rápido, enfadado con Sara por haber dicho algo que él ya había pensado. ¿Por qué cojones no podía decidirse de una vez? Primero decía que se quería quedar y ponía tanta cara de pena que él no podía evitar intentar que se sintiera mejor. Como un maldito cachorro, con aquellos ojos tan grandes. Y acto seguido aseguraba que no tenía ninguna razón para quedarse.

O eso de que podía vivir en casa de Amy o dormir en el sofá. ¿Qué demonios estaba pensando? ¿Que iba a casarse con él, vivir en casa de Amy y meter allí toda una colección de amantes mientras él se quedaba mirando? Y ¿a quién diantre se pensaba que iba a conocer allí?

Aunque podría haber sido divertido. Se imaginó apareciendo por casa de Amy y representando el papel de marido exasperado. La idea lo hizo sonreír en el coche.

Pero durante poco rato. Algo le decía que si veía a Sara con otro hombre no tendría que fingir.

Tampoco la encontró en su casa. Por lo visto, la farsa había terminado. Cruzó el salón para ir a la cocina. La imagen de los libros de Sara casi le provoca una sonrisa. No recordaba haberla visto leer en ninguna ocasión desde que estaba en su casa, pero suponía que los libros de la chica obedecían a una ley de la naturaleza carente de toda explicación lógica.

Cogió un vaso y una botella de whisky y salió al porche. Allí fuera reinaba una calma insuperable. El canto de los pájaros y el zumbido de los insectos le resultaban tan familiares que se deslizaban suavemente por su conciencia sin ser registrados. Solo se percataba de ellos gracias al vago sentimiento de bienestar y paz interior que le infundían.

Al fondo vislumbraba los cuatro puntitos de luz que conformaban Broken Wheel. La ciudad en sí, lo que quedaba de ella, apenas se veía por las tardes. Pudo ver las luces dispersas de las casas que rodeaban a la de Amy y el apartamento en el que vivía Claire. En medio estaba la compacta oscuridad que eran los campos de maíz.

La luz de las casas le recordaba que la ciudad seguía existiendo allí fuera. La oscuridad generaba cierta distancia, le decía que todo lo que sucedía allí fuera podía esperar.

Quizá fuera realmente una locura que ella quisiera casarse con él. Sobre todo

ahora que la ciudad la adoraba. A veces, cuando veía cómo a todo el mundo se le iluminaba la cara cuando ella estaba presente, no podía evitar pensar en Amy.

Era como si la ciudad necesitara un punto medio, un elemento en torno al cual reunirse, y Sara llenaba el vacío tras la pérdida de Amy, con su local y sus libros y su amabilidad casi universal.

Pensó en Sara, en la librería y en el mercadillo —su mente saltó rápidamente por encima de las escenas de la pérdida de mano y el resto de la noche—, y en una calle principal que parecía recobrar la vida, que de repente siempre parecía estar bañada por el sol, en una ciudad que en cuestión de semanas había pasado del blanco y negro al delirante technicolor.

«¡Broken Wheel, ahora en color! Pronto en tu cine más cercano.» Dejando al margen que hacía años que el cine había cerrado sus puertas. Y que Sara iba a volver a Suecia, que la librería cerraría, que la gente que se había juntado a su alrededor se dispersaría otra vez y que la calle principal volvería a su... calma de siempre.

Y aquello era lo que debía ser. Pero Tom sospechaba que el contraste sería demasiado para todos. Que los sueños serían el tiro de gracia de una ciudad a la que, de alguna forma, amaba, que un día a día gris y tranquilo ya no sería suficiente después de Sara y sus libros.

Pero ¿qué más daba? Él no necesitaba libros ni mercadillos ni bailes en The Square otra vez, ni ojos grandes y expresivos ni... Su traidor cerebro se entretuvo con la escena del sofá, la mirada de aquellos ojos irritantes justo antes de que él la besara, el recuerdo de cómo Sara había presionado sugerentemente su cuerpo contra el de él.

«Eres un puto idiota, Tom.»

Caroline estaba sentada en la cocina con una taza de té frío en la mano e intentando ignorar las claras señales de que una depresión estaba apoderándose de su espíritu. Caroline no se deprimía. No se desanimaba. Desde luego, no se volvía pasiva ni apática ni se quedaba sentada mirando al vacío.

Tampoco lloraba.

«Tal vez debiera montar en cólera», pensó. Destrozar algo, gritar, tirar cosas. Le dio un trago al té frío y no se vio capaz de poner agua a calentar.

Ya era de noche, debía de ser casi la una. O incluso las dos. Unas horas antes había estado de pie en mitad del recibidor: igual de pasiva, igual de callada, igual de incapaz de hacer nada.

Él había llamado a la puerta con más fuerza e insistencia y se había quedado una hora entera delante de su casa, tal vez por venganza, para acabar de darles a los vecinos motivos para hablar, quizá porque realmente quisiera volver a verla.

—Vamos, Caroline —le había dicho desde el otro lado de la puerta—. ¿De verdad es lo peor que puedes ser? ¿«Caroline la mujer hermosa que destroza corazones jóvenes»? Yo seré «Josh el chico loco de amor» y así podremos vivir felices el resto de nuestros días y dejar que la gente se ría de nosotros todo lo que quiera.

Y ella se había limitado a quedarse allí de pie. Ni siquiera había puesto la mano sobre la manilla, a pesar de que de alguna manera sabía que él la estaba agarrando al otro lado.

De todos modos, tampoco era algo revelador. No decía nada de lo que sentían el uno por el otro. Desde luego, no era señal de una especie de conexión ni de que ella debería abrir la puerta. Todos los que hablaban con una puerta cerrada acababan poniéndole la mano encima. Caroline estaba bastante convencida de que si se hubiese acercado a la puerta la habría tocado en el mismo sitio que él. Era así de simple.

Casi habría sido como tocarlo a él, pero no habría servido de nada. Ya no pensaba tocarlo en la vida real. Él no quería, o por lo menos en breve ya no querría, volver a tocarla a ella. Si aun así Caroline iba a casi tocarlo a través de una puerta cerrada, ya puestos podía tocarlo de verdad.

O besarlo.

Y no serviría de nada. Con el tiempo él la dejaría. Y, por el amor de Dios, *Josh lo superaría*. ¿Cuánto tiempo tardaría en olvidarse de ella? ¿Unos meses? ¿Semanas? ¿Días?

Pero había dado un paso hacia la puerta cuando él pronunció su nombre. Hay cosas que no pueden controlarse. Josh no iba a echarla de menos, pero Caroline no terminaba de convencerse a sí misma de que aquello fuese algo bueno.

Le parecía ridículo que, a la hora de la verdad, fuera a sentirse tan... triste.

Broken Wheel tiene dolor de cabeza

La víspera de la boda, el pastor se preparó para desafiar abiertamente, si bien al amparo de la temprana mañana, el código de conducta de los pastores que se ocupan de las labores de su propio jardín según Caroline.

Pensaba meter las manos en la tierra sin ni siquiera ponerse el alzacuello sobre la camisa. En efecto, siendo mediados de octubre no había gran cosa que hacer en el jardín, pero había arbustos y tierra, suficiente para satisfacer a un entusiasta de pura cepa.

Se dedicó a la faena con veneración religiosa, entregado a la grandeza de Dios. Olía a tierra fría y hojas casi descompuestas, y a los restos de una niebla matutina que se estaba disipando. Creyó percibir su aroma húmedo, pero quizá solo fuese el olor del rocío sobre la hierba.

Hacía un día espléndido.

¡E iban a celebrar una boda! En aquellos tiempos no eran muchos los que se casaban en Broken Wheel. Incluso menos de los que asistían a las misas. Le habría gustado que fuera al revés. Las bodas eran aún más importantes para una ciudad que los oficios divinos. Y además, en su opinión, eran un día en que la gente lo tenía más que fácil para acercarse a Dios, un día en que podían recordar en qué consistía realmente Dios.

Estaba a punto de repetir el sermón por dentro cuando vio un pie solitario asomando por debajo de un arbusto.

Durante un breve instante temió tener que completar la boda con un funeral, pero entonces oyó un leve quejido entre los matorros. El pie se meneó un poco.

El religioso se inclinó hacia adelante y, dirigiéndose al arbusto, dijo inseguro:

—¿Disculpa?

Se preguntó qué clase de tratamiento requería una situación como aquella.

—¿Va todo bien, criatura de Dios? —Intentó parecer tranquilo y paternal, pero más bien sonó ridículo. La siguiente vez se refirió al arbusto como «amigo mío».

Los espasmos del pie se intensificaron hasta que, al final, desapareció en el interior de la mata y una figura alta, delgada y claramente demacrada, surgió de entre las ramas.

—Buenos días, padre —dijo Josh, y William hizo una mueca.

Pensó en corregirlo y explicarle que no era católico, pero al observar al hombre que tenía delante decidió dejar las discusiones teológicas para otro momento. El joven estaba visiblemente conmocionado por una noche de... «excesos», pensó William. Había rendición en su mirada, algo que sin duda podía deberse al rapidísimo castigo que solía seguir a aquel pecado, pero que al mismo tiempo parecía ser más profunda y más antigua que los escasos minutos que el joven llevaba consciente.

William asintió en silencio para sí.

—Café —dijo, y sin esperar respuesta volvió a su casita, que estaba situada junto

a la iglesia.

Oyó a Josh ponerse de pie mientras se alejaba.

—No es la mejor época para dormir al raso —comentó mientras se calentaba el agua. Sacó café y azúcar. Josh no quería leche, lo cual era perfecto, porque no tenía ni una gota.

—Perdona que te haya molestado —se disculpó Josh.

—En absoluto. Solo quería hacer algunas cosillas en el jardín mientras repasaba el sermón de hoy. —Sonrió con entusiasmo—. ¡Una boda! ¡Aquí, en Broken Wheel!

—¿Te apetece?

—Por supuesto. Una boda es un acontecimiento fantástico.

—Yo pensaba que... teniendo en cuenta... ¿el trasfondo?

William lo miró impasible.

—Bueno —dijo al final—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Lo cierto es que no había planeado esta visita, precisamente... —contestó Josh, y sonrió.

—Desde luego —dijo William y volvió a mirar al joven—. Y ¿tiene todo esto algo que ver con... decepciones amorosas? —Obviamente, había oído hablar de lo ocurrido en la tienda de madame Higgins. Nadie parecía haberlo tomado en serio, pero el religioso llevaba varios días sin ver a Caroline.

Josh no respondió.

—Nunca es buena idea rendirse —aseguró William—. Y justo en este caso, si me permites que lo diga, me parece un poco apresurado.

Josh soltó una risa carrasposa que a William le pareció amarga. O que por lo menos no tenía ninguna alegría.

—Justo en este caso creo que debería haber tirado la toalla hace mucho tiempo.

William lo miró con tanta pena que Josh esbozó una mueca y dijo:

—Pido disculpas.

—Y ¿has hablado... con ella, sobre esto?

—Más bien ha sido ella la que ha hablado conmigo.

—Sí —asintió William—. Caroline es... una mujer formidable.

Josh no pareció sorprenderse de que él lo supiera, sino que se limitó a decir:

—Pero un poco obsesionada con lo que los demás piensen de ella.

William tomó un sorbo de café mientras reflexionaba acerca de cómo expresarse. Absorto en sus pensamientos, hacía girar la taza entre los dedos.

—Sí —concedió titubeante—. Pero el mundo puede ser bastante cruel con las mujeres que no se han casado. Todavía. ¿Comprendes?

Josh volvió a esbozar una mueca, el mismo gesto de disculpa y un poco de autorreproche que la primera vez.

—No te preocupes, no la juzgo por ello. La verdad es que a veces pienso que tiene razón.

Josh no dijo nada más. Se tomó el café, presentó sus respetos y se marchó. Pero a

William le pareció ver una nueva determinación en sus pasos. «A pesar de todo, este es un mundo grande y fantástico —pensó William— en el que Josh puede amar a Caroline.»

Y Caroline amar a Josh.

Experimentó una singular sensación de tener un cometido. En cierto modo siempre había sabido que en secreto agradecía la crisis económica. Era terrible, por supuesto, alegrarse por las penurias de una ciudad. Pero era por aquello de quedarse rezagado. Se sentía mucho mejor rodeado de gente que también se había estancado un poco.

Y William se había olvidado de todas sus tareas de jardinería con la inusual sensación de euforia que de repente se apoderó de él ante la idea de sentirse necesitado.

Quizá su propósito en aquella vida fuera, simplemente, ocuparse de los que se habían quedado atrás.

Sara se despertó el día de su boda y descubrió que estaba más muerta que viva.

Estaba tirada en diagonal en la cama de Tom, aún con la ropa de la noche anterior, y no tenía ningún recuerdo de cómo había acabado allí. Oyó ruidos lejanos: pasos firmes, de vez en cuando el sonido de una especie de herramienta sobre la madera.

Intentó incorporarse clavando los codos en el colchón, pero enseguida lo consideró una mala idea y se dejó caer de nuevo bocabajo.

La siguiente vez que se despertó, él estaba sentado a su lado en la cama, con un vaso de agua en una mano y dos pastillas en la otra.

Acababa de ducharse. Todavía tenía el pelo ondulado por la humedad y Sara pudo percibir un claro aroma a agua caliente, champú y loción de afeitado. Se incorporó como buenamente pudo y aceptó agradecida el agua y el remedio para el dolor de cabeza.

Había algo tan decidido en su manera de estar sentado, tan relajado, que ella no pudo evitar sonreírle. Le acarició con sutileza el reverso de la mano, y él la giró de modo que su palma quedó justo debajo de la de ella.

Sara miró hacia otro lado.

«Tienes que detener todo esto, Sara», pensó, pero aun así no dijo nada. No podía. No en aquel momento.

George se despertó en el margen de un campo de cultivo, justo donde terminaba Broken Wheel. Alguien estaba dándole pataditas en el pie. Notó el olor a alcohol y hierba mojada y no se alegró en absoluto al descubrir que era Claire la que rondaba sus pies. «Ella no tendría que verme así», pensó, y se habría dejado caer de nuevo en la hierba si no hubiese sido porque Claire se inclinó sobre él para decirle:

—Maldita sea, George.

Él pestañeó.

—Levántate —continuó ella asertiva—. Sara se casa hoy. No es momento para derrumbarse.

Consiguió incorporarse hasta quedar sentado, si no por otra cosa, para poder mirarla mientras le hablaba. Claire parecía una especie de diosa de la venganza, pero de una forma bonita, claro. Unas señoras botas, vaqueros, un abrigo grueso y el pelo rojo fuego, como si nada pudiera vencerla. Era difícil imaginársela como la misma persona que se había echado a llorar en su cocina ante una encimera limpia.

Pero en aquel instante George no podía hacer nada por ella. Sara y ella tendrían que apañárselas sin él. Quizá se mereciera una explicación.

—Sophy me ha dejado —dijo.

—¿Y?

El impacto casi lo hizo ponerse de pie de un respingo. Claire lo agarró del codo para ayudarlo en el último tramo.

—Sara se casa hoy —repitió.

Él sacudió un poco la cabeza para aclararse las ideas. Lo único que consiguió fue darse cuenta del dolor de cabeza que tenía.

—Sophy —repitió.

—Sí, sí —dijo Claire—. Vaya. La perra de tu exmujer ha vuelto a largarse.

Él intentó hacer que se diera cuenta de lo importante.

—Con Sophy.

—Obviamente, con Sophy. Y tú te has emborrachado.

Claire lo llevó a su coche. Él se acurrucó en el asiento del copiloto sin saber muy bien qué estaba haciendo. Su ropa estaba fría y húmeda, pero le gustaba. Era algo práctico en lo que concentrarse. Quizá acabara cogiendo una variedad muy grave de pulmonía y así pudiese quedarse otra vez en la cama.

Claire lo observó con una mirada que podía ser de compasión. Era la primera vez en toda la mañana que ella mostraba algún indicio de calidez. Pero su voz seguía siendo dura y asertiva, y el hombre se aferró a ella como un ahogado a una boya salvavidas, como si de algún modo el sonido de la voz de su vecina fuera a mantenerlo a flote hasta que llegara a casa.

—Sé que es muy duro —admitió Claire—. Claro que vamos a buscarla para que sepas dónde está, pero ahora no es un buen momento para meterte en el hoyo.

George parpadeó.

—¿Para que sepa dónde está?

No cometió el error de creer en sus palabras, de reconciliarse con su destino. Era la única forma de superar el trance.

—Por el amor de Dios, estamos en el siglo XXI. Sabemos qué cara tiene. Seguro que se la puede rastrear. Probablemente sigan viviendo en Iowa, y el estado no es muy grande que digamos. A lo mejor incluso hasta tiene Facebook.

Él ni siquiera sabía qué era aquello de Facebook. Claire debió de intuir que George no lo veía claro, porque enseguida añadió:

—Tenga o no tenga, la encontraremos. Hablaremos de ello con Sara. Ella se encargará. Seguro que hay algún libro, *Pesquisas para dummies* o algo así.

Sí, quizá Sara pudiera arreglarlo. No parecía que hubiese nada que se le resistiera.

—O a las malas, contratamos un detective. Uno de esos que le dan al whisky y que fuman como carreteros.

Él sonrió un poco.

—Ella es casi adulta, George. Ahora es distinto. Si no, ya te encontrará ella por su cuenta. ¿Por qué no me abriste cuando llamé a tu puerta si estabas tan preocupado? ¿O es que ya estabas a la caza de algo para beber?

Él negó en silencio.

—Y si querías alcohol también tendrías que haber acudido a mí.

—Pensé que no tendrías suficiente —repuso él.

Ella se echó a reír.

—No —reconoció—. Ya no.

Claire lo llevó a casa, lo acompañó adentro y esperó a que se metiera en el cuarto de baño para ducharse para la boda.

—Vuelvo dentro de una hora —dijo delante de la puerta de baño, a medio camino entre una amenaza y una promesa.

George volvió a sonreír mientras se quitaba la ropa, pero con más disimulo ahora que ella no lo veía.

«Debería emplear su energía en alguien mejor que yo», pensó.

Josh ya no estaba afectado.

«Ya basta —se dijo a sí mismo mientras se alejaba de casa del pastor—. Hay más personas que amar. Vete a Des Moines, o a Denver, y pídele ayuda a Andy y a Carl. Y supéralo.»

Quizá Caroline tuviera razón. En realidad daba lo mismo. Ella había tomado su decisión.

Josh se lo explicó a la puerta de Caroline. En ningún momento había albergado la esperanza de que ella abriera, pero aun así sintió una repentina y desagradable punzada de decepción cuando comprendió que Caroline ni siquiera estaba dispuesta a decirle adiós a la cara. Aquello abrió una grieta en la niebla protectora en que lo había envuelto la resaca. La decepción se asemejaba mucho más al dolor de lo que se había imaginado.

Apoyó la mano en la puerta y dijo:

—No te preocupes —a pesar de que la puerta parecía impenetrable y en absoluto preocupada—. No he venido para molestarte. Después de la boda me iré a Denver. Solo quería decirte adiós.

Esperó unos segundos más. La puerta no contestó.

—Adiós, Caroline —dijo con una voz mucho más dulce de lo que pretendía.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 17 de julio de 2011

Querida Sara:

Entiendo que se te haga difícil pagarme en libros si solo puedes llevar veinte kilos de equipaje en el avión, pero yo ya tengo todos los libros y el dinero que necesito, así que, por favor, no te sientas en la obligación de tener que pagarme. Si realmente necesitas hacerlo, no aceptaré más de trescientos dólares bajo ningún concepto. Es mi límite definitivo, y solo con la condición de que los usemos para hacer algo divertido juntas. A malas, siempre podemos pagarnos un montón de cenas en el local de Andy y Carl.

Escríbeme y cuéntame cuándo vienes, así te conoceremos.

Con afecto,

Amy

Si alguien tiene algo que objetar

Se había puesto el sencillo vestido de la tienda de madame Higgins. Había algo triste en la tela corriente y el corte simple y recto, y en que apenas le llegara por la rodilla. No era un vestido feliz, desde luego que no, pero por lo menos tenía la indulgencia de carecer de volantes y encaje.

Tom la había dejado en la iglesia dos horas antes y Sara se había cambiado en el cuartito que había al fondo. Ya solo faltaba media hora para la ceremonia y los habitantes de Broken Wheel ya habían comenzado a llegar. Ella los espiaba por la ranura de la puerta, pero en lugar de ir a saludarlos salió de la iglesia por la puerta de atrás.

Se sintió un poco ridícula recorriendo a hurtadillas la calle mayor de Broken Wheel vestida de novia y con un enclenque ramo de rosas de color rosa en la mano. Pero no tenía de qué preocuparse. No había ni un alma. La calle estaba desierta: la ferretería, apagada; Amazing Grace, cerrado. Y su propia tienda estaba tan vacía como podía estarlo un local lleno de libros.

Aun así miró a su alrededor antes de abrir con cuidado la puerta y meterse dentro. No quería que nadie la viera y entrase para hablar con ella. Aquello necesitaba hacerlo sola.

En realidad no sabía por qué necesitaba hacerlo justo en aquel momento. Quizá solo quisiera distraer sus pensamientos. Casi se había convencido a sí misma de que iba a contarle a todo el mundo que no pensaba casarse con Tom, pero no conseguía que su traicionero cerebro se encargara de resolver el problema de cómo iba a explicarlo.

No se molestó en encender las luces. A las dos y media había luz suficiente en la calle como para poder distinguir los títulos de los anaqueles y el mostrador y todo aquello que seguiría siendo suyo un ratito más. Tuvo que quedarse quieta un momento y parpadear para librarse de unas lágrimas que se empecinaban en nublarle la vista.

Luego cerró los ojos y empezó a girar lentamente, como si quisiera grabarlo todo en su interior: el aire seco, el olor a libros y sillones viejos, la luz que se filtraba por el escaparate y bailaba tras sus párpados.

Se detuvo. No tenía tiempo para aquello. Tenía cosas que hacer.

Dejó el ramo sobre el mostrador y sacó sus últimas hojas en blanco y el rotulador. Las hojas estaban bastante raídas, pero encontró dos que casi no tenían las esquinas dobladas. Las dejó aparte y se puso a mover los libros.

Después escribió un cartel nuevo: «Libros de Amy y Sara». Su amistad eternizada.

Hasta que la librería cerrase sus puertas y quitaran los libros de allí, claro.

Juntó las manos. Por lo menos se acordarían de ella del mismo modo en que todos seguían recordando a Amy, aun cuando no hablaran de ella. Era una sutil presencia,

otro destino que se intuía en los ladrillos y el asfalto y que se prolongaba en edificios abandonados.

Y tal vez aún hubiese algún pequeño milagro, algo que hiciera que pudiese quedarse. Quizá Tom la convenciera de nuevo, quizá Jen la obligara a casarse, quizá... se volvió para contemplar la tienda otra vez mientras luchaba por recuperar el control de sí misma. Sabía qué tenía que hacer. De alguna forma, sería lo bastante fuerte como para superarlo.

Faltaba una última categoría. Empezó a cargar libros otra vez, grandes pilas que se apoyaba en el pecho y que sujetaba con la barbilla. Luego escribió el nuevo título en el bonito papel, fue a buscar una silla destartada al cuartucho y se encaramó a ella haciendo equilibrios para colocar el cartelito arriba del todo, justo a la altura de los ojos de quien mirara por el escaparate y desde la puerta.

Sara se aferró a la nueva categoría como si el cartelito blanco y brillante fuera lo único que la sostuviese. Lo mejorcito de los libros reunido en un mismo sitio, la primera sección de toda la tienda: todo aquello que hacía que los libros fueran mucho mejores que la vida.

«Finales felices y mundos alternativos.»

Cuando volvió a meterse en la iglesia, casi toda Broken Wheel estaba reunida en su interior. John estaba sentado en uno de los bancos del fondo, con expresión seria y casi triste. Sara se obligó a pensar en Amy, en el precio que Tom tendría que pagar si ella no les decía que no a todos.

Cuando pasó junto a John se inclinó sobre su hombro y le dijo al oído:

—No te preocupes, no voy a casarme con él.

Puede que se lo dijera a John para decírselo también a sí misma, pero a juzgar por las apariencias él no se sintió mejor con el comentario y ella ni siquiera se molestó en sonreír, sino que siguió avanzando lentamente por el pasillo.

Cuando Tom llegó, estaba igual de serio que Sara, e igual de pálido. Fue directo hacia ella sin saludar a nadie. Pero en cuanto llegó a su lado le apretó la mano con delicadeza.

Sara se preguntó si habría sido más feliz si no hubiese querido tener cosas, si no se hubiese sentido en casa en aquel lugar. Sabía que las personas solían pensar así en los libros.

«Ojalá no te hubiera conocido nunca.»

«Ojalá no te hubiese visto siquiera.»

«Ojalá no hubiese venido nunca.»

Pero no podía pensar nada de eso. Ni siquiera en aquel momento.

El pastor empezó a hablar delante de ambos, pero Sara apenas oía lo que decía. Seguía pensando. ¿Habría sido más feliz? ¿O la experiencia de querer pertenecer a un sitio la haría feliz más adelante, cuando hubiese regresado a Suecia y se hubiera acostumbrado a la pérdida? A lo mejor había ayudado a aumentar sus ambiciones, a

enseñarle alternativas que podría volver a buscar en otra ciudad pequeña, tal vez en otro país. Sara sabía que había países en los que le permitían a uno quedarse y trabajar. Aunque, a decir verdad, no eran lugares a los que le apeteciera ir.

Debería interrumpir a William cuanto antes. Pero era su ceremonia, y le salía tan bien, y se lo veía tan contento. No podía cortarlo. Él ni siquiera pareció percatarse de que Caroline había entrado a hurtadillas en la iglesia y se había sentado al fondo del todo, ni de que Josh se había quedado de piedra al verla. William hablaba con tanta seguridad y lo tenía tan ensayado que incluso logró ignorar el momento en el que Grace entró en la iglesia no en silencio, sino borracha, a trompicones y con el rifle de caza bajo el brazo, probablemente para celebrar luego la boda con un poco más de estilo. Sara volvió a centrar la atención en el pastor. Ya había terminado de hablar.

El religioso guardó silencio y paseó la mirada por el templo con expectación. Durante unos instantes Broken Wheel consiguió salir de sus egocéntricas cavilaciones y estallar en un repentino aplauso. William sonrió y se volvió hacia Tom y Sara.

No debía callárselo más. Aunque no tenía muy claro si su voz podría con ello. Tenía un sabor seco y desagradable en la boca. Se le calentaron tanto las mejillas que casi le dolían. Le entraron ganas de llorar, pero el corazón le latía tan fuerte en el pecho que dudaba que pudiera hacerlo.

«Dios mío, yo no sé hablar en público», pensó.

Durante un momento se olvidó de que conocía a todos los presentes, que eran sus amigos, y solo pudo pensar en lo mala que había sido siempre en las presentaciones orales de la escuela.

Un discreto carraspeo al final de la sala la salvó de tener que decir nada.

Todo el mundo se volvió con sorpresa y miró al hombrecillo que había entrado con el máximo sigilo y que carraspeaba para llamar la atención de todo el público.

—Estoy buscando a Sara Lindqvist y a Tom Harris.

Tom dio medio paso al frente.

—Por lo que tengo entendido, han presentado una solicitud de permiso de residencia con motivo del matrimonio que estoy a punto de presenciar, ¿es correcto?

—Sí.

—Y ¿ya se han casado?

Tom esbozó una sonrisa de ironía.

—Más bien estábamos en ello cuando ha llegado.

—Ya. Lamento decirles que tengo una objeción.

William lo miró atónito.

—Pero ¡si aún no he llegado a esa parte! —protestó.

—Me temo que no puede esperar —repuso el hombre.

El público comenzó a cuchichear ante el inesperado cariz que estaba tomando la boda, todos excepto Grace, que hacía rato que había perdido la capacidad de hablar con discreción.

—¿Quién coño es ese para objetar nada?! —le gritó a Claire, que le sonrió sin ganas y negó con la cabeza.

—Les recomendaría que se lo pensarán dos veces.

—Pero ¿y eso a qué viene? —preguntó William.

—Aunque se casen, no es nada seguro que aprobemos el permiso de residencia. Tal como yo lo veo, debo decir que es altamente probable que no lo hagamos.

—¡Nos va a quitar a nuestra Sara! —le dijo Grace enfadada a Claire.

Esta la hizo callar y le dio una palmadita en el hombro igual que si fuera un caballo nervioso o, en aquel caso, un caballo borracho y nervioso con un rifle de caza.

—Pero ¿cómo van a poder vivir juntos entonces? —preguntó William.

—Debo decir que, desde mi punto de vista, todo parece más bien un plan para obtener el permiso de residencia bajo falsas premisas, lo cual, debo informales, es un delito.

—Pero ¡si no se están casando por eso para nada! —protestó William.

La gente se retorció en los bancos. Sara sonrió con discreción.

—Aun dejando a un lado lo de la librería y los interrogantes que despierta por sí sola, me vería obligado a recomendar una denegación.

Grace se levantó.

—¡Las Grace nunca hemos dejado que ningún gobierno de mierda nos diga lo que tenemos que hacer! —vociferó. Alzó el rifle y apuntó más o menos hacia Gavin Jones, que seguía mostrándose impasible—. ¡Towanda!

—¡Grace! —le suplicó Claire al mismo tiempo que Andy, un poco menos decidido a ayudar, le recordó que el seguro seguía puesto.

La mujer bajó el arma y los miró desconcertada. Claire y George soltaron la respiración que tenían contenida. Andy se echó a reír.

Gavin Jones aprovechó la oportunidad para llamar a la policía.

Objeciones

Gavin Jones levantó la mirada de los papeles. Las personas de la salita de espera no podían verlo, puesto que el cristal era un espejo por el otro lado. Gavin no tenía la menor idea de por qué los que habían construido la sala se habían permitido semejante extravagancia, pero en aquel momento le dio la oportunidad de tomarse todo el tiempo necesario para observar a aquella gente. Debería tratarse de un caso fácil, pero la cantidad potencial de locos le llenaba el espíritu de espanto. Ya había comenzado a sospechar que nada era sencillo cuando se trataba de Broken Wheel.

Sara Lindqvist y Tom Harris estaban un poco ausentes, apretujados en una esquina, en silencio y cohibidos. La mujer era delgada y convencional y lucía un vestido blanco y aburrido. Ni siquiera se había esforzado en ponerse guapa. Por la experiencia que tenía, Gavin sabía que las mujeres que querían casarse invertían media fortuna en encaje y volantes y horas en el peinado y el maquillaje. Sara Lindqvist ni siquiera se había molestado en ponerse pintalabios.

El hombre, en cambio, era sospechosamente guapo. Si a Gavin le quedaban algunas dudas antes de llegar a la iglesia, en aquel instante ya se habían esfumado por completo.

Solo se le ocurría una razón por la que un hombre como Tom Harris estuviese dispuesto a casarse con una mujer como Sara.

«El dinero habría cambiado de dueño», pensó sin poder refrenarse.

—¿Por quién empezamos? —preguntó el policía que había a su lado—. ¿La del rifle? ¿El pastor? ¿La del vestido feo? —Parecía estar divirtiéndose con todo aquello.

Gavin miró por la ventana por última vez.

Sara Lindqvist. Ciudadana sueca y presunta delincuente.

«¿Habría merecido la pena?», se preguntó por dentro.

Empezaron por los menos interesantes. Dos hombres —una pareja, señaló el policía con una sonrisita, y Gavin lo miró sin ningún interés— entraron juntos al interrogatorio.

—Sara y Tom —empezó uno de los dos. Se reía con los ojos—. Una pareja perfecta. Lo sabíamos mucho antes de que ellos se lo imaginaran siquiera.

—¿Y se lo organizasteis todo? —La voz de Gavin sonó seca.

—Claro —contestó el mismo hombre. No mostraba ningún sentimiento de culpa—. Si no, vete a saber lo que se les habría ocurrido.

—¿Y la librería?

—¿Qué librería?

—¿Cuántas tenéis en Broken Wheel? —Fue el policía quien coló la pregunta, y Gavin lo miró fastidiado.

—Quiero decir que qué pasa con la librería.

—¿La lleva Sara?

El hombre se lo pensó un segundo.

—Bueno, está allí a veces. Pero no cobra, si es lo que pensaba, y tampoco es la dueña. Estrictamente hablando, supongo que el dueño es el ayuntamiento. —Se rio—. O Amy Harris.

Gavin apuntó el nombre.

—¿Y el rifle? —volvió a intervenir el policía. Gavin volvió a lanzarle una mirada de desaprobación.

—Un malentendido. —El hombre sonrió. Sus ojos volvieron a titilar.

El funcionario no se molestó en hacerles más preguntas a aquellos dos. Habría jurado que el hombre le había guiñado un ojo.

Gavin Jones tenía más esperanzas con la mujer de la cafetería, la del rifle de caza.

—Una buena mujer, esta Sara —afirmó la señora del rifle. Jones miró el formulario relleno que tenía delante. Grace. No señalaba ningún apellido—. Tom y Sara se conocieron en cuanto ella puso un pie en Broken Wheel —continuó—. Desde entonces han sido prácticamente inseparables.

Gavin no hizo ademán de apuntar lo que decía.

—¿Y el rifle? —volvió a preguntar el agente. Jones lo fulminó con la mirada.

—¿El rifle? —repitió Grace—. Un malentendido, nada más. Es una forma de celebración. Como el Cuatro de julio.

—Ah —dijo el policía sonriendo. Gavin no estaba nada contento.

—En mi familia nos tomamos las celebraciones muy en serio —aseguró Grace—. Esto me recuerda a aquella vez que mi bisabuela por parte de madre...

—Gracias —se apresuró a interrumpirla Gavin—. Sigamos hablando de Tom y Sara.

—Demasiado predecibles, eso es lo que son Tom y Sara —dijo Grace—. Algunas parejas lo tienen muy fácil. No como nosotras, que hemos tenido que peleárnoslo.

—¿Vosotras?

En aquella ocasión Gavin ni se molestó en mirar al policía.

—Créeme, las mujeres Grace hemos tenido que pelear lo nuestro. Los hombres no tienen ningún sentido del romanticismo. Se empecinan en casarse y comportarse bien, en lugar de divertirse un poco con destilado casero y armas semiautomáticas. O revólveres. Navajas. A nosotras nos interesa casi todo. Incluso una sartén, una vez, antes de pasarnos a la escopeta. Dirán lo que quieran de las navajas y las sartenes, pero delante de un revólver y a veinte metros de distancia no sirven de mucho. Es evidente —añadió reflexiva—. Actualmente, me muevo con un Marlin 336.

—Muchas gracias —dijo Gavin enseguida—. Déjenos sus datos de contacto. Ya puede volver a casa.

El agente arqueó las cejas, pero sin protestar.

Caroline estaba sola en un extremo de la salita de espera intentando dejar de mirar

a Josh. En realidad debería acercarse y hablar con él, después de haber llegado tan lejos, pero no se veía capaz de hacerlo, no delante de todos los demás.

Aunque los únicos que quedaban eran el pastor, Sara y Tom, y a nadie parecía interesarle su situación. William estaba desconcertado y alicaído; Sara y Tom permanecían callados y tranquilos el uno al lado de la otra. No decían nada, lo cual era normal, porque ¿qué iban a decirse? ¿Qué podía decir en aquel momento cualquiera de los que estaban allí?

Cuando el policía salió a llamarla, Caroline miró de reojo a Josh automáticamente. Él se apartó de la pared y se pegó a ella. Tenían que pasar por una puerta y cruzar un pasillo paralelo a la salita de espera. Él la dejó pasar delante y el aroma de su loción de afeitar la golpeó como un puño cerrado, pero el joven le puso una mano liviana en la espalda y la cogió del brazo.

—He cambiado de idea —dijo Josh, apenas audible, cuando la invitó a pasar delante.

Claro que había cambiado de idea, pensó Caroline. Ya le había dejado claro que no quería seguir con ella. Que iba a irse a Denver o a donde fuera. Aquello la entristeció, desde luego, sobre todo porque acababa de decidir que le daba igual si la gente se reía de ella siempre y cuando estuvieran juntos, como había pasado justo antes de que dejaran de verse. Pero no la sorprendía.

Lo que no lograba entender era por qué él se había empeñado en entrar con ella al interrogatorio para volver a decirle aquello. A lo mejor Caroline lo había molestado tanto con su escueto rechazo que él quería dejarle bien claro que había cambiado de idea.

Sonrió para sí. No era del todo imposible, pensó, y Josh le gustó aún más por ello. ¿Por qué iba a quedarse sentado sin más y dejar que ella se escapara?

Si Caroline hubiese sido igual de fuerte en las relaciones amorosas como en todo lo demás, ella tampoco lo habría dejado marchar así como así.

El agente abrió la puerta del despacho. El hombre gris de la boda estaba sentado al escritorio. El policía se quedó de pie detrás de él, mirando por la ventana con indiferencia en lugar de mirarlos a ellos.

«Qué maleducado», pensó Caroline, pero sin sentimiento.

A Josh parecía darle exactamente igual dónde estuviera y qué pasara a su alrededor. Se sentó en una de las sillas, pero solo porque ella lo había hecho, y acto seguido se volvió hacia Caroline. Parecía que fuera a continuar con el tema en cualquier momento cuando el burócrata del traje grande tomó la palabra. Caroline agradeció tanto el respiro que le dedicó una sonrisa.

—Hábleme de esa... boda —pidió. El recelo de su voz era justo el adecuado para incitar a explicar la verdad, sin sonar tan superior como para hacer que las personas se quedaran calladas por la irritación.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Caroline—. Se conocieron cuando Sara vino para visitar a Amy.

Gavin miró los papeles.

—¿Puede ser una tal Amy Harris?

—Está muerta —señaló Caroline con calma, y aquello hizo que el policía se volviera de la ventana y la mirase con curiosidad.

—¡Vaya ciudad! —exclamó con admiración.

El burócrata lo miró frunciendo el ceño.

—Bueno, no fue inesperado. Pero sí poco práctico, eso hay que reconocerlo.

—Desde luego —corroboró el policía.

—Sara se instaló en su casa, por supuesto. Es lo que habría querido Amy.

—¿Y se puso a trabajar en su librería?

—Echaba una mano.

—Y esto de la boda, ¿también fue idea de Amy?

—Me atrevería a decir que a ella le habría gustado, pero como ni siquiera llegaron a conocerse antes de que muriera, supongo que ni se le había pasado por la cabeza.

—Pero la librería, ¿quería que Sara se la quedara?

—Casi todos son libros de Amy. Pero Sara no es la dueña. Supongo que puede decirse que los dueños somos los apoderados, un grupo de personas que ayudamos a la ciudad de forma totalmente informal.

—Tanto como ciudad... —observó el policía.

Caroline no cometió el error de volverse para mirarlo. Josh estaba situado en algún punto entre ella y el agente, así que mantuvo la mirada fija en el burócrata para no tener que ver al joven. Él no dijo nada, pero Caroline creía poder sentir la tensión de su cuerpo. Quizá se lo estuviera imaginando, pero no pensaba volverse para comprobarlo.

—¿Sara trabajaba en la librería?

—No cobraba nada, si es lo que quiere saber. Se sentaba allí a leer de vez en cuando, y cogía libros prestados. En la librería, lo que es trabajar, nadie llegó a hacerlo. Nos ayudábamos entre todos. Además, nunca hubo demasiada clientela. Pero es una tienda acogedora en todos los sentidos.

El burócrata no hizo ningún comentario al respecto. Tampoco apuntó nada, a pesar de tener papel y bolígrafo delante. Caroline no se dejó importunar por su falta de interés.

—Y ahora llegamos al pequeño detalle de su matrimonio...

—Creo que ese detalle es mejor que se lo pregunte directamente a ellos.

—Lo haré —aseguró el burócrata.

Estaba a punto de preguntarle algo más cuando de pronto el policía alzó la cabeza y miró a Josh y a Caroline con expresión penetrante, rozando la mofa.

—No me digáis que vosotros también estáis juntos —dijo.

—Solo somos amigos —repuso Caroline. No logró contener el dejo de tristeza que se le filtró en la voz.

—¡Cago en la leche!

La mujer se volvió de golpe hacia Josh. No pudo evitarlo. No era propio de él ser tan malhablado. Ni grosero. Le temblaban tanto las manos que tuvo que cogerse las rodillas para disimularlo.

—Somos amigos... ¿no? —preguntó titubeante.

—Pero si te he dicho que he cambiado de idea —dijo él.

«Que has cambiado de idea, sí», pensó Caroline. Pero no que no fuesen amigos. Aunque bueno, era obvio que ella sabía que después no serían amigos. Pero no se esperaba que él lo dijera abiertamente.

Josh clavó la mirada en ella. Caroline apartó la suya y pestañeó repetidas veces. Hizo un esfuerzo para tragar saliva y luego dijo con toda la calma que pudo reunir:

—Por supuesto. —Pero aun así su voz sonó débil e infeliz. Se obligó a sí misma a asentir con la cabeza, por si acaso—. Puede que sea mejor así.

—No pienso irme a Denver y dejarte en paz solo para hacerte la vida más fácil —replicó él—. ¿Acaso no es esa la idea del amor? ¿Hacer la vida más interesante?

Caroline sonrió discretamente sin querer.

—Sin duda, más interesante —afirmó.

Él la fulminó con la mirada. Era muy atractivo cuando estaba enfadado.

—Tiene que ser una molestia, y complicado, y raro, y todo un error. Deja que la gente se ría. Eso solo significa que vivimos una vida más interesante que ellos.

Caroline intentó asimilar el nuevo curso que había tomado todo el asunto, pero no lo consiguió, de modo que no dijo nada.

—Existen dos tipos de personas en este mundo, Caroline: las que van por delante y viven y las que se quedan atrás y aguantan las risas de los demás. Y por mucho que intentes fingir que eres una mujer aburrida y triste, no lo eres. Te toca aprender a vivir siendo un poco más dura que los demás, punto. Lo único realmente cobarde que te he visto hacer ha sido cortar conmigo. —Un halo de determinación le impregnó la mirada—. Y no pienso permitirte. Me niego.

—Puede —dijo Caroline, cautelosa.

Él perdió el hilo.

—¿Puede? —repitió—. ¿No es un no?

—Sí. —Ella sonrió—. No es un no.

El burócrata carraspeó en un intento de llamar su atención. El agente de policía estaba entre fascinado y perplejo.

—¿Qué le pasa a esa ciudad? —murmuró para sí.

Jones lo vio como una oportunidad de retomar el control.

—Respecto a Sara... —empezó.

Tanto Josh como Caroline parecieron sorprenderse al darse cuenta de que el hombre seguía en el despacho. Ella no podía dejar de sonreír a Josh, y sus miradas se enlazaban en una silenciosa y reencontrada compenetración.

—Sara y Tom. Una pareja hermosa —afirmó la mujer—. Encajan muy bien.

Tienen la misma edad, por ejemplo, y... eh... bueno, ninguno de los dos estaba con nadie cuando se conocieron. Tom llevaba mucho tiempo solo. Demasiado. Comprenderá que a todos nos pareció muy... oportuno que se enamoraran.

Gavin se masajeó las sienes. Aquella pareja era aún peor que la anterior.

—Es una mujer fantástica, Sara —apuntó el hombre un poco más joven—. Me ayudó a encontrar trabajo.

—¿Y la amenaza con arma? —preguntó el agente.

Gavin había perdido toda esperanza de dirigir un interrogatorio sin interrupciones.

—Un malentendido —respondió el hombre.

—Huy, sí —corroboró la mujer—. Es una forma de celebración, ¿sabe? Esa muj... Grace siempre se ha *inspirado* mucho en las celebraciones.

—Volvamos a Tom y a Sara —ordenó Gavin secamente—. La velocidad con la que se han comprometido no deja de ser un poco pasmosa.

—Muy oportuno.

—¿Se conocían antes de que ella viniera a Estados Unidos?

—No, en absoluto. Creo que ella no conocía a nadie aquí.

En cuanto la pareja salió por la puerta, el policía se volvió para mirar por la ventana. En aquel momento los sujetos de los interrogatorios estaban solos en la salita de espera. Acababan de despachar al bendito pastor.

—¿Crees que saben que podemos verlos? —preguntó él.

—Posiblemente —contestó Gavin. Ni siquiera levantó la vista de sus papeles. El siguiente interrogatorio tenía que salir bien.

—Entonces ¿de verdad están juntos solo por el permiso de residencia?

El policía seguía mirando por la ventana.

—Probablemente —respondió Gavin.

—¿Tendría alguna importancia si en el fondo sí están juntos?

Gavin se quedó pensando.

—La verdad es que no lo sé —dijo al final.

El policía lo miró.

—¿Eres consciente de que aún no tenemos ninguna prueba real de que hayan intentado engañarnos?

En efecto, lo era.

—Tú tráelos —ordenó.

Todo era muy surrealista.

Sara estaba allí sentada, con la mirada fija en una pared con un empapelado descolorido de comienzos de los años noventa. En una esquina había una fuente de agua, una de esas con vasos de plástico a un lado y grifos que servían agua fría y con gas. Pensaba que ya no se usaban. Y quizá tuviera razón, porque el grifo del agua con gas estaba precintado. De fondo, una radio reproducía música country. Debía de

proceder de algún despacho o de algún hilo musical que se activara de forma automática, porque le costaba creer que alguien se hubiese molestado en poner música por ellos.

«Bueno, pues así es como termina», pensó.

La recepción estaba a oscuras y apagada. Podían intuirse cuatro mostradores al otro lado de la pared de cristal blindado, y delante de cada uno de ellos había cajetines por donde pasar los pasaportes y otros documentos. Al ser sábado por la tarde, todos estaban vacíos.

En realidad era extraño que se hubiera puesto en marcha un mecanismo tan grande solo para procurar que ella no estuviera con Tom.

—Tom... —comenzó. No sabía qué más decir, pero sentía que necesitaba decir algo. Todo aquello era culpa suya. Se abrió de brazos, rendida.

Él negó con la cabeza.

—Deberíamos hablar —propuso ella, aunque no sonó demasiado convincente. Era difícil hacerlo cuando ni siquiera una misma sabía qué decir.

Comenzó a sonar una canción nueva. Él arqueó las cejas.

—¿Quieres bailar? —preguntó.

El joven se levantó y le tendió una mano. Tras un breve instante de duda, Sara se puso también de pie.

Él la tomó de la mano. Titubeó, pero al ver que ella no protestaba le pasó el otro brazo por la cintura.

—Sara, creo que esto no podemos solucionarlo hablando —dijo.

Ella cerró los ojos y se apoyó en él.

Su camisa blanca era más suave al tacto de lo que se esperaba. Sus dedos comenzaron a moverse por sí solos en pequeños círculos desde el hombro hacia el cuello, y después bajaron por toda su columna vertebral. Algo en su interior dio un respingo.

La mano de Tom se deslizó por su espalda.

Al principio no estuvo segura de si lo había notado, de si la mano de Tom se había movido realmente. Sara probó a acariciarle de nuevo el hombro, y allí estaba otra vez: sin duda, la mano se había movido. Se había pegado con más firmeza a su espalda. Ella le tocó el suave pelo de la nuca y notó los vaqueros de Tom rozándole las piernas, su cinturón sobre la barriga y la cálida oscuridad que los envolvió en cuanto cerró los ojos. Sus cuerpos continuaron uniéndose hasta que su pierna se metió entre las de él y sintió que Tom la apretaba contra su muslo. No pudo evitar apoyar la cabeza sobre su hombro.

En un lejano rincón de su conciencia intuyó que el inesperado acercamiento haría que la distancia posterior resultara aún más incomprensible, pero no podía hacer nada.

Sabía que el resto de la realidad estaba en algún lugar más allá de la única canción que habían compartido, pero mientras tanto seguía sonando como si de un

milagro se tratara, y nadie iba a buscarlos. Por primera vez, Sara se preguntó si sería mejor o peor que él también la amara.

La joven se abrazó a su hombro con demasiada fuerza para un baile relajado entre amigos y notó que los músculos de Tom se tensaban cuando él se aferró aún más a su espalda, justo entre su cintura y sus omoplatos. Ella se enganchó a él, o quizá se engancharan el uno a la otra. La mejilla de Sara descansaba sobre el hombro de Tom, la mejilla de él sobre su pelo, y no existía nada más allá de la música y sus dos cuerpos.

La canción se estaba acabando. El cuerpo de Sara lo percibió antes que su cabeza, la melodía alcanzó una especie de clímax y luego inició su descenso hacia el final. El estribillo se repitió una última vez, quizá con un poco más de fuerza en algún verso, y aquello indicaba que lo mejor estaba a punto de quedar atrás y que ya era hora de zanzar todo aquel asunto.

La reacción de su cuerpo fue acercarse aún más al de Tom. De una manera inconsciente parecía querer grabarse en la memoria la sensación de sus muslos y su barriga y sus hombros y su mandíbula, el mechón de pelo tras la oreja, el olor de su loción de afeitar y la camisa suave, de los ojos que se habían cerrado con el baile. Tuvo la impresión de que él también lo notaba, porque sus brazos la aprisionaron con tanta fuerza que Sara no podía respirar, pero tampoco lo necesitaba.

Había algo trágicamente simple en un baile que se terminaba. Una mano que se apartaba de un hombro, otra mano que soltaba una cadera, dos manos que se abrían para separarse la una de la otra. Así, sin más.

Tom se aclaró la garganta. Ella lo miró aturdida. Él la tomó de la mano en un gesto casi ausente. Entonces se la acercó a la boca hasta que sus labios rozaron suavemente el interior de su muñeca.

—¿Quién quiere entrar primero? —preguntó el policía.

Sara estaba demasiado perpleja como para tomar ninguna decisión, así que Tom le apretó la mano y la dejó sola en la desconcertante salita de espera de aquella desconcertante administración pública.

Desconcertada. Estaba desconcertada. Se desplomó sobre la silla que tenía más cerca.

El agente se apartó de la pared y apoyó el culo en el borde del escritorio.

—O sea que usted era la víctima elegida para el sacrificio —dijo a modo de pregunta.

Tom guardó silencio.

Gavin cogió las riendas de la conversación.

—¿De quién fue la idea, a quién se le ocurrió este plan descabellado?

—¿Descabellado?

—Sí, lo de que se casaran para que ella pudiera quedarse.

—Ah, ese plan descabellado. —Tom los miró—. Fue todo idea mía.

Jones se inclinó hacia adelante.

—O sea que era un plan. ¿Para conseguir el permiso de residencia?

—Los otros ya deben de habérselo contado.

—Han contado... muchas cosas interesantes, sí.

Tom esbozó una rápida y vaga sonrisa.

—Me lo imagino. En todo caso, fue idea mía. Sara no quería hacerlo. Fui yo quien la convenció. Si alguien tiene que pagar por ello, soy yo.

—Estamos hablando de un delito importante —señaló Gavin. Casi sonreía—. Pero creo que encontraremos una solución. Lo importante es que confiesen.

—¿Y Sara?

—A Sara la enviarán a casa, obviamente. —Se encogió de hombros—. Si confiesan, creo que podré arreglarlo para que no les caiga ninguna multa. —Y luego añadió a modo de advertencia—: O pena de prisión. —Volvió a encogerse de hombros—. Pero ella va a tener grandes dificultades para obtener un nuevo permiso de entrada en un futuro próximo.

Tom asintió en silencio.

—Quizá para siempre.

—Entonces ¿usted no la quiere? —preguntó el policía.

En aquella ocasión Gavin Jones no intentó detenerlo.

Tom lo miró sorprendido.

—Claro que la quiero. Yo quería casarme con ella.

—Y ¿ella?

—Supongo que ella quería quedarse.

El agente parecía conmovido. Gavin seguía impasible.

El recuerdo de la cercanía de Tom fue perdiendo intensidad ante la imagen del ambiente de oficina.

Ya no podía recordar con exactitud cómo olía su loción de afeitar, y al cabo de un momento demasiado breve tampoco recordaría su brazo alrededor de su cintura. Su cuerpo traicionero ya estaba olvidándose de la sensación del de Tom.

Un día ya ni siquiera se acordaría del color de sus ojos ni de su aspecto cuando sonreía; vivió un instante de pánico paralizante, allí, sentada en el borde de una silla de despacho incómoda. Cerró los ojos, pero enseguida se obligó a abrirlos otra vez.

El hombrecillo gris de la ceremonia estaba al otro lado de la mesa. Se había quitado la americana y lucía una de esas camisas baratas en las que se marcan rodales de sudor en las axilas en cuestión de minutos. Pero no parecía importarle y miraba a Sara con curiosidad en los ojos.

El policía, en cambio, la observaba con abierta desaprobación. No había dicho ni una palabra cuando la había hecho pasar ni durante el corto paseo hasta el despacho. Una vez allí, se había sentado en la silla que había al lado del escritorio y había clavado la vista en Sara. El uniforme verde grisáceo contrastaba con la jovialidad que

emanaba del agente, pero su mirada estaba cargada de un desprecio autoritario.

Sara no había visto a Tom. Supuso que se habría marchado, quizá por alguna salida secundaria. Se preguntó cuán rápido podían tomarse decisiones como aquella. ¿La enviarían a casa sin dejar que se despidiera?, se preguntó desesperada. Pero, por otro lado, ¿acaso tenía algo que decir?

—Bueno —dijo Gavin—. Hábleme del plan de contraer matrimonio.

—Fue idea mía —aseguró Sara.

Ninguno de los dos la creyó. No se le daba muy bien mentir.

—Tom se vio prácticamente obligado a aceptar.

A diferencia de su intervención anterior, aquella sonaba a verdad.

Sara apartó la mirada.

—Ninguno de los otros sabía nada.

El agente soltó una risotada.

—¿Pretende hacernos creer que ninguna de las otras personas que hemos interrogado hoy había descubierto la verdad?

Las comisuras de Sara se alzaron en un amago de sonrisa.

—Fue idea mía —insistió. Parecía preocupada. Eran sus ojos los que la delataban. Los miraba casi suplicante—: No van a tener ningún problema por culpa de todo esto, ¿verdad?

El policía negó levemente con la cabeza antes de que Gavin pudiera decir nada y Sara sonrió descansada.

—Muchas gracias —dijo. Sonó sincera.

—Obviamente, no podrá quedarse —observó Gavin.

Sara dejó de sonreír.

—Entonces ¿usted solo quería casarse para no tener que irse? —quiso aclarar el policía.

—Yo... —Volvió a apartar la mirada—. Sí —contestó—. Para poder quedarme.

—¿Para trabajar?

Sara se rio.

—Eso es difícil de imaginar.

—¿Y cómo había pensado mantenerse? ¿O es que también iba a sacrificar a Tom Harris para eso? —El agente parecía habérselo tomado como algo personal. Había desprecio en su voz.

Sara se sonrojó.

—No, yo... tengo un poco de dinero. Y aquí nadie me deja pagar nada. Ya saben cómo son. Se ayudan los unos a los otros. Grace siempre me invita a café, y Andy invita a todo el mundo a cerveza, y John le presta las herramientas a la gente y así no tienen que comprárselas si tienen que arreglar algo, y Tom ayuda a arreglarlo todo. Son amigos. Aún me quedará dinero cuando vuelva a casa —dijo. Aquella vez su sonrisa era de ironía.

—Entonces ¿usted no lo quiere? —insistió el policía.

Sara lo miró sorprendida.

—Claro que lo quiero. Los quiero a todos, pero sobre todo a él. No debería haber hecho nada de esto, lo sé. Y juro que intenté detenerlo, por él. Tom debería encontrar a una buena mujer con quien realmente quiera casarse, no verse obligado a vivir conmigo solo porque yo... solo porque yo no pueda soportar la idea de separarme de él.

—¿Qué le pasa a esa ciudad? —volvió a decir el policía entre dientes. Luego se volvió otra vez para mirar a Sara—. O sea que, en realidad, no estaba casándose por los papeles.

Sara continuaba ruborizada.

—Le dije a todo el mundo que era por el permiso de residencia. —Añadió, triste y para sí—: Deseaba tanto quedarme. Sabía... sabía que Tom no me quería. Pero aun así acepté hacerlo.

Incluso Gavin estaba tenso. No le gustaba aquella parte, independientemente de lo que pensarán los demás. Preferiría limitarse a sus investigaciones y dejar que otros se ocuparan de entrevistarse con los implicados.

—Váyase a casa —dijo al final.

Sara dio un respingo, pero se esforzó por disimularlo.

—¿A casa? —preguntó, y luego, más silenciosa—: A Suecia, ya.

—A Broken Wheel, quiero decir. —Gavin se irritó ante su propia imprecisión—. De momento —añadió en tono de mal augurio—. Nos pondremos en contacto con usted.

Sara se levantó y salió de allí con la tranquila dignidad de alguien que hacía tiempo que había sido derrotado.

El nuevo corresponsal en el extranjero de Broken Wheel

Cuando salió a la calle tuvo que detenerse y entornar los ojos para acostumbrarse a la luz del sol. Era como si lo viese todo en viñetas, como si tuviera que dividirlo todo en trozos y congelarlos al instante para poder asimilarlos. Vio el aparcamiento, los rectángulos vacíos, las líneas blancas que marcaban la frontera con el siguiente y la sombra del único coche que había. El sol reflejado en el capó lleno de polvo. Los edificios del otro lado de la calle, blancos y recién pintados, y con un césped tan cuidado que todo parecía más bien un decorado irreal.

Y Tom, solo la silueta de su cuerpo, como si fuera la única forma de que Sara pudiese asimilarlo. A contraluz, su postura podía parecer casi relajada para alguien que no lo conociera. «Está más quieto de lo normal», pensó Sara. Como si la única manera de sostenerlo todo fuera no moverse ni lo más mínimo.

Entonces las imágenes comenzaron a acelerarse ante sus ojos y se transformaron en una mezcla aturdidora de presente y pasado, futuro y fantasía: una paloma tan inmóvil en lo alto de una farola que se convirtió en parte de ella; Amy en su juventud, John y ella en aquel banco del parque; Amy rodeada de sus libros, aunque Sara no sabía si era en su dormitorio o en la librería; la librería a primera hora de la mañana, fría y apagada; la mecedora del porche de Amy, los dos pares de botas de goma, las estanterías vacías; y luego Tom, pero intentó no pensar en aquellas imágenes. George, tanto nervioso como ausente y riéndose ahogadamente con un libro; la señorita Annie, solo un vago contorno, casi fantasma; y Tom otra vez. Durmiendo en el sillón, con la cara absurdamente relajada en comparación con la del auténtico Tom, que estaba allí esperando a que ella hiciera acopio de fuerzas para acercarse a hablar con él.

Lo haría y punto. Ninguna queja, ningún reproche contra un mundo injusto, ninguna lágrima. Sobre todo, ninguna lágrima. Eso sí que podía dárselo. No quería convertirse en un problema que él no supiera cómo resolver. Con un poco de suerte, algún día Sara podría ser una anécdota divertida que lo hiciera sonreír. Aquella iluminada que no paraba de leer. «¿Te acuerdas de ella? ¿Era de Suecia o de Suiza?»

Sara se obligó a parar. Su mente estaba desvariando. Tuvo que pestañear varias veces al acercarse a Tom. A lo largo de todo el camino, mientras bajaba la escalera y cruzaba la ancha acera hasta el aparcamiento, intentó desesperadamente pensar en qué iba a decir cuando llegara a su lado. Pero no se le ocurría nada que mereciera la pena.

Cuando él la vio acercarse, sacó las manos de los bolsillos y abrió los brazos en un gesto de silenciosa impotencia. Los extendió hacia Sara y ella dio el último paso hasta situarse entre ellos como si fuera lo más natural del mundo. Aspiró su aroma, familiar otra vez, y se sintió aliviada al ver que todavía lo recordaba.

Intentó reírse, pero lo que le salió fue un gemido ahogado. Tom la abrazó con más fuerza.

—Todo saldrá bien —aseguró, probablemente porque no se le ocurría nada mejor que decir—. Podrás volver.

No la dejarían.

Él también parecía saberlo.

—Iremos a visitarte —dijo aquella vez—. Me llevaré a todo el mundo. George puede llevarnos, Jen puede reconvertir el boletín en una guía de viaje, Caroline puede organizar la colecta.

Sara se rio y él respiró tranquilo. Pero una lagrimita traicionera se abrió paso por una de sus mejillas y la chica intentó volver la cara para que él no la viera. Tom le acarició el mentón y le secó la lágrima con el pulgar.

—Todo este fiasco es culpa mía —aseguró.

—No debería haber dejado que llegara tan lejos —dijo Sara.

—¿Tú crees? —preguntó él dubitativo—. Si nos hubiésemos metido en una relación, desde el principio, ¿habría cambiado algo? Por lo menos no podrían decirnos que nos casábamos por el permiso de residencia.

—Dudo mucho que me hubieras pedido la mano en solo dos semanas —dijo Sara—. A mí no se me dan nada bien las relaciones. Desde luego, no lo bastante como para que alguien quisiera casarse conmigo tan pronto. Los demás tendrían que haberlo montado de todos modos.

Miró a Tom insegura.

—¿Te habría gustado que hubiese pasado algo? —le preguntó.

—Creo que te quiero desde la primera vez que me contaste que preferías a los libros antes que a mí. —Se quedó pensando—. O quizá fuese cuando te ofreciste a fregar a cambio de las cervezas.

—¡Era una propuesta razonable! —protestó ella, y entonces él la besó, como para demostrarle a qué se refería.

Ni Gavin ni el agente de policía vieron el beso, y probablemente tampoco habría cambiado nada.

Pero delante del edificio había un hombre solitario que lo vio todo. Sin duda, para él el beso sí que había cambiado algo.

Grace se encontró con John cuando él volvió a Broken Wheel. Había algo en el semblante desconcertado del hombre que la hizo detenerse. Incluso dejó de encenderse un nuevo cigarro.

—Ya no sé qué es lo que Amy habría querido —dijo John. No quedaba claro si hablaba consigo mismo o con Grace—. Ella quería que Sara viniera, desde luego. Eso siempre lo he sabido, mucho antes de que se atreviese a decirlo en voz alta. Pero ¿ahora? ¿Qué quiere ahora?

Intuyendo la amenaza de una larga disertación, Grace se sintió forzada a prender el cigarrillo. El único comentario que hizo fue:

—Yo diría que en este momento no quiere nada. —Un comentario prosaico que

John ni siquiera pareció oír.

—Antes yo no creía en ello en absoluto, pero ahora me pregunto si Amy, de algún modo inconsciente y extraño, sintiera que necesitábamos a Sara tanto como a ella. Y que Sara nos necesitaba a nosotros. Pero eso no tiene nada que ver con obligar al hijo de Jimmy a contraer matrimonio sin amor. Eso no lo aceptaría nunca. Pero ¿es sin amor? Es la pregunta que me hago.

—Madre mía, hombre, la gente muere. Creo que ya has vivido suficiente como para tenerlo claro. Si quieres mi opinión, me parece que piensas demasiado. Además, no es tan difícil de saber. Ella quería que Sara se quedara, no cabe duda. Y habría conseguido que el chupatintas ese se arrepintiese de haber entrado en la ciudad.

John seguía sin estar del todo convencido. Grace se encogió de hombros.

—Tendrás que llamar a Caroline.

Se confiesa una conspiración

Gavin Jones estaba bastante acostumbrado a recibir visitas de gente en distintos estadios de irritación. Y cuando se trataba de Broken Wheel, pocas cosas podían sorprenderlo.

Pero Caroline Rohde guardaba una calma inquietante para ser una ciudadana enfadada. El burócrata no podía dejar de pensar en su joven amante, y se mosqueó consigo mismo al notar que se sonrojaba. Ella, en cambio, se mostraba impasible.

La hizo pasar a una de las salas de reuniones. Su despacho no era más que un compartimento de paredes delgadas y cortas, y había demasiados detalles de aquel enredo que prefería no compartir con sus compañeros de trabajo. Él tomó asiento detrás de la mesa y ella se sentó enfrente sin esperar a que se lo propusiera.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarla?

Gavin cruzó los dedos para que su tono de voz dejara claro que esperaba no poder ayudarla en nada.

Pero ella se limitó a sonreír otra vez sin decir nada.

—Debo reconocer que este caso me ha provocado unos cuantos dolores de cabeza —dijo él. Ella no pareció demasiado impresionada—. El elemento colectivo... Es un caso interesante.

Caroline se quitó los guantes, los dobló y los depositó sobre su regazo.

—No lo entiende —dijo ella con parsimonia—. Ellos dos se quieren.

Gavin esbozó una sonrisa seca.

—Lo he entendido, sí.

La mujer casi pareció perder el hilo.

—Pero... entonces ¿cuál es el problema?

—La ley... —empezó Gavin, pero ella lo interrumpió.

—La ley debe de servir, me imagino, para que los ciudadanos estadounidenses puedan casarse con ciudadanos extranjeros y vivir juntos porque se quieren.

—Sí —reconoció Gavin—. Pero también está la cuestión de lo que parece ser casi la conspiración de una ciudad entera.

Ella se encogió de hombros.

—Pues arréstenos —dijo—. A Jen, a Andy, a Carl... Quizá incluso a George. —Contó con los dedos—. Después están Claire, Lacey y el marido de Jen, claro.

—¿Y usted? —Gavin notó que no servía de nada fulminarla con la mirada y se obligó a alisar el ceño de su frente.

—Por supuesto, a mí también. —Caroline se quedó pensando—. Los hijos de Jen también estaban presentes en la boda, pero la pregunta es si no serán demasiado jóvenes. Probablemente —continuó después de tomar aire—. Por lo menos para ir a la cárcel. Pero quizá sí a un centro de menores... William, el pastor, no participó, eso hay que dejarlo claro. Supongo que tendrá que dejarlo libre. Pero, sin duda, todos los demás pensábamos que Tom y Sara se casaban solo por los papeles. Estábamos todos

dispuestos a... ¿cómo lo dijo su compañero?

—No es mi compañero.

—A sacrificarlo, eso es. Está claro que no los obligamos a hacerlo, pero aun así a lo mejor se nos puede acusar de haberlos animado a cometer el delito. —Sonrió—. Porque los animamos mucho, ¿sabe?

—¿Y Tom y Sara? —dijo Gavin.

—Ellos no han cometido ningún delito —dijo Caroline en tono afable—. Ellos querían casarse.

—¿Desde el principio?

—Sí, claro. Me lo contaron más tarde. —Caroline se rio un poco entre dientes. Era un final sorprendentemente feliz, pero eso no hizo que al burócrata le cambiara el humor—. ¡Así que nos engañaron! No sabíamos nada. Es una lástima que no se mostrasen más abiertos —añadió. Era evidente que intentaba aguantarse la risa, pero de todos modos Gavin percibió que se le filtraba en la voz, y en la irritante y comprensiva mirada—. Tantas personas descarrilando por la vía criminal solo porque a ellos dos les parecía que sus sentimientos eran un asunto privado. Qué tragedia.

—La ley —repitió Gavin.

—Por supuesto. No hay nada que hacer. Tiene que denunciarnos. Está usted atado de pies y manos.

—Fueron Tom y Sara los que confesaron —señaló Gavin desesperado—. Todos los demás lo negaron. Tanto Tom como Sara dijeron que ellos eran los responsables.

Caroline pareció titubear durante unos segundos y aquello hizo que Gavin se relajara, pero solo hasta que ella siguió hablando:

—Sí, y desde una perspectiva moral seguro que fueron responsables. Supongo que ellos, una vez se dieron cuenta de cuántas personas eran las que *creían* que habían cometido un delito, no pudieron hacer otra cosa que confesarlo.

—No parece que tenga mucho en contra de ello —expuso Gavin. La conversación no estaba yendo en absoluto como había pensado—. Teniendo en cuenta que es una de las culpables de un delito.

—La ley... —se limitó a responder. Gavin comenzaba a sospechar que aquella mujer estaba disfrutando con todo aquello—. Estoy totalmente dispuesta a cumplir mi castigo. Los demás a lo mejor le dan algunos problemas, pero estoy segura de que *usted* no tendrá ninguno en demostrarlo todo ante el juez. A pesar de que Grace y Jen y, bueno, incluso Andy, quizá no se muestren tan predispuestos a colaborar como yo... Pero la ley debe hacerse valer.

Se levantó y volvió a ponerse los guantes.

—Lo entiendo muy bien —dijo—. A nadie puede interesarle que se cumpla la ley y el orden tanto como a mí. Estoy convencida de que en ese punto usted y yo somos iguales.

Con aquellas palabras amables se despidió de Gavin, le aseguró que sabía encontrar la salida y le dio una palmadita en el hombro como para tranquilizarlo antes

de que a él se le ocurriera siquiera una buena respuesta.

Jones odiaba aquella ciudad.

Durante un rato se entretuvo imaginando que los arrestaba a todos. Al menos la idea de arrestar a Caroline lo hizo sonreír. Sin embargo, la de tener que interrogarlos a todos delante de sus compañeros y en un supuesto juicio le borró rápidamente la sonrisa de la cara. Se imaginó las risas de sus colegas. La desesperación del juez.

Tenía que compartir aquella historia con alguien. Había que haberla vivido para entenderla. Se llevó sus cavilaciones a su despacho y descolgó el teléfono.

—Una ciudad adorable —fue el único comentario que hizo el agente.

Gavin soltó una risita entre dientes.

—¿Qué es lo que vas a hacer con todo esto? —En la voz del policía se distinguía la compasión, pero también muy pocas ganas de ayudar.

—La verdad es que no lo sé —contestó Gavin.

El policía fue lo bastante amable como para no decir nada sobre el ridículo que haría si decidía ponerle una denuncia a una ciudad entera, así que se limitó a preguntarle:

—¿Quieres hacer algo con la del rifle?

Gavin suspiró. La amenaza armada era el menor de sus problemas.

—Ya oíste a esa mujer —respondió—. Como el Cuatro de julio. Déjalo.

—Como quieras —concedió el agente—. Ya sabes que no puedo hacer gran cosa si no hay una denuncia.

—No se puede ganar siempre —apuntó Gavin. Empezaba a sentirse cada vez más filosófico. Filosófico en tanto que harto de aquella historia.

—No contra unos contrincantes así —dijo el policía. Soltó una carcajada—. Además, te superaban en número.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 5 de agosto de 2011

Querida Sara:

¡Jimmie Coogan! Se me había olvidado por completo que tenía que hablarte de él. Madre mía. Jimmie Coogan. Menuda historia. Jimmie fue el primer Coogan que jamás tuviera un traje, y más tarde, el primero en aprender a leer, el primero en ser dueño de su casa, el primero en teñirse el pelo y el primero en conseguir ponerle su nombre a una calle. Cuando vengas te contaré cómo fue.

Coger un autocar Greyhound hasta Hope es perfecto. Hope queda a menos de una hora de nosotros, así que no hay ningún problema en que nos encontremos allí. Espero poder ir yo misma, pero si no alguien irá a recogerte. Si te surgiera cualquier imprevisto, no tienes más que llamarme.

Me muero de ganas de verte el día veintisiete.

Con cariño,

Amy

Epílogo: Felices por el resto de sus días (libros vs. vida: 4-4, resultado final: empate)

La vida estaba repleta de finales felices.

Estando de pie allí, en la iglesia, en su segundo día de bodas, Sara pensó que, a pesar de todo, había muchas cosas que destacar de la vida. No echó de menos un libro ni una sola vez durante todo lo que duró la misa, aun habiéndola escuchado ya una vez.

No iba vestida de blanco.

Jen había protestado, por supuesto, pero ella no se había dejado embaucar.

—Nadie va a creerse eso del vestido blanco —le había explicado con firmeza—. Quieras o no, es la segunda vez en un mes que me caso.

—¡Con la misma persona! —había alegado Jen, pero Sara solo había sonreído y negado con la cabeza.

Se percató de que últimamente sonreía a menudo, igual que muchos de los habitantes de Broken Wheel. Lo que sí había terminado por aceptar era un sombrero de cowboy blanco que Claire le había prestado. Jen no se puso más contenta por ello. Más bien al contrario.

Era posible que Broken Wheel le estuviera prestando más atención al pastor en aquella ocasión, aunque Sara lo dudaba. Caroline estaba presente, pero Josh no. Grace estaba allí, con su rifle. La novia estaba casi segura de que no apretaría el gatillo dentro de la iglesia. También estaba casi segura de que aquella vez Grace estaba sobria.

John había comenzado a pasarse por la librería y había empezado a hablar de Amy con ella. Nunca lo planeaban. A veces simplemente se presentaba allí, se sentaba en uno de los sillones y empezaba a contarle cosas. Siempre hablaba en voz baja y casi como ausente, y nunca se molestaba en comprobar si ella lo estaba escuchando. Solo hablaba sobre algo que Amy había dicho o hecho o sido. Aquello hizo que Sara tuviera la sensación de que Amy no se había marchado del todo, y deseaba que para John tuviera el mismo efecto. Aquel día él estaba sentado en el mismo sitio que la última vez, al fondo del todo y un poco al margen de todo el mundo. A juzgar por la expresión de su cara, Sara creía que estaba contento con la boda, pero era imposible decirlo a ciencia cierta.

Claire se había mudado al piso de George. Todavía no habían pintado las paredes, pero Sara sabía que John había encargado pintura. Si conocía bien a Jen, esta debía de estar pensando si merecía la pena sacar un número extra del boletín. «Quizá más adelante —pensó Sara—, cuando ya no pueda escribir sobre la boda.»

A George todavía se le notaba un poco la pena. Sara podía vérsela en los ojos cuando él creía que nadie lo miraba. Pero el hombre no se quejaba. Incluso él mismo parecía sorprendido de no haber tirado la toalla. Sara no lo estaba. Había algo estoico

en él: a veces se preguntaba si George no atraería las catástrofes porque las esperaba de antemano. La joven sonrió. Pero ahora tenía a Claire. Sara dudaba mucho que las catástrofes tuvieran ninguna oportunidad frente a ella.

Miró de reojo a Tom y descubrió que él también la estaba mirando. Tom le guiñó un ojo y Sara tuvo que contener la risa que le burbujeaba por dentro. Un día encontraría un libro para él. Pero no había prisa. Tenía el resto de su vida para hacerlo. Alargó la mano y acarició la de Tom solo porque podía hacerlo.

Lo cierto era que Broken Wheel estaba convirtiéndose en una ciudad realmente feliz.

Gran parte de aquella alegría parecía provenir del hecho de que habían logrado engañar a las autoridades. Casi como en los viejos tiempos, había dicho Grace, y Jen había tenido que mostrar su acuerdo. En realidad, toda su presencia sugería que no lo había dudado en ningún momento. Cuando ella organizaba algo, decía su mirada satisfecha, ni siquiera un detalle tan insignificante como las leyes de inmigración estadounidenses podían alterar los planes.

Jen iba a sacar un reportaje especial sobre la boda en el boletín, evidentemente. Había escuchado a Caroline preguntarle si no pensaba acompañarlos también en el viaje de novios para eternizar también aquello.

Y Sara había rectificado.

La realidad era tan buena como los libros.

William comenzaba a acercarse al final de la prédica. Sara seguía nerviosa por tener que hablar en público, pero aquella vez no tendría que decir gran cosa.

Estaba todo lo preparada que podía llegar a estarlo cuando la puerta volvió a abrirse. «Ah», pensó Sara cuando vio quién era. La única que faltaba.

En la puerta de la iglesia había una chica delgada y convencional, con pelo el lacio de color castaño y un abrigo azul. Dijo:

—¿Papá?

Al mismo tiempo que George se incorporó un poco en el banco y exclamó:

—¡Sophy!

La chica dio un par de pasos inseguros en dirección a donde estaban sentados y Claire se apartó tranquilamente al sitio de al lado.

—Siéntate aquí, cielo —dijo dando unas palmadas en el sitio libre.

Sara sonrió y le guiñó un ojo a Claire. Le habían enviado una invitación para la boda junto con la trilogía de *Eragon*.

«El mundo está lleno de finales felices», pensó Sara y se volvió otra vez hacia William. Habría sido una pérdida demasiado grande no aprovecharlos.

Iba a casarse con Broken Wheel. Y vivirían felices durante el resto de sus días.

«¡Cuántas veces la lectura de un libro no ha sido la encrucijada que ha cambiado de curso la vida de una persona!»

Henry David Thoreau

Habiendo leído las aventuras y desventuras de Sara y los habitantes de Broken Wheel, no podemos menos que coincidir con Thoreau.

Felices lecturas venideras.

[1] Además de ser la abreviatura informal de «bisexual», «bi», en sueco, significa «abeja». (*N. del t.*) <<